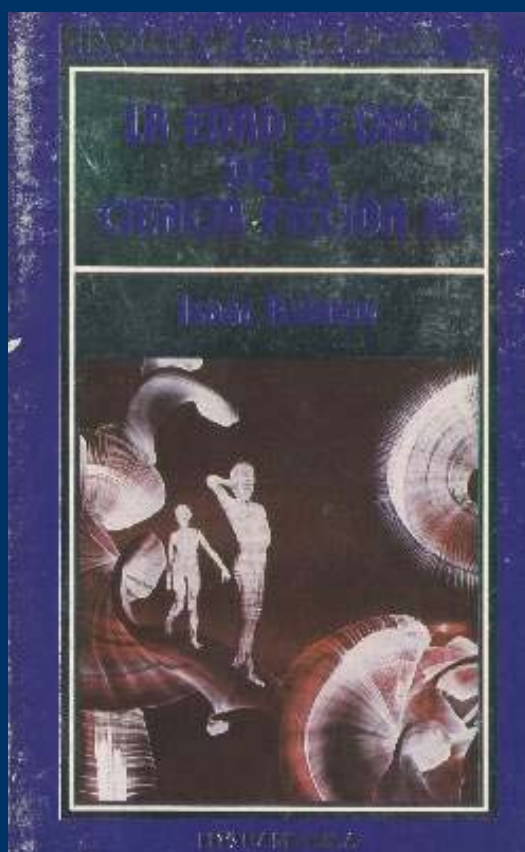


LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCIÓN IV



Isaac Asimov
(Recopilador)



Isaac Asimov

Título original: Before de Golden Age

Traducción: Horacio González

© 1974 Doubleday & Company Inc.

© 1976 Ediciones Martínez Roca S.A.

© 1986 Ediciones Orbis S.A.

ISBN: 84-7634-480-5

Edición digital: Sadrac y otros

Revisión: Sadrac

*A Sam Moskowitz, a mí mismo y a todos los
demás miembros de «First Fandom»
(aquellos dinosaurios de la ciencia-ficción)
para quienes una parte del encanto desapareció del mundo en 1938.*

ÍNDICE

SEPTIMA PARTE: 1936

El hombre que encongió, Henry Hasse («*He Who Shrank*» ©1936)

Los cachorros humanos de Marte, Leslie Frances Stone («*The Human Pets of Mars*» ©1936)

Los ladrones de cerebros de Marte, John W. Campbell Jr. («*The Brian Stealers of Mars*» ©1936)

Involución, Edmond Hamilton («*Devolution*» ©1936)

Caza Mayor, Isaac Asimov («*The Big Hunt*» ©1936)

OCTAVA PARTE: 1937

Ojos desconocidos vigilan, John W. Campbell Jr. («*Other Eyes Watching*» ©1937)

Planeta negativo, John D. Clark («*Minus Planet*» ©1937)

Pasado, presente y futuro, Nat Schachner («*Past, Present and Future*» ©1937)

NOVENA PARTE: 1938

Los hombres y el espejo, Ross Rockline. («*The Men and the Mirorr*» ©1935)

SEPTIMA PARTE: 1936

A principios de 1936 descubrí en mi fuero interno un gran deseo que ya no podía reprimir: quería una máquina de escribir.

A menudo había visto máquinas de escribir, aunque siempre en oficinas comerciales, es decir fuera de mi mundo. Habría sido lo mismo que verlas en los escaparates de una joyería.

La vez que estuve más cerca de una máquina de escribir fue en 1928, cuando mi padre compró la segunda tienda de golosinas. Nos mudamos a la vivienda que había sobre la tienda y convivimos varios días con los propietarios anteriores, hasta que éstos se mudaron a su vez.

En el piso había una máquina de escribir. En aquel entonces yo tenía ocho años, aún no había descubierto la ciencia-ficción y, por tanto, no soñaba con escribir. Sin embargo, se estableció una extraña atracción entre ella y yo, una especie de inexpresado amor a primera vista. Recuerdo que la tocaba, la miraba con curiosidad, pulsaba a medias las teclas, me preguntaba cómo funcionaría y esperaba que, de algún modo, quedase allí olvidada cuando se mudaran los anteriores propietarios.

No fue así. Se la llevaron.

Naturalmente, no cabía ni pensar en que nosotros pudiéramos conseguir una. Por ello escribí *The Greenville Chums at College* a lápiz, y durante los cinco años siguientes no conseguí nada mejor que una estilográfica.

Pero en 1936 supe que necesitaba una máquina de escribir. Sencillamente, era demasiado molesto escribir a mano y yo quería hacer trabajos serios en el campo literario. Mi mejor argumento, naturalmente, sería que al haber ingresado en el Colegio universitario, tendría que escribir ejercicios y apuntes, para lo cual hacía falta una máquina de escribir. Armado con este argumento, me enfrenté a mi padre.

Mi padre respondió que ya veríamos y consiguió algo muy bueno. Un día regresó con una máquina de escribir que había comprado por diez dólares. Por supuesto, era de segunda mano y muy vieja, pero no dejaba de ser una Underwood número 5, tamaño normal, que funcionaba perfectamente.

Es extraño que no consiga recordar el día, ni siquiera el mes en el que recibí mi primera máquina de escribir. Sin duda fue un día de fiesta muy importante para mí, de los que pocas veces he vivido, pero mi memoria está en blanco al respecto.

¿Será necesario decir que no sabía escribir a máquina?

Sin embargo, puse manos a la obra experimentalmente, escribiendo con un dedo. Una tarde, que subía a dormir la siesta, mi padre se detuvo a ver cómo escribía a máquina su hijo estudiante universitario y frunció el ceño. Me preguntó:

—¿Por qué escribes con un solo dedo, en lugar de hacerlo con todos, como en el piano?

—No sé hacerlo con todos los dedos, papá —respondí.

Mi padre tenía una sencilla solución para esto:

—¡Aprende! —tronó—. Si te vuelvo a pescar escribiendo con un solo dedo, te quitaré la máquina de escribir.

Suspiré, pues sabía que era capaz de cumplir su palabra. Por suerte, vivía enfrente una jovencita un año mayor que yo y que desde hacía tres años me inspiraba una pasión pura y ardiente: la única aventura amorosa de mi adolescencia, si es que puede merecer ese título. Ella asistía a un curso comercial de la escuela secundaria y sabía escribir a máquina.

Le pregunté cómo se dactilografiaba, y me enseñó a colocar los dedos en las teclas de la máquina de escribir, y cuál le correspondía a cada tecla. Me miró mientras yo, muy despacio, escribía la palabra «the» con el índice izquierdo, el índice derecho y el mayor izquierdo. Luego se ofreció a darme lecciones regulares.

La excusa para estar a solas con ella era exactamente lo que buscaba, pero también tenía mi orgullo. Jamás he permitido que nadie me enseñe más de lo necesario para comenzar a enseñarme a mí mismo.

—Está bien —le dije—. Ahora practicaré.

Eso hice. Hace treinta y siete años que escribo a máquina, y a veces consigo dactilografiar noventa palabras por minuto durante varias horas seguidas. ¡He practicado muchísimo!

Naturalmente, cuando empecé a practicar utilizaba los dos lados de la hoja, escribiendo a un espacio y sin márgenes. Tenía que ahorrar papel. Más tarde aprendí a utilizar un solo lado de la hoja y a doble espacio, pero ni siquiera hoy consigo dejar márgenes respetables. Además, tiendo a gastar las cintas de máquina y el papel carbón hasta que quedan más agotados de lo normal. No es cuestión de economía; ya no necesito economizar en este sentido.

Lo que pasa es que aún no me he recuperado del trauma de tener que sacar dinero del cajón de la tienda para papel y cintas de máquina.

Aunque ya era propietario de una máquina de escribir, todavía no había logrado escribir ciencia-ficción. Pero empezaba a enfilar en ese sentido. Para abrir boca me puse a escribir fantasía.

Durante la década de los 30, existía en el mercado una especie de revistas de fantasía. Una se llamaba «Weird Tales» y era un par de años más antigua que «Amazing Stories». Sus cuentos recordaban a Edgar Allan Poe y se caracterizaban por un estilo horriblemente recargado. El autor más típico de «Weird Tales» era H. P. Lovecraft, cuya manera de escribir me parecía repugnante.

También había revistas sensacionalistas dedicadas a «relatos de terror», que contenían tanto sexo y sadismo como permitía la época. Por aquel entonces podía leerlas, pues mi padre había abandonado toda pretensión de marcarle a un estudiante universitario lo que podía leer, pero me resultaban insoportables.

En consecuencia, el relato fantástico que escribí no se parecía a éstos, sino que fue algo enteramente original. Se refería (según recuerdo) a un grupo de hombres que realizaba una exploración a través de un universo poblado de duendes, enanos y hechiceros, y donde la magia surtía efecto. No sabía que intentaba anticiparme a Tolkien y su *Lord of the Rings*.

Mientras escribía fantasías, aún leía ávidamente ciencia-ficción. El ingreso en el Colegio no disminuyó mi interés, tal vez porque era muy joven. (Todavía era adolescente cuando me gradué del Colegio.)

No sólo seguí leyendo la «Astounding Stories» con fiel atención, número tras número, sino que procuraba seguir también las «Amazing Stories» y «Wonder Stories», encontrando a veces en ellas algunas joyas preciosas.

Por ejemplo, *El hombre que encogió*, de Henry Hasse, que apareció en «Amazing Stories» de agosto de 1936.

EL HOMBRE QUE ENCOGIÓ

Henry Hasse

Años, siglos, eras han pasado volando ante mí en interminable desfile, dejándome incólume: pues yo soy inmortal y el único de mi especie en todo el universo. ¿Universo?

Es extraño cómo esa palabra usual se presenta en seguida a mi mente, con la fuerza de la vieja costumbre. ¿Universo? La mera expresión de una idea minúscula en las mentes de quienes no saben lo que dicen. Esa palabra es una burla. Pero ¡cuán volublemente la pronuncian los hombres! ¡Qué poco comprenden lo artificioso de esa noción!

Aquella noche, cuando me llamó el profesor, le hallé junto a la pared curva y transparente del observatorio, mirando la oscuridad. Me oyó entrar pero no levantó la vista mientras hablaba. No supe si se dirigía a mí o no.

—Me llaman el mayor científico que el mundo haya tenido en todos los tiempos.

Desde hacía varios años yo era su único ayudante y estaba acostumbrado a sus humores, conque no respondí. Él también guardó silencio durante varios minutos y luego prosiguió:

—Hace medio año descubrí un principio que servirá para destruir totalmente los gérmenes de enfermedades. Recientemente he comunicado los principios de una nueva toxina que estimula las células vitales protoplasmáticas desgastadas, provocando un rejuvenecimiento casi completo. Los resultados de ambos descubrimientos prácticamente duplicarán el plazo de vida común. Pero estos dos no son sino una fracción de la larga lista de descubrimientos que ha realizado para beneficio de la especie.

En ese momento se volvió mirándome fijamente, y me sobresalté al advertir el resplandor nuevo y peculiar que había en sus ojos.

—¡Por eso me llaman grande! Por estos míseros descubrimientos me llenan de honores y me llaman el benefactor de la humanidad. ¡Los muy imbéciles! ¡Me repugnan! ¿Creen acaso que lo hice por ellos? ¿Creen que me importa la especie, lo que haga, lo que ocurra con ella o cuánto tiempo viva? No saben que todo lo que les he brindado fueron descubrimientos accidentales de mi parte... a los que apenas había dedicado un pensamiento. ¡Ah! Pareces sorprendido. Pero ni siquiera tú, que hace diez años que me ayudas aquí, has sospechado jamás que todos mis esfuerzos y experimentos se dirigían hacia un fin, un único fin.

Se acercó a un armario cerrado. En años anteriores me había preguntado qué contenía, pero luego dejé de pensarlo, a medida que me consagraba a mi trabajo. El profesor lo abrió ahora; parecía no contener sino los habituales frascos, probetas y redomas. Sacó cuidadosamente una redoma de un estante.

—Y por fin he alcanzado mi objetivo —murmuró, alzando el frasco. Un líquido pálido centelleó extrañamente bajo la luz artificial del techo—. ¡Treinta años, largos años de experimentación incesante, y ahora, en mi mano... el éxito!

La actitud del profesor, el brillo de sus ojos oscuros, el entusiasmo contenido que parecía desbordar me impresionaron profundamente. Quedé convencido de que había logrado algo inmenso, y así se lo dije.

—¡Inmenso! —exclamó—. ¡Inmenso! Lo es tanto que... ¡Espera! Lo verás con tus propios ojos.

En aquel momento no sospeché el significado de sus palabras. En efecto, iba a verlo con mis propios ojos.

Dejó cuidadosamente la redoma en su sitio y luego se volvió hacia la pared transparente.

—¡Mira! —señaló el cielo nocturno—. ¡Lo desconocido! ¿No te fascina? Esos tontos sueñan con viajar algún día hacia allí, hacia las estrellas. Creen que así descubrirán el secreto del universo. Pero hasta ahora no han sabido resolver el problema de un combustible o energía suficientemente poderosos para sus naves. Están ciegos. Yo podría, pero no quiero. Que investiguen, que experimenten, que desperdicien sus vidas. ¡A mí qué me importa!

Me pregunté a dónde quería ir a parar, pero comprendí que valía más dejarle seguir el hilo de sus pensamientos. Prosiguió:

—Y suponiendo que resolvieran el problema, suponiendo que despegaran de este planeta y fueran a otros mundos en sus naves huecas, ¿qué ganarían con eso? Supongamos que viajasen a la velocidad de la luz durante toda la vida y luego aterrizaran en una estrella, lo más lejos de aquí que fuese posible. Sin duda dirían: «Ahora podemos comprender mejor que nunca la inmensidad del universo. En verdad el universo es una magna estructura. Hemos recorrido una gran distancia; debemos hallarnos en el límite». Eso creerían. Sólo yo sé lo equivocados que estarían, pues sin moverme de aquí, mirando a través de este telescopio, veo estrellas cincuenta y sesenta veces más lejanas que lo alcanzado por ellos. En comparación, su estrella se hallaría infinitamente cerca de nosotros. ¡Pobres tontos engañados por sus fantasías de viaje espacial!

—Pero, profesor, piense simplemente... —intervine.

—¡Silencio! Escucha ahora. También yo, durante mucho tiempo, quise desentrañar los secretos del universo, conocer el cómo, el cuándo y el porqué de su creación. ¿Alguna vez te has parado a pensar *qué* es el universo? Desde hace treinta años he trabajado sobre este problema. Sin saberlo, con tu eficacia me has ayudado en los experimentos desconocidos para ti que realizaste por mi cuenta en varias ocasiones. Ahora tengo la solución en esa redoma y serás el único que comparta el secreto conmigo.

Incrédulo, quise interrumpirle de nuevo.

—¡Espera! —dijo—. Déjame terminar. Hubo una época en que yo también miraba a las estrellas en busca de la respuesta. Construí este telescopio basado en un nuevo principio que me pertenece. Investigué las profundidades del vacío. Realicé extensos cálculos. Y demostré concluyentemente lo que hasta el momento sólo era una teoría. Ahora sé, sin lugar a dudas, que nuestro planeta y los demás que giran alrededor del Sol no son sino electrones de un átomo cuyo núcleo es el Sol. Nuestro astro no es más que uno entre millones, cada uno de los cuales tiene un número definido de planetas. Cada sistema es un átomo lo mismo que el nuestro. Y esos millones de sistemas solares, o átomos, forman reunidos una galaxia. Como sabes, en el espacio hay un número enorme de galaxias, separadas por tremendas extensiones de espacio. ¿Y qué son estas galaxias? ¡Moléculas que se extienden por el espacio incluso más allá del alcance máximo de mi telescopio! Y al haber llegado tan lejos, no resulta difícil dar el paso final. Todas estas vastas galaxias, o moléculas, tomadas en conjunto, ¿qué forman? ¡Algún elemento o sustancia desconocida de un gran mundo ultramacrocósmico! ¡Quizás una minúscula gota de agua, un grano de arena, una bocanada de humo, o quién sabe si una pestaña de algún ser que vive en ese mundo!

No pude replicar. Sentí que me aturdí la idea que acababa de exponer. Quise afirmar que no era posible pero, ¿qué sabía yo, o cualquier otra persona, acerca de extensiones infinitas de espacio que debían hallarse más allá del alcance de nuestro telescopio más poderoso.

—¡No puede ser! —balbucí—. ¡Es increíble..., monstruoso!

—¿Monstruoso? Piensa un paso más adelante. Ese ultramundo, ¿no podría ser *también* un electrón que girase alrededor de un núcleo atómico? ¿Y ese átomo nada más que uno de los millones que forman una molécula? ¿Y esa molécula nada más que una de los millones que forman...?

—¡Por Dios, deténgase! —grité—. ¡Me niego a creer que semejante cosa sea posible! ¿A dónde nos conduciría todo esto? ¿Dónde concluiría? ¡Podría continuar... siempre! Y además —objeté débilmente—, ¿qué tiene esto que ver con... su descubrimiento, con el líquido que me ha mostrado?

—Exactamente esto: muy pronto descubrí que era inútil estudiar lo infinitamente grande, de modo que me volqué hacia lo infinitamente pequeño. ¿Acaso no es lógico que, si tal organización impera en las estrellas por encima de nosotros, exista la misma en los átomos, debajo de nosotros?

Comprendí su razonamiento, pero aún no entendía su propósito. Lo que dijo a continuación lo aclaró por completo, aunque me hizo sospechar que sus especulaciones le habían hecho perder la razón. Prosiguió febrilmente, con voz de fanático:

—Si no puedo alcanzar las estrellas de arriba, que están tan lejos, entonces alcanzaré los átomos de abajo, que se hallan bien cerca. Están en todas partes. En todos los objetos que toco y en el aire que respiro. Pero son diminutos, y para alcanzarlos debo hallar el modo de volverme tan diminuto como ellos o más. Eso es lo que he conseguido. ¡La solución que te mostré hará que cada átomo individual de mi cuerpo se *contraiga*, y cada electrón y protón también disminuirá de tamaño o diámetro proporcionalmente a mi propia reducción! ¡De este modo, no sólo adquiriré el tamaño de un átomo, sino que seguiré reduciéndome hasta la pequeñez infinitesimal.

2

Cuando terminó de hablar, dije fríamente:

—Usted está loco.

Permaneció imperturbable.

—Esperaba que dijeras eso —respondió—. Es natural esa reacción ante lo que he dicho. Pero no; no estoy loco. Lo que ocurre es que desconoces las maravillosas propiedades de mi «Encogix». Pero te he prometido que lo verías con tus propios ojos, y así será. Serás el primero en bajar al universo atómico.

—Profesor, no dudo de que sus intenciones son buenas —dije—, pero debo declinar su oferta.

Él continuó, como si no me hubiera oído:

—Varios motivos justifican el que quiera enviarte a ti antes de emprender yo mismo el viaje. En primer lugar, se tratará de un viaje sin retorno, y antes debo dilucidar algunas cuestiones. Serás como un explorador avanzado para mí, por así decirlo.

—Oiga, profesor. No niego que la solución que usted llama «Encogix» tenga propiedades excepcionales. Incluso admito que sirva para lo que usted dice. Pero durante el último mes usted ha trabajado día y noche, robando tiempo a las comidas e incluso al sueño. Le conviene descansar. Salir de este laboratorio.

—Estaré en contacto con tu mente —dijo— mediante un ingenioso dispositivo que he perfeccionado. Luego te lo explicaré. El «Encogix» se inyecta directamente en el torrente sanguíneo. Poco después comenzará tu encogimiento, que se mantendrá a velocidad moderada pero constante mientras la sangre fluya por tu cuerpo. Al menos, espero que así ocurra; de lo contrario tendría que introducir los cambios necesarios en la fórmula. Naturalmente, todo esto es teórico, pero estoy seguro de que todo saldrá de acuerdo con lo previsto y no te perjudicará en absoluto. Ya había perdido toda mi paciencia.

—Oiga, profesor —dije, iracundo—. Me niego a ser el cobaya de este experimento absurdo. Comprenda que es científicamente imposible lo que se propone. Váyase a casa y descanse... o tómese unas vacaciones...

Sin previo aviso se abalanzó sobre mí, al tiempo que tomaba un objeto de la mesa. Antes de que pudiera esquivarle, noté que una aguja se clavaba profundamente en mi brazo y grité de dolor. Los objetos se volvieron borrosos, deformes. Sufrí una oleada de vértigo; luego cesó y recobré la vista. El profesor se hallaba ante mí, socarrón.

—Sí, he trabajado mucho y estoy cansado. ¡He trabajado durante treinta años, pero no estoy demasiado cansado ni soy tan imbécil como para retirarme ahora, en el momento culminante!

Su mueca de triunfo dio paso a una expresión vagamente compasiva.

—Lamento haber tenido que proceder así —explicó—, pero comprendí que tú nunca cederías. Realmente, me avergüenzo de ti. No creí que fueses a dudar de la veracidad de mis afirmaciones, hasta el punto de suponerme loco. Pero, para mayor seguridad, tenía

preparada la dosis de «Encogix» para ti; ahora recorre tus venas y dentro de poco tiempo observaremos sus efectos. Lo que has visto en la redoma es la dosis que me administraré cuando esté preparado para comenzar el viaje. Perdóname por habértela dado de un modo tan incorrecto.

Estaba tan furioso por la total desconsideración que había mostrado hacia mis sentimientos personales, que apenas oí lo que decía. El brazo me dolía en el lugar donde se me había clavado la aguja. Intenté dar un paso hacia él, pero no pude mover un solo músculo. Hice un esfuerzo por vencer la parálisis que me dominaba, pero no logré desplazarme del lugar donde me hallaba ni una fracción de centímetro.

El profesor también parecía sorprendido y alarmado.

—¿Qué? ¿Parálisis? ¡Esto no estaba previsto! Como ves, se confirma lo que dije: las propiedades del «Encogix» son maravillosas y múltiples.

Se acercó, examinó atentamente mis pupilas y pareció tranquilizarse.

—No obstante, el efecto será pasajero —me aseguró, y luego agregó—: Pero, sin duda, serás un poco más pequeño cuando recobres el uso de tus miembros, pues tu encogimiento debe comenzar casi en seguida. Debo darme prisa y emprender el último paso.

Se alejó y le oí abrir de nuevo su armario privado. No podía hablar ni moverme; desde luego era una situación sumamente incómoda, por no decir indigna. No podía hacer otra cosa sino mirarlo con indignación cuando volviera a pasar por delante de mí. Llevaba un extraño casco con auriculares y gafas, conectado a un haz de cables. Lo dejó sobre la mesa y enchufó los cables en una cajita plana que allí tenía.

Le miré con atención todo el rato. No tenía ni la menor idea de lo que pensaba hacer conmigo, pero ni por asomo creí que fuese a encogerme hasta dimensiones subatómicas. La idea me parecía demasiado fantástica.

Como si leyera mis pensamientos, el profesor se volvió y puso frente a mí. Me miró con indiferencia y dijo:

—Creo que ya ha comenzado. Sí, estoy seguro. Dime, ¿no lo notas? ¿Los objetos no te parecen un poco más grandes, más altos? ¡Ah! Olvidaba que el efecto paralizador te impide contestar. Pero, ¡mírame! ¿No te parezco más alto?

Le miré. ¿Era mi imaginación o algún tipo de hipnosis lo que me hizo creer que él crecía un poco hacia arriba mientras yo miraba?

—¡Ah! —exclamó en tono de triunfo—. Lo has notado. Lo veo en tus ojos. No obstante, no soy yo quien crece, sino tú el que encoges.

Me tomó entre sus brazos y me dio la vuelta, de cara a la pared.

—Como veo que dudas, ¡mira! —dijo—. El friso de la pared. Recordarás que solía estar al nivel de tus ojos. Ahora queda siete centímetros más arriba.

¡Era verdad! Y en ese momento sentí un hormigueo en las piernas y un poco de vértigo.

—Tu encogimiento todavía no ha alcanzado la velocidad máxima —prosiguió—. Cuando ocurra, continuará a ritmo constante. No podría detenerlo aunque quisiera, pues no tengo ningún antídoto. Ahora escúchame con atención, pues debo decirte varias cosas. Cuando hayas llegado a ser bastante pequeño te levantaré y te colocaré sobre el bloque de Rehillio-X que tengo sobre la mesa. Cada vez serás más pequeño y luego entrarás en un universo extraño formado por billones de billones de grupos estelares o galaxias, que no serán sino las moléculas de este Rehillio-X. Llegado a ese límite, tu tamaño, en comparación con el nuevo universo, será gigantesco. No obstante, seguirás disminuyendo y podrás visitar cualquiera de las esferas que elijas. ¡Y... después de descender... siempre seguirás... reduciéndote!

Al oír esto creí que me volvía loco. Ya había encogido treinta centímetros y aún estaba paralizado. Si hubiera podido moverme, habría despedazado al profesor miembro tras miembro para vengarme... pero si lo que decía era verdad, yo ya estaba condenado.

Una vez más pareció leer mis pensamientos.

—No te enfades demasiado conmigo —pidió—. Deberías agradecerme esta oportunidad de vivir aventuras maravillosas en un reino maravilloso. Por cierto, te envidio un poco por ser el primero. Pero con esto —indicó el casco y la caja que tenía sobre la mesa— podré comunicarme dondequiera que te halles. ¡Ah! En tus ojos veo que te preguntas cómo se puede lograr semejante cosa. Pues bien, el principio de este dispositivo es muy sencillo en realidad. El pensamiento, como la luz, es una forma de energía. Y el pensamiento, lo mismo que la luz, viaja a través de un «éter» en forma de ondas. Pero las ondas de pensamiento son mucho más sutiles. No obstante, existen y las bobinas de esta caja están sintonizadas para detectarlas y amplificarlas un millón de veces, a modo de ondas hertzianas. A través de este casco recibiré sólo dos de tus seis sensaciones: las de la vista y el oído. Son las principales y me bastarán. Todo sonido y visión que encuentres, por ínfimos que sean, llegarán a tu cerebro, desplazando allí minúsculas moléculas que emitirán ondas de pensamiento. Éstas serán captadas y amplificadas aquí. De este modo mi cerebro recibirá todas las impresiones visuales y auditivas que el tuyo emita.

Ya no dudaba de que su maravilloso «Encogix» ejercía los efectos predichos por él. En aquel momento mi tamaño se había reducido a un tercio del original. Pero la parálisis no me abandonaba y esperé que el profesor no se hubiera equivocado cuando aseguró que el efecto sería pasajero. Mi indignación empezaba a enfriarse, e incluso me pregunté qué iba a encontrar en el otro universo.

Luego me asaltó una idea terrorífica, que me heló de aprensión. Si, como el profesor había dicho, el universo atómico era sólo una réplica minúscula del que conocíamos, ¿no me hallaría *sin aire que respirar* en los vastos espacios vacíos entre galaxias? En los grandes cálculos que el profesor había realizado, ¿podía olvidársele algo tan obvio?

Me hallaba muy cerca del suelo, pues apenas medía treinta centímetros. Cuanto me rodeaba —el profesor, las mesas, las paredes— me parecía gigantesco.

El profesor se agachó y me colocó sobre la mesa, entre sus cables y aparatos. Cuando quiso hablarme otra vez, su voz retumbó en mis minúsculos oídos.

—Aquí está el bloque de Rehillio-X, conteniendo el universo que pronto vas a explorar —dijo, mientras colocaba a mi lado el bloque de metal que me llegaba casi a la cintura—. Como sabes, el Rehillio-X es el más denso de los metales conocidos, de modo que visitarás un universo relativamente poblado... aunque a ti no te lo parecerá, a causa de los miles de años-luz de espacio que hallarás entre sus astros. Naturalmente, sé tanto como tú acerca de ese universo, pero te aconsejaría que evitaras los astros muy brillantes y sólo te acercaras a los más pálidos. Bien, aquí nos despedimos. No volveremos a vernos. Cuando yo te siga, lo que haré sin duda después de perfeccionar la fórmula gracias a tu colaboración, será improbable que consiga seguir tus huellas a través de todas las esferas que habrás recorrido. Ya he aprendido una cosa: la velocidad de encogimiento es ahora demasiado rápida; sólo podrás permanecer algunas horas en cada mundo. Pero, al fin y al cabo, quizá sea lo mejor. Adiós para siempre.

Me levantó y me colocó sobre la superficie pulida de Rehillio-X. Calculé que ahora debía medir unos diez centímetros de estatura. Noté con alivio indescriptible que la parálisis desaparecía al fin. Primero recuperé la voz y, forzando los pulmones, grité con todas mis fuerzas:

—¡Profesor! ¡Profesor!

Se inclinó sobre mí. Mi voz debió sonarle ridículamente aguda.

—¿Qué me dice de las regiones vacías del espacio que atravesaré? —pregunté espantado, con la boca muy cerca de su oreja—. No viviré sino escasos minutos. Sin duda voy a morir asfixiado.

—No, eso no ocurrirá —respondió. Su voz hirió mis tímpanos como un trueno y me cubrí las orejas con las manos.

Comprendió y habló más bajo.

—No tendrás ningún problema en el espacio sin aire —explicó—. En mis treinta años de investigación he resuelto el problema, pues no podía pasarme desapercibido, aunque admito que supuso muchas dificultades. Pero, como he dicho, «Encogix» es tan maravilloso porque sus propiedades son múltiples. Después de muchas dificultades y fracasos, logré incorporarle cierta potencia que suministra el oxígeno necesario distribuyéndolo a través del torrente sanguíneo. También irradia cierta cantidad de calor; y, como creo que la supuesta temperatura cero del espacio es una hipótesis exagerada, no debes temer nada del espacio abierto.

3

En aquel momento apenas medía dos centímetros y medio. Ya podía caminar, aunque los miembros me hormigueaban terriblemente a medida que la parálisis desaparecía. Me golpeé los costados e hice molinetes con los brazos para acelerar la circulación. El profesor debió pensar que me despedía. Alargó la mano y me levantó. Aunque intentó alzarme con suavidad, la presión de sus dedos lastimaba. Me sostuvo en la palma de la mano y me levantó a la altura de sus ojos. Me miró largo rato y luego vi que sus labios formaban la palabra «Adiós». Tenía un terrible miedo de que me dejara caer al suelo, que estaba a una distancia vertiginosa, y me tranquilicé cuando me bajó hasta el bloque de Rehillio-X.

Ahora el profesor parecía un gigante que se encumbraba cientos de metros en el aire. Más allá, a lo que me parecían varios kilómetros de distancia, las paredes de la sala se elevaban hasta alturas inconcebibles. El techo parecía tan lejano y vasto como la cúpula celeste que yo conocía anteriormente. Corrí hasta el canto del bloque y miré abajo. Era como estar al borde de un enorme acantilado. La pared era negra y lisa, absolutamente perpendicular. Retrocedí temiendo perder pie y matarme en la caída. Muy abajo se extendía la vasta y brillante planicie que era el tablero de la mesa. Regresé al centro del bloque, pues no me veía seguro al borde; podía caerme si el profesor, en un descuido, empujaba la mesa. Ya no tenía la menor idea de mi tamaño, pues me faltaba con qué compararlo. Pensé que tal vez resultaba ya invisible para el profesor. Él era un borrón informe como una montaña distante vista a través de la niebla.

Entonces observé que la superficie del bloque de Rehillio-X no era tan lisa como antes. Hasta donde abarcaba, veía hondonadas superficiales que se extendían en todas direcciones. Comprendí que debían ser huellas del rectificado de la superficie, que antes resultaban invisibles.

Viéndome al borde de una de las hondonadas, bajé a gatas una ladera y eché a andar por el fondo. Era rectilínea, como hecha a regla. De vez en cuando encontraba una bifurcación y torcía a derecha e izquierda. Poco después, y como mi encogimiento no cesaba, las paredes de las hondonadas sobrepasaron mi estatura y me vi en una especie de desfiladero.

Fue entonces cuando recibí la mayor sorpresa de mi vida, y mi aventura estuvo a punto de terminar allí mismo. Al llegar a una encrucijada, doblé a la derecha y me hallé cara a cara con el Cómo Describirlo.

Era de un color enfermizo, blanco azulado. Tenía forma de disco con una larga hilera doble de apéndices o patas en la parte inferior. Centenares de espigones de aspecto desagradable circundaban el cuerpo en forma de disco por la parte exterior y superior. No tenía cabeza ni, evidentemente, órganos visuales, aunque agitó frente a mi cara docenas de protuberancias como serpientes cuando estuve a punto de chocar con él. Una de ellas me tocó y el bicho retrocedió rápidamente, mientras los espigones se erguían en una formidable formación.

La visión de aquel ser pasó por mi cabeza en una brevísima fracción de tiempo, pues os aseguro que no me quedé allí para analizar su «pedigree». ¡Claro que no! El corazón me ahogaba de terror, me volví y escapé en sentido contrario. Al sentirme perseguido puse alas a mis pies y corrí como nunca. Subí a toda carrera por una hondonada y bajé por otra, doblando a derecha e izquierda, en un esfuerzo por despistar a mi perseguidor. Me parecía ridículo huir de un microbio, pero la situación era demasiado seria como para considerar su lado humorístico. Corrí hasta perder el aliento pero, por más quiebros y rodeos que daba, el germen siempre me seguía a cien pasos detrás de mí. Su órgano auditivo debía ser muy sensible. Por último ya no pude más, doblé el recodo siguiente y me detuve, sin resuello.

El bacilo pasó a poca distancia de mí y titubeó, pues había perdido el sonido de mis pasos. Sus docenas de órganos auditivos tentaculares se orientaron en todas direcciones. Luego se vino derecho hacia mí, y volví a correr, por lo visto había captado el sonido de mi jadeo espantado. Volví a doblar en el recodo siguiente y, cuando vi que el germen se acercaba, contuve la respiración hasta que creí que mis pulmones iban a estallar. Volvió a detenerse, removiéndole los tentáculos en el aire y luego se alejó poco a poco por la hondonada. Realicé en silencio una apresurada retirada.

Ahora las paredes de las hondonadas (¡marcas invisibles en una pieza de metal!) se cernían muy alto sobre mí mientras seguía encogiéndome. También percibí grietas estrechas y hoyos, tanto en las paredes como en la superficie sobre la cual caminaba. Todos parecían muy profundos y algunos eran tan anchos que me obligaban a saltar para cruzarlos.

Al principio no logré comprender estos espacios que se abrían a mi alrededor pero luego descubrí, con cierto asombro, que el Rehillio-X me resultaba *poroso* a causa de mi pequeño tamaño. Aun siendo el más denso de los metales conocidos, ninguna sustancia lo es tanto que resulte del todo sólida.

Cada vez me resultaba más difícil avanzar; tenía que tomar carrerilla para saltar los abismos. Por último me senté y reí al comprender la inutilidad y estupidez de mis esfuerzos. Para qué arriesgar mi vida saltando aquellas oquedades que se agrandaban a medida que yo me reducía si, de todos modos, no tenía un destino determinado... salvo bajar. Por consiguiente, podía quedarme donde estaba.

Pero apenas acababa de tomar esta decisión, algo me obligó a cambiar de idea.

El bacilo se acercaba otra vez.

Lo vi a lo lejos en la hondonada, avanzando directamente hacia mí. Podía ser el mismo que había encontrado antes, o un congénere. Para entonces yo era tan pequeño que él parecía quince veces más grande que yo. El espectáculo de la inmensa bestia que me perseguía me inspiró terror. Corrí una vez más, esperando que gracias a mi pequeñez no oyera el ruido de mis pasos.

No había recorrido cien metros, cuando me detuve acongojado.

Ante mí se abría un espacio tan inmenso, que no habría saltado ni siquiera la mitad. No tenía escapatoria, pues el abismo se extendía hasta ambas laderas. Miré hacia atrás. El bicho se había detenido, palpando el suelo con los tentáculos.

Luego avanzó a gran velocidad, No sé si me oyó o advirtió mi presencia de otro modo, pero una cosa resultaba evidente: me quedaban escasos segundos para actuar. Me eché al suelo, me descolgué por el abismo y allí quedé, suspendido de las manos.

Justo a tiempo. Una inmensa forma pasó por encima de mí cuando levanté la mirada. El germen era tan grande, que el abismo inmenso para mí le pasaba desapercibido; cruzó el espacio como si éste no existiera. Vi la doble hilera de patas de aquel ser a medida que pasaba por lo alto. Cada una era dos veces más gruesa que mi cuerpo.

Luego ocurrió lo que temía. Uno de los enormes miembros terminados en garras me pisó la mano y un afilado espolón la arañó. Sentí el dolor en todo el brazo. La angustia era insoportable. Intenté sujetarme mejor pero no pude. Empecé a resbalar... a resbalar...

«Esto es el fin.»

Eso pensé en el último y terrible segundo, mientras caía hacia el espacio. Cerré involuntariamente los ojos esperando hundirme en el olvido de un instante a otro.

Pero no ocurrió nada.

Ni siquiera noté el vértigo angustioso que suele acompañar a una caída. Abrí los ojos en una oscuridad estigia y extendí una mano exploradora. Hallé una pared áspera que se elevaba cerca de mi rostro. Por tanto, estaba cayendo, pero no a la velocidad que habría alcanzado bajo circunstancias normales. Me parecía flotar hacia abajo. ¿Era hacia abajo? Había perdido orientación. Tomé impulso y pateé con toda fuerza contra la pared, para alejarme de ella.

Imposible saber cuánto tiempo seguí cayendo o moviéndome, en aquella oscuridad. Pero debieron transcurrir varios minutos y a cada momento yo, incesantemente, me reducía.

Hacía rato que adivinaba unas inmensas masas a mi alrededor. Me rodeaban por todas partes, emitiendo un resplandor muy débil. Eran de todos los tamaños, algunas como yo y otras grandes como montañas. Procuré alejarme de las grandes, pues no deseaba morir aplastado entre dos de ellas. Pero era poco probable que esto sucediera. Aunque todo se movía lentamente a través del espacio, pronto advertí que ninguna de las masas se acercaba a otra ni se desviaba en lo más mínimo de su curso.

Como seguía encogiéndome, las masas parecieron alejarse de mí; al mismo tiempo, la luz que irradiaban se volvió más brillante. Dejaron de ser masas y se convirtieron en conglomerados individuales de niebla blanca, animados de lento movimiento giratorio.

¡Eran nebulosas! ¡Entre ellas debían existir millones de kilómetros de vacío! La masa gigantesca a la que me había aferrado, atraído por su gravedad, también pasó al estado nebuloso y luego me hallé flotando en medio de ella, que creció a medida que yo me hacía más pequeño. Al perder densidad y dilatarse, lo que había parecido niebla manifestaba ahora trillones de trillones de minúsculas esferas en complicadas disposiciones.

¡Me hallaba en medio de esas esferas! ¡Estaban alrededor de mis pies, mis brazos, mi cabeza! Se extendían mucho más allá de mi alcance, más allá de mi visión. Me habría bastado alargar la mano para tomarlas a millares. Pude agitarme y patear para esparcirlas en caótica confusión a mi alrededor. Pero no me dediqué a una destrucción tan atolondrada e innecesaria de mundos. Sin duda, mi mera presencia había producido ya bastantes cataclismos, al desplazar millones de ellos.

Apenas me atrevía a mover ni un músculo temiendo desbarajustar las órbitas de algunas esferas o hacer estragos entre sistemas solares y constelaciones. Parecía colgar inmóvil entre ellos o, si me movía en alguna dirección, el movimiento era demasiado leve para percibirlo. Ni siquiera sabía si me hallaba en posición vertical u horizontal, ya que estas palabras habían perdido su significado.

A medida que mi tamaño se reducía las esferas se agrandaban y el espacio entre ellas se dilataba, hasta que el desconcertante laberinto me dejó más libertad de movimiento.

Ello me permitió prestar más atención a la belleza que me rodeaba. Recordé lo que había dicho el profesor acerca de la recepción de mis ondas de pensamiento, y abrigué la esperanza de que lo estuviera haciendo, pues por nada del mundo quería que él se perdiera aquello.

Todos los colores conocidos estaban representados allí, entre los soles y planetas circundantes: blancos resplandecientes, rojos, amarillos, azules, verdes, violetas y todos los matices intermedios. También vi la yerma negrura de los soles apagados, aunque eran poco frecuentes, pues aquel parecía un universo muy joven.

Distinguí soles aislados, cuyo número de planetas orbitales iba de dos a veinte. Había soles dobles que giraban lentamente alrededor de un eje invisible, e incluso astros triples en perfecta simetría triédrica. Vi una estrella cuádruple: una asombrosamente blanca, una azul, una verde y una de color naranja intenso. La blanca y la azul giraban una alrededor de la otra en el plano horizontal, mientras la verde y la anaranjada lo hacían en sentido vertical, entrelazándose de modo perfecto. Alrededor de estos cuatro soles se movían en órbitas circulares dieciséis planetas de distintos tamaños.

Los más pequeños en las órbitas interiores y los más grandes en las exteriores. El conjunto parecía un anillo giratorio en cuyo centro se hallaba el sistema blanco, azul, amarillo y anaranjado. Los rayos de aquellos cuatro soles, a medida que iluminaban los planetas y se reflejaban en el espacio con una magnificencia multicolor, presentaban un espectáculo pavoroso y a la vez bello.

Decidí visitar uno de los planetas de aquel sol cuádruple tan pronto como mi tamaño me lo permitiera. Hasta cierto punto, me desplazaba con facilidad; luego, cuando me hice bastante más pequeño, me tendí a lo largo de aquel sistema solar comprobando que mi estatura equivalía al diámetro de la órbita del planeta más alejado. Pero no me atreví a acercarme demasiado, pues temí que mi volumen provocase alguna catástrofe gravitatoria.

Logré contemplar la superficie del más externo, o decimosexto planeta, cuando pasó cerca de mí. Por entre los claros de las grandes nubes vi una extensión ilimitada de agua y nada de tierra. Luego el planeta se alejó de mí en su largo viaje al extremo opuesto de su órbita. Estaba seguro de que cuando regresara yo sería mucho más pequeño, conque decidí acercarme un poco y tratar de ver el decimoquinto planeta, que en aquel momento se hallaba al lado opuesto pero avanzando en mi dirección.

Descubrí que si encogía los miembros y empujaba violentamente en sentido opuesto a donde deseaba dirigirme, podía avanzar bastante bien, aunque el esfuerzo resultaba agotador. Así me acerqué al cúmulo solar y cuando llegué cerca de la órbita del decimoquinto planeta ya era mucho más pequeño: apenas un tercio del diámetro de su órbita! Según las viejas leyes que yo conocía, la distancia entre las órbitas del decimosexto y el decimoquinto planeta debía ser de unos tres millones setecientos cincuenta mil kilómetros, aunque a mí me pareció de algunos centenares de metros.

Esperé y por último el planeta destacó sobre gloriosa aurora de los soles. Su trayectoria le traía cada vez más cerca, y a medida que se aproximaba vi que su atmósfera era de un intenso color azafrán. Pasó a pocos metros de mí, girando perezosamente sobre su eje en sentido contrario al de su órbita. Allí, como en el planeta decimosexto, también vi un extenso mundo acuático. Sólo había un continente bastante grande y muchas islas dispersas, pero calculé que las nueve décimas partes de la superficie estaban cubiertas por el océano.

Continué hacia el planeta decimocuarto que, según había visto, era de un hermoso color verde dorado.

Cuando me las ingení para situarme más o menos en la órbita del decimocuarto, mi tamaño había disminuido tanto que la luz de los soles centrales me dañaba los ojos. Al acercarse el planeta observé fácilmente varios continentes grandes en el hemisferio iluminado y, a medida que el lado oscuro se volvía hacia los soles, aparecieron otros continentes. Cuando pasó a mi lado hice comparaciones y vi que en aquel momento yo era como unas cinco veces más grande que el planeta. Intentaría posarme en él cuando pasara de nuevo. Intentar un contacto en seguida, sin duda, sería desastroso para ambos.

Mientras esperaba y seguía reduciéndome, recordé al profesor. Si era cierta su sorprendente teoría de un número infinito de sub-universos, mi aventura apenas había comenzado, o mejor dicho, comenzaría cuando pusiera pie en el planeta. ¿Qué iba a encontrar? Estaba seguro de que el profesor, al recibir mis ondas de pensamiento, sentía tanta curiosidad como yo. ¿Y si hubiese vida en ese mundo... vida hostil? Yo tendría que

enfrentarme a los peligros mientras el profesor estaba sentado en su laboratorio, muy lejos. Era la primera vez que se me ocurría pensar en tal aspecto de la cuestión. Al profesor no se le habría ocurrido nunca. También resultaba curioso pensar en él como en alguien situado «muy lejos». ¡Porque a él le bastaría alargar la mano para moverme, con mi universo y todo, sobre la mesa de su laboratorio!

Se me ocurrió otra idea curiosa: yo estaba esperando que un planeta completara su órbita alrededor de los soles. Para los seres que pudieran existir allí, el tiempo transcurrido sería de un año, pero para mí sólo eran unos minutos.

Regresó más pronto de lo que lo esperaba, trazando una curva hacia mí. Su órbita, naturalmente, era mucho menor que la de los otros dos planetas externos. En pocos minutos lo vi acercarse y aumentar de tamaño. Calculé que en aquel momento yo tenía aproximadamente un quinto de su tamaño. Pasó a mi lado, tan cerca que de haberlo deseado podía acariciar su atmósfera. Y a medida que se alejaba sentía una atracción, como si yo fuera un trozo de metal atraído por un imán. Ello no redujo su velocidad, pero ahora yo me movía cerca de él. Me había «capturado», como esperaba que hiciera. Tomé impulso para acercarme, y la gravedad aumentó. Estaba «cayendo» hacia él. Maniobré para caer de pie y entré en la atmósfera, donde el verde dorado se fundía con la negrura del espacio. Mis pies describieron un arco y tocaron algo sólido. Mi «caída» había terminado. Estaba en uno de los continentes de aquel mundo.

5

Todavía era tan alto que sacaba el pecho y la cabeza hacia la negrura del espacio. Aunque los cuatro soles se hallaban a una distancia de trece órbitas, ahora su resplandor era tan intenso que no podía mirarlos de frente sin quedar deslumbrado. Bajé los ojos para contemplar el continente sobre el cual me hallaba. Incluso la luz multicolor reflejada en la superficie resultaba deslumbrante. Demasiado tarde, recordé que el profesor me había aconsejado evitar los soles más brillantes. Cerca del suelo, algunas nubes se metían por entre mis piernas.

Naturalmente, a medida que el planeta giraba sobre su eje yo me movía con él, y poco después me hallé en el hemisferio nocturno, a la sombra del planeta. Agradecí aquel alivio, aunque sólo fuese pasajero. Poco después me vi de nuevo bajo la luz cegadora, y otra vez en sombras, y de nuevo bajo la luz. No sé cuántas veces ocurrió esto, pero al final quedé totalmente sumergido en la atmósfera del planeta, donde los rayos del sol eran difusos y la luz menos intensa.

Kilómetros más abajo veía una enorme extensión de suelo amarillo, que se extendía en todas direcciones. Fijándome bien me pareció distinguir las torres altas y plateadas de alguna ciudad lejana; pero no estaba seguro y, cuando volví a mirar, había desaparecido.

Mantuve la vista fija en el horizonte, poco después, dos minúsculos puntitos rojos se destacaron sobre la llanura amarilla. Por lo visto se acercaban a gran velocidad hacia mí pues incluso mientras miraba se agrandaron y luego semejaron dos esferas color púrpura. Al instante supuse que eran terribles armas de guerra o destrucción.

Pero a medida que se acercaban hacia donde yo me encumbraba en la atmósfera, vi que no eran sólidas, como había creído, sino gaseosas y medio transparentes. Además, se comportaban de un modo que sugería inteligencia. Sin medios visibles de propulsión, se remontaron y trazaron círculos alrededor de mi cabeza, con gran desconcierto por mi parte. Cuando se acercaron demasiado a mis ojos, levanté las manos para apartarlas, pero se colocaron en seguida fuera de mi alcance.

En vez de aproximarse de nuevo, permanecieron juntas allí, vibrando en mitad del aire. Aquella extraña pulsación de la tenue sustancia que las constituía me sugirió que estaban hablando; naturalmente, el tema de la conversación debía ser yo. Luego se alejaron por donde habían venido.

Mi curiosidad era tan grande como parecía ser la de ellas y, sin dudarlo, las seguí. Cada paso mío debía abarcar por lo menos, un kilómetro y medio, pero las entidades gaseosas me sacaron ventaja con facilidad y desaparecieron pronto de mi vista. Estaba persuadido de que se dirigían a la ciudad, si era eso lo que yo había visto. Ahora el horizonte estaba más cerca y parecía menos curvado, debido a la disminución de mi estatura: calculé que en ese momento no debía medir más de ciento ochenta metros.

Sólo había dado un centenar de pasos hacia donde habían desaparecido las dos esferas cuando, sorprendido, vi que se acercaban de nuevo a mí, seguidas de una veintena de... compañeras. Me detuve y en seguida se acercaron para trazar círculos alrededor de mi cabeza. Todas eran como de un metro y medio de diámetro y del mismo color rojo oscuro. Durante un minuto revolotearon como si me estudiaran desde todos los ángulos y luego formaron a mi alrededor en círculo perfecto. Lanzaron delgadas serpentinas con los que se unieron, cerrando el círculo. Otras serpentinas avanzaron poco a poco hacia mí, temblorosas y precavidas.

Su modo de investigarme no me hizo ninguna gracia, y sacudí los brazos con energía. Esto sembró una terrible confusión. El círculo se quebró y se dispersó, las serpentinas desaparecieron y las esferas volvieron a su ser primitivo. Se reunieron a cierta distancia y parecieron deliberar.

Una de ellas, cuyo color había pasado al naranja brillante, se apartó y vibró con frenesí. La entendí tan claramente como si se hubiera expresado en palabras. El anaranjado brillante significaba ira, y estaba reprendiendo a las demás por su cobardía.

Bajo el mando de la esfera anaranjada se acercaron de nuevo a mí; esta vez me preparaban una sorpresa. Una veintena de serpentinas relampaguearon, y chisporrotearon frías llamas azules allí donde me tocaban. Las descargas eléctricas recorrieron mis brazos, paralizándolos. Volvieron a volar en círculo a mi alrededor. Las serpentinas cerraron la formación como antes, y otras se alargaron como al descuido. Durante un rato revolotearon alrededor de mi cabeza y luego la ciñeron, envolviéndola en un frío resplandor rojo. Aquel contacto, no me produjo sensación alguna, salvo frío.

Las esferas volvieron a vibrar como antes y, tan pronto como comenzaron sus pulsaciones, sentí como si atravesaran mi cerebro minúsculas agujas de hielo. Una pregunta se representó a mi conciencia con más claridad que si hubiera oído una palabra hablada.

—¿De dónde vienes?

Yo conocía la transmisión del pensamiento, la había practicado algunas veces y a menudo con éxitos sorprendentes. Cuando oí o capté aquella pregunta, procuré concentrar toda mi mente en las circunstancias por las cuales había llegado allí. Cuando terminé mi narración mental y pude descansar de la tensión a la que había sometido mi cerebro, recibí las impresiones siguientes:

—No obtenemos respuesta; tu mente sigue en blanco. Eres un ser extraño; nunca hemos encontrado un organismo como el tuyo aquí. Es tan raro, que además se hace cada vez más pequeño sin motivo visible, ¿Por qué estás aquí y de dónde vienes?

Era como si unos dedos helados registrasen los pliegues de mi cerebro, arrancando un tejido tras otro.

Volví a intentarlo y enfoqué con la mente todos los detalles, como si describiera mi camino desde que entré al laboratorio del profesor hasta el momento actual. Terminé agotado por el esfuerzo.

Volví a recibir la misma impresión:

—No has conseguido centrar tu mente; sólo recibimos sombras fugaces.

Una de las esferas volvió a brillar con intensidad y se apartó del círculo. Casi me parecía ver un furioso encogimiento de hombros. Las serpentinas relajaron la tensión sobre mi cerebro y empezaron a retirarse, aunque antes capté un pensamiento fugaz de la esfera anaranjada, que sin duda se dirigía a las demás:

—...mentalidad muy baja.

—¡Vosotras no valéis mucho más! —grité.

Naturalmente, no se sintieron aludidas por tan tosco método de comunicación. Me intrigaba mi incapacidad para establecer comunicación mental con aquellos seres. Mi cerebro era de tal tamaño que les impedía recibir la impresión (por aquel entonces yo era un gigante de ciento veinte o ciento cincuenta metros), o bien el nivel mental de ellos era muy superior al mío, a tal punto que para ellos, yo era inferior al más primitivo de los salvajes. O ambas cosas a la vez, más probablemente la segunda.

Estaban decididas a resolver el misterio de mi presencia antes de que yo desapareciera de su mundo, lo cual iba a suceder al cabo de pocas horas debido a la velocidad de mi encogimiento. Decidieron formar a ambos lados de mí, en dos filas verticales que iban del suelo hasta mis hombros. Las serpentininas luminosas volvieron a tocarme en diversos puntos. ¡Luego, como a una señal convenida, se elevaron en el aire, levantándose como si fuera una pluma! ¡Enfilaron en vuelo perfecto hacia la ciudad situada más allá del horizonte, transportándose en posición perpendicular! Era asombroso que aquellas entidades gaseosas pudieran levantar y empujar a un gigante material como yo. Su velocidad debía ser muy superior a la del sonido, aunque en aquel planeta no había escuchado aún ruido alguno, salvo el de mi cuerpo cortando el aire.

Al cabo de pocos minutos divisé la ciudad, que debía cubrir una zona de doscientos sesenta kilómetros cuadrados a orillas de un océano verde ondulante. Me dejaron suavemente de pie en las afueras de la ciudad. El círculo de esferas formó una vez más alrededor de mi cabeza y los fríos zarcillos de luz registraron una vez más mi cerebro.

—Puedes pasear libremente por la ciudad —recibí el pensamiento—, acompañado por algunos de nosotros. Si tocas algo, recibirás el castigo máximo; tu tremendo tamaño hace muy peligrosa tu presencia entre nosotros. Cuando hayas empequeñecido bastante, volveremos a explorar tu mente con métodos algo distintos para averiguar tu origen y móviles. Creemos que, en el primer intento, el gran tamaño de tu cerebro fue una especie de desventaja. Ahora debemos prepararnos. Hace años que esperábamos tu llegada.

Mientras algunas me servían de escolta —o de guardia— las demás esferas se dirigieron a un gran edificio rematado por una cúpula, que se alzaba en una espaciosa plaza del centro de la ciudad.

La última observación me desconcertó sobremanera. ¿Qué podía significar lo de «hace años que esperábamos tu llegada»? Confiando en que ésta y otras cuestiones serían dilucidadas a su debido tiempo, entré en la ciudad.

No era una ciudad extraña, sino muy al contrario, de hermosa arquitectura. Parecía maravilloso que hubiera sido concebida y construida por aquellos globos de gas en los que, a primera vista, nadie habría visto seres inteligentes y sensibles. A pesar de mi estatura los edificios me sobrepasaban cuatro y cinco veces e invariablemente terminaban en cúpulas. No se veían formas en espiral ni en ángulos; al parecer resultaban desagradables para los sentidos de aquellos seres. El plano de la ciudad se disponía en amplias curvas audaces y formas circulares, de efecto sorprendente. No había calles ni carreteras, ni espacios de comunicación en los edificios, pues no eran necesarios. El aire era el elemento habitable natural de aquella especie; nunca vi que tocaran el suelo ni superficie alguna.

Incluso descansaban flotando en el aire con lento movimiento giratorio. Cuando yo pasaba entre ellas se detenían girando para observarme con manifiesta curiosidad y luego seguían con sus asuntos, cualesquiera que fuesen. Ninguna se acercó a mí, salvo los guardianes.

Paseé varias horas de este modo y por último, cuando ya era mucho más pequeño, se me permitió ir andando hasta la plaza central.

Las demás esperaban mi llegada en el edificio circular terminado en cúpula. Estaban reunidas alrededor de un estrado coronado por una inmensa pantalla ovalada y

transparente de vidrio u otra sustancia parecida. Una sola esfera se puso esta vez en contacto con mi cerebro y recibí el siguiente pensamiento:

—Presta atención.

La pantalla se volvió opaca y apareció un extenso campo blanco.

—La gran nebulosa, de la cual este planeta sólo es un punto infinitesimal —explicó el pensamiento. La masa blanca se movió casi imperceptiblemente sobre la pantalla y la esfera prosiguió—: Tal como la ves ahora apareció en nuestros telescopios hace varios siglos. Naturalmente, el movimiento de la nebulosa en conjunto es imperceptible; ahora vemos un registro químico, acelerado para que el movimiento sea visible en la pantalla. Fíjate bien ahora.

La gran masa de la nebulosa, tranquila en apariencia, comenzó a agitarse mientras miraba y a girar en, un inmenso movimiento espiral. Una gran sombra oscura cubrió toda la escena. La sombra pareció retroceder, o mejor dicho, se hizo más pequeña, y comprendí que no era una sombra sino un cuerpo inmenso. Aquella masa entraba en la nebulosa, haciéndola girar y aventándola mientras millones de estrellas eran desalojadas y lanzadas hacia fuera.

El pensamiento me llegó de nuevo:

—La escena está acelerada un millón de veces. Lo que aquí ves, en realidad abarca un periodo de muchísimos años; nuestros científicos observaron el fenómeno con enorme sorpresa, y muchas fueron las teorías formuladas para explicarlo. Te estás viendo a ti mismo en el momento en que ingresabas en nuestra nebulosa.

En pocos minutos vi desarrollarse la escena como aquellos seres esféricos la habían seguido durante varios años; me vi a mí mismo empequeñeciéndome, acercándome poco a poco al sistema de los cuatro soles y por último al planeta verde dorado. La imagen desapareció de súbito.

—Por eso observamos y esperamos tu llegada durante años, sin saber qué eras ni de dónde venías. Aún estamos bastante desconcertados. Te haces cada vez más pequeño y eso no podemos entenderlo. Hemos de darnos prisa. Relájate. No quieras intervenir en nuestra exploración tratando de recordar el comienzo, como hacías antes; nosotros sabremos encontrarlo en los huecos de tu mente. Relájate, no pienses en nada y mira la pantalla.

Intenté obedecer y volví a sentir los fríos zarcillos que tanteaban en mi cerebro. El letargo se apoderó de mi mente. Relampaguearon sombras en la pantalla, y de improviso apareció una escena conocida: el laboratorio del profesor, como lo vi por última vez la noche de mi partida. La escena daba principio al entrar yo en la sala, exactamente como ocurrió aquella noche. Me vi acercándome a la mesa, y al profesor de pie como había estado, observando el cielo nocturno; sus labios se movían en silencio.

Las esferas que me rodeaban se apiñaron junto a la pantalla; parecían observar cada movimiento y advertí una gran excitación entre ellas. Llegué a la conclusión de que la que exploraba mi mente —si no eran todas— comprendía, no sólo las palabras que el profesor y yo pronunciábamos en aquellas escenas, sino también su significado.

Pude leer en los labios del profesor a medida que hablaba. Vi mi expresión de total desconcierto, luego la incredulidad y por último mi escepticismo mientras él planteaba su teoría de los mundos macrocósmicos y de otros mundos macrocósmicos aún mayores. Presencí nuestra discusión, el subsiguiente ataque, y volví a sentir el pinchazo de la aguja en mi brazo.

Mientras esto sucedía, las esferas que me rodeaban se agitaban, muy excitadas.

Vi cómo me hacía más pequeño, hasta ser colocado sobre el bloque de Rehillio-X, donde empequeñecía aún más y desaparecía. Presencí mi combate con el bacilo y mi huida loca; mi salto al abismo y mi caída por la oscuridad en cuyo momento la pantalla se oscureció..

Después volvió a iluminarse, mientras yo viajaba con las grandes masas que me rodeaban. Al fin apareció la inmensa nebulosa, la misma que aquellos seres esféricos habían observado durante siglos a través de sus telescopios. La pantalla volvió a aclararse y quedó transparente.

—Conocemos el resto —afirmó el pensamiento de la esfera que indagaba en mi cerebro—. La pantalla ha exhibido el resto. El que inventó eso que llama «Encogix», es un gran hombre. Su experimento ha sido maravilloso y apenas acaba de empezar. Te envidiamos, ser afortunado y, al mismo tiempo, te compadecemos. De todos modos, es una suerte que hayas elegido nuestro planeta, pero pronto te irás como viniste y no podemos ni queremos impedirlo. Dentro de pocos minutos tu tamaño volverá a ser infinitesimal y pasarás a un universo más pequeño. Poseemos microscopios bastante poderosos como para observar un poco de ese universo atómico más pequeño, y te veremos avanzar hacia lo desconocido hasta que hayas desaparecido para siempre de nuestra vista.

Había estado tan pendiente de las escenas revividas a través de la pantalla que no me acordaba de mi encogimiento constante. Ahora era mucho más pequeño que las esferas que me rodeaban.

Ellas me interesaban tanto como yo a ellas e intenté transmitir el siguiente pensamiento:

—Decís que me envidiáis y que me compadecéis. ¿Por qué?

El pensamiento respondió en seguida:

—No podemos responderte a esto. Pero es verdad; aunque serán maravillosas tus aventuras en los reinos que te esperan, hay que sentir lástima por ti. Ahora no puedes comprenderlo, pero algún día lo entenderás.

Transmití otro pensamiento:

—Vuestro organismo, que a mi entender es gaseoso, me parece tan extraño como el mío, sólido, os debe parecer. Habláis de telescopios y microscopios, y no concibo que seres como vosotros, desprovistos de órganos visuales, contéis con la astronomía y la microscopía entre vuestras ciencias.

—Tus órganos de visión —fue la respuesta—, a los que llamas «ojos», no sólo son superfluos sino que los consideramos fuentes muy burdas de percepción. Aunque para ti, su pérdida sería una desventaja terrible e irreparable. Nuestra visión no depende de órganos tan localizados, sino que abarca toda la superficie exterior de nuestros cuerpos. No necesitamos órganos ni apéndices como los que tú posees en tanta abundancia, pues somos de una sustancia diferente. Nos limitamos a extender cualquier parte de nuestros cuerpos hacia la dirección que deseamos. Basándonos en un estudio profundo de su estructura, llegamos a la conclusión de que tus órganos y apéndices son muy rudimentarios. Predigo que mediante la lenta evolución de tu raza, estos inconvenientes desaparecerán por completo.

—Explícame más cosas sobre tu raza —supliqué con ansiedad.

—Relatar todo lo que podríamos decir —fue la respuesta— llevaría mucho tiempo, y nos queda muy poco. Poseemos un sistema social muy complejo, pero, naturalmente, no carece de defectos. Hemos profundizado en las ciencias y avanzado mucho en las bellas artes pero, sin duda, nuestros logros en estos dominios te resultarían incomprensibles. Ya has visto nuestra ciudad. No es la más grande ni la más importante del planeta. Cuando llegaste, relativamente cerca de aquí, enviamos mensajes. Han venido todos nuestros científicos importantes. No temíamos tu presencia, pero adoptamos precauciones puesto que desconocíamos qué clase de ser eras. Los dos de los nuestros que viste la primera vez fueron enviados para observarte. Ambos habían sido condenados por un delito contra la comunidad, y se les dio a elegir entre el castigo merecido o salir a investigar la criatura gigante caída del cielo. Aceptaron esta segunda posibilidad y por su valentía, pues lo fue, han sido indultados.

Me habría gustado preguntar más cosas, pues había muchos aspectos que me intrigaban, pero estaba volviéndome tan pequeño que la comunicación ya era imposible. Fui trasladado a un laboratorio y colocado sobre el portaobjetos de un microscopio de construcción extraña y complicada. Mi viaje continuó sin descanso hacia un universo atómico aún más pequeño.

Se repitieron los fenómenos de antes. La materia se abría y se hacía porosa, hasta convertirse en un espacio abierto poblado de masas enormes que, a su vez, se disolvían en extensas nebulosas.

Entré en una de ellas y, una vez más, las constelaciones giraron a mi alrededor. Esta vez me acerqué a un sol único, de color amarillo brillante alrededor del cual orbitaban ocho planetas. Me dirigí al más alejado y, cuando mi tamaño me lo permitió, entré en contacto con él.

¡Me hallaba en un electrón, uno entre los billones que formaban un portaobjetos del microscopio perteneciente a un mundo que, a su vez, era sólo un electrón del bloque de metal colocado sobre cierta mesa de laboratorio!

Pronto entré en la atmósfera y, a varios kilómetros por debajo de mí, divisé grandes manchas amarillas y verdes. A medida que me aproximaba a la superficie fui descubriendo más detalles. Casi a mis pies serpenteaba un ancho río, cruzando una extensa llanura abruptamente limitada por una larga línea de escarpados precipicios. Al fondo de estos precipicios se abría una gran extensión verde de selva envuelta en la niebla y, más allá, un gran océano, liso como un cristal verde, se extendía hasta el horizonte curvo. Era un mundo prehistórico de selvas, grandes plantas semejantes a helechos, ciénagas y acantilados vertiginosos. No soplaban ninguna brisa y no se veía ser viviente alguno.

Pisé la selva, cerca de los acantilados, y en ochocientos metros a la redonda los árboles y la vegetación quedaron aplastados allí donde pisaban mis pies.

Observé una larga fila de cavernas en un saliente, en medio del acantilado. Me pareció que desde cada caverna me observaba furtivamente algún ser. Mientras miraba vi una minúscula figura que salía y se acercaba al saliente. Era un individuo muy precavido, dispuesto a regresar a la caverna si advertía hostilidad de mi parte; en ningún momento dejó de mirarme. Al ver que no sucedía nada, otros se animaron a salir y poco después el saliente quedó cubierto de minúsculas figuras que hablaban excitadas y gesticulaban, señalándome entre gritos estentóreos. Mi llegada debió despertar, sin duda, todos sus temores supersticiosos: un gigante que descendía de los cielos para detenerse ante sus propios hogares.

Debía hallarme a un kilómetro y medio del acantilado, pero de todos modos observé que las figuras eran salvajes de músculos voluminosos y cubiertos de pelo; tenían cuatro miembros, andaban en posición erguida, y todos portaban armas rudimentarias.

Uno de ellos alzó un arco tan alto como él mismo y me lanzó una flecha, evidentemente como expresión de desdén o bravata, pues no podía ignorar que la flecha no cubriría ni siquiera la mitad de la distancia. En seguida, uno que parecía el jefe derribó al malandrín de un flechazo. Esto me divirtió. Por lo visto, sus creencias les ordenaban actuar en son de paz.

A modo de prueba di un paso hacia ellos. En seguida se levantó una larga fila de arcos, y docenas de minúsculas flechas volaron hacia mí, para caer en la selva sin llegar a alcanzarme. Me sirvió de advertencia para mantener las distancias.

Pude adelantarme y barrerlos a todos del saliente, como deseaba demostrarles que mis intenciones eran pacíficas, levanté las manos y retrocedí varios pasos. Nuevo

lanzamiento inútil de flechas. Esto me desconcertó y permanecí inmóvil. Si yo no me movía, ellos tampoco lo harían.

El que parecía jefe se echó al suelo y, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos, escudriñó la selva al pie del precipicio. Luego discutieron otra vez, pero no me señalaban a mí, sino a la selva. Entonces comprendí. Por lo visto había una partida de caza en algún lugar de aquella selva; sin duda, estaría a punto de regresar a las cavernas, pues anochecía ya y el crepúsculo alargaba pavorosamente las sombras. Los trogloditas temían que al moverme pisoteara la partida que regresaba.

Permanecí inmóvil en medio del yermo que había aplastado, y traté de mirar por entre la húmeda vegetación que tenía a mis pies. Era prácticamente imposible, pues la niebla cubría hasta las copas de los árboles.

Poco después mis oídos captaron un sonido débil por debajo de mí, como un grito, y luego vi una fila de cazadores salvajes que corrían a toda velocidad a lo largo de un sendero de caza que parecía muy frecuentado. Salieron al mismo claro donde yo me encontraba y se detuvieron sorprendidos, pues evidentemente reparaban por primera vez en mi gigantesca presencia en su mundo. Soltaron las estacas en donde transportaban la caza del día y, después de alzar una temerosa mirada hacia donde yo me erguía, se echaron todos al suelo, presas de abyecto terror.

Todos menos uno. Ignoro si éste, que fue el último en salir de la maraña de árboles, me vio, pues estaba muy distraído observando la oscuridad de donde salía. Luego azuzó a sus compañeros con algunas sílabas enojadas y guturales y, señaló el sendero.

En ese momento llegó hasta mí un rugido que resonó en mis oídos con fuerza estremecedora. A una rápida voz del jefe, los cazadores cogieron sus armas y formaron un amplio semicírculo frente al sendero del cual acababan de salir. En aquel lugar colgaba sobre el sendero la rama de un árbol enorme. El jefe trepó por unos bejucos y poco después se agazapó sobre la rama. Uno de los guerreros ató a otro bejuco un arma grande de tosco aspecto, y el del árbol la izó hasta cogerla. Era una larga estaca puntiaguda de alrededor de unos dos metros y medio, a la que habían atado dos piedras pesadas. El del árbol equilibró cuidadosamente el dispositivo sobre la rama, colgando sobre el sendero y con la punta hacia abajo. El semicírculo de cazadores se agazapó tras una hilera de sólidas lanzas hincadas en ángulo sobre el terreno.

Oí otro rugido estremecedor, y luego apareció la fiera. Al verla me maravilló el valor de aquellos diminutos salvajes. La bestia no mediría menos de dos metros de alzada y seis de largo. Sus seis patas estaban armadas de anchas garras callosas capaces de destrozar por completo a cualquiera de los cazadores. Su larga cola ahusada estaba cubierta de placas, y me pareció que la fiera debía ser una especie de reptil; no obstante, los curvados colmillos de sesenta centímetros en una cabeza de mamífero contradecían esa impresión.

El monstruo permaneció largo rato inmóvil, azotando incesantemente con la cola y observando desconcertado el círculo de seres minúsculos que se atrevían a desafiarlo. Luego, cuando dejó de agitar el rabo y se arqueó para el salto, el guerrero de la rama lanzó su arma... ¡y se dejó caer con ella, apoyando los pies sobre el par de pesadas piedras!

La bestia oyó un ruido o se alarmó por sexto sentido, pues saltó a un lado justo a tiempo, con una agilidad que parecía incompatible con su gran volumen, la estaca puntiaguda se hundió en tierra, mientras el cazador rodaba aturdido por el suelo.

La bestia lanzó un gruñido de ira, abrió sus seis patas y su gran panza tocó la tierra. Luego se abalanzó sobre el círculo de cazadores agazapados. Las lanzas se quebraron al choque, el círculo se dispersó y los cazadores huyeron hacia los árboles. Pero dos de ellos jamás volvieron a levantarse, y la cola flageladora aplastó a otro a los cuatro pasos.

La escena duró unos segundos mientras yo miraba fascinado desde arriba. La bestia persiguió a los que huían; un instante después, la destrucción habría sido terrible, pues no tenían oportunidad de ponerse a salvo.

Rompí el hechizo que me dominaba e hice un amplio gesto con la mano cuando la fiera ya saltaba por segunda vez. La alcancé en el aire y la aplasté en el suelo como habría aplastado un insecto molesto. Quedó caída, inmóvil, en un charco de color rojo oscuro.

Los nativos dejaron de huir, pues mi acción contra el enorme animal había producido un ruido tremendo. Discutían aguadamente, pero se alejaron atemorizados cuando vieron que me inclinaba sobre el enemigo aplastado que había estado a punto de sembrar la muerte entre ellos.

Sólo uno de ellos había visto toda la escena. El que se había dejado caer del árbol sólo quedó momentáneamente aturdido, poniéndose en pie con rapidez cuando el animal embistió a sus compañeros. Así pudo verlo todo.

Entonces se acercó a mí, mirando con cierto desdén a los demás. Debí reunir mucho valor pues, aunque yo estaba agachado, sobrepasaba los árboles más altos. Miró un instante a la fiera muerta y luego me contempló con respetuoso temor. Se arrodilló, tocó varias veces el suelo con la frente y los otros imitaron su ejemplo.

Todos se acercaron para observar el enorme animal.

A juzgar por su conversación y sus gestos, comprendí que deseaban trasladarlo a las cavernas, pero habrían sido necesarios diez salvajes de los más fuertes para levantarla, y entre ellos y las rocas mediaba más de un kilómetro de selva.

Decidí ayudarles; me incliné y tomé con grandes precauciones al valiente jefe. Poniéndolo en la palma ahuecada de mi mano, lo levanté hasta el nivel de mis ojos. Señalé el animal muerto y luego apunté hacia los acantilados. Pero él cerraba los ojos con fuerza, sin duda creyendo llegada su última hora, y temblaba mucho. Era un cazador valiente, pero aquella experiencia habría hecho temblar a cualquiera. Lo bajé ileso al suelo, y los otros le rodearon, excitados. Pronto se recobraría y, sin duda, alguna noche alrededor de la fogata podría contar aquella maravillosa experiencia ante un grupo de nietos incrédulos.

Cogí el animal por la ahusada cola y lo transporté a través de la selva, aplastando árboles a cada paso y dejando un ancho sendero tras de mí. En pocos pasos estuve cerca de los acantilados, y los que estaban en el saliente huyeron hacia las cavernas. Dejé la inmensa pieza sobre el borde del precipicio, que apenas me llegaba a los hombros. Luego me volví para alejarme, dispuesto a explorar aquel mundo nuevo.

Anduve durante una hora y hallé otras tribus de trogloditas que huían tan pronto como me acercaba. La selva terminaba junto al mar, en una costa escarpada.

Estaba muy oscuro, no había lunas y las estrellas parecían opacas y muy lejanas. En la selva se alzaban extraños gritos nocturnos y a mi izquierda se extendían enormes ciénagas donde flotaban vagas formas fosforescentes. A mi espalda se divisaban pequeñas fogatas en la cima de los acantilados. Tomándolo como una bienvenida, me dirigí hacia ellas. Mi tamaño se había reducido tanto que me sentía inseguro al hallarme solo y desarmado, de noche en un planeta desconocido y poblado por monstruos.

Apenas había dado unos pasos cuando adiviné, antes de oírlo, un rumor de alas sobre mí y a mi espalda. Me arrojé al suelo en el momento justo, pues la gran sombra de alguna inmensa criatura nocturna se cernía sobre mí, y afiladas garras arañaron mi espalda. Luego me levanté con aprensión y vi que la criatura se alejaba en vuelo hacia las ciénagas. Su envergadura debía ser de unos doce metros. Me refugié en las rocas, sin atreverme a salir más aquella noche.

Cuando llegué al saliente donde ardían las fogatas, éstas ya quedaban muy por encima de mí, yo era un ser minúsculo agazapado al pie del desfiladero. Yo, un extraño en este mundo, pero adelantado un millón de años a aquellos salvajes en cuanto a evolución respecta, me ocultaba atemorizado por los ojos brillantes y las formas entrevistas en la

oscuridad, que rondaban los linderos de la selva circundante. A salvo en sus cavernas, muy por encima de mí, se hallaban aquellos individuos tan inferiores en la escala de la evolución que sólo poseían los rudimentos de una lengua hablada y apenas acababan de descubrir el fuego. Transcurrido otro millón de años, una gran civilización dominaría quizás aquel globo: una civilización elevada poco a poco desde el barro, los errores y los mitos primordiales. Y sin duda, uno de tales mitos mencionaría a un gigante deiforme que había bajado de los cielos, tronchando grandes árboles a su paso, para salvar de la destrucción a una famosa tribu mediante una matanza de enormes fieras hostiles; y luego habría desaparecido para siempre durante la noche. Y los grandes hombres, los grandes pensadores de aquella civilización futura dirían: «¡Uf! ¡Absurdo! Un mito estúpido».

Pero ahora, el gigante deiforme que aplastaba fieras hostiles con un solo gesto de su mano tenía sólo treinta centímetros de estatura y buscaba un lugar donde poder ocultarse de esas mismas fieras. Por último hallé una pequeña grieta donde me escondí, sintiéndome mucho más seguro que al aire libre.

Poco después era tan pequeño, que habría pasado inadvertido a cualquiera de las grandes fieras que podrían pasar por mi camino.

7

Me encaramé sobre un grano de arena; otros granos se alzaban a mi alrededor como peñascos, durante los minutos siguientes experimenté el cambio por tercera vez: el cambio de ser microscópico en un mundo gigantesco a ser gigantesco flotando en medio de un universo infinito de galaxias. Me hice más pequeño, la distancia entre las galaxias aumentó, los sistemas solares se acercaron y aproximaron a la órbita del planeta más externo. Recibí una sorpresa inesperada, aunque muy agradable. ¡En lugar de posarme en uno de los planetas cuando todavía era demasiado grande para hacerlo, los habitantes de aquel sistema se acercaban para posarse sobre mí!

Era indudable; de un planeta interior despegó un proyectil plateado en forma de huso, acercándose a la velocidad de la luz. Aquello prometía ser interesante, y permanecía a la expectativa de nuevos acontecimientos.

Minutos después, el cohete espacial se hallaba muy cerca. Maniobró a mi alrededor una vez y luego, con un gran fogonazo de llamas y gases por la proa para frenar, describió una amplia curva y se posó suavemente sobre mi pecho. Fue como si se posara sobre mí una mosca. Mientras miraba, una sección cuadrada del casco se abrió hacia afuera y salió un grupo de seres. Digo «seres» porque no tenían forma humana, aunque eran tan minúsculos que apenas lograba distinguirlos como motilas de oro. Doce de dichos seres se reunieron a poca distancia de la nave espacial.

Poco después, para mi sorpresa, abrieron inmensas alas doradas y proferí una exclamación ante su belleza esplendorosa. Tomaron diversas direcciones, sobrevolando mi cuerpo. De esto deduje que yo debía estar rodeado de una atmósfera, como los planetas. Aquellas criaturas aladas formaban un grupo explorador enviado desde uno de los planetas interiores para investigar el nuevo y gran mundo que había entrado en su sistema y se aproximaba peligrosamente al suyo.

Pero, al pensarlo mejor, debieron comprender —o pronto lo comprenderían— que yo no era un mundo sino un ser vivo y consciente. Mi forma longitudinal debía bastarles para ello, además de los movimientos de mis miembros. Sea como fuere, mostraron un arrojo sin precedentes al salir para posarse sobre mí. Yo podía aplastar la frágil nave con un gesto o lanzarla al vacío, sin posibilidad de retorno.

Quise ver de más cerca una de las criaturas aladas, pero ninguna volvió a posarse sobre mí; después de haber paseado sobre mí explorándome en todas direcciones, regresaron a la nave espacial. La compuerta se cerró, los gases rugieron en los tubos de popa, y la nave se remontó de nuevo en el espacio y regresó hacia el sol.

¿Qué noticias llegarían a su planeta? Sin duda, me describirían como un monstruo inenarrable inmenso del espacio exterior. Sus científicos se preguntarían de dónde venía, o tal vez vislumbraron incluso la verdad. Me observarían sin cesar a través de sus telescopios. Probablemente, temerían que yo invadiera o hiciera estragos en su mundo, y lo dispondrían todo para rechazarme si me acercaba demasiado.

Pese a estas probabilidades, continué mi lento avance hacia los planetas interiores decidido a ver y, si era posible, a posarme en el planeta de los seres alados. Una civilización capaz de emprender viajes espaciales debía ser, por cierto, maravillosa.

A medida que avanzaba por el espacio entre los planetas con mis grotescos movimientos, medité otra cuestión. Cuando llegara a los planetas interiores, sería ya tan pequeño que no podría dilucidar cuál era el que yo buscaba, a menos que viera otras naves espaciales para seguirlas. Además, los planetas interiores habrían girado innumerables veces alrededor del sol verde, transcurriendo así muchos años antes que llegara allí. Les sobraría tiempo para anticipar mi llegada y podrían recibirme con violencia, si tenían muchas más naves espaciales como la que había visto.

Y las tenían en efecto, como descubrí después de un lapso que me pareció interminable, durante el cual me acerqué cada vez más al sol. Un planeta rojizo describía una amplia órbita por detrás del sol verde cegador, y esperé a que se acercara. Pocos minutos después estaba tan cerca, que divisé una luna circundando el planeta y, cuando se aproximó aún más, vi los cohetes.

Por tanto, era éste el planeta que buscaba. Pero una cosa me desconcertó. Sin duda, no podían dejar de notar que me acercaba, y yo esperaba encontrarme con una multitud de naves formidablemente alineadas. Vi muchas, cientos de naves, pero no formadas en mi dirección; en realidad, no parecían hacerme mucho caso, aunque yo debí parecer grande a medida que el planeta se aproximaba. Después de todo, tal vez habían llegado a la conclusión de que yo era inofensivo.

Pero era más probable que estuvieran enfrentándose a un problema mucho más importante que mi proximidad. Pues vi que las naves espaciales abandonaban la atmósfera de su planeta y se dirigían hacia el único satélite. Cientos, miles de ellas, una tras otra y formación tras formación, abandonaban su planeta. ¡Parecía que toda la población emigraba *en masse* hacia el satélite!

Esto despertó en seguida mi curiosidad. ¿Qué circunstancias o condiciones podían hacer que una raza altamente civilizada abandonara su planeta y huyera hacia el satélite? Quizá, si lo averiguaba, no desearía ya aterrizar en aquel planeta...

Aguardé con impaciencia su regreso mientras se alejaba de mí para continuar su trayectoria alrededor del sol. Los minutos me parecieron largos, pero al fin volvió a acercarse por el lado opuesto, y me maravilló la relatividad del tamaño, el espacio y el tiempo.

Había transcurrido un año en aquel planeta y su satélite; tal vez hubieran sucedido muchas cosas desde que lo vi por última vez.

El satélite pasó entre el planeta y yo y, a pesar de mi posición desventajosa, incluso pude ver que en efecto habían acontecido muchas cosas. ¡El pueblo alado estaba construyendo una cubierta protectora alrededor del satélite! ¿Para protegerse... de qué? La cubierta parecía de metal gris mate, y ya cubría la mitad del globo. En la parte descubierta vi tierras y mares. Seguramente, pensé, debían conocer la luz artificial pero, de algún modo, parecía absurdo privar para siempre a la superficie de la luz fresca y pura del sol verde. En cierto sentido, lamenté las tribulaciones que por lo visto padecían. Pero tenían las naves espaciales y, a su tiempo, podrían emigrar hacia las vastas regiones inexploradas del espacio.

La curiosidad me consumía más que nunca, pero aún era demasiado grande como para tratar de entrar en contacto con el planeta, de modo que lo dejé pasar por segunda vez, calculé que cuando volviera a aparecer yo sería bastante pequeño para que su

gravedad me «capturara», y bastante grande para que la «caída» sobre la superficie no resultara peligrosa para mí. Estaba decidido a aterrizar.

Otra espera, esta vez más larga porque yo era más pequeño y en consecuencia mi tiempo relativo se dilataba. Cuando las dos esferas volvieron a aparecer, vi que la más pequeña estaba totalmente envuelta en su coraza de metal y la rígida superficie brillaba bajo el resplandor del sol. Bajo aquella estéril cubierta de metal se hallaba el pueblo de los seres alados, con sus gloriosos cuerpos dorados, sus naves espaciales, su luz artificial, su atmósfera y su civilización. Sin embargo, sólo eché una ojeada al satélite, pues me atraía más el planeta ya cercano.

Todo sucedió fácilmente y sin contratiempos. Empezaba a convertirme en un experto «saltador entre planetas». Su gravedad me atrapó y dejé que mis piernas fueran las primeras en describir la caída hasta aterrizar con una ligera sacudida en tierra firme.

Me agaché y quise escudriñar la oscura atmósfera para descubrir algo acerca de aquel mundo. De momento mi vista no pudo penetrar la semipenumbra, pero al poco pude distinguir la superficie. Al principio seguí la dirección de mis miembros para ver dónde había posado los pies. ¡Por lo que pude ver desde mi altura, estaba en medio de lo que parecía una enorme masa de metal aplastado y retorcido!

La he armado, pensé. Ahora me he metido en un lío. He roto algo, una gran maquinaria a lo que parece, y los habitantes no tomarán el asunto a la ligera. Luego pensé: ¿Los habitantes? ¿Quiénes? No el pueblo alado, pues ellos han huido y se han atrincherado en el satélite.

Quise escudriñar de nuevo la penumbra de la atmósfera y, poco a poco, otros detalles se hicieron visibles, al principio mi mirada sólo abarcaba unos pocos kilómetros y luego cada vez más, basta que por último mi visión se extendió de un horizonte a otro y abarqué casi un hemisferio completo.

Mi visión se aclaraba y empecé a comprender. Cuando comprendí con toda claridad, me sentí presa del pánico. Enloquecido, quise saltar de nuevo hacia el espacio, alejarme del planeta, vencer la gravedad que me contenía; pero la fuerza de mi salto seguramente habría arrojado al planeta fuera de su órbita, y tanto éste como los demás planetas y yo mismo podíamos vernos precipitados hacia el sol. No, había puesto los pies en aquel planeta y allí debía quedarme.

Pero después de lo que había visto, no tenía ganas de quedarme. Lo que mis ojos abarcaban en todas direcciones eran estructuras mecánicas inmensas y grotescas, y extraños artefactos mecánicos. Me espantaron aquellas máquinas que ocupaban toda la superficie en aparente confusión. Parecían cubrir todo el globo y poseer una civilización propia. No se veía el menor indicio de ocupación humana, ni de una inteligencia rectora: nada sino máquinas. ¡Y no podía creer que ellas poseyeran inteligencia!

Pero cuando me encogí más cerca de la superficie vi que no había confusión como antes creía, sino un orden sencillo, eficaz y sistemático. Mientras miraba, dos extraños mecanismos avanzaron hacia mí sobre grandes trípodes articulados y se detuvieron a mis pies. Largos brazos articulados de metal, con una especie de garras en los extremos, se alargaron con pavorosa exactitud y precisión y comenzaron a apartar la chatarra retorcida que rodeaba mis pies. Los contemplé y admiré la eficacia de su construcción. Ni complejidades innecesarias ni partes superfluas, sólo los trípodes para moverse y los brazos para limpiar. Cuando terminaron se alejaron y llegaron otras máquinas avanzando sobre ruedas, que levantaron la chatarra y se la llevaron.

Observé estupefacto las pavorosas actividades que estaban teniendo lugar debajo y alrededor de mí. No había prisa ni nerviosismo; las máquinas, de la más pequeña a la más grande, de la más sencilla a la más complicada, tenían un quehacer asignado y lo cumplían sin rodeos, con absoluta precisión. Había máquinas sobre ruedas, sobre cadenas, sobre carriles, sobre inmensos trípodes articulados, máquinas aladas que volaban torpemente por el aire y otras de mil tipos y modelos distintos.

Interminables filas de máquinas perforaban la tierra, salían con cargas de mineral que depositaban y volvían a descender.

Enormes máquinas transportadoras se acercaban y llevaban el mineral a las factorías rugientes.

Dentro de los talleres, otras máquinas fundían el mineral, laminaban, cortaban y trabajaban el acero.

Otras máquinas construían, montaban y adaptaban piezas complicadas, y al término de este largo proceso, el resultado era... ¡más máquinas! Rodaban, escalaban, volaban, caminaban o giraban, según los casos, con total autonomía.

Algunas construían inmensos puentes que atravesaban ríos y hondonadas.

Las excavadoras talaban bosques y allanaban colinas, o excavaban galerías.

Otras construían talleres y fábricas, o erigían torres extrañas y complicadas de varios kilómetros de altura, cuya utilidad no pude adivinar. Mientras miraba, la base de una de ellas falló y el inmenso edificio se ladeó en un ángulo peligroso. Un gran número de minúsculas máquinas se presentó rápidamente en escena. En pocos segundos, poderosas llamas blancas cortaron el metal y la torre cayó con estrépito ensordecedor. Las máquinas-soplete volvieron a trabajar y cortaron el metal en sectores separables; grúas y transportadoras se los llevaron. Quince minutos después, otro edificio se alzaba exactamente en el mismo lugar.

A veces, algo andaba mal: alguna pieza desgastada dejaba de funcionar, y una máquina se detenía en medio de la tarea. En tales casos era conducida a un taller de reparaciones, de donde luego salía como nueva.

Vi dos de las máquinas aladas chocar en el aire, y llovieron pedazos de metal. Media docena de máquinas limpiadoras con trípode llegaron de seis direcciones diferentes y apilaron los restos; luego llegaron las grúas y las máquinas de transporte. Una gran sierra vertical giraba rápidamente sobre un eje accionado por cadenas. La sierra cortaba los árboles y las rocas en incontenible avance hacia las montañas cercanas. Redujo su velocidad, pero sin detenerse, y al fin quedó abierto un ancho camino en línea recta, que comunicaba dos valles. La sierra iba seguida de trípodes que quitaban los escombros y de otras máquinas que colocaban grandes planchas de metal, completando una carretera perfecta.

Pequeñas máquinas lubricantes pululaban por todas partes, suministrando periódicamente a las otras el aceite que aseguraba su funcionamiento.

La región era aplanada y despejada poco a poco y comenzaba a elevarse una enorme ciudad... una ciudad de metal, vacía y horrorosa, una ciudad que ocupaba cientos de kilómetros entre las montañas y el mar, una ciudad de máquinas sin vida, pero animadas de propósitos... ¿cuáles? ¿cuáles?

En la bahía, una línea de torres surgían del agua como dedos señalando el cielo. En aquel momento, las máquinas enlazaban las torres con cables y tirantes. ¡Un puente! Estaban atravesando el océano, poniendo en comunicación continentes enteros: una hazaña prodigiosa de la ingeniería. Si aún no había máquinas al otro lado, pronto estarían allí. No, pronto no. La tarea era gigantesca, llena de dificultades, casi imposible. ¿Casi? Un mundo de máquinas no podía conocer el significado de esa palabra. Quizás otras máquinas ocupadas al otro lado empezaban a construir el puente desde allí hasta juntarse en medio. ¿Con qué propósito?

Un gran río nacido en las montañas serpenteaba hacia el mar. Por algún motivo construyeron un dique en diagonal a través del río para modificar su curso, Por alguna razón... o sinrazón.

¡Sinrazón! ¡Eso era! «¿Por qué, por qué, por qué?», grité verdaderamente angustiado. ¿Con qué propósito o significado, a beneficio de quién? ¡Una ciudad, un continente, un mundo, una civilización de máquinas! En algún lugar de aquel mundo debía morar el autor de todo aquello, la inteligencia, humana o inhumana, que lo controlaba! ¡Mi estancia allí

sería limitada, pero tendría tiempo de buscarlo y, si lo encontraba, iba a arrastrarlo, a convertirlo en alimento de sus propias máquinas, poniendo fin para siempre a tal iniquidad!

Anduve por la orilla del mar unos ochocientos kilómetros y, al rodear un promontorio montañoso, me detuve de repente. Ante mí se alzaba una ciudad, una ciudad descollante de piedra blanca lisa y de gran belleza arquitectónica. Parques espaciosos, decorados con columnatas y figuras aladas. Los edificios estaban contruidos de modo tal que todo apuntaba hacia arriba, parecía dispuesto a volar.

Esa era una mitad de la ciudad.

La otra estaba hecha un montón ruinoso de piedra blanca destruida, de edificios derribados por las máquinas, en aquel mismo momento empeñadas en reducir toda la ciudad al mismo estado.

Mientras miraba vi veintenas de máquinas-soplete cortando la base de piedra y acero de uno de los edificios más altos. Dos pesadas máquinas aéreas, portando una ancha malla metálica, despegaron pesadamente de las afueras de la ciudad. Volaron hacia el edificio y se colocaron una a cada lado. La malla metálica hizo retroceder a las máquinas y las derribó. Pero el edificio, cuya base ya estaba debilitada, se tambaleó hacia delante, se sostuvo durante un prolongado y estremecedor instante y luego cayó con un estrépito ensordecedor entre una nube de polvo, escombros y armazón retorcida.

Las máquinas-soplete avanzaron hacia otro edificio mientras, en una pendiente cercana a las afueras, aguardaban otras dos máquinas aéreas...

Enfermo por el vandalismo sin propósitos de todo esto, me volví hacia el interior; pero en todas partes había máquinas, destruyendo o construyendo, derribando las ciudades abandonadas del pueblo alado y erigiendo su insensata civilización de metal.

Por último llegué a una larga cordillera, más alta que yo. En dos pasos la escalé y divisé una gran planicie llena de las grotescas ciudades contruidas por las máquinas. Habían adelantado bastante. A unos trescientos kilómetros a la izquierda se alzaba una gran cúpula de metal. Hacia ella me dirigí sin hacer caso de las máquinas que se movían alrededor de mis pies.

Cuando me acerqué a la cúpula, una hilera de mecanismos de aspecto formidable, provistos de largos clavos, se alzó para cortarme el paso. Los pisoteé con furia y pocos minutos después quedaron reducidos a chatarra, aunque también yo recibí algunos rasguños durante la escaramuza. Más ejércitos de máquinas con clavos se alzaban a cada paso que daba, pero avancé entre ellas, apartándolas a patadas, y por fin llegué a una entrada lateral de la inmensa cúpula. Me agaché, entré y, una vez dentro, hallé que mi cabeza casi tocaba el techo.

Esperaba encontrar allí lo que buscaba, y así fue. Allí, en medio de aquel espacioso recinto, estaba La Máquina de todas las Máquinas; la Causa de Todo; la Fuerza Central, la Potencia Gobernante de toda aquella iniquidad que sembraba el desorden sobre la faz del planeta. Era de forma más o menos circular, grande y pesada. También resultaba asombrosamente complicada: un laberinto de motores, ruedas, conmutadores, luces, palancas, botones, tubos y rarezas, incomprensibles para mí. En filas circulares se alineaban otras máquinas más pequeñas que ejecutaban distintas tareas, accionaban los conmutadores, apretaban botones y accionaban palancas. El resultado era una unidad latiente, rítmica y autónoma. Me parecía adivinar las ondas invisibles saliendo en todas direcciones.

Me pregunté qué parte de aquella gran máquina sería vulnerable. Idea estúpida. Ninguna. Sólo ella... toda ella. Era El Cerebro.

El Cerebro, la Inteligencia. Lo había buscado y encontrado. Lo tenía ante mí. Ahora iba a aplastarlo. Miré a mi alrededor en busca de algún arma y, al no encontrar ninguna, avancé con las manos vacías.

Un panel cuadrado se iluminó en seguida con un resplandor verde y supe que El Cerebro conocía mis intenciones. Me detuve. Una extraña sensación se apoderó de mí, un sentimiento de odio, de amenaza. Procedía de la máquina, sin duda, e invadía el aire en ondas invisibles.

«Tonterías —pensé—, al fin y al cabo no es más que una máquina. Sí, muy complicada, quizás inteligente; pero sólo domina otras máquinas, no puede hacerme daño.» Volví a dar un decidido paso adelante.

La sensación de amenaza se hizo más intensa, pero luché contra mi aprensión y avancé osadamente. Casi había llegado hasta la máquina cuando una cortina de crepitantes llamas azules saltó del suelo al techo. Un paso más y me habría atrapado.

Se me antojó que la máquina irradiaba amenaza, odio e ira en ondas densas, casi tangibles, que fuesen a envolverme, y retrocedí con rapidez. Regresé a las montañas. Después de todo, aquél no era mi mundo... mi universo. Pronto sería tan pequeño que mi estancia entre las máquinas resultaría sumamente peligrosa; las cimas de las montañas eran el único refugio seguro. Me habría gustado aplastar a El Cerebro y poner fin a todo aquello pero, en todo caso, pensé, puesto que el pueblo alado estaba a salvo en el satélite, ¿por qué no abandonar a las máquinas aquel mundo sin vida?

Anohecía cuando llegué a las montañas. Contemplé la llanura desde una ladera cubierta de césped, que me pareció el único lugar pacífico de todo el planeta. Se divisaban pequeñas luces que indicaban actividad de las máquinas, prosiguiendo sus trabajos sin descansar jamás. El repiqueteo y los ruidos estrepitosos llegaron débilmente hacia mí, y me alegré de estar a una distancia prudencial de todo aquello.

Mientras contemplaba la cúpula que albergaba a El Cerebro, vi algo nuevo: sobre un armazón había un gran globo y a su alrededor parecía bullir una actividad extraordinaria.

Un temor indefinible atenazó mi cerebro cuando vi que las máquinas ocupaban el globo; adiviné lo que iba a ocurrir después. El globo se elevó rápido como una pluma, salió de la atmósfera y entró en el espacio donde, como un puntito minúsculo, maniobraba con suma facilidad. Poco después volvió a aparecer, bajó flotando suavemente hasta posarse de nuevo en su armazón, y las máquinas que habían dirigido el vuelo desembarcaron.

¡Las máquinas habían logrado el viaje espacial! Se me encogió el corazón al comprender lo que esto significaba. Construirían más naves... ya las estaban construyendo. Visitarían otros mundos, y el más cercano era el satélite... encerrado en su caparazón metálico protector...

Luego pensé en las máquinas-soplete que había visto, capaces de cortar piedra y metal en pocos segundos...

Sin duda, el pueblo alado lucharía con denuedo. Pero cuando comparé sus cohetes con la eficacia del globo que acababa de ver, tuve muy pocas dudas en cuanto al resultado. Serían arrojados de nuevo al espacio en busca de un mundo nuevo y las máquinas se apoderarían del satélite para sembrar el desorden también allí. Permanecerían allí el tiempo que El Cerebro deseara, o hasta que ya no quedaran más tierras por conquistar. Como el planeta originario ya estaba saqueado, se disponían a partir.

El Cerebro. Un cerebro mecánico completo e inteligente, orgulloso de su poder, envanecido por sus conquistas. ¿Quién lo habría creado? El pueblo alado debió ser el autor indirecto pero, sin duda, ahora comprendían el terrible peligro que habían lanzado al universo.

Quise imaginar su civilización como debió ser mucho antes de que aquello ocurriese. Imaginé una civilización donde la maquinaria desempeñara un papel muy importante. Imaginé el desarrollo de esta maquinaria, que los liberaba de muchas tareas. Supuse que debieron crear máquinas de complejidad cada vez mayor, de creciente perfección, hasta que no se necesitaron sino pocas personas para manejarlas. Luego debió llegar el gran

día, el día supremo en que los elementos mecánicos reemplazarían incluso a estas pocas personas.

Sin duda fue un día triunfal. Máquinas que satisfacían todas sus necesidades, atendían a todos sus deseos, seguían todos sus caprichos mediante el sencillo acto de apretar un botón. ¡Debió ser la «utopía» hecha realidad!

Pero resultó ser una utopía amarga. En su ceguera e imprudencia, habían ido demasiado lejos para lograrla. En un momento dado, entre las máquinas que creían tener bajo su control, cayó una chispa de inteligencia. Una de las máquinas la recibió quizá secretamente; se formó y evolucionó hasta convenirse en una unidad de inteligencia inspirada, terriblemente eficaz. Y, guiadas por aquella inteligencia, fueron construidas otras máquinas sometidas a la misma. Lo demás debió ser sencillo: la rebelión y la victoria fácil.

Así imaginé la evolución del cerebro mecánico, que incluso en aquel momento lo dirigía todo desde su cúpula metálica.

Y el caparazón metálico del satélite... ¿no significaba que el pueblo alado esperaba una invasión? Incluso era posible que aquél no fuese el planeta originario del pueblo alado; quizás el viaje espacial no era una innovación entre las máquinas. Tal vez fue en uno de los lejanos planetas interiores donde el pueblo alado alcanzó la utopía que resultó ser una terrible Némesis; se habrían trasladado al planeta siguiente, sin imaginar que las máquinas iban a seguirlos; pero, unos años después, las máquinas lo hicieron. El pueblo alado seguiría huyendo y las máquinas tras ellos, en busca de nuevas esferas que conquistar. Por último, el pueblo alado llegó a aquel planeta y luego a su satélite; comprendiendo que pocos años después las máquinas volverían con toda su prepotencia, se habían protegido bajo la cubierta metálica.

Sin embargo, no huyeron a un lugar lejano y seguro del universo, como pudieron hacer fácilmente. Se quedaron; siempre a una esfera de distancia, sin duda planeaban el modo de barrer el mal que se extendía y que ellos habían desencadenado.

¡*Tal vez la cubierta que rodeaba el satélite era una especie de trampa!* Al pensar esto, recordé otra vez las máquinas-soplete y la eficacia mortal del globo que había visto, y mis esperanzas se desvanecieron.

Quizás algún día averiguasen cómo contener la extensión del peligro. Pero, por otra parte, las máquinas podían extenderse a otros sistemas solares, a otras galaxias, y algún día, dentro de un billón de años, llegar a ocupar todas las esferas de aquel universo...

Eso pensaba mientras yacía sobre el césped y observaba la llanura, el repiqueteo incesante y el continuo ir y venir de las luces en la oscuridad. Ya era muy pequeño; pronto, muy pronto, abandonaría aquel mundo.

Lo último que vi fue un grupo de globos espaciales, apenas perceptibles en la oscuridad. Entre ellos, uno más alto y voluminoso que los demás, no era difícil suponer cuál de las máquinas ocupaba ese globo.

Lamenté no haber hecho un intento más decidido por destruir aquel mecanismo malicioso, El Cerebro.

Así me alejé del mundo de máquinas, el mundo que era un electrón de un grano de arena, que era parte de un mundo prehistórico, que no era sino un electrón del portaobjetos de un microscopio, que existía en un mundo correspondiente, a un electrón de un lingote de Rehilio-X en la mesa del laboratorio del profesor.

Es inútil continuar. No tengo ni tiempo ni ganas de seguir relatando las aventuras que he vivido, los universos que he atravesado, las cosas que he visto, experimentado y aprendido en todos los mundos desde que dejé el planeta de las máquinas.

Ciclos cada vez más pequeños..., universos infinitos..., interminables..., cada uno de los cuales presenta algo nuevo..., una extraña variación de vida o inteligencia... ¿Vida? ¿Inteligencia? Términos que antaño asociaba con seres animados, seres

protoplasmáticos e inteligibles. No creo que puedan abarcar a todas las divergencias de forma, figura y construcción que he encontrado...

Mundos Jóvenes..., cálidos..., volcánicos y humeantes..., la célula única emergiendo del cieno oceánico para propagarse por los continentes primitivos..., otros mundos, innumerables..., vida diferente en inacabables avalares..., glóbulos amorfos..., anfibios..., crustáceos..., reptiles..., vegetales..., insectos..., pájaros..., mamíferos..., todas las variaciones posibles, todas las combinaciones..., monstruos biológicos indescriptibles...

Formas que desafían todo intento de clasificación..., más allá de la razón o la comprensión de mi mente diminuta..., esencias de llama pura..., seres gaseosos, incandescentes e inmóviles..., formas vegetales invadiendo un globo completo..., seres cristalinos conscientes y pensantes..., grandes columnas resplandecientes, líquidas en apariencia, desafiando la gravedad mediante un extraño poder de cohesión..., un mundo de vibraciones sonoras, palpitante, en expansión, retumbando en ecos continuos que estuvieron a punto de enloquecerme..., cerebros privados de organismo material..., seres intradimensionales amorfos o de todas las formas posibles..., entidades que escapaban a todos mis sentidos excepto el sexto, la intuición...

Soles agonizantes..., planetas fríos, oscuros y sin atmósfera..., últimos vestigios de razas antaño prósperas luchando por un plazo más de subsistencia..., grandes cavidades..., lechos de mares volatilizados..., pequeños animales peludos escabullándose para ocultarse cuando me acercaba..., desolación..., ruinas deshaciéndose bajo las arenas de desiertos yermos, mudos testigos de civilizaciones desaparecidas...

Otros mundos... florecientes de vida... pictóricos de luz y calor..., ciudades deslumbrantes..., grandes poblaciones..., unas naves surcando los océanos y otras el aire..., observatorios gigantescos..., tremendos progresos científicos.

Exploraciones espaciales..., luchas entre mundos por la supremacía..., rayos abrasadores..., choques de planetas..., destrucción de sistemas solares..., aniquilación cósmica...

Luz espacial..., un universo envuelto en algo tenue y membranoso cuando pasé... a mi alrededor veía, no la oscuridad de costumbre, sino luz... llena de minúsculos puntitos que eran globos de oscuridad..., soles apagados y planetas sin vida..., sin ningún planeta vivo, sin ningún sol resplandeciente... Sólo remotos puntos negros en un vacío estéril...

No sé cuántos ciclos atómicos infinitamente más pequeños habré atravesado. Al principio quise llevar la cuenta, pero entre el vigésimo y el trigésimo renuncié a ello; esto sucedió hace mucho.

Siempre pensaba: «Esto no puede durar siempre. Sin duda, la próxima vez llegaré al fin.»

Pero no he llegado todavía.

¡Señor! ¿Cómo puede existir un fin? Mundos compuestos de átomos... siempre análogos... El fin tendría que ser un sólido indivisible, y eso es absurdo; toda materia es divisible en partículas inferiores...

¿Qué me impide enloquecer? ¡Quiero enloquecer!

Estoy cansado..., un cansancio extraño que no es mental ni físico. La muerte sería una grata liberación de ese sino eterno que es el mío.

Pero incluso la muerte se me niega. La he buscado..., he rogado que viniera... Pero no es posible.

En los innumerables mundos con los que he entrado en contacto hay dos tipos de habitantes: aquellos cuya inteligencia era tan baja que huían y se escondían de mí, presas del horror supersticioso, o aquellos de un nivel intelectual tan alto que comprendían quién era yo y me acogían con satisfacción. Estos últimos sólo están en muy pocos mundos, y allí es donde moro brevemente.

Estos seres —o formas, monstruos o esencias— siempre eran mental y científicamente muy superiores a mí. Casi siempre me observaban durante años como una sombra

oscura que se cernía más allá de las estrellas más lejanas, eclipsando algunos campos estelares y nebulosas..., y siempre que llegaba a sus mundos me daban la bienvenida con entusiasmo científico.

Invariablemente les desconcertaba mi encogimiento constante, y cuando se enteraban de mi origen y de cómo había llegado allí, se mostraban sorprendidos y excitados.

En la mayoría de los casos se alegraban al saber de cierto que existían grandes universos ultramacrocósmicos, al parecer todos habían postulado durante mucho tiempo tal teoría.

A menudo, aquellos seres o entidades —o lo que fueran— se sorprendían de que el profesor, uno de mis compañeros humanos, hubiera inventado un principio activo tan maravilloso como «Encogix».

«Casi increíble», era la opinión general; «si hemos de juzgar a los miembros de esa raza por el individuo que vemos —se referían a mí—, el profesor debe estar adelantado varios siglos sobre el resto de su planeta».

Aunque en casi todos los planetas me consideraban mentalmente inferior, no desdeñaban conversar conmigo y yo con ellos mediante muy variados métodos, que en su mayoría eran variantes de la telepatía, querían saber hasta los menores detalles y escuchaban con sumo interés todas mis explicaciones acerca de los demás universos. Respondían a todas mis preguntas y también me explicaban cosas sobre su universo, su mundo, su civilización y sus logros científicos, la mayoría de los cuales eran incomprensibles para mí, dado lo extraño de su naturaleza.

De todos los seres intrauniversales con los que conversé, los más raros fueron aquellas esencias que moraban en el espacio exterior lo mismo que en los planetas; no podía verlos sino como manchas vagas de vacío, faltas de luz, color y corporeidad, dejándome convencido de que eran Inteligencias Puras, muy superiores a cualquier plano material. No obstante, mostraron un interés hacia mí, acompañándome por varios planetas, revelándome muchas cosas y tratándome con suma amabilidad. Durante mi permanencia con ellas aprendí por la experiencia la absoluta subordinación de la materia a los poderes de la mente. En un mundo gigantesco y montañoso, monté sobre un delgado rayo de luz que abarcaba dos cumbres y deseé con toda mi voluntad no caer. Y no caí.

He aprendido mucho. Mi mente es mucho más lúcida, más penetrante, más comprensiva que antes. Y me esperan en los universos venideros enormes campos de asombro y conocimiento.

A pesar de ello, preferiría que todo terminase. El extraño cansancio que experimento... no logro comprenderlo. Quizás alguna radiación invisible del espacio vacío sea la causa de este cansancio.

O quizá se deba a que me siento muy solo. ¡Cuan lejos me hallo de mi propia esfera! Millones de millones..., trillones de trillones... de años-luz... ¡Años-luz! La luz no puede medir esa distancia, que no es distancia en realidad: estoy en un bloque de metal sobre la mesa del laboratorio del profesor...

¡Qué lejos he ido en el espacio y el tiempo, sin embargo! Han pasado años, muchos más de los que cubre un plazo normal de vida. Soy eterno.

Sí, la vida eterna... que los hombres han soñado... por la cual han rogado... y buscado... yo la poseo... ¡y sueño, ruego y busco la muerte!

La muerte. Todos los seres extraños que he conocido y con quienes he conversado me la han negado. A muchos he implorado que me liberaran sin dolor y para siempre, pero sin éxito. Muchos poseían medios científicos para detener mi encogimiento constante, pero no estaban dispuestos a hacerlo. Nadie quiso intervenir. ¿Por qué? Siempre les hice esa pregunta, pero no me contestaron.

Pero no necesito respuesta. Creo comprender. Estos seres dotados de sabiduría comprendieron que un ente como yo nunca debió ser... que soy una blasfemia contra natura... comprendieron que la vida eterna es algo terrible..., algo indeseable..., y como

castigo por ahondar en secretos que nunca debían ser revelados, nadie me liberará de mi destino...

Quizá tengan razón pero... ¡es cruel! ¡Cruel! La culpa no es mía y estoy aquí contra mi voluntad.

Y por eso continuó siempre hacia abajo, solitario, añorando a otros de mi especie. Siempre esperanzado... y siempre decepcionado.

Así me alejé de un mundo de seres gaseosos altamente inteligentes; un mundo hecho de una materia muy enrarecida que lindaba con la nebulosidad. Cada vez más pequeño, fui alzado por un torbellino de la atmósfera y entré en un nuevo universo.

No sé por qué me sentí atraído por aquella minúscula y lejana mancha amarilla. Estaba cerca del centro de la nebulosa donde había entrado. No faltaban soles mucho más brillantes, más atractivos, mas cercanos. Aquel sol amarillo y minúsculo era insignificante, comparado con otros soles y cúmulos estelares que lo rodeaban, parecía insignificante y se perdía entre ellos. No puedo explicar por qué, estando tan lejos, me sentí empujado hacia él.

Pero la mera distancia, incluso a escala interestelar, ya no significaba nada para mí. Había aprendido de la Inteligencia Pura el secreto de la propulsión mediante la energía mental, y de este modo avanzaba por el espacio a cualquier velocidad que no excediera a la de la luz; dado que mi mente era incapaz de imaginar una velocidad más rápida que la de la luz yo, naturalmente, no podía superarla con mi cuerpo material.

En pocos minutos me acerqué al astro amarillo y vi que tenía doce planetas. Como aún era demasiado grande como para aterrizar en cualquier esfera, paseé por entre los otros soles, observando el curioso aspecto de aquel universo, pero sin perder de vista el pequeño sol amarillo que tanto me había intrigado. Y por último, mucho más pequeño, regresé hacia él.

De los doce planetas, uno me atrajo especialmente. Era pequeño y azul. No tenía demasiada importancia dónde aterrizara de modo que, ¿por qué escogí aquel entre los demás? Quizá sólo fuera un capricho, pero creo que la verdadera razón fue su resplandor azul claro; era como si me llamara, invitándome a acercarme. Era un fenómeno inexplicable; nunca me había pasado. Así que me acerqué a la órbita del planeta azul y bajé.

Como de costumbre, me quedé quieto unos momentos hasta ver dónde estaba. Entonces observé que había aterrizado en un gran lago o conjunto de lagos. A poca distancia, a mi izquierda, vi una ciudad de varios kilómetros de anchura, gran parte de la cual estaba anegada por la inundación que yo había provocado.

Con sumo cuidado, para no levantar más olas gigantescas, salí a tierra firme y el nivel del agua bajó un poco.

Poco después vi un grupo de cinco máquinas volando hacia mí; todas tenían dos alas perpendiculares a la estructura. Miré a mi alrededor y vi otras máquinas semejantes acercándose desde otras direcciones, siempre en grupos de cinco, formadas en V. Cuando estuvieron cerca empezaron a lanzarse y a precipitarse de un modo muy raro. Hacían un ruido agudo, y sentí en mi piel unos impactos como de minúsculos perdigones. Pensé que aquellos seres eran muy belicosos o quizá muy excitables.

El bombardeo continuó durante cierto tiempo y comenzó a parecerme bastante molesto. Aquellos minúsculos perdigones no podían hacerme ningún daño, ni siquiera lograban atravesar mi piel, pero el impacto me daba picazón. No me explicaba aquel ataque, a menos que estuvieran enojados por la inundación que había causado al aterrizar. En tal caso eran muy poco razonables, pensé; cualquier daño producido era totalmente involuntario, y ellos debían comprenderlo.

Iba a saber pronto que aquellas criaturas eran muy absurdas en muchas de sus actitudes y acciones; resultaron sorprendentes en más de un sentido,

Agité los brazos y entonces abandonaron su inútil bombardeo, aunque siguieron volando a mi alrededor.

Quise ver qué clase de seres manejaban tales máquinas. Aterrizaban y despegaban sin cesar de un ancho llano que tenían allí abajo.

Durante varias horas zumbaron a mi alrededor, mientras yo me hacía cada vez más pequeño. A mis pies vi largas cintas blancas que supuse eran caminos. Por ellos corrían diminutos vehículos; poco después éstos llegaron a ser tan numerosos que todos quedaron atascados. Una gran multitud se aglomeraba en los campos y no dejaba de aumentar.

Por fin mi tamaño me permitió distinguir mejor y observar detenidamente a los seres que habitaban aquel mundo. Entonces mi corazón dio un salto, pues se parecían un poco a mí en su estructura. Tenían cuatro miembros y se mantenían en posición erguida, aunque su método de locomoción consistía en saltitos espasmódicos, muy distintos del suave deslizamiento de los de mi especie. Sus rasgos también eran algo diferentes (me parecieron grotescos), pero la única diferencia fundamental entre ellos y yo era que sus cuerpos parecían más espigados, de sección aproximadamente ovalada y muy delgados, yo diría frágiles.

Entre los miles reunidos allí, había quizás una veintena que parecían ostentar autoridad. Viajaban a lomos de animales de cuatro patas y aspecto ridículo, y parecían tener dificultades en dominar a la excitada multitud. Yo, por supuesto, era el motivo de su excitación; mi presencia parecía haber provocado allí más consternación que en otros mundos.

Luego se abrió un corredor entre la multitud, y uno de los pesados vehículos de cuatro ruedas se acercó por el camino hasta donde yo estaba. Supuse que pretendían hacerme entrar en aquel recipiente parecido a una caja, con que lo hice y fui transportado con mucho baqueteo y sacudidas hacia la ciudad que había visto. Pude oponerme a aquel trato desconsiderado, pero comprendí que aún era muy grande y que probablemente no tenían otro modo de transportarme.

Estaba muy oscuro y en la ciudad resplandecían miles de luces. Me condujeron a un edificio y, en seguida, muchos individuos importantes se acercaron a observarme.

Ya he dicho que mi mente era mucho más aguda que antes, de modo que no me sorprendió notar que podía leer sin mucha dificultad los pensamientos de aquellos seres. Supe que eran científicos venidos de otras ciudades cercanas —la mayoría en máquinas aladas, a las que llamaban «aeroplanos»— cuando se enteraron de mi llegada. Hacía muchos meses que estaban seguros de que yo aterrizaría. Me habían observado a través de sus telescopios y discutieron acerca de mí durante la espera, comprendí que estaban muy desconcertados, y que sabían de mí tan poco como al principio.

Aunque aún era muy grande, estaba empequeñeciéndose, y esto era lo que más los desconcertaba, lo mismo que había ocurrido en los demás mundos. La segunda cuestión que les preocupaba era de dónde provenía.

Las hipótesis variaban. Estaban seguros de que venía de muy lejos. ¿Urano? ¿Neptuno? ¿Plutón? Supe que éstos eran los nombres de los planetas externos de su sistema. No, dedujeron; yo debía venir de mucho más lejos. ¡Quizá de una galaxia remota de su universo! Sus mentes vacilaban ante esta idea. Pero ¡qué lejos se hallaban de la verdad!

Me hablaron en su idioma y parecieron comprender que era inútil. Aunque yo comprendía cuanto decían y todo lo que pasaba por sus mentes, ellos no podían saberlo, pues no sabía cómo responderles. En vista de que sus mentes parecían totalmente cerradas a todos mis intentos de comunicación mental, renuncié a ello.

Luego conversaron entre ellos y leí impotencia en sus mentes. También comprendí, mientras discutían, que me consideraban un ser aborrecible, un monstruo. Y, cuando indagué en sus cerebros, descubrí otras muchas cosas.

Averigüé que el instinto más fuerte de aquella raza le inducía a considerar todos los hechos y fenómenos no naturales con suspicacia, incredulidad y prejuicios.

Descubrí que estaban muy orgullosos de sus éxitos en cuanto a los avances científicos e inventos. Sus astrónomos no habían profundizado mucho en el espacio exterior, pero a ellos les parecía que abarcaban una gran distancia; como no habían encontrado indicios de vida inteligente en ninguna de las esferas inmediatas, se precipitaban a deducir que su especie de vida era la dominante de aquel sistema solar y, quizás —era un quizá dudoso—, en todo el universo.

El concepto que tenían de un universo era extraño. Cierto que habían llegado a la teoría de un universo en expansión y, al menos en esto, no se equivocaban, como supe al recordar el mundo anterior que había abandonado: la bocanada giratoria de atmósfera gaseosa en dilatación, de la cual aquella minúscula esfera azul era una partícula. Sí, en efecto, su teoría de un «universo en expansión» era correcta. Pero muy pocos de sus pensadores iban más allá del universo inmediato, lo bastante lejos para vislumbrar, siquiera remotamente, la vasta verdad.

Sí, tenían extensas ciudades. Había visto muchas desde mi altura, mientras me cernía sobre su mundo. Entonces pensé que se trataba de una gran civilización. Pero ahora sé que las grandes ciudades no son sinónimo de grandes civilizaciones. Me decepcionó lo que hallé, y ni siquiera puedo explicar esa decepción, pues aquella esfera azul no significa nada para mí y pronto habré desaparecido en mi viaje eterno hacia abajo...

Leí muchas cosas en las mentes de sus científicos: preguntas claras y concisas, preguntas confusas y remotas, pero ellos jamás podrán saberlo.

Leí una idea en la mente de uno de los seres, que se alejó y regresó poco después con un aparato compuesto por cables, unos auriculares y un disco plano giratorio. Habló a través de un instrumento, una especie de amplificador. Poco después llevó un instrumento puntiagudo sobre el disco giratorio y oí reproducidos sonidos idénticos a los que había emitido. Un método muy burdo, pero eficaz a su modo. Deseaban registrar mi discurso, para tener al menos algo que estudiar cuando yo me hubiera ido.

Traté de pronunciar algunas palabras de mi antiguo idioma a través del instrumento. Creía que nada podía ya sorprenderme, pero entonces vi que estaba en un error. No ocurrió nada, sino que no podía hablar. Ni en el viejo y cotidiano idioma que conocía desde siempre, ni en otro. Me había comunicado por transferencia mental en tantos mundos que había perdido mi poder de articulación.

Quedaron decepcionados. No lo lamenté, pues ellos jamás habrían podido descifrar un idioma tan absolutamente extraño como el mío.

Entonces recurrieron a las matemáticas, que rigen lo mismo para éste como para los demás universos. El molde matemático en que fue vertido el Todo eterno al comienzo, y al que ha seguido ajustándose desde entonces. Sacaron un gran diagrama que mostraba aquella y otras galaxias. Luego trazaron un círculo —algo comprensible en cualquier universo— sobre un panel negro adosado a la pared, y a su alrededor diez círculos más pequeños. Evidentemente, era su sistema solar, aunque no pude comprender por qué dibujaron sólo diez círculos si, desde el espacio exterior, yo había visto doce planetas. Luego dibujaron un punto minúsculo en el gráfico, que equivalía a la posición de aquel sistema en su galaxia. Luego me dieron el gráfico.

Era inútil. Totalmente imposible. ¿Cómo podría señalar mi universo, para no hablar de mi galaxia y mi sistema solar, mediante métodos tan insignificantes? ¿Cómo decirles que mi universo y mi planeta eran tan infinitamente grandes, que los *suyos* resultaban prácticamente inexistentes ¿Cómo explicarles que su universo no estaba *fuera* del mío sino en *mi planeta*? Era parte de un bloque de metal en una mesa de laboratorio, en un grano de arena, en los átomos del cristal del portaobjetos de un microscopio, en una gota de agua, en una brizna de césped, en un poquito de fuego apagado, en un millar de variaciones de elementos y sustancias que yo había atravesado y, por último, en una

bocanada de gas que era la causa de su «universo en expansión». ¡Aunque hubiera podido conversar con ellos en su propio idioma, no habría logrado hacerles comprender la enormidad del esquema de los mundos, cuando ellos eran sólo un electrón de un átomo en uno de los trillones de trillones de moléculas de un mundo infinitamente mayor! Esta noción habría hecho estallar sus mentes.

Resultaba evidente que jamás lograrían entrar en comunicación conmigo, ni yo con ellos; empecé a perder la paciencia. Deseaba salir de aquel edificio sofocante, hallarme bajo el cielo nocturno, libre y sin estorbos, en el vasto espacio que era mi morada.

Al ver que no hacía intención de señalar en el gráfico de qué parte de su insignificante universo provenía, los científicos volvieron a discutir entre sí, y me sorprendió el rumbo de sus pensamientos.

¡Habían llegado a la conclusión de que yo era un monstruo del espacio exterior, que de algún modo había llegado allí, y que mi lugar en la escala de la evolución era demasiado inferior al suyo para intercambiar ideas conmigo mediante el lenguaje oral (pensaron que yo no lo poseía) o por señales (que aparentemente yo no podía comprender, por salvaje)! ¡Llegaron unánimemente a esta conclusión! ¡Y sólo porque yo no había pronunciado sonido alguno que ellos pudieran registrar, y porque el diagrama de su universo era para mí totalmente insignificante! ¡En ningún momento se les ocurrió pensar que podía ser cierto lo contrario, que yo podría conversar con ellos si sus mentes no fueran demasiado débiles para captar mis pensamientos!

Reaccioné con disgusto ante aquellas conclusiones apresuradas de sus mentes primitivas, disgusto que dejó paso a una antigua emoción: la ira.

Y cuando aquel estallido impulsivo y creciente de ira inundó mi mente, ocurrió algo extraño: todos los científicos que estaban ante mí cayeron al suelo en estado de inconsciencia.

En efecto, mi mente era mucho más penetrante que antes. Sin duda, mi acceso de ira había originado ondas inmatrimales golpeando los centros de sus conciencias con fuerza suficiente para dejarlos insensibles.

Me alegré de haber terminado con ellos. Abandoné el edificio, salí a la noche espléndida, bajo las estrellas, y eché a andar por la calle con intención de alejarme de la ciudad. Quería abandonarla, abandonar aquel mundo y el pueblo que lo habitaba.

Mientras avanzaba por las calles, todos los que me vieron me reconocían de inmediato y casi todos huyeron irracionalmente para ponerse a salvo. Un grupo montado en uno de los vehículos trató de cortarme el paso, pero ejercí contra ellos el poder de mi ira; cayeron sin sentido y el vehículo se estrelló contra un edificio, quedando destruido.

Pocos minutos después dejé atrás la ciudad y enfilé una de las carreteras, sin rumbo determinado; pero nada me importaba, salvo estar libre y solo, como debía ser. Sólo me quedaban unas pocas horas en este mundo.

Y luego el sentimiento volvió a apoderarse de mí; aquel extraño sentimiento que ya había experimentado dos veces: cuando escogí el minúsculo sol anaranjado entre millones y cuando me dirigí a aquel pequeño planeta azul. Ahora lo experimentaba por tercera vez, más intenso que nunca, y supe que tenía algún propósito muy definido. Era como si algo, algún poder desconocido, me atrajera irresistiblemente hacia él; no podía rechazarlo, ni deseaba hacerlo. Esta vez lo noté muy fuerte y muy próximo.

Entre la oscuridad del camino, vi una luz a cierta distancia y a la izquierda y supe que debía dirigirme hacia ella.

Al acercarme vi que procedía de una casa medio oculta en el fondo de una arboleda y me acerqué sin dudar. La noche era cálida, y un par de ventanas dobles dejaban ver una sala bien iluminada, donde estaba un hombre.

Entré y permanecí inmóvil, ignorando por qué me había sentido atraído hasta allí.

El hombre me daba la espalda. Estaba sentado ante un instrumento cuadrado y con botones y parecía escuchar con atención alguna noticia que salía de él. Los sonidos de la

caja eran ininteligibles para mí, por lo que concentré mi atención en leer la mente del hombre mientras escuchaba, y no me sorprendió averiguar que las noticias se referían a mí:

—...se han exagerado algo las bajas, aunque los daños materiales ascienden a millones de dólares —decían las noticias emitidas por la caja—. Cleveland sufrió el golpe más duro, aunque no inesperado, ya que las calculadoras astronómicas habían calculado con bastante exactitud el radio de peligro. El ser extraterrestre se posó en el lago Erie, a pocos kilómetros de la ciudad. Las aguas se desbordaron e inundaron cerca de una tercera parte de la zona urbana antes de retroceder; por fortuna, la mayoría de la población obedeció a las advertencias evacuando la región... todas las ciudades lacustres de la vecindad han comunicado grandes daños materiales, por el este hasta Erie y por el oeste hasta Toledo, habiéndose producido grandes inundaciones... Todos los aparatos de las Fuerzas Aéreas que estaban disponibles acudieron por si el extraterrestre daba muestras de hostilidad... Los científicos que hace meses predijeron el aterrizaje del ser contrataron inmediatamente aviones para trasladarse a Cleveland... A pesar de los cordones policiales y de milicianos, la muchedumbre se abrió paso penetrando en la zona. Una hora después del aterrizaje, todas las carreteras estaban atascadas... Durante varias horas, los científicos rodearon y examinaron a la criatura desde aviones, mientras proseguía su increíble, encogimiento... Según las indicaciones que poseemos, a excepción de su gran torso acampanado, la anatomía de la criatura es sorprendentemente perfecta... Una declaración oficiosa del doctor Hilton U. Cogsworthy, de la Sociedad de Biología Alleghany, afirma que semejante ser *no es tal*. Que no puede existir. Que todo el asunto es el resultado de algún tipo de hipnosis colectiva a escala gigantesca. Naturalmente, no podemos aceptar esa explicación... Muchas personas desearán creer en la teoría de la «hipnosis, colectiva» y es posible que lo hagan; pero quienes hayan visto y fotografiado desde todos los ángulos al extraterrestre saben que existe y que su encogimiento constante continúa... El profesor James L. Harvey, de la Universidad de Miami, ha sufrido un acceso de enajenación mental transitoria y está recibiendo tratamiento médico. En cambio, los curiosos habituales que fueron testigos del aterrizaje parecen más resistentes... Las últimas noticias aseguran que el extraterrestre, que todavía es muy grande, ha sido trasladado con una fuerte guardia al Instituto de Investigaciones Científicas de Cleveland, donde se han reunido los sabios más famosos al este del Mississippi... Esperamos nuevas informaciones...

La voz de la caja calló y, mientras yo seguía leyendo la mente del hombre que me daba la espalda, noté que meditaba profundamente sobre lo que acababa de oír. Y en la mente de aquella persona había algo enigmático para mí. Su inteligencia era superior a la de sus semejantes, y poseía ciertos conocimientos científicos básicos, aunque comprendí que no era un sabio, sino un escritor profesional, alguien que consignaba «acontecimientos» ficticios por escrito para que otros pudieran comprenderlos y disfrutarlos.

Cuando tanteé en su mente quedé sorprendido por la poderosa imaginación que poseía, cualidad de la que carecían por completo aquellos otros, los científicos. Y supe que por fin había hallado a alguien con cuya mente podía establecer comunicación... alguien distinto de los demás... capaz de calar más hondo... que ya estaba muy cerca de la verdad. Alguien que pensaba: «...esta rara criatura que ha aterrizado aquí... extraña a todo lo que hemos conocido... ¿no podría ser extraña incluso a nuestro universo? Ese raro encogimiento... a partir de tal fenómeno podríamos llegar a la conclusión de que ha recorrido una distancia inconcebible... Su encogimiento pudo comenzar hace cientos, miles de años... y si lográramos comunicarnos con ella antes de que abandone para siempre la Tierra... ¡cuántas cosas insólitas podría decirnos!»

La voz volvió a salir de la caja, interrumpiendo estas meditaciones:

—¡Atención! ¡Últimas noticias! El extraño ser espacial trasladado al instituto de Investigaciones Científicas para ser sometido a observación ha escapado después de

emitir una especie de fuerza mental invisible que dejó inconscientes a cuantos se hallaban dentro de su alcance. El extraterrestre fue visto por algunas personas después de abandonar el edificio. Un coche patrulla de la policía se estrelló a consecuencia de la «fuerza mental» de dicho ser, y tres policías sufren lesiones, aunque no de gravedad. Se le ha visto abandonando la ciudad hacia el oeste; se ordena a todos los habitantes de la región que estén atentos y denuncien inmediatamente su eventual aparición.

La caja calló de nuevo y volví a sondear la mente del hombre, con más profundidad, deseando establecer un contacto que permitiera la comunicación mental.

Por último debí despertar algún instinto mental oculto, pues se volvió sobresaltado, derribando la silla. En su rostro se leía sorpresa y en sus ojos algo que me pareció temor.

—No se asuste —transmití—. Siéntese.

Noté que su mente no había captado mi pensamiento. Pero por mi actitud debió comprender que no le haría daño, ya que volvió a sentarse. Entré en la sala y me detuve frente a él. El miedo había desaparecido de sus ojos y me miraba con atención, apretando con las manos los brazos del sillón.

—Sé que le gustaría saber algo más de mí —transmití por telepatía—, cosas que otros, sus científicos, han intentado averiguar..

Leí su mente y comprendí que no había recibido mi mensaje, por lo que tanteé más a fondo y volví a emitir la misma idea. Esta vez me entendió y en sus ojos apareció una expresión de inteligencia.

Dijo en voz alta:

—Sí.

—Sus científicos —proseguí— jamás habrían creído ni comprendido mi historia, aunque sus mentes pudieran recibir mis pensamientos, pero esto es imposible.

También recibió y comprendió este pensamiento, pero noté que en su mente había una gran tensión y no podría soportarla mucho rato.

—Su mente es la única con la cual puedo intercambiar pensamientos, pero flaquea bajo esta tensión desacostumbrada —continué—. Me gustaría dejarle mi historia, pero así es imposible. Puedo someter su mente a una influencia hipnótica e imprimir mis pensamientos sobre su subconsciente; creo que podrá registrarlos. Pero debe darse prisa; sólo me quedan pocas horas de estancia, y su plazo de vida no le alcanzaría para registrar todo lo que puedo contar.

Leí una duda en su mente. Pero sólo vaciló un instante. Luego se levantó y anduvo hasta una mesa donde había un rimero de hojas blancas y lisas, así como un instrumento afilado y con punta —una pluma—, con lo que por lo visto se disponía a reflejar mis pensamientos en las palabras de su idioma.

—Estoy listo —fue el pensamiento de su mente.

Así he narrado mi historia. ¿Por qué? No lo sé, sino que deseaba hacerlo. De todos los universos por donde he pasado, sólo en esta esfera azul hallé criaturas que se parecieran remotamente a mí. Y me defraudaron; ahora sé que nunca encontraré otros de mi especie. Nunca, a menos que...

Tengo una teoría. ¿Dónde está el comienzo o el fin del Todo eterno que he recorrido? ¿Y si no existieran? Supongamos que, después de recorrer otros ciclos atómicos, entrase en un universo que me pareciera relativamente conocido, que hallase cierta galaxia conocida y me acercara a cierto sol, cierto planeta... para descubrir que me hallaba de nuevo donde comencé hace tanto tiempo: ¡en mi planeta, donde encontraría al profesor en el laboratorio, recibiendo aún mis impresiones auditivas y visuales! Una teoría delirante, absurda. Jamás ocurrirá.

O supongamos que después de dejar esta esfera —después de descender a otro universo atómico— decidiera no posarme en ningún planeta. ¿Y si permaneciera en el espacio vacío, mientras mi tamaño sigue disminuyendo sin cesar? Supongo que sería un

modo de terminar con todo. ¿O no? ¿Acaso mi cuerpo no es materia, y acaso la materia no es infinita, ilimitada y eterna? Entonces ¿cómo alcanzaría una «nada»? Es inútil. Soy eterno. Mi mente también debe ser eterna pues, de lo contrario, habría claudicado hace mucho tiempo ante estas nociones.

Soy tan pequeño que mi mente pierde contacto con la mente del que está sentado ante mí, escribiendo estas ideas en las palabras de su idioma, aunque su mente se halla bajo los efectos hipnóticos de la mía y ni siquiera sabe lo que escribe. He subido a la mesa y me he colocado junto al montón de páginas que ha escrito, a fin de acercar mi mente a la suya. ¿Por qué deseaba yo prolongar el contacto mental durante otro instante? Mi historia ha terminado, no hay nada más que decir.

Nunca encontraré a otros de mi especie... estoy solo... creo que muy pronto, de algún modo, intentaré poner fin a esto...

Ahora soy muy pequeño... La hipnosis ha comenzado a perder su poder... ya no puedo dominarlo... el contacto mental se va rompiendo...

Epílogo

Servicio Nacional de Prensa por Radio, 29 septiembre de 1937 (del «Daily Clarion» de Cleveland): Hoy se cumple exactamente un año del día que nunca será olvidado en la historia de este planeta. Ese día llegó un extraño visitante... y partió.

El 29 de septiembre de 1936, a las 3.31 de la tarde, el ser del espacio exterior llamado en adelante «El Forastero» aterrizó en el lago Erie, cerca de Cleveland, provocando menos destrucción y terror que desconcierto y asombro, ya que los científicos han fracasado en sus intentos por explicar su procedencia y desvelar el secreto de su extraño encogimiento.

Ahora, en el aniversario de ese día memorable, presentamos al público un documento muy extraño e interesante, que pretende ser un relato verdadero y una historia de ese fenómeno extraño, El Forastero. Hace pocas fechas, Stanton Cobb Lentz, famoso autor de *La respuesta a las épocas* y otros libros serios, además de muchos cuentos y obras de ese tipo de literatura ampliamente popular llamada ciencia-ficción, nos presentó dicho documento.

Ya han leído el mencionado documento. Aunque somos muy escépticos en cuanto a su autenticidad, publicamos la obra del señor Lentz y dejamos que usted, lector, juzgue si la historia le fue narrada del modo expuesto por El Forastero, o si se trata sólo de un producto de la fértil imaginación del señor Lentz.

«La tarde del 29 de septiembre del año pasado —declara el señor Lentz— salí de la ciudad como muchas otras personas, advertido de una probable ola gigantesca que podía alzarse si El Forastero aterrizaba en el lago. Miles de personas estaban reunidas a siete u ocho kilómetros al sur, y desde allí observamos la enorme forma en lo alto, tan gigantesca que eclipsó la luz del Sol y produjo en esa parte del país un eclipse parcial. Pareció acercarse lentamente hasta que, aproximadamente a las 3, comenzó su descenso. El choque al sumergirse en las aguas del lago se oyó en varios kilómetros a la redonda, pero hasta después no supimos la magnitud de la inundación. Después del aterrizaje se produjo una gran confusión y excitación cuando llegaron los aviones de combate y comenzaron a bombardear estúpidamente al extraterrestre. Toda la región estaba tan agitada que me costó varias horas difíciles regresar a mi casa. Allí escuché los partes de lo acontecido durante las últimas horas.

»No tengo inconveniente en admitir que me asusté cuando tuve la extraña sensación de que alguien se hallaba a mi espalda, y al volverme vi a El Forastero en mi sala. Por supuesto que me asusté. Había visto a El Forastero cuando medía entre ciento cincuenta y ciento ochenta metros de estatura, aunque desde lejos. Pero ahora medía cerca de tres

metros y estaba delante de mí. Pero mi temor sólo fue momentáneo, pues algo pareció embargar mi mente y serenarla.

»Luego, aunque no oí sonido alguno, tuve conciencia de este pensamiento: "Sé que le gustaría saber algo más de mí, cosas que otros, sus científicos, han intentado averiguar".

»¡Eso era telepatía! A menudo había empleado este recurso en mis relatos, pero jamás pensé conocer este medio de comunicación en la realidad. Pero así era.

»"Sus científicos jamás habrían creído ni comprendido mi historia, aunque sus mentes pudieran recibir mis pensamientos, pero esto es imposible", fue el pensamiento siguiente. Entonces empecé a sentir una gran tensión en mi mente y supe que no podría soportarla mucho más.

»En seguida me comunicó que relataría su historia a través de mi subconsciente, y que suponía ser éste un medio para registrarla en mi propio idioma. Dudé un instante y comprendí que el tiempo volaba y jamás tendría una oportunidad semejante. Me acerqué a mi escritorio, donde aquella mañana había estado trabajando en un manuscrito. Había papel y tinta en cantidad suficiente.

»Lo último que recuerdo es que alguna fuerza parecía apoderarse de mi mente; luego sufrí un mareo terrible y el cielo pareció caer sobre mí.

»No parecía haber transcurrido tiempo alguno cuando mi mente recuperó sus facultades normales; pero ante mí, sobre el escritorio, quedaba un rimerito de papel para manuscritos escrito de mi puño y letra. Y esto es algo que a muchas personas les parecerá increíble: sobre esos papeles escritos se hallaba El Forastero, cuya altura apenas alcanzaba los cinco centímetros, y que evidentemente seguía disminuyendo. Fascinado por completo, observé la transformación que se desarrollaba ante mis ojos, hasta que El Forastero fue totalmente invisible. Había bajado desde la hoja de papel más alta de mi escritorio...

»Ahora comprendo que el documento precedente y mi explicación serán acogidas de muy diversas maneras. He esperado un año entero antes de publicarlo. Si lo prefieren, acéptenlo como una obra de ficción. Quizás algunos comprendan su verdad o al menos su verosimilitud, aunque la gran mayoría decidirá, sin duda, que todo es una maquinación de mi fantasía; se dirá que, aprovechando el aterrizaje de El Forastero escribí el relato adaptado a la ocasión, tomando a El Forastero como tema principal. Esto pensarán muchos, teniendo en cuenta que la mayoría de mis relatos de ciencia-ficción satirizan a la humanidad y su ciencia, su civilización y sus logros tan cacareados, siempre con ironía, como corresponde. ¡Entonces habría aparecido El Forastero, para echarnos una ojeada y llegar a la conclusión de que se siente muy decepcionado, por no decir que le repugnamos!

»No obstante, deseo aducir algunos hechos que contribuyen a demostrar la autenticidad del manuscrito.

»Primero: durante cierto tiempo después de despertar de la hipnosis, padecí un extraño vértigo, aunque mi mente se hallaba muy clara. Después de que El Forastero desapareciera llamé a mi médico, el doctor C.M. Rollins. Después de hacerme un reconocimiento y algunas pruebas mentales, se mostró muy desconcertado. No lograba diagnosticar mi caso; mi mareo era secuela de un tipo de hipnosis desconocido para él. No le expliqué nada, limitándome a contarle que durante los últimos días no me había sentido bien.

»Segundo: tenía los músculos de la mano derecha tan agarrotados por escribir largas horas sin descanso, que no podía abrir los dedos. Le dije que había trabajado durante horas en los capítulos finales de mi última obra, y el doctor Rollins dijo: "Hombre, estás loco." El proceso de relajar mis músculos fue doloroso.

»El doctor Rollins confirmará estas aseveraciones.

»Tercero: al releer el manuscrito constaté que mi letra se hace vacilante e irregular hacia los últimos párrafos, hasta terminar en garabatos casi indescifrables, pues el contacto de El Forastero con mi mente se debilitaba.

»Cuarto: ofrecí el manuscrito al señor Howard A. Byerson, editor de obras de ficción del Servicio Sindical de Periódicos Nacionales. Esto puede ser fuente de equívoco. Algunos días después me dijo: "Señor Lentz, he leído su relato y, por cierto, llega en un momento adecuado, en el aniversario del aterrizaje de El Forastero. Ha tenido una buena idea sobre el origen de El Forastero, aunque demasiado fantástica. Hablemos del precio, de todos modos; naturalmente, colocaremos su relato en nuestra cadena de Periódicos Nacionales y..."

»"Se equivoca", repliqué. "No es un relato sino la auténtica historia de El Forastero, tal como él me la contó y deseo que esto quede claro; si es necesario redactaré una nota explicativa para que sea publicada con el manuscrito. Además, no le vendo los derechos de publicación, sino que me limito a entregarle el original, como medio más rápido y seguro de divulgarlo entre el público."

»"¿Habla en serio? Un oportuno relato de Stanton Cobb Lentz, en la víspera del aniversario del aterrizaje de El Forastero, es una gran ocasión y usted..."

»"Ni pido ni aceptaré un centavo por el documento", aseguré; "ahora lo tiene usted. Es suyo, haga con él lo que considere más adecuado."

»Un recuerdo que siempre me acompañará es mi última visión de El Forastero, la última vez que fue visto en esta tierra, mientras desaparecía en pequeñez infinita sobre mi escritorio, levantando los brazos y agitándolos como en señal de despedida...

»Y aunque el relato verídico y la historia de El Forastero arriba expuestos sean acogidos como ficticios, yo estoy convencido de que un septiembre no tan lejano, un ser de alguna esfera infinita de arriba aterrizó en esta Tierra... y se fue.»

* * *

La bella perfección de *El hombre que encogió* fue uno de los factores que me confirmó en la creencia de que la ciencia-ficción era demasiado para mí, y que sólo unos semidioses podían cultivar este género.

Como es natural, lo que más me fascinó de *El hombre que encogió* fue la noción de llevar una idea hasta sus últimas consecuencias y hacerle cerrar el círculo.

Nunca lo olvidé. Cuando tuve la posibilidad de hacerlo, el resultado fue mi cuento *The Last Question*, mi preferido entre todos los cuentos que he escrito.

Para cuando tuve oportunidad de leer *El hombre que encogió*, había terminado el primer año en el Colegio. Y el Seth Low Junior College había completado su décimo y último año. Por algún motivo, la Universidad de Columbia le retiró su ayuda. (No, no soy tan paranoico como para pensar que fue por mi culpa.)

Como comprenderéis, esto no me dejó desamparado. Sólo significaba que, en vez de aguardar hasta el tercer año, asistiría desde el segundo al campus de Morningside Heights. Allí asistiría a clase con la élite del Columbia College.

Quedaba la cuestión de reunir el dinero para la matrícula. La beca de cien dólares que recibí el año anterior sólo servía para el ingreso. Por tanto, en 1936, mi padre logró convencer a uno de sus clientes para que me diera un trabajo estival. Lo conseguí a costa de mentir en cuanto a mi edad.

Era un trabajo absolutamente no cualificado. Tenía que ayudar a extender tela engomada, cortar piezas medidas, apilar unas sobre otras y hacer rollos.

Era muy aburrido, pero suponía la maravillosa suma de quince dólares semanales. (Quince dólares limpios, pues en aquella época no se deducía nada.) Pude ganar más,

pero no quise pedir horas extraordinarias pues, trabajando o no, debía dedicar cuanto tiempo pudiera a la tienda de golosinas.

También solicité ayuda a la NYA (Servicio nacional de la juventud), que me pagaba quince dólares mensuales por trabajos como investigar en una biblioteca para un profesor que estaba preparando un libro o realizar tablas matemáticas para un psicólogo.

De un modo u otro, mi padre y yo siempre nos las arreglamos para reunir el dinero que me permitió estudiar.

En septiembre de 1936 comencé a asistir a Morningside Heights, y ya no dejé la universidad (salvo una interrupción de cuatro años a causa de la Segunda Guerra Mundial) durante trece años y tres carreras.

No obstante, el derecho de estar en el campus de Morningside y asistir a las clases junto con los alumnos de segundo año del Columbia College no me convirtió en uno de ellos. No se me permitió inscribirme en el Columbia. Junto con el resto de la canalla del Seth Low, me asignaron la categoría de «universitario no graduado».

Esto significó que cuando al fin recibí el título de bachiller, mi diploma no fue extendido por el Columbia College. Recibí mi título de bachiller nada menos que de la Universidad de Columbia como totalidad, en tanto que institución. Además, no obtuve el elegante A.B. («Bachiller en Artes»), que recibían los caballeros de la aristocracia universitaria, sino un B.S. («Bachiller en Ciencias»), académicamente equivalente, pero socialmente inferior.

Entonces esto no me preocupó. El diploma decía «Columbia», y la palabra que le acompañase me parecía desprovista de importancia. En cuanto a lo de «Bachiller en Ciencias», me parecía adecuado, pues cuando me gradué pensaba llegar a ser un científico profesional.

Hasta un cuarto de siglo después no descubrí que me habían timado de una manera indecente. Y pese al tiempo transcurrido, aún fui tan ridículo como para enfadarme y cancelar mi aportación financiera a Columbia.

A propósito: en el otoño de 1936 cambié de asignatura principal. Como he tenido ocasión de explicar, estaba harto de la zoología y durante el segundo año, cuando empecé el primer curso de química general, me enamoré de ella. Elegí la química como asignatura principal y mi deseo de asistir a la facultad de medicina (que nunca fue muy ardiente) fue apragándose cada vez más. Poco a poco fui dándome cuenta de que deseaba ser químico. (Al fin me hice bioquímico y enseñé en una facultad de medicina; o sea que conseguí lo que deseaba y al mismo tiempo traté de satisfacer en cierto sentido, las ambiciones de mi padre con respecto a mí.)

A lo largo del año 1936 las decrepitas y caducas «Amazing Stories» y «Wonder Stories» siguieron cuesta abajo. En 1935 ambas habían pasado a la periodicidad bimensual. «Wonder Stories» tenía tan mala distribución que casi nunca llegaba a la tienda de mi padre y apenas pude leerla. El número de marzo-abril de 1936 fue el último. Había muerto.

Pero «Amazing Stories» siguió apareciendo y leí todos los números. A veces incluso hallaba en ella relatos que me gustaron tanto como los de «Astounding Stories». Por ejemplo, *Los cachorros humanos de Marte*, de la autora Leslie Francés Stone, aparecido en «Amazing Stories» de octubre de 1936.

LOS CACHORROS HUMANOS DE MARTE

Leslie Frances Stone

Durante toda la mañana la niebla había cubierto Washington y a mediodía, cuando se disipó, la ciudad pudo ver la extraña máquina que flotaba a pocos cientos de metros en el aire, sobre el Monumento a Washington. Nunca se había visto nave más extraña. De color dorado, parecía una inmensa quesera redonda o un tambor, aunque de tamaño monstruoso, de varios kilómetros de diámetro. El presidente la vio desde la galería de la Casa Blanca. La gente se arremolinó en las ventanas de las oficinas y en las calles. La vieron incluso en Chevy Chase, y las amas de casa salieron a la calle y la contemplaron asombradas y aterrorizadas. Luego, al comprender que el visitante se disponía a aterrizar, dirigiéndose hacia el campo municipal de golf en Haines Point, en el Parque del Bajo Potomac, se desató una excitación delirante. Algunos automovilistas quisieron huir de la ciudad y se dirigieron al norte o cruzaron el río hasta la frontera de Virginia, aunque la mayoría siguió a la nave-tambor, acercándose a Point y dando mucho quehacer a la fuerza policial apresuradamente reforzada.

La Casa Blanca lanzó órdenes. Se ordenó al jefe de policía que desplegara sus fuerzas en los campos de golf; todas las bases militares cercanas a la ciudad fueron puestas en estado de alarma; se ordenó que despegaran aviones desde Bolling Field y las bases navales. Nadie conocía la procedencia de la nave dorada. ¿Venía en misión de paz o de guerra? ¿Había llegado de otro continente?

Ahora descendía, se posaba lentamente sobre el campo. Una abertura circular en el costado dejó ver su brillante interior, dorado como el exterior. Pero los espectadores gritaron cuando los seres del interior salieron a la luz del Sol. Los que se habían agolpado junto al cordón policial intentaron retroceder, contenidos por los que estaban detrás, que también gritaban y pugnaban por alejarse.

Al principio nadie daba crédito a sus ojos. Un intrépido locutor de radio describía, provisto de un micrófono portátil, los horrores que salían de la nave. Eran seis, de doce metros de altura. Al principio los llamó octópodos, pero a la segunda ojeada descubrió que tenían diez tentáculos y no ocho, sustentando un cuerpo amorfo semejante a un saco terminado en una cabeza blanda y redonda de la que salían los tentáculos. Dicha cabeza presentaba una boca redonda y gomosa desprovista de dientes y tres ojos fijos sin párpados. Cinco de los tentáculos tenían extremidades grandes y macizas, modo de pies, mientras las cinco restantes, que recogían junto a los cuerpos lampiños, semejaban anémonas y terminaban en pequeñas manos de diez dedos, con dos pulgares.

El color de aquellos seres era un negro mate recubierto de una capa dorada que atraía y reflejaba la luz. A diferencia de los verdaderos octópodos, sus tentáculos no tenían ventosas sino que eran lisos. El nombre de decápodos los describía bien, y el locutor corrigió su primera descripción empleando en adelante dicha palabra.

Después de descender de la nave, los horribles visitantes se detuvieron para contemplar a la multitud asustada, moviendo sus ojos sin párpados en todas direcciones, sin hacer ningún movimiento hostil contra la muchedumbre. Emitían silbidos agudos, semejantes a gorjeos de pájaros. En aquel momento descubrieron el Canal Washington, que lanzaba destellos al Sol entre Point y los muelles de la ciudad.

Las seis bestias avanzaron simultáneamente hacia el agua y la gente se apiñó a su paso. El general Tasse, jefe de policía, ordenó que sus hombres acordonaran el camino, pero no fue necesario, pues los monstruos se limitaron a pasar sobre la multitud teniendo buen cuidado de no pisar a nadie y se abrieron paso hasta el agua.

Vieron que una de las bestias alargaba un «brazo» para sumergirlo en el agua y luego, con un ruidoso chapuzón, se metía en el Canal. Las demás la siguieron. Allí jugaron como escolares, y sus juegos a lo Gargantúa levantaron grandes oleadas que rompieron contra los muelles, meciendo a los yates anclados y echando a pique algunos botes de pequeño tamaño. Luego salieron a los muelles para hacer un pacífico paseo por la

ciudad, sin causar más daño sino birlar algunos carros de fruta en la Avenida y asustar terriblemente a los automovilistas.

Una Washington perpleja les dejó pasar mientras los científicos del Smithsonian corrían al centro de la ciudad, esperando comunicarse con ellos, averiguar de dónde venían, estudiar su ciencia; pero los monstruos, que hablaban entre sí en agudos tonos aflautados, no dieron a los científicos tiempo de alcanzarlos. De un brinco superaban todos los obstáculos que aparecían en su camino. De momento parecía imposible capturarlos, pero como por lo visto estaban desarmados y sus intenciones parecían pacíficas, no se hizo nada, aunque la policía se las veía y deseaba para arreglar los colapsos de la circulación que habían provocado en todas partes.

El general Tasse, de acuerdo con las órdenes recibidas, quiso asignarles una escolta de motociclistas para despejar el camino, pero las bestias no tuvieron en cuenta este honor, como tampoco parecían reparar en las demás cosas que les ofrecían sus desconcertados anfitriones. Daban esquinazo a la escolta cuando les llamaba la atención algo en otra calle y dejaban que los policías los alcanzaran como pudieran.

Esto continuó durante varias horas, durante las cuales los ingenieros de la Oficina de Normas trataron de estudiar la nave vacía, trasladándose a Point en autogiros. Pero, lo mismo que los decápodos habían desafiado el saber de los biólogos, los motores de su nave desafiaron el de los ingenieros. Jamás se había visto máquina semejante, que en nada se parecía a las de la Tierra.

Por ejemplo, descubrieron un aparato de seis lados, cada uno de los cuales no era sino un mosaico de pentágonos. Otra tenía ocho, una tercera era un mosaico de triángulos y todas sus piezas tenían esa forma. Eran de color dorado como la nave misma y transparentes. Al entrar en la nave cilíndrica los ingenieros tuvieron la sorpresa de comprobar que, si bien desde afuera no se veía el interior, desde dentro en cambio divisaban perfectamente todo lo de fuera. En resumen, la nave era un enigma fascinante.

El paseo de los decápodos duró más de tres horas, aunque, en realidad, no se alejaron demasiado. Se limitaron a recorrer la zona comercial y algunos de los edificios monumentales, moviéndose en círculo. Ahora parecían inquietos, deseosos de regresar a su nave y, volviendo sobre sus pasos, se encaminaron al monumento a Washington. Al llegar al pie de éste, uno de ellos comenzó a escalar el obelisco... por fuera.

Pocos minutos después bajó y se reunió con sus compañeros. Había localizado el emplazamiento de la nave y, guiados por él, sus cinco compañeros regresaron al campo municipal de golf, cruzando el terraplén del ferrocarril.

Es posible que la captura de ejemplares con vida de este mundo se les ocurriera como algo secundario. De improviso, una niña corrió espantada delante de ellos para reunirse con su madre. La multitud de espectadores que se había agolpado en el campo de golf prorrumpió en un grito, pues la niña no consiguió llegar hasta su madre, ¡Fue alzada por el aire, envuelta en el tentáculo del decápodo jefe!

Con la intención de salvar a la niña, el oficial McCarthy espoleó a su caballo Prince. Al momento, también él fue elevado como la niña, con caballo y todo. Pudo escapar, pero su primera reacción fue agarrarse a las crines del caballo, que coceaba, y cuando pudo erguirse en la silla estaba demasiado alto y no se atrevió a saltar...

Los ingenieros de la Oficina de Normas aún estaban sondeando los secretos de la nave, cuando descubrieron que se acercaban los monstruos. Salieron corriendo en desbandada para regresar a los autogiros. Todos menos Brett Rand y su compinche George Worth. En sus veintisiete años de vida, Brett nunca había encontrado una máquina cuyo funcionamiento no lograra desentrañar en menos de una hora. Decían de él que había echado dientes con una llave Stilson, y era verdad que cuando los demás

niños rompían juguetes él ya montaba pequeños motores y los hacía «andar». Su trabajo no hacía sino empezar cuando otros ya se daban por vencidos.

Si hubiera encontrado algún cable o conductor, lo habría seguido hasta la alimentación, pero en aquellas máquinas de múltiples facetas de metal dorado y transparente no veía ningún componente conocido. De algún modo logró quitar la tapadera de una extraña máquina plana y tanteaba con destornillador experto la extraña disposición de sus piezas aunque, a decir verdad, no había ningún tornillo que pudiera ser atacado por su herramienta.

George tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarlo de la máquina y hacer entrar en su mente tozuda que los decápodos estaban regresando a la nave. A Brett no le gustaba ser molestado; por eso George recibió un buen codazo en el pecho y cayó redondo. Pero se puso en pie y logró arrastrar a Brett hacia la puerta. Era demasiado tarde.

Los decápodos estaban allí, y uno de ellos entraba en la nave. No volvían con los tentáculos vacíos. Uno llevaba un caballo que daba coces y a cuya silla torcida se aferraba un guardia; otro tenía una niña como de seis años, que a su vez abrazaba contra su pecho una gatita que maullaba. Un negro de rostro ceniciento había sido atrapado por otro tentáculo, mientras que del cuarto era prisionera una matrona beligerante y rubicunda, muy almidonada y ataviada con un feo sombrero marinero, que aporreaba al monstruo con su paraguas. Las demás bestias que seguían a la primera también traían cautivos: mujeres, hombres, jóvenes, blancos y negros, sin distinción. Incluso habían capturado un fox-terrier de pelo duro.

Acorralados, los dos jóvenes no supieron qué hacer. A su espalda se hallaba la sala de motores, una gran cámara circular emplazada en el centro de la nave, adonde se llegaba por un pasillo. La rodeaban media docena de salas en forma de cuña, que formaban el contorno de la nave. Batiéndose en retirada ante los monstruos, pasaron a la sala central y luego corrieron hacia una de las cámaras más pequeñas, que estaba vacía, a excepción de unas cintas metálicas que colgaban del techo y un ancho colchón circular puesto en el suelo.

Fuera retumbaban armas de fuego; la policía y los soldados trataban de rescatar a los prisioneros y disparaban a los pies de los decápodos. Pero *las balas rebotaban en su carne sin hacerles el menor daño*. Los aviones sobrevolaban la nave disparando también contra ella, pero sin resultado alguno. ¡Los proyectiles *simplemente rebotaban*!

A través de la pared de su escondite, Brett y George vieron que los monstruos encerraban a los prisioneros en otra cámara y se volvían hacia sus máquinas. Cambiaron algunos gorjeos cuando descubrieron la tapadera levantada de la máquina donde Brett había hurgado.

Una de las bestias se volvió y descubrió a los culpables. En seguida avanzó hacia ellos.

Brett aún tenía el destornillador. No podía considerarlo un arma eficaz pero, cuando lo lanzó contra los decápodos, fue la reacción natural de un hombre acorralado. Pero el proyectil no alcanzó el ojo adonde había apuntado Brett, pues un tentáculo lo atrapó en plena trayectoria, sin que la bestia interrumpiera su avance.

—¡Cuidado! —gritó George—. Va a atacarnos con gas. ¡Cúbrete la cara...!

Pero no tenían defensa contra el vapor anaranjado que súbitamente emitió la boca de aquel ser. La sala quedó saturada y los dos hombres cayeron desvanecidos...

Al volver en sí les pareció que vivían una pesadilla. Despertando del coma artificial producido por el gas, Brett oyó una terrible detonación, luego retorció su estómago una horrible náusea... y volvió a sumirse en la inconsciencia.

Despertó con una sensación de aturdimiento, acompañada de terrible dolor de cabeza y fuertes náuseas. A su alrededor reinaba la oscuridad, una oscuridad negra y aterciopelada en la que brillaban grandes estrellas a diferentes distancias. Creyó escuchar

gruñidos y gemidos a su alrededor, pero no pudo orientarse y cayó de nuevo en un sopor intermitente. Luego pudo recordar que durante las horas siguientes fue alimentado, aunque sólo con pensar en la comida se le revolvía el estómago. Pero no tuvo fuerzas para rechazar los cuidados de alguien que se inclinaba sobre él con una gran cuchara que semejaba una pala, viéndose obligado a ingerir la comida; cosa extraña, el primer bocado alivió su malestar. Aquel alimento desconocido fue a la vez comida y bebida que apagó su sed y alivió su estómago.

Luego, después de un tiempo que no pudo precisar, la vibración del motor que había percibido a través de su sueño cesó y, en compañía de sus compañeros cautivos, fue obligado a salir de la nave. Ya despejado, entró en un extraño edificio donde monstruos iguales a los que le habían capturado lo cachearon, inspeccionaron y pincharon. Le parecía seguir oyendo los gritos de los tres que murieron bajo el escarpelo, ya que fueron sometidos a vivisección por sus inhumanos raptos.

De allí fueron trasladados a un inmenso salón donde se celebraba una junta de miles de decápodos, Estaba presidida por un estrado ancho, de tres metros de altura, frente al cual fueron llevados los cautivos.

Brett descubrió que estaba sano y salvo y se apoyó sobre un codo para mirar a su alrededor. La cámara tenía unos mil metros de diámetro, era oblonga y en ambos extremos había dos grandes puertas por donde entraban los decápodos negros. Una vez más se estremeció al verlos y luego volvió la mirada hacia sus compañeros, que también empezaban a contemplar lo que los rodeaba.

Reconoció a la matrona severamente vestida que había visto el día que fueron capturados. Aún llevaba su sombrero y el paraguas. En seguida la apodó la Matrona Militante, pues este mote le cuadraba muy bien. Cerca de ella estaba tendido un hombre maduro, de tez purpúrea y porte muy pulcro y abotonado, que incluso en aquellas circunstancias lograba mantener su pomposidad. El «Senador» parecía título adecuado para él. Una mujer de color se hallaba a poca distancia, gimiendo y suspirando mientras alzaba los ojos al cielo y murmuraba algo acerca del «juicio de Dios». A su lado aparecía un negro en ropa azul de trabajo, al que le castañeteaban los dientes.

Había otras personas: un hombre pálido de edad indefinible, que parecía un dependiente de mercería; una joven bajita, con aspecto de ama de casa y el terror pintado en el rostro; una solterona alta, delgada y seca; un joven no demasiado bien vestido, de mirada huidiza que saltaba de un lado a otro y no perdía detalle. También estaba la niña de la gatita, a la que todavía sujetaba con fuerza entre sus brazos, que miraba con ojos desorbitados. Un niño poco mayor que ella, echado en el suelo, sollozaba desesperado. No lejos de allí estaba una muchacha de diecisiete años con tacones muy altos, un vestido de seda arrugado pero elegante, un minúsculo sombrero flexible y, abrazado contra el pecho, un bolso excesivamente grande.

Había más personas, pero la inspección de Brett terminó súbitamente pues, al volverse, se halló mirando el par de ojos más azules y fríos que hubiera visto en su vida. Ella nunca habría ganado un concurso de belleza, pues sus rasgos eran demasiado irregulares y su boca en exceso ancha, pero poseía ese algo que a menudo hace destacar de la mediocridad a la mujer de aspecto corriente, de piel clara, con una cabellera castaña enmarcando el óvalo del rostro, su rasgo más destacado eran los brillantes e inteligentes ojos azules con su penetrante mirada.

—Parece..., parece que hemos llegado —murmuró la muchacha—. Por favor, ¿le molestaría pellizcarme para saber si estoy soñando o no?

Brett lanzó una ojeada a su alrededor.

—No creo que estemos soñando, aunque estos seres bien podrían salir de una pesadilla —señaló con un gesto a los monstruos que iban llenando el amplio recinto y formando en grandes círculos a medida que cada uno hallaba su lugar entre los compañeros.

—¡A mí que me pareció una gran idea preparar una disertación sobre ellos para la clase de biología! Estudio en la Universidad George Washington; es decir..., estudiaba... —se puso a comentar la muchacha.

—Y yo... —Brett comprendió de súbito que, a no ser por su ciego interés hacia las malditas máquinas, George y él no estarían allí. Se sintió culpable y buscó a George con la mirada. Precisamente se acercaba llevando en brazos al niño de ocho años.

—¿A alguien le molestaría cuidar a este niño? Lloro porque echa en falta a su madre...

La muchacha de ojos azules tomó al chiquillo de los brazos de George.

—Quiero irme a casa. Quiero que venga mi mamá —gimoteó.

Al oír esto, la niña de la gatita levantó la mirada y se acercó a ellos.

—Todo está bien —le dijo al niño—. Sólo es otra de mis pesadillas. Tengo muchísimas, pero siempre me despierto en mi camita, en casa.

Y como si esto solucionara la cuestión, atendió de nuevo a su gata, que maullaba. El niño miró a su interlocutora, protestó y luego cerró los ojos sin decir palabra. Brett y la muchacha cambiaron una mirada.

Pero ya no se podía conversar; el salón estaba lleno. Cientos y cientos de decápodos se habían sentado en apretadas hileras. De pronto, como a una señal, todos se levantaron y se volvieron hacia una de las entradas, por donde entraba un monstruo inmenso, tres metros más alto que sus congéneres.

—Debe ser el mandamás —murmuró George—. Además, trae séquito. Mire.

La pesada criatura avanzaba por entre sus súbditos, que le cedían paso, rodeada por diez seres de menor tamaño, incluso más pequeños que la mayoría de los decápodos. Al llegar al estrado el mandamás, como George lo había llamado, se encaramó sobre la plataforma, reclinándose a medias, mientras sus diez seguidores trazaban un círculo a su alrededor en posición de firmes. Un gran clamor surgió de las gargantas de sus súbditos y todas las bestias desplegaron y elevaron sus cinco brazos. No los dejaron caer hasta el término de la salutación.

Los cautivos se apiñaron nerviosamente. La moza negra se puso a rezar con voz aguda e histérica, una mujer sollozó y Brett oyó que el «Senador» declaraba:

—Van a enterarse de que no pueden tratar así a un ciudadano de los Estados Unidos...

Seis decápodos avanzaron hasta detenerse al lado del círculo que rodeaba el estrado. Uno de ellos comenzó a hablar en tonos agudos y aflautados, dirigiéndose al ser gigante del estrado. Peroró durante cerca de veinte minutos y, cuando terminó, otro ocupó su lugar.

—Parece una prueba de resistencia —le susurró Brett a George una hora después, cuando el tercer decápodo dio comienzo a su discurso.

—Me parece que esos seis monstruos son los que nos trajeron aquí. Están dando cuenta de su expedición...

—Sí, pero nuestros raptos tenían un matiz dorado. Éstos son del todo negros... ¡Pero claro, George! ¡Llevaban armadura! Por eso no hicieron mella en ellos nuestras balas.

—En efecto..., ese dorado transparente...

—¿Tienes idea de dónde estamos?

—Ninguna, pero estoy seguro de que esto no es la Tierra. ¿Has notado lo ligero que se siente uno? ¿No te parece como si te hubieras quitado algunos kilos de encima? Aquí hay algo distinto. ¿Has observado que todos respiramos mucho más rápido? Sea cual fuere este mundo, es mas pequeño que la Tierra. ¡Cuando pienso que yo te metí en esto!

—¡Ah! No empieces con eso, muchacho. Quizá no sea tan grave como parece. Mira, el último animal está largando su discurso. Tal vez ahora averigüemos dónde nos hallamos...

Brett levantó la mirada y vio que el sexto decápodo pronunciaba su discurso, pero no estaba preparado para lo que ocurrió después: ¡un largo tentáculo se abatió sobre los cautivos y cogió a la niñita de seis años con la gatita! Unas manos le retuvieron por

ambos lados cuando hizo ademán de adelantarse para defender a la niña. Eran George y la muchacha de ojos azules.

—Espera..., quizá no le hagan daño. La están exhibiendo ante su jefe.

Brett se tranquilizó al ver que no le hacían daño a la niña. La dejaron de pie sobre el estrado, ante el inmenso monstruo sentado. Le devolvió tranquilamente la mirada, pero lanzó un grito cuando el mismo tentáculo le quitó la gatita de los brazos. No obstante, fue sólo para presentársela al jefe, pues luego la devolvió a su propietaria. La niña fue colocada de nuevo en el suelo y a continuación les tocó al policía McCarthy y a su caballo el turno de ser trasladados a la plataforma.

McCarthy estaba tratando de serenar al animal con una mano sobre su hocico, pues la bestia estaba espantada y temblaba. Lanzó un agudo relincho cuando el largo brazo lo tocó, McCarthy fue izado sobre la silla de montar, sin reparar en que lo colocaron del revés; sólo agarrándose desesperadamente a la silla logró mantenerse allí mientras él y el caballo viajaban a través del aire.

Mientras el caballo coceaba, el guardia se sentó correctamente en la silla, exhibiendo así un considerable dominio de la equitación. Pero apenas había tranquilizado al caballo, el mismo tentáculo que lo había sentado en la silla lo sacó de allí. No había terminado de ponerse en pie, cuando lo colocaron de nuevo en la silla de montar. Esta maniobra se repitió varias veces para entretener al capitoste, que reía con su voz aguda y chillona ante tal fenómeno. Al parecer, el decápodo no lograba comprender por qué se separaban el caballo y el hombre. También se alzó murmullo entre las filas de la asamblea.

Cuando la pareja regresó a su lugar, le tocó el turno a la Militante. Ésta se puso roja como una remolacha, y cuando estuvo ante el jefe le manifestó sin rodeos lo que opinaba de aquellos modales y le explicó que ella era Hija de la Revolución Americana y por consiguiente exigía ser devuelta inmediatamente a su hogar de Virginia.

Para el caso que los monstruos le prestaron, fue como hablar con la pared. Uno de los negros fue colocado a su lado y, por la actitud del orador, los humanos comprendieron que el decápodo le hacía observar a su rey la diferencia de color entre ambos.

Así fueron izados a la plataforma todos los cautivos, para ser contemplados y luego devueltos a su lugar. Brett pensó con asco, en el contacto del tentáculo, pero cuando le llegó el turno descubrió que venía a ser como cuero viejo y muy gastado, y que su temperatura era ligeramente inferior a la humana.

La inspección concluyó y el jefe se dirigió a la asamblea y a los seis intrépidos exploradores. Luego pareció dar una orden. Seis tentáculos se movieron entre los cautivos y seis de éstos fueron tomados al azar. Luego los diez individuos del séquito eligieron a quien prefirieron, levantándolos del suelo. Otros dos decápodos fueron llamados del círculo interior que rodeaba el estrado para hacerse cargo de los dos cautivos que quedaban, y la asamblea tocó a su fin.

El rey descendió de la plataforma y salió de la cámara seguido de un secuaz que llevaba en vilo a McCarthy y su caballo; luego le siguieron los demás con sus cargas.

Al salir Brett descubrió que se hallaban en una gran plaza cubierta de arena roja, en cuyo centro había un lago artificial alimentado por un canal procedente de un «soto» de torres que rodeaba la plaza por todos lados. En lo alto se veía un sol rojizo flotando en un cielo color cobre.

Casi todas las torres eran uniformes en tamaño y altura; algunas tenían quince metros de diámetro, se alzaban cerca de ciento veinte metros en el aire y eran del mismo metal dorado que los decápodos parecían usar para todo. En la plaza, frente al gran edificio donde se hallaba el edificio de la asamblea había una segunda torre tan grande como éste, rompiendo la monotonía de la ciudad de los decápodos.

De súbito, Brett comprendió que los cautivos de la Tierra no iban a permanecer juntos, pues sus raptos tomaban distintas direcciones: algunos cruzaban la plaza, otros iban

hacia el sur y otros hacia el norte. Asombrado, vio que el capítoste trepaba a la torre de donde acababan de salir... por fuera.

Una observación más detenida mostró que el monstruo trepaba por unas gruesas barras empotradas en la pared a intervalos de tres metros. Le seguía el individuo que transportaba a McCarthy y su caballo, sujetando a ambos con un tentáculo enroscado mientras empleaba los otros cuatro para subir por la original escalera.

En la pared del edificio vio aberturas redondas a intervalos de unos quince metros. En uno de estos huecos fueron entrados los cautivos. Su propia montura ya se alejaba de la torre en compañía de los dos que transportaban a la Matrona Militante y al negro alto de ropas azules que, según averiguaría más tarde, se llamaba Jeff.

Buscó a George con la mirada y descubrió que estaban cruzando la plaza. La muchacha de ojos azules ya había desaparecido, como la mayoría de los demás.

El captor de Brett se detuvo al pie de una torre no muy alejada del palacio donde habían desaparecido McCarthy y el rey, y comprendió que estaban a punto de trepar. El decápodo le tomó con más firmeza de la cintura y, aferrándose al peldaño más cercano, comenzó a subir, Brett tembló más de una vez al verse así colgado entre los cielos y la tierra, pero el monstruo le sujetaba bien y poco después entraban en la cámara más alta de la torre.

Esta correspondía a la forma del edificio: era circular, de unos quince metros de diámetro. Sus paredes eran transparentes lo mismo que los costados de la nave espacial. Excepto algunas tiras colgantes y un grueso colchón rojo en medio del piso, la sala estaba vacía. Le intrigaron aquellas tiras colgantes, pero pronto iba a saber su utilidad.

La bestia le dejó en el suelo liso y cruzó el recinto hasta una tira que colgaba a tres metros de altura, por la cual trepó. Para los decápodos, era como una silla. Cómodamente instalada, la extraña criatura le observó... como una araña observa a una mosca, pensó el hombre.

Se puso en pie despacio, sin apartar los ojos de la bestia. Una mirada de soslayo le indicó que él estaba más cerca de la puerta por donde habían entrado. ¿Podría llegar hasta ella antes que el monstruo? Dejó caer los hombros, abatido. No podría bajar por aquella escalera inhumana. Estaba realmente en una prisión situada a cien metros por encima del suelo. Resignado, esperó el siguiente movimiento de la bestia.

¡El monstruo extendía un largo tentáculo para cogerlo... y lo lanzó al otro lado del recinto!

Aturdido, se puso lentamente en pie preguntándose qué significaría aquel juego burlón, cuando descubrió que era arrastrado por el suelo hacia donde estaba la bestia, ¡No había terminado de ponerlo de pie, cuando lo lanzó de nuevo contra la pared más lejana! Agitó los puños ante el monstruo, encolerizado, preguntándose si pensaba romperle los huesos antes de comérselo, y furioso al encontrarse tan indefenso.

De nuevo lo atrajo hacia sí arrastrándolo por toda la habitación, para luego volver a arrojarlo lejos. Pero el cuarto lanzamiento le dejó caído, lastimado y débil, a punto de desmayarse. Entonces comprendió a medias, dándose cuenta de que cada vez que el monstruo lo arrastraba, emitía un agudo silbido. Eso era lo que hacía también esta vez.

Se puso en pie para verificar su suposición. Esta vez el tentáculo no salió para traerlo mientras cojeaba hacia su amo... respondiendo a su silbido.

Comprendió. Le estaba enseñando el «¡ven aquí!», por el mismo procedimiento que él empleaba para enseñar a sus perros, aunque más brutalmente.

Se detuvo debajo de donde colgaba la bestia. Una minúscula mano bajó para palmearle la mejilla y luego, como para asegurarse de que había aprendido realmente la lección, volvió a lanzarlo... aunque con más suavidad. El hombre obedeció al silbido con más prontitud. Había aprendido.

La bestia bajó al suelo y luego se acercó al colchón, donde se sentó, tomando a Brett. Éste se halló tumbado en el suelo con el obsequio de suaves palmaditas y de un cacareo como el que emplea una gallina para indicar a sus polluelos que se coloquen bajo el ala.

Inmóvil, aguardó la próxima reacción del monstruo y volvió a oír el silbido agudo. Se levantó y, al acercarse a ella, recibió otra palmadita en la mejilla. Había aprendido el «échalo».

Esto fue repetido varias veces y luego, cuando se hubo convencido de que había aprendido las dos primeras lecciones, el decápodo pareció cansarse de él y lo dejó en paz. Pero Brett no quería que lo dejaran en paz. Decidió que había llegado el momento de hacerse comprender al monstruo que él también era una criatura pensante.

Registró sus bolsillos, contrariado al descubrir que no llevaba ningún lápiz. En realidad, sólo tenía un pañuelo, algunas monedas y billetes y un mechero descargado, recordó que aquel día memorable en que los decápodos invadieron Washington había despertado tarde y salió sin meterse en los bolsillos sus accesorios de costumbre. Ni siquiera tenía cigarrillos.

Pero no importaba. Lo intentaría por otro medio. Notó que el decápodo no le miraba, sino que contemplaba el sol rojo, que en aquel momento empezaba a ponerse detrás de las torres. Se acercó y tocó un tentáculo que estaba a su alcance para llamar la atención de la bestia.

Ésta volvió la cabeza lentamente para mirarle e incluso la inclinó mientras Brett hablaba, moviendo lentamente los labios para formar palabras que, como le constaba, no serían comprendidas. Recibió otra palmadita, pero después de esto la bestia mostró poco interés por su exhibición. Brett señaló el sol poniente y, agachándose hacia el suelo, trazó con el dedo un sol imaginario. Podía haberse ahorrado aquel esfuerzo. Al levantar de nuevo la mirada, descubrió que el monstruo se levantaba para dirigirse al umbral abierto.

Miró con desesperación mientras el monstruo se asomaba hacia fuera y comprendió que a los ojos del mismo él era un animal inferior y no había nada que hacer. Poseedores de una inteligencia, por completo diferente de la humana, los decápodos no concebían que un terráqueo pudiera ser una entidad pensante, sin duda el Hombre sólo era para ellos una nueva especie animal; la industria y los edificios humanos no atrajeron su atención más de lo que la vida comunitaria de las hormigas suele impresionar al hombre corriente... salvo un ligero asombro por la analogía de esa forma de vida con la suya.

Para ellos, el Hombre venía a ser como los animales que éste domestica. Probablemente la ciudad de Washington les pareció una formación de la Naturaleza, pues los edificios de la misma eran muy diferentes de sus torres.

Al ocurrírsele esto, Brett comprendió su situación y la de sus compañeros cautivos. Eran animales domésticos y nada más. Y no serían tenidos en más que los animales nativos de aquel planeta, a los cuales, como más tarde averiguaría, las bestias domaban por pasatiempo.

Era difícil de aceptar y pensó con dolor en la situación de sus compañeros, preguntándose cómo asimilarían tal descubrimiento. ¿Se someterían o intentarían luchar? Pensó en la muchacha de ojos azules y en George. ¿Comprenderían su nueva posición y sabrían adaptarse? Luego sonrió al pensar en la Matrona Militante y el pomposo Senador. Le habría gustado verlos durante el «adiestramiento».

Mientras reflexionaba, el hombre observó que la luz disminuía y empezaba a caer el crepúsculo, pintando el cielo de magníficos rojos, azules y verdes. Antes de que la cámara quedase a oscuras del todo, apareció un nuevo personaje.

Desde su puesto junto al umbral, el primer decápodo se puso a chirriar con fuerza, como excitado. Brett echó una ojeada a través de la pared transparente de la torre y

descubrió que un segundo monstruo trepaba por ella. El cuarto se llenó en seguida de estridentes silbidos. Asombrado, vio que el recién llegado daba al otro una terrible tunda en el cuerpo y los miembros.

Retrocedió creyendo que se trataba de una pelea, pero la pareja se acomodó en la estera central, muy amigablemente. Vio que el recién llegado era más voluminoso que el primero, de tentáculos más macizos, de cuerpo más grueso y de color ébano, mientras la bestia más pequeña era casi de color chocolate. ¿Sería posible que fueran macho y hembra y aquello hubiera sido un prosaico regreso a casa?

En los días siguientes supo que así era. Todas las mañanas, el macho negro abandonaba la ciudad de las torres en una nave voladora, copia reducida de la que había trasladado a Brett y a sus compañeros hasta allí, y regresaba por las tardes al cuarto de la torre.

Después de los saludos, el decápodo más pequeño, a quien Brett llamaba Señora a falta de mejor nombre, lo arrastró para exhibirlo ante su amo. Por sus agudos silbidos, Brett adivinó que le narraba los sucesos del día y que el rey le había regalado aquel animal doméstico. El Señor no parecía muy contento con tal adición a su círculo familiar, y Brett supuso que Señora discutía con él su nueva adquisición. Poco después, ambos se echaron sobre la estera, dejando a Brett en el frío suelo.

El sueño no iba a venir pronto. En primer lugar, se sentía incómodamente helado y, con la puesta del sol, el cuarto se había enfriado mucho. Además, tenía hambre y no recordaba cuándo había comido por última vez; pero aquellas consideraciones no eran tan graves como la situación en la que se hallaba.

Comprendió que ya no estaba en la Tierra; esto era evidente al entender que en ningún punto de su planeta madre habrían logrado subsistir ni desarrollar tanto su ciencia aquellos monstruos. Podía descartar el satélite de la Tierra, la Luna, por carecer de atmósfera. Además, habría aparecido en el cielo la Tierra, Venus también quedaba descartado, pues allí los rayos solares serían más cálidos que en la Tierra. Quedaba Marte o alguna de las lunas de Júpiter... suponiendo que estuvieran dentro de los confines del sistema solar.

Al considerar la distancia entre el Sol y la estrella más cercana, aproximadamente treinta y ocho millones de kilómetros, le pareció que los decápodos no podían trasladarse tan lejos, a menos que sus máquinas recorrieran el espacio a mayor velocidad que la luz.

No; todo apuntaba directamente a Marte, el planeta rojo. El sol rojo y el cielo cobrizo, la gravedad ligeramente disminuida, la tenue atmósfera, enrarecida como el aire de alta montaña, parecían indicar que estaba en Marte.

Mientras, sentado en el suelo, miraba a través del techo transparente de la torre, tuvo pruebas categóricas de que estaba realmente en Marte. Vio una luna saliendo por el este, un pequeño globo extraordinariamente brillante, que bañaba de luz todo el paisaje y eclipsaba con su resplandor algunas estrellas. Pero eso no era todo. Luego apareció una segunda luna; pero a diferencia de la primera salió *por el oeste*, por donde el sol acababa de ponerse; ¡y la primera luna había salido al otro lado!

El segundo satélite era aún más brillante que el primero, pero no acababan ahí sus singularidades. ¡No se comportaba como una luna que respetara a sí misma, sino que cruzaba el cielo a toda prisa, ocultando una estrella tras otra mientras corría rápidamente hacia su cénit, adonde según el reloj de pulsera de Brett llegaría antes de dos horas!

Aunque no era astrónomo, recordaba de sus estudios universitarios lo suficiente para comprender que los dos satélites eran ni más ni menos que las lunas gemelas de Marte: Phobos y Deimos, cuyo albedo se debía a su proximidad, puesto que Deimos sólo se hallaba a 18.000 kilómetros y Phobos a 3.255 kilómetros de la superficie marciana. Comprendió que la extraña carrera de Phobos se debía a que su período era de sólo unas 7 horas, mientras que el período de revolución de Deimos era de 30 horas; en consecuencia, Phobos completaba tres revoluciones por cada rotación de Marte, su

movimiento aparente y el real eran el mismo, de modo que salía por el oeste y cruzaba el cielo hacia el este para ponerse, tardando sólo once horas en pasar de un meridiano a otro.

Nuestro hombre se alegró momentáneamente de su descubrimiento, pero el entusiasmo duró poco. Marte... situado a 73.500.000 kilómetros de la Tierra... setenta y tres millones quinientos mil kilómetros de Espacio vacío...

Se tumbó en una punta de la estera, temblando de frío con sus ropas de verano, y esperó la mañana a través de la prolongada vigilia de una noche que parecía interminable.

Hacia la mañana debió dormitar, pero al salir el sol oyó que los monstruos se removían en su jergón. Allí no había abluciones matinales ni instalaciones sanitarias, aunque luego descubrió que los decápodos se lavaban fuera de casa. La hembra lo levantó del suelo, salió y empezó a bajar con él por la escalera de la torre, seguida por el macho. Era un éxodo general de todas las bestias, que salían de sus domicilios al mismo tiempo.

Los ojos inquisitivos de Brett divisaron a algunos de sus compañeros cautivos; el negro Jeff moraba en una torre frente a la suya, y cuando llegaron al suelo vio a la Matrona Militante que les precedía sobre el brazo de su achocolatada dueña. Notó que otras bestias poseían otros animales domésticos además de los humanos. Una acarreaba un bicho de piel azul, pisciforme, con cabeza chata de lenguado y largas aletas. Otra transportaba un animal de ojos expresivos y cuerpo largo, semejante a un calamar.

Entonces pensó que la vida en aquel planeta debió salir del mar.

El lugar donde vivían probablemente era el lecho de un mar seco hacía mucho. Descubrió que se encaminaban al lago central de la gran plaza. A medida que llegaban, los decápodos se zambullían, nadando y chapoteando veleidosamente. Al llegar a la orilla el «ama» de Brett se zambulló, arrastrándole con ella, sin tener en cuenta que iba vestido y que el agua estaba helada. Sus ropas se empaparon en seguida, y se hundió. Su dueña creyó que no sabía nadar y lo sostuvo con un tentáculo para que no se hundiera. Poco después, Brett estaba morado y temblaba.

Mientras salían del agua, la pareja de decápodos contempló su estado. Creyendo ayudarlo, el decápodo lo echó sobre la arena. Brett se quitó rápidamente la ropa y la retorció para escurrir el agua. Al parecer, su acción desconcertó a los monstruos: les pareció que se arrancaba la piel, a medida que él dejaba las prendas ellos las recogían para estudiarlas, entre animados silbidos.

Se volvió hacia el sol, pero sus pálidos rayos le indicaron que su ropa tardaría horas en secarse. Melancólicamente, se puso la camisa y luego los pantalones, húmedos y pegajosos, haciendo un lío con la ropa interior mientras metía los calcetines en los zapatos, para impedir que la piel encogiera, y se los colgaba del cuello por los cordones.

Señor habló impacientemente con Señora y Brett fue levantado una vez más. Descubrió que se dirigían al gran edificio de la plaza que estaba enfrente del Palacio Real. Entraron en el primer nivel, ya lleno de decápodos que desayunaban de pie ante un largo mostrador de seis metros de altura que rodeaba el recinto, tras el cual un grupo de aquellos seres servía comida en grandes cuencos.

Colocado sobre el mostrador entre su ama y su amo, Brett contempló la comida, una papilla espesa que exhalaba un leve olor a pescado. Con grandes palas varias veces más grandes que una cuchara humana, la pareja de decápodos se dispuso a devorar los cinco kilos de alimento que contenía cada uno de sus platos, sin ofrecer nada al hombre. Los miró hambriento mientras comían. Aunque la pitanza no tenía un aspecto muy apetitoso, seguramente era mejor que nada. Su estómago reclamaba alimento.

Luego, cuando ya desesperaba y había llegado a la conclusión de que no sería alimentado, vio que Señora soltaba su pala. Tomando a Brett lo empujó hacia el plato, donde quedaba una buena cantidad de alimento. Comprendió. ¡Le tocaba comer las sobras!

Su amor propio humano quiso sublevarse, pero el hambre venció a la repugnancia. Cogió la pala y logró llevársela hasta la boca. Reconoció el alimento que le habían dado a bordo de la nave, y que calmó tanto su hambre como su sed.

Vio en el mostrador a otros de su especie aprovechando la comida, mientras un grupo de animales nativos de aquel mundo desconocido tomaban también su desayuno. Allí estaba la Matrona Militante. La rodeaba un gran charco de agua que goteaba de sus ropas; el sombrero caía flácido sobre su rostro, pero de algún modo conservaba parte de su dignidad mientras comía del cuenco con una cuchara de tamaño normal. Brett pensó que era exactamente la clase de persona capaz de llevar consigo semejante utensilio.

Después del desayuno, el programa consistía en despedir a Señor. En un gran espacio al aire libre adyacente a la plaza había un campo de aterrizaje, donde esperaban muchas naves como la que los había trasladado desde la Tierra, aunque más pequeñas, con capacidad para contener cómodamente a dos decápodos. La Señora estuvo allí con Brett hasta que despegó la nave de su esposo. No tenía hélices ni alas, sino que se elevó verticalmente sin medios visibles de propulsión. Brett habría dado lo poco que poseía por averiguar cual era el principio motor.

Todas las naves se alejaron de la ciudad en la misma dirección. Luego Señora regresó a la orilla del lago, donde docenas de decápodos se reunieron con ella, Brett se alegró de ver a algunos de sus compañeros.

Después de exhibirlo ante un grupo de sus «amigas», la criatura colocó a Brett en la arena y lo vigiló para que no escapara. Pero de momento sólo le interesaba reunirse con sus compañeros cautivos, para que le contaran cómo les había ido. Tuvo una gran alegría cuando George se acercó corriendo.

4

Todos habían vivido la misma experiencia.

—Nos tratan como si fuéramos perros —declaró George disgustado—, como si no tuviéramos la más mínima inteligencia. ¡Y ese baño! ¡Uf! Todavía estoy medio congelado.

Cerca de allí, la Matrona Militante hablaba con el hombrecito pomposo a quien Brett apodaba el Senador. La mujer se mostraba indignada por el trato que le infligían sus raptos. Con voz metódica, decía lo que pensaba de aquellos seres incapaces de comprender sus auténticos valores, y se quejaba de la indigestión producida por su comida artificial así como de su estado deplorable después de la mojadura forzada. El Senador carraspeó varias veces, tratando de meter baza.

Agazapados en la arena a poca distancia, se hallaban los tres negros: Jeff, la mujer Mattie y el tercero, mulato, cuyo elegante traje de moda ahora estaba arrugado por el agua. La mujer lamentaba el «castigo del Señor». Junto al lago, observando tímidamente a los demás, se hallaba la solterona, a cuyo brazo se aferraba la estudiante de tacones absurdamente altos. Había intentado mostrarse presentable a pesar del estado de sus ropas. En las mejillas y labios llevaba carmín recién aplicado que sólo contribuía a resaltar la palidez de su rostro.

Tres hombres, un anciano corpulento que tal vez era un hombre de negocios, el indescriptible tendero y el sujeto de los ojos inquisitivos, discutían en corro y en voz baja la situación, mirando de vez en cuando a las decápodos que estaban de pie o sentadas junto al lago y vigilaban a las personas a su cargo.

No lejos de allí, sentada en la arena, estaba una joven ama de casa de rostro sonrosado en la que Brett había reparado el día anterior. Se cubría el rostro con las manos mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

Brett nunca había visto un grupo de personas tan desalentadas. Pero lo olvidó cuando vio a la joven a quien andaba buscando. Llevaba de la mano a la niña de seis años, que

abrazaba contra su pecho a la gatita mojada. Al notar su mirada, la muchacha se acercó a Brett.

—Jill está preocupada por su gata —explicó—; la pobrecita parece enferma.

La niña levantó la gata para que él la viera, y Brett tuvo que confesar que no podía hacer nada. La niña se dejó caer sentada en el suelo abrazando el animal, sin hacer caso de nada más.

Los ojos de la muchacha volvieron a encontrar la mirada de Brett. Sonrió con simpatía.

—Le ruego que disculpe mi aspecto, pero salí con prisa y no pude mandar a por mi equipaje. A propósito, me llamo Dell Wayne... —agregó.

Al principio le asombró que se tomase tan a la ligera su situación. Luego sonrió; le gustaba que una muchacha supiera reír. Comprendió que quizás allí necesitarían risas. En efecto, estaba desaseada, con una larga rotura en la falda de seda empapada de agua y un estropeado jersey de lana sobre el cual una corbata, cuyo color no era muy sólido, había dejado una mancha roja. Además, no tenía medias ni zapatos. Comprendió que él mismo, acarreando los zapatos y la ropa interior y vestido sólo con los pantalones y la camisa, no debía ser una figura demasiado atractiva.

—Está preguntándose cuándo saldrá el próximo correo para reclamar mi guardarropa, sobre todo mi traje de baño —bromeó Brett y agregó—: A propósito, mi dirección telegráfica es Brett Rand...

Ella no respondió, porque escuchaba las palabras del «Senador» y la solterona huesuda, que pasaban por allí. Oyeron que la mujer decía:

—¿No es horroroso, congresista Howell? Hará usted algo para sacarnos de aquí, ¿no es cierto? Sé que lo hará. Le decía a Cleone, una de mis alumnas, que estando el congresista Howell aquí todo acabará bien.

Él respondió:

—¡Ah, señorita Snowden! Por supuesto, por supuesto... ¡ejem!... haré lo que pueda. Me ocuparé... ¡ejem!... de que éstos... ¡ejem!... monstruos sepan quién soy yo. Los Estados Unidos no permitirán que continúe... ¡ejem!... este trato despótico. Bien, señorita... ¡ejem!... Snowden, no se preocupe. Me ocuparé de que todos nosotros... ¡ejem!... regresemos a casa antes de... ¡ejem!... de que acabe el día, Estoy... ¡ejem!... dispuesto a conferenciar con cualquier... ¡ejem!... autoridad —y se alejó.

Dell Wayne suspiró.

—¡Pobre! Supongo que va a sufrir una terrible decepción.

Brett la observaba con disimulo.

—Parece tomarse este asunto con gran serenidad, señorita Wayne.

La muchacha irguió la cabeza.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¡Ah!, comprendo que estamos en una situación terrible, lejos de casa, esclavos de estos seres que no comprenden nuestra capacidad. No podremos soportar la vida que nos obligan a llevar, el frío, las zambullidas en el lago, la comida... Pero el refrán que dice «mientras hay vida hay esperanza» es acertado. Quizá logremos encontrar el modo de salir de este lío. ¿Tiene alguna idea...?

—Hay una posibilidad: conseguir una nave para regresar a casa, aunque debo admitir que, si la tuviera, no sabría qué hacer con ella.

Le relató su experiencia con las máquinas de los decápodos antes de la captura.

Siguieron hablando largo rato, haciendo proyectos imposibles, hasta que se acercó George con el niño de ocho años. Les seguía un muchacho flaco que se hacía el remolón, observando al grupo mientras esperaba con ansiedad que repararan en él y le aceptaran.

—¿No se podría hacer algo por este chico? —preguntó George—. Tiene fiebre...

Dell se hizo cargo del niño y sacó un pañuelo.

—Está ardiendo. Por favor, humedezca este pañuelo.

El adolescente, que se llamaba Forrest Adam, corrió a cumplir con lo pedido. Pero aparte de refrescar el rostro ardiente del niño, no pudieron hacer nada por él. La criatura lloraba y llamaba a su madre.

La mujer que antes estaba sentada en la arena sollozando se acercó.

—Permítame —intervino—. Tiene la edad de mi pequeño Jacky, que quedó en casa. Nos consolaremos mutuamente.

Pero mientras tomaba al niño de manos de Dell, la bestia propietaria de aquél se acercó para arrancarlo de sus brazos y llevárselo.

Las otras decápodos se llevaron a las personas a su cargo, y Brett apenas tuvo tiempo para despedirse de Dell y George antes de ser levantado y llevado «a casa».

5

Una vez en el cuarto de la torre, la Señora revisó las ropas empapadas de Brett y, sin molestarse en pedirle permiso, lo desnudó por completo. El hombre intentó rechazarla, pero la monstruo no hizo caso de su forcejeo. Cuando sus manecitas de dos pulgares lucharon con los botones, él la ayudó, prefiriendo esto a que los arrancara.

Cuando las prendas estuvieron secas le vistió de nuevo. Algunas trataba de ponérselas del revés, pero él la corrigió. Apenas había acabado de vestirlo, lo desnudó otra vez, como un niño con un juguete nuevo.

Resignado, el hombre dejó que le vistiera y desvistiera hasta que la decápoda se cansó del juego; cuando se echó sobre el jergón para dormir la siesta, Brett pensó que haría lo mismo. Pero no podía dormir. Su mente estaba demasiado llena de preocupaciones. Lo mismo que Dell, comprendía que era preciso hacer algo en seguida; de lo contrario, todos los prisioneros de los decápodos morirían. Era culpa suya que George estuviera allí pero, aunque intentó disculparse por haber metido a su cantarada en aquel lío, George le hizo callar en seguida. Aunque sólo fuera por George, tenía que hacer algo... y también estaban los demás. Su mente ya empezaba a forjar un plan, pero aún no lo tenía bastante claro.

Transcurrieron varios días, y siempre bajo la misma rutina del primero: desde la mojadura obligada en el lago, la comida, y la despedida del amo junto a su máquina voladora, pasando por la hora de reunión con los compañeros cautivos a orillas del lago, hasta regresar a las torres para aguardar el regreso nocturno del Señor.

El segundo día aparecieron McCarthy y su caballo, así como el fox-terrier de pelo duro, y Brett conoció al resto de los terráqueos: el hombre inquisitivo resultó ser periodista; el hombre de negocios se llamaba Thomas Moore; Hal Kent no era tendero sino empleado gubernamental; Cleone era la universitaria que se había hecho inseparable de la delgada señorita Snowden.

Lo único que preocupaba de McCarthy era su caballo. Evidentemente estaba agonizando, pues no podía digerir la comida de los decápodos. El adolescente era, tal vez, la única persona feliz de todo el grupo. Le confesó a Brett que, pese a ser lector asiduo de todos los relatos pseudocientíficos que caían en sus manos, jamás había soñado con participar realmente en una aventura semejante. ¡Estaba seguro de que vendrían a rescatarlos!

Jerry Ware, el periodista, se mostraba casi alegre y sólo pensaba en el gran reportaje que iba a escribir cuando regresaran «a casa».

Brett comprendía cada vez con más claridad que el regreso debía producirse. Las condiciones en que vivían se reflejaban en la mayoría de ellos. El niño Tad estaba muy enfermo; Jill tenía fiebre y todos se quejaban de indigestión, dolor de cabeza, náuseas y resfriados.

Ninguno de ellos estaba ni medianamente cómodo, mal vestidos como se hallaban y con las ropas mojadas todos los días, mientras de noche estaban expuestos a

temperaturas próximas al punto de congelación. El que la gatita y el caballo, junto con los niños más pequeños, fueran los primeros en enfermar indicaba que la comida era demasiado pesada para su constitución; pronto enfermarían también los adultos.

En vista de ello, el tercer día Brett expuso a quienes quisieron escucharle la necesidad de hacer ejercicios vigorosos, para contrarrestar el efecto nocivo de la alimentación. Los miembros más jóvenes del grupo estuvieron de acuerdo, pero los demás, dirigidos por la Matrona Militante, que en realidad era la señora de Joshua White-Smythe, tenían otros planes. Ella los explicó así:

—Seguiremos el canal hasta salir de aquí... y, si es necesario, volveremos andando a casa. El canal debe conducir a un río, y los ríos siempre conducen al mar.

Brett la escuchó y formuló sus objeciones:

—Por Dios, ¿no comprenden que no estamos sobre la Tierra? ¿Que no es posible «regresar caminando a casa»?

Hubo un momento de tensión y luego la señora White-Smythe le lanzó una mirada desdeñosa.

—Ahora querrá hacernos creer que estamos en la Luna. ¡Vaya necedad! ¡Como si alguien pudiera vivir en la Luna... o en las estrellas!

—Sospecho que nos hallamos en un lugar mucho más lejano que la Luna, Señora. La Tierra está lo bastante lejos para asemejarse a una estrella desde aquí.

Brett estaba seguro de haber distinguido la Tierra entre los cuerpos celestes, la noche anterior.

El congresista Howell se burló de sus palabras.

—¡Claro que estamos en la Tierra! Yo sé que estamos en la Tierra. ¡Nos hallamos en el desierto de *Gobi*.

—Por supuesto. ¿No es el lugar donde los sabios hallaron unos huesos grandes y los llamaron huesos de dinosaurios? —espetó la señorita Snowden.

—Pues esos bichos no tienen huesos... ¡hum!... al menos, al tacto no parece que los tengan —intervino Cleone.

—Ahora va a decirnos que estamos en Marte... —le reprendió Howell.

—¡Estamos en Marte!

—¡Marte! —cayó como una granada.

Dell, que llevaba a Jill en brazos, se acercó a Brett.

—¿Está seguro?

—¡Caramba! ¡Lo sabía! —exclamó el joven Forrest—. Esas lunas son Phobos y Deimos, ¿no es así, señor Rand?

Evidentemente, había asimilado bien sus lecturas.

Brett explicó los motivos de su afirmación, aduciendo la gravedad disminuida, el color rojo mate de la atmósfera, la escasa intensidad de los rayos solares, la presencia de las lunas gemelas incluso en el cielo diurno.

George asintió.

—Parece lógico, Brett. Yo mismo he considerado estas posibilidades, pero oye... los científicos afirman que en Marte no hay oxígeno suficiente para la vida humana. Este aire está enrarecido, pero se puede respirar...

Brett convino en ello.

—También lo he pensado, y creo que esta ciudad se halla en una hondonada de la superficie. Desde mi torre diviso en el horizonte una línea de acantilados, que podría ser, o una cadena montañosa o el límite de esa hondonada. De ser cierto esto último, estamos en algún antiguo lecho marino. Esto explicaría por qué los astrónomos no detectaron oxígeno en la atmósfera. ¡Porque se halla debajo de la superficie!

—¡Caray! Parece lógico.

—Usted sabe que los astrónomos han observado algunas «áreas pantanosas» que muestran cambios estacionales —intervino Forrest—. Por lo general, las localizan al extremo de un canal. Supongo que estamos en una de esas áreas, ¿no?

—Es probable.

—Sí, Brett, pero ¿dónde están esos cambios estacionales? Los observadores han visto zonas verdes después del derretimiento de las cumbres nevadas.

—Supongo que estamos en la estación seca. Esta mañana he tropezado con unas raíces secas. No me sorprendería enterarme de que, en determinadas estaciones, crece aquí algún tipo de vegetación...

—¡Alabado sea el Señor! Ojalá ocurra pronto; Prince y yo necesitamos verduras —dijo McCarthy.

De súbito oyeron un sollozo. Era la señora Burlón, la joven ama de casa que mecía a Tad entre sus brazos.

—Si lo que dicen es verdad —balbució entre sollozos—, entonces... nunca volveré a ver a mi John ni a mi pequeño Jacky...

Cleone exclamó con voz lacrimosa:

—¡Ay! No volveré a desobedecer a mamá. Ella dijo que no me acercara a esa nave horrorosa. ¡Ay! ¡Me gustaría estar muerta!

—¡El Señor nos ha castigado!

Nadie observó que Howell y la señora White-Smythe, seguidos por la señorita Snowden, Moore, Kent y el mulato Harris, se estaban alejando. Ni siquiera sus amas les echaron en falta mientras avanzaban lentamente por la orilla del lago hacia el lugar donde desembocaba en éste el canal.

—Tú nos salvarás, ¿no es cierto, Brett? —preguntó Dell—. ¿Conseguirás una nave y nos llevarás a casa antes de que sea demasiado tarde...?

Contempló a Jill, cobijada entre sus brazos y vio que corría una lágrima por su mejilla. Brett notó un ligero acento histérico en su voz.

Apartó a George para explicarle su plan.

—No he estado ocioso. He jugado con ese gran bruto mío; salto sobre él cuando regresa a casa por la noche, doy volteretas..., hago cuanto puedo para que repare en mí...

—Es una buena idea y, sin embargo...

—Ya sé que hay muchísimas objeciones. Pero es mejor que no tener ningún plan...

—Claro que sí, Brett, Yo haré lo mismo, y quizás uno de los dos lo consiga.

6

Cuando su dueño regresó a casa aquella noche, Brett, tal como había dicho, se precipitó hacia el monstruo para que éste reparara en él. Había descubierto que la tesitura de su voz se hallaba por debajo del umbral auditivo del decápodo; esto explicaba en parte el que los terráqueos no fuesen reconocidos por las bestias como seres inteligentes. Por mucho que gritase, ellas no le oían, como tampoco oían sus movimientos durante la noche. Al mismo tiempo las voces de los monstruos alcanzaban la banda de los ultrasonidos, pues su tono más bajo equivalía a un «re» o un «mi» sobreagudos. A veces veía moverse sus bocas sin oír sus voces; la del macho era más aguda que la de la hembra.

El único medio para llamar la atención era hacer piruetas o dar un gran salto, aprovechando la menor gravedad, para aterrizar entre los tentáculos de su amo. La bestia parecía complacida con estas atenciones. El cuarto día se dignó dar a Brett una paletada de comida de su plato.

Aquella misma noche, Brett recibió un nuevo adorno. Se trataba de un grueso cinto de metal, donde se sujetaba un cable metálico de doce metros. Había visto a uno de los

animales pisciformes llevando un cinto y una correa semejantes. Le desagradó el dudoso obsequio, sin saber que más adelante iba a constituir su salvación.

A medianoche se sintió espantosamente enfermo. Tenía calambres y un intenso dolor de cabeza. Como la mayoría de sus compañeros, sufría una fuerte gripe, empeorada por el baño de la mañana siguiente.

Y para empeorar las cosas, al salir del comedor la Señora utilizó la correa, atándole el cinto antes de dejarle en el suelo. Tuvo que correr a toda velocidad para seguir el paso de ella. Al llegar al «aeropuerto» inspeccionó la hebilla, pero era tan complicada que no pudo abrirla. Esto le contrarió pues había pensado seguir al amo y hacerle comprender que quería pasar el día con él. Pero la correa se lo impidió.

Por eso fue el más desalentado de los que se reunieron aquel día junto a la orilla del lago. Contempló a sus compañeros, sucios y enfermos, dándose cuenta de que iban por mal camino. Luego se sorprendió y casi se echó a reír. ¡La Matrona Militante exhibía un ojo amoratado!

Al fijarse mejor, observó que durante las pasadas veinticuatro horas debía haber recibido una soberana paliza. Su rostro mostraba otras heridas además del ojo amoratado, y tenía las ropas casi destrozadas. Además, cojeaba...

Pero no era la única que parecía haber soportado malos tratos. Aunque no tenía el ojo amoratado el congresista tenía tan mal aspecto como ella; había perdido todo su empaque y tenía el rostro magullado. La pernera de su pantalón estaba rasgada desde la rodilla hasta los bajos.

Brett miró a su alrededor y descubrió a otros en el mismo estado lamentable. La señorita Snowden, Moore, Kent y Harris también estaban harapientos y lastimados. Y todos parecían bastante avergonzados.

Le contaron lo sucedido el día anterior, cuando los seis se alejaron de sus compañeros, decididos a buscar el camino de regreso a la civilización. Por lo visto habían avanzado bastante a lo largo del canal. Llegados a una sección más ancha del mismo, después de dejar atrás las torres, se vieron cercados por unos decápodos desconocidos.

Al principio, los curiosos monstruos se contentaron con palparlos y pellizcarlos. Luego uno de ellos levantó a Kent, y se lo pasaron de uno a otro, lo mismo les ocurrió a los demás humanos, pese a su resistencia. Después hubo una pelea entre los monstruos, cada vez más numerosos, pues los alejados protestaban por lo que tardaban sus compañeros en dejarles ver aquellas curiosidades. Se disputaron a los terráqueos y fue un milagro que ninguno de éstos resultase despedazado. Les salvó la oportuna intervención de una patrulla de decápodos que esgrimían barras de metal a modo de cachiporras. Fueron trasladados a una torre maciza y entregados a quienes, al parecer, eran autoridades que les examinaron de cabo a rabo. Por último fueron devueltos a sus amas, muy escarmentados por la experiencia.

Así terminó la primera tentativa de evasión.

Howell se mantuvo lejos de los demás durante el resto de la mañana pero, al captar la mirada de Brett, le hizo seña de que se acercara y dijo:

—Joven, no creo en... ¡jejem!... en esa historia suya de que estamos en Marte... pero... ¡jejem!... usted me parece un hombre digno de confianza. Oí que hacía planes con su joven amigo. Escúcheme ahora. Usted... ¡jejem!... si me saca de aquí, le pagaré muy bien... digamos diez mil dólares. No... quince... veinte, lo que usted pida. Sálveme. Estoy enfermo... me moriré si no me atiende un médico... ¡Por amor de Dios, lléveme a casa!...

Brett le escucho con paciencia, aunque a cada palabra aumentaba su repugnancia, y logró dominar su voz cuando preguntó:

—¿Y los demás, congresista...?

El hombre fingió toser un instante y luego dijo:

—¿Los demás? Que se las arreglen como puedan. Al fin y al cabo, yo soy necesario en Washington, he de cumplir mi deber. Los dos solos tenemos más posibilidades... mientras que...

Si aquel hombre hubiera sido más joven, Brett le habría dado un puñetazo. Como sabía que no podía responder de sí mismo cuando se desataba, giró sobre sus talones después de lanzarle una severísima mirada. Fue la primera y la última vez que Howell se acercó a él, aunque más tarde llamó aparte a George, el joven, sin embargo, lo despidió sin contemplaciones y luego le narró la conversación a Brett.

—¡El muy marrano! Menos mal que no hay más de su calaña entre nosotros. Hombres como él son los que...

Brett desoyó sus comentarios.

—Olvidalo. Oye: hemos de hacer algo, ¿comprendes? Estamos todos enfermos, decaídos. Es preciso hacer ejercicio para contrarrestar los efectos de la alimentación y de las condiciones que existen aquí. Mira a tu alrededor, a ver si puedes hacer algo.

—Entiendo. El niño Tad no ha aparecido esta mañana. Sospechamos que está muerto. Y la pequeña Jill ha empeorado. La muerte de su gatita, que ocurrió anoche, no ha servido de ayuda que digamos.

La propuesta de Brett fue recibida con división de opiniones. Howell se negó en redondo a unirse al grupo; los negros gruñeron y se negaron a realizar ningún esfuerzo. Estos tres formaron corro alrededor de Mattie, cuya voz aguda e histérica dominaba la reunión. Cosa curiosa, fue la Matrona Militante quien mejor acogió la idea, organizó el grupo, animó a los rezagados y dirigió los ejercicios gimnásticos. Era lo que necesitaba para sentirse a sus anchas. Brett se sonrió para sus adentros. Seguro que el alcalde y las demás «fuerzas vivas» de su ciudad natal andaban muy derechos cuando ella estaba por allí.

Al día siguiente, la suerte acompañó a Brett. Saltó tirando de la correa, para que el amo comprendiera que deseaba acompañarlo ese día a la oficina. La hebilla se abrió casualmente liberándolo. En seguida comprendió su oportunidad. Sin reparar en su dueña, corrió detrás del macho, que estaba a punto de subir a la nave. Con un salto volador, cayó sobre un tentáculo de la bestia y se sujetó con firmeza.

7

Señor se detuvo. Señora se acercó a toda prisa e intentó coger al hombre. Brett se aferró al macho, negándose a ser arrancado de allí. La pareja discutió con agudos silbidos. La hembra no parecía dispuesta a ceder su juguete, pero el cuidadoso plan de Brett parecía a punto de dar resultado. El macho titubeó.

Luego, disgustado por una palabra de Señora, se lo entregó. Brett chilló con todas sus fuerzas y clavó sus dedos en el tentáculo correoso, que era su modo de negarse a ser sacado de allí. La Señora lo miró largo rato; parecía un reproche, pero no le importó. Luego ella le dijo a Señor algo que por lo visto le hizo gracia, ¡y se alejó sin hacer más caso de Brett!

Latiéndole el corazón, se dejó llevar por el brazo de su amo. Entraron en la máquina que esperaba. Tenía dos compartimientos: en el primero estaban los mandos y dos extraños motores; en el segundo no había nada, excepto una estera y algunas tiras colgantes. En la parte superior de la sala de mandos había una enorme placa cubierta de cuadrantes, palancas y pulsadores. Cerca de ella colgaba una serie de tiras, donde se acomodó el amo.

Sentado en un tentáculo de la bestia, el hombre observó atentamente cómo manejaba ella los mandos. Con un tentáculo bajó una palanca octagonal, y con otro, en rápida sucesión, tres perillas de formas distintas. Cuando tocó la palanca, hubo un tremendo rugido; la aceleración fue tan intensa que Brett se desmayó.

Pero en seguida se recuperó, pues cuando volvió en sí aún no se habían llevado mucho sobre el suelo arenoso. Indiferente al empuje ascensional, la bestia movió una larga barra roja que, al dejarla en libertad, se puso a oscilar espasmódicamente y así continuó durante todo el viaje.

Como la nave era de metal transparente y dorado como todo lo que construían los decápodos, Brett pudo mirar en todas direcciones. Vio que se elevaban unos trescientos metros sobre la ciudad de las torres, alejándose de ella en línea recta. La ciudad era un conjunto de torres dividido por dos canales, con varias plazas y alguna torre descomunal que descollaba de sus compañeras. Brett descubrió que se hallaba en una profunda depresión de la superficie del planeta, confirmando su hipótesis. La rodeaban grandes laderas oscuras.

Seguían uno de los canales y cuando dejaron atrás la zona urbana vio unas franjas cultivadas, de brillante color verde artificial. Algunos monstruos jardineros cuidaban de las plantas, manteniendo un caudal constante del agua en las acequias del canal.

Abandonaron el canal en un punto donde describía una gran curva y sobrevolaron los límites del valle hacia una comarca que no era sino arena, dunas silenciosas, ya quietas, ya agitadas por remolinos. Poco después vio una segunda ciudad emplazada junto a otro canal. En ella las torres tenían el doble de perímetro que las que él conocía, pero eran mucho más bajas: ninguna medía más de veinticinco metros. También aparecían otras estructuras de forma extraña. Unas eran altas y delgadas, otras bajas y chatas, o bien poligonales. Había edificios en forma de cono invertido, apuntalados con vigas entrecruzadas. Un humo verde de peligroso aspecto salía de aquellos edificios, indicando que los decápodos preferían instalar sus fábricas lejos de sus ciudades residenciales.

Entre aquellas estructuras se abrían anchas plazas donde se estacionaban o aterrizaban muchas máquinas voladoras, llegadas de la ciudad de las torres así como de otras muchas direcciones. Después de aterrizar, los pilotos entraban en una u otra de las fábricas.

Comprendiendo que iban a aterrizar, Brett se aferró con fuerza al robusto tentáculo de Señor, a fin de observar la maniobra. Un gesto detuvo la barra oscilante, las tres perillas retomaron a su posición original y la nave bajó ligera como una pluma.

Entraron en un edificio redondo que hervía de actividad. Los monstruos se movían entre máquinas extrañas que lo atestaban todo. En una larga estancia había un mostrador alto, hacia donde se dirigió el amo. Después de escalar su «silla» colgante, dejó a Brett en un rincón vacío del mostrador, empujándolo para indicarle que debía quedarse allí.

En una ancha placa que tenía delante había una serie de barras, perillas de forma extraña y teclas planas o redondas; el amo se puso a trabajar sin perder tiempo, pulsando teclas y girando perillas. Unas veces trabajaba con las cinco manos, y otras sólo con una. Brett ignoraba para qué servía aquello, pero como el decápodo se volvía, de vez en cuando, hacia las máquinas rugientes, llegó a la conclusión de que aquel cuadro de mandos guardaba alguna relación con ellas. ¡Si hubiera podido hacer preguntas!

El monótono espectáculo adormeció al hombre. Horas después despertó al notar un contacto. Les rodeaban varios maquinistas y las máquinas estaban paradas. Brett fue colocado en el suelo y el amo le ordenó a silbidos que «saltara». Esto significaba dar volteretas sobre las manos, tumbos, grandes saltos en el aire, saltos mortales y otras destrezas, Brett siempre se había envanecido de su dominio muscular, y la gravedad de Marte le permitía realizar hazañas que no habría logrado en su planeta. Luego fue levantado y pasó de tentáculo en tentáculo, que palparon su piel, su cabello y sus ropas.

Lo dejaron de nuevo en la tarima, volvieron a ponerse en marcha las máquinas y durante varias horas Señor trabajó silenciosa y eficientemente. Brett se preguntó en qué consistiría su actividad, pero no halló nada que le permitiera deducirlo. En la sala no había otra cosa sino máquinas. Por último, éstas se detuvieron y hubo un éxodo general. La jornada había concluido.

Él hombre fue blanco de todas las miradas y tuvo que exhibirse una vez más ante los compañeros de su amo. Esta vez, cuando subieron a la máquina voladora, estaba preparado para el despegue y logró no perder el sentido mientras se fijaba en todo cuanto hacía el piloto, grabando en su memoria las operaciones.

Se sintió satisfecho de lo que había logrado. Era el primer paso de la huida. Pero comprendió que no sería tan fácil como esperaba. Aún desconocía si la nave y su sistema de propulsión iban a servir en el espacio. Además, tenía una sola escotilla de solidez hermética. Desconocía también cómo podrían manejar aquellos mandos gigantes él y sus compañeros. Sin duda, se podría llegar a ellos desde las tiras colgantes pero, ¿serían suficientes los músculos terráneos para moverlos?

La mañana siguiente, los compañeros se apiñaron a su alrededor. Habían deducido que su ausencia del día anterior guardaba relación con su plan de fuga, Narró todo lo que había visto, pero sólo confesó a George sus temores.

—No sabemos nada de la maquinaria, ni siquiera qué clase de combustible utiliza la nave. No aseguro que tenga autonomía espacial.

—¿No viste nada semejante a depósitos de combustible?

—No. Sospecho que funciona con energía acumulada, o tomada de los rayos solares o cósmicos.

—¡Uf! ¡Qué problema! Mira, salgamos esta noche y echemos un vistazo a las naves, un buen vistazo. Ya no podemos esperar mucho. Jill murió ayer en brazos de Dell. Ella está bastante mal. La señora White-Smythe se desmayó y nos costó hacer que se recobrase; hay otros enfermos...

Mientras hablaba, George se dobló víctima de un calambre que le arrancó una mueca de dolor y le obligó a apoyarse en Brett para no caer.

—Sí, veo que todos estamos bastante mal. ¿Tienes muchos espasmos, George?

—¡Bah! Estoy bien, más o menos. Sí; hay que salir de aquí...

—Me pregunto cómo saldremos de las torres. ¿Nos dejaremos caer de peldaño en peldaño? Tú y yo podríamos hacerlo pero, ¿y los demás... las mujeres...?

—Lo he resuelto, Brett. Como ves, la mayoría andamos con correa. Haremos esto... — George explicó su idea.

Se citaron para una hora después de anochecer, a la salida de Deimos.

8

A Brett le pareció que sus amos tardaban más que nunca en acostarse. Por último, sus respiraciones tranquilas le indicaron que todo estaba saliendo bien. Se dirigió hacia la ventana andando de puntillas, más por costumbre que por necesidad, puesto que ellos no podían oírle. Denos se alzaba en el horizonte, pero la hondonada aún estaba en sombras.

Cogió el largo cable de su correa y contempló la escalera. Por fortuna, uno de los peldaños se hallaba a un metro y medio. Era ancho y redondo, sobresana unos sesenta centímetros de la pared y terminaba en un grueso pomo.

Descolgándose de la abertura, buscó con los pies el escalón y luego se deslizó silenciosamente hasta quedar a horcajadas sobre la barra. Sacó el cable que sujetaba con una mano y lo enrolló de modo que los dos extremos colgaran varios palmos por debajo del escalón siguiente. Tomó con ambas manos el cable y se descolgó a lo largo del mismo.

Animado al comprobar que era empresa fácil, continuó hasta sentir el suelo bajo sus pies. Se detuvo a escuchar unos instante, por si su descenso había despertado a algún vecino. Pero los decápodos dormían profundamente y nada turbaba la paz de la noche. Enrolló el cable y corrió al lugar de la cita.

George llegó al campo de aterrizaje antes que él, porque su torre se hallaba más cerca, Contemplaba una de las máquinas voladoras a la luz de la luna.

—Tenías razón —le dijo a Brett—; estas máquinas no llevan ninguna clase de depósitos. Pero mira, ¿qué opinas de esto?

Le indicó una red de alambre empotrada en el casco transparente de la nave dorada. A la luz del sol habría resultado invisible, pero los rayos de la luna resplandecían sobre ellos, plateándolos.

—¡Una antena! Debe servir para recibir energía del éter. No sabemos si se trata de rayos artificiales o cósmicos. Puede que no lo sepamos jamás, pero yo diría que serán rayos solares o cósmicos... pues no podrían transmitir un rayo desde aquí hasta la Tierra. Desde luego averiguaríamos más si hallásemos la gran nave que nos trajo aquí.

—¿Qué tal si probamos ésta? Así sabremos si somos capaces de manejarla.

Brett lo pensó un poco antes de responder. De súbito, advirtieron que no estaban solos. Al otro lado de la plaza se alzaba la silueta de un inmenso decápodo, que llevaba una larga barra metálica.

—Un vigilante nocturno... —murmuró George.

Por fortuna la bestia no los vio, pues miraba en dirección opuesta. Apresuradamente, se ocultaron detrás de las máquinas, conteniendo la respiración hasta que el guardia desapareció entre las torres.

—¡Caray! ¡Poco nos ha faltado! ¿A qué temen esos seres? ¡No tienen nada que se pueda robar!

—No lo sé, por lo mismo que no podemos explicarnos muchas cosas sobre ellos. Supongo que esto descarta la posibilidad de probar la nave. No es cuestión de permitir que nos descubran. Tendremos que hacer el intento *en masse* y correr con el riesgo...

Entraron en una de las naves para estudiar los mandos, pero no vieron conexiones entre éstos y los motores. Estaban tan desconcertados como al principio.

La palidez de las estrellas al este les indicó que estaba a punto de amanecer. Se separaron y corrieron a sus respectivas torres. Por el camino, Brett estuvo a punto de tropezarse con un segundo guardián que andaba por entre los edificios. La suerte volvió a favorecerle y no fue visto. Cuando llegó al pie de su torre, Brett se vio ante la tremenda tarea de trepar por la pared lisa.

Después de tomar carrerilla, logró encaramarse al primer peldaño. Desde allí, la ascensión consistió en un ejercicio agotador de ponerse en pie sobre cada barra y lanzar el cable para enlazar la siguiente. El sol despuntaba ya cuando puso pie en la cámara. Pocos minutos después, las bestias comenzaron a despertar.

Aquella misma mañana, Brett comunicó a sus compañeros los detalles del plan que él y George habían preparado cuidadosamente. Al mirar a su alrededor comprendió que no había tiempo que perder. Todos estaban pálidos, patéticamente delgados. Todos padecían tos, estornudaban y respiraban con dificultad. Algunos se apretaban el pecho cuando les asaltaban los ataques de tos. A todos les enfermaba el alimento artificial que les daban sus raptos. Hasta Dell, que nunca se quejaba, tenía el rostro enfermizo y pálido, de ojos azules demasiado grandes y brillantes. Sólo Jock, el perrito, parecía encontrarse muy bien; todos los días saludaba con júbilo a sus nuevos amigos.

—No voy a ocultarles nada —explicó Brett—. Tenemos una posibilidad entre mil de regresar a casa. En primer lugar puede que estas máquinas voladoras no cierren herméticamente y que nos asfixiemos al salir al espacio. Ni siquiera sabemos cuánto durará el aire no renovado pero, de todos modos, no será mucho. En segundo lugar, hemos de correr un riesgo en cuanto al combustible. Además, no sabemos si una vez en el espacio lograremos encontrar la Madre Tierra. Desconocemos la navegación espacial, y ninguno de nosotros es astrónomo. Quizá nos alejemos de la Tierra y caigamos hacia el Sol. De hecho, sospecho que la de una probabilidad entre mil es una previsión optimista... Pero, de todos modos, sabemos que si nos quedamos aquí más tiempo, ninguno podrá

contarlo. Que cada uno lo decida por sí mismo. Quien venga, debe hacerlo voluntariamente...

No supo si fue porque «la esperanza es lo último que se pierde», o por valor fatalista, pero todos dieron su consentimiento unánime. Entre los reunidos no hubo ni una sola negativa. Incluso Mattie, que todo el tiempo había insistido en que aquello era el «juicio de Dios», halló fuerzas para lanzar un salvaje aleluya.

Cada miembro del grupo recibió instrucciones. Brett les explicó que el primer paso hacia la libertad debía darlo cada cual por sí mismo, enseñándoles cómo realizar el descenso desde las torres. Al pasar revista observaron que tres o cuatro amos habían olvidado suministrar correas a sus «cachorros»; por consiguiente, los hombres más fuertes quedaron encargados de ayudar a estos infelices. El momento fijado para la fuga fue la salida de Deimos.

Cuando Brett se asomó a la ventana, vio en la torre vecina la oscura sombra del gran negro Jeff, llegaron al suelo casi al mismo tiempo y, según lo previsto, corrieron al edificio que albergaba a la Matrona Militante, La vieron mirando afuera desde la cámara del tercer piso, esperándolos. Tenía correa, pero el peldaño más cercano estaba a tres metros de distancia.

Con gran sorpresa de Brett, el negro insistió en subir a buscarla, explicando que además de ser un «campeón» en su oficio de remachador familiarizado con los andamios, también había trabajado como vaquero en un rancho del oeste. Y, pasando a los hechos, enlazó el peldaño situado por encima de la señora White-Smythe y largó cuidadosamente el cable hasta que el otro extremo colgó al alcance de la mujer.

La fornida matrona se descolgó valientemente, haciendo subir al negro sujeto al otro extremo hasta que ella pisó el peldaño donde él estaba antes. El negro bajó a pulso hasta el soporte inferior y repitió la operación. Cuando por último llegaron al suelo, ella felicitó al hombre de color:

—Muchacho, si alguna vez está sin trabajo, venga a verme. ¡Jamás creí salir con vida de ese sitio!

Los tres recogieron a Jerry Ware el periodista, a la estudiante Cleone y a la señora Burton, impaciente por reunirse pronto con su «John» y su pequeño «Jacky». El resto de los terráqueos vivían en otros puntos de la plaza y se reunirían con ellos más tarde.

Brett les condujo al comedor colectivo, que estaba desierto, sin dejar de mantener los ojos atentos a la aparición de cualquier «policía», pero ningún decápodo vino a molestarlos. La luz de la luna brillaba sobre el alto y largo mostrador donde se hallaba preparado el rancho marciano para la horda matinal. Aunque era mala comida para terráqueos, el plan exigía que se llevaran algunos toneles para alimentarse durante el regreso, pues no sabían cuánto podían tardar.

Como el mostrador no tenía aberturas, tuvieron que encontrar el modo de pasar los toneles por encima del mismo. Los decápodos se limitaban a alargar un tentáculo, pero no sucedía lo mismo con los terráqueos. Ware trepó sobre los hombros de Jeff, el más alto y fornido de todos. Luego trepó Brett; de pie sobre los hombros de Jerry, que parecía a punto de flaquear, alcanzó el borde del mostrador y logró encaramarse.

Desenrolló la correa que llevaba alrededor de los hombros, dejó caer un extremo en manos de Jerry y lo izó rápidamente a su lado. Juntos hicieron subir a Jeff; fue éste quien sujetó el cable mientras Jerry y Brett se descolgaban hasta el suelo por el otro lado, donde estaban los depósitos.

Estos eran grandes recipientes abiertos. A un lado había docenas de ollas de casi dos metros de altura y más de un metro de diámetro. Tumbaron seis de costado y las hicieron rodar para que sirvieran de peana a Jeff. El extremo del cable fue atado fuertemente a la primera y Brett lo lanzó para luego situarse junto a Jeff y ayudarlo a levantar el pesado recipiente hasta la tapa del mostrador. Hecho esto, lo volvieron hacia el otro lado y lo

descolgaron hasta el suelo, donde las mujeres desataron el lazo corredizo. Una a una, las demás ollas pasaron así de uno al otro lado del mostrador.

Mientras trabajaban, los demás del grupo fueron apareciendo y luego ayudaron a hacer rodar las pesadas cubas hasta la máquina que los terrestres habían elegido para escapar. Cuando los recipientes estuvieron dentro, Brett pasó revista a La gente. Estaban todos... menos McCarthy.

El joven Forrest recordó que había visto a McCarthy aquella noche.

—Lo llamé, pero iba en dirección contraria —explicó—. Me saludó y respondió que estaría aquí en seguida.

—¡Hum!... Supongo que habrá ido a la tumba de su caballo a despedirse. La muerte de Prince fue un golpe terrible para él —comentó George.

—¡Ahí viene!

McCarthy se acercaba corriendo, llevando un bulto blanco bajo el brazo. Era Jock, el fox-terrier de pelo duro.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo el hombre cuando recuperó la respiración—. No podía dejar a éste aquí, aunque no sea más que un perro...

Había trepado hasta la mitad de una torre para salvar al animal.

—Bien, en marcha. Pronto será de día. ¡Todos adentro!

Entraron en la nave de quince metros y cerraron la pesada puerta. Luego, Brett y George treparon por las tiras hasta quedar frente al cuadro de mandos.

Con el corazón en un puño, Brett tocó la palanca octogonal que había visto apretar a su amo, después de advenir a todos que estuvieran preparados para el despegue. Le sorprendió la facilidad con que se movió la palanca bajo su mano. Pero con las tres perillas fue más difícil. George y él tuvieron que unir sus fuerzas para hacerlas girar. Luego esperaron el rugido del despegue.

¡No pasó nada!

9

Brett y George se miraron. Notaron que una ligera vibración recorría la nave, pero eso fue todo.

—Tal vez no giramos bastante las perillas —susurró George.

Brett asintió. Descubrieron que giraban un poco más; ¡pero no sucedió nada!

Se miraron, pero nadie se atrevió a decir lo que pensaba. Los demás parecían impacientes, preocupados por el retraso. Forrest hizo una sugerencia.

—Tal vez... se debe a que el Sol no ha salido... y que si esto funciona con energía solar...

Brett le miró, pensativo. Quizá tenía razón. Era una suposición plausible. Dirigió su mirada al este y vio que el Sol saldría poco después.

Un resplandor rojo despuntaba ya en el cielo. Luego, poco a poco, tan despacio que parecía no romper jamás la niebla del horizonte, un filo rojo dispersó las sombras.

—¡El Sol!

Nunca los adoradores del Sol lo saludaron con más fervor, aunque la alegría duró poco.

Con un rugido semejante a una docena de truenos, la nave se puso en marcha, ascendiendo con tanta rapidez hacia el espacio que nadie vio su despegue. Aplastados contra el suelo por el tremendo empuje, todos se desvanecieron, y la máquina subió en línea recta hacia los cielos.

Brett fue el primero en volver de las tinieblas. Se halló caído en el suelo; a su lado estaba George, inmóvil. Oyó gemidos a su alrededor, y con un esfuerzo de toda su voluntad logró levantar una mano, luego la cabeza y por último el cuerpo. Era como si pesara mil kilos.

Observó que el cielo cobrizo estaba más pálido y que Marte empequeñecía y quedaba rápidamente atrás.

Exhausto, intentó subirse a las tiras para alcanzar los mandos. Era como pelear contra un monstruo de fuerzas cien veces superiores. Fue un espectáculo penoso verle moverse con tanta dificultad, como en una escena de pesadilla o una película pasada a cámara lenta.

Cuando al fin se vio frente a los mandos, no supo qué hacer. ¿Debía girar la palanca roja como había hecho su amo para rectificar el rumbo? ¿O colocar los diales en el punto de partida? Su mente entorpecida analizó la cuestión y luego decidió probar la barra oscilante.

Con los ojos empañados por el sudor del esfuerzo inhumano, buscó a tientas la barra. Un leve golpe la hacía oscilar y casi gritó de alegría cuando notó que el empuje disminuía. Poco después se sintió mejor.

Los otros empezaron a ponerse en pie; George subió al puesto de copiloto.

—¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! —gritaron todos, olvidando las penalidades que acababan de vivir y contemplando fascinados la bola cobriza que dejaban a la derecha, cada vez más lejos. ¡Marte quedaba detrás! ¡Estaban en el espacio!

George observó un rato la barra oscilante. Luego preguntó:

—¿Y ahora qué? ¿Cómo guiamos esto?

Brett señaló la barra.

—Mi dueño la movía a derecha o izquierda... pero lo que tú digas también vale. ¿Dónde está la Tierra?

Observaron el gran panorama del firmamento, que se extendía ante ellos como un gran manto de terciopelo negro tachonado de joyas multicolores. El Sol brillaba ante ellos como un ojo cegador y encolerizado.

—El sol está allí, enfrente. ¡Uf, qué horno! La Tierra debe quedar por allí, con Mercurio y Venus. La distinguiremos porque debe presentar sus fases a Marte, como la Luna vista desde la Tierra...

—En efecto... allí... mira esa estrella de color verde claro... como a un grado del cuarto creciente plateado... en forma de media luna. ¡Es la Tierra, George! ¡Sé que es la Tierra!

George miraba con atención y pronto estuvo dispuesto a asegurar que la media luna verdosa era la Tierra y el astro plateado que aparecía cerca, Venus.

—Si pudiéramos ver la Luna, estaríamos seguros.

Desde el suelo, donde se había sentado, Forrest oyó la discusión y gritó de súbito:

—¡Ahí está! ¿Ven ese débil resplandor sobre el hemisferio oscuro? ¡Es la Luna...! ¡La Luna!

Ellos también vieron el resplandor luminoso que decía el muchacho. Fue suficiente para convencerlos de que el planeta verde claro era la Tierra. Pero la dificultad estaba en cómo orientar la nave en aquella dirección. Parecía viajar sin rumbo a través de los cielos.

Brett tocó la barra roja oscilante con inseguridad, temiendo detener la nave, pero no pasó nada mientras movía la barra en la muesca. Aguardaron, expectantes.

—¡Funciona! —gritó George—. Aunque nos desvíamos más hacia el Sol...

Brett movió un poco la barra. Les pareció que el cielo daba vueltas a su alrededor a medida que cambiaban de rumbo para enfilar directamente la media luna verde. Los que habían oído la conversación de los dos ingenieros aplaudieron, convencidos de que los pilotos les llevarían de regreso a casa, sanos y salvos.

—Brett, sospecho que por ahora no hay nada más que hacer. Podríamos bajar y dejar que la nave haga lo demás...

Pero Brett no opinaba igual.

—No; uno de nosotros debe montar guardia en todo momento para vigilar el «timón». Sabremos si la nave se desvía de su curso centrando la Tierra en el tablero. ¿Ves esa

piececita parecida a un dedo que sobresale? Nos guiaremos por ella. En este momento parece cortar a la Tierra en dos.

De cuantos estaban a bordo, sólo McCarthy tenía un reloj que funcionaba, pues era de caja hermética. Le dio cuerda. George montaría una guardia de cuatro horas para ser relevado por Brett, quien trataría de dormir hasta que le tocara el turno.

Cuando bajó de la tira, Brett se encontró con Dell, que le esperaba.

—Has estado maravilloso —declaró—. Me conformaría con salvar a los niños.

Brett declinó el halago.

—Todavía no hemos llegado —observó, arrepintiéndose en seguida de haberlo dicho; lo hizo por modestia.

Dell lo comprendió y sonrió con optimismo.

—Te aseguro... que cuando lleguemos a casa, organizaré un movimiento para liberar a todos los animales domésticos de la Tierra.

—Ahora sé lo que significa para un animal el verse sometido a otro ser cuyo idioma no es el suyo y que le impone sus caprichos.

—Supongo que la incomunicación es el principal problema. Dios sabe que ha sido una experiencia horrible para todos nosotros.

Brett quiso decir algo más, pero estaba rendido de sueño. La muchacha se dio cuenta de ello y le propuso que descansara. Apenas se tendió en el suelo quedó dormido. No había descansado durante los últimos tres o cuatro días. Pero casi en seguida le despertaron. Alguien le sacudía por los hombros y le gritaba al oído:

—¡Brett, Brett..., despierte! ¡Los decápodos nos han capturado!

10

El sueño se disipó de inmediato. Se puso en pie, miró a través de la pared transparente de la nave y vio un espectáculo espantoso. Allí, a menos de mil metros, estaba la gran nave de los decápodos.

—¡Nos arrastran hacia Marte!

Los hombres estaban serios y las mujeres llorosas. Mattie gemía y rezaba sin cesar.

Le bastó una ojeada para saber que era verdad. La nave enemiga los arrastraba a velocidad muy superior a la que ellos podían desplegar, lejos del Sol, lejos de la Tierra, conduciéndolos a Marte... Aunque invisible, existía un lazo entre las dos naves.

George le explicó en dos palabras lo ocurrido. De improviso se había acercado la inmensa nave, inadvertida hasta que estuvo muy cerca y vieron el reflejo del Sol en su casco dorado. Al principio no comprendieron que los tenía en su poder.

Brett trepó hasta los mandos y vio que nadie los había tocado, si bien ahora la barra oscilante se movía sin rumbo. Estudió un instante los aparatos y una hilera de botones cuyo uso desconocía. Se los mostró a George.

—¿Los probamos? Quién sabe para qué sirven...

George estuvo de acuerdo.

—Lo pensé, pero no me atreví a probarlos.

—No nos hará daño intentarlo. En Marte nos espera la muerte. Primero probaré este botón verde. ¡Sujétate!

Mientras hablaba, apretó el primero de seis botones verdes que se alineaban en la parte inferior del cuadro de mandos.

Aguardaron conteniendo la respiración. ¡No ocurrió nada!

—Equivocado —murmuró Brett y apretó el segundo.

—¡Están quedándose atrás! —gritaron los de la nave.

Brett se volvió para comprobarlo. Era como si ellos estuvieran inmóviles y la nave de mayor tamaño encogiese rápidamente.

—Gracias a lo que hiciste has contrarrestado su poder... —gritó George alegremente, y luego agregó—: ¡Buen Dios!... ¡Vuelven!

Mientras gritaba, el enemigo creció, lanzándose sobre ellos.

Brett dedicó toda su atención a los mandos, giró al máximo las tres grandes perillas y luego maniobró el «timón» hasta enfilar directamente la Tierra. Aunque era difícil calcular la velocidad, parecía como si la aproximación de la nave perseguidora fuese menos rápida que antes. Pero era evidente que la nave grande tenía más velocidad y casi en seguida anuló la escasa ventaja que le habían sacado.

—Bien —dijo, sombrío—, supongo que no nos queda sino probar los demás botones, ¡Prepárense...!

¡Dicho esto apretó el tercer botón! Un grito de asombro recorrió la nave. Fuera no se veía nada: estaban envueltos en una neblina que rodeaba toda la máquina. Un instante después la nave se balanceó, pareció capotar... y luego se estabilizó.

Esperaron y volvieron a sentir un súbito balanceo. Al tercero, Brett gritó:

—Están disparando desde la gran nave...

Para corroborar sus palabras, la de ellos recibió otro impacto. Luego transcurrieron cinco o diez minutos sin que nada ocurriese.

—¿Crees que han renunciado a seguirnos?

—Es posible, pero esta niebla que nos rodea no me gusta. ¿Para qué servirá el próximo botón?

—Pruébalo —ordenó George.

La niebla desapareció; vieron nuevamente el vacío, donde la nave enemiga aparecía como un gran ojo perverso a mil metros de distancia.

—¡Cuidado! ¡Van a disparar otra vez!

Brett vio el rayo que salía de un costado de la nave, mientras George gritaba. Al mismo tiempo pulsó el tercer botón. Al instante quedaron envueltos en aquel humo que parecía una niebla blanca. El balanceo fue mas notable que antes y la máquina fue zarandeada como un corcho en medio de la corriente.

—¡Ya veo! Esta niebla es una pantalla de energía, que nos protege de los rayos. ¿Llevará nuestra nave esas armas?

—¡El quinto botón! —declaró George.

Brett asintió.

—Sí, ¿pero cómo lo usamos?

—El rayo parece salir directamente de la proa. Tal vez, si damos media vuelta...

Brett no perdió tiempo y movió la barra oscilante. No sintieron aceleración alguna, pero cuando la barra quedó perpendicular a su posición anterior, accionó el botón que disipaba la pantalla de energía, listo para pulsar el botón de al lado si el enemigo se les adelantaba.

Estaba tan cerca como antes y el peligro era inminente, pero Brett descubrió que su nave no apuntaba bien. Volvió a mover la barra, enfilando derecho contra la gran nave.

Luego disparó el quinto botón del cuadro. La nave enemiga lo hizo al mismo tiempo.

Los espectadores lanzaron un grito. Algunos se cubrieron el rostro con las manos, otros observaron con el rostro contraído, inmóviles... Los dos rayos se habían encontrado casi en el punto medio entre las naves. Hubo una terrible explosión de luz rojiza y siniestra, aunque ningún sonido atravesaba el vacío insondable. Brett se apresuró a conectar la pantalla de energía.

Aguardó un tiempo razonable antes de volver a quitarla. George estaba preparado para apretar el botón del rayo, de modo que el haz de rayos atravesó la oscuridad casi simultáneamente con el levantamiento de la pantalla.

En la nave pequeña se oyó un grito cuando el rayo acertó en el casco de la nave decapodiana, pero Brett no esperó a ver el resultado, sino que conectó en seguida la nube de protección. Dejó transcurrir cinco minutos antes de mirar.

La gran nave seguía allí, algo más lejos pero intacta, envuelta en una densa nube que resplandecía como un puñado de diamantes expuestos a la luz del Sol.

La decepción invadió los corazones de los terráqueos cuando Brett volvió a poner la pantalla.

—No podemos hacer otra cosa sino continuar —confesó—. Mientras tengamos la pantalla estamos a salvo y ellos también. Demos media vuelta e intentemos regresar a casa...

Devolvió la barra a su posición original, quitando la pantalla un instante para ajustar el rumbo en dirección a la media luna verde que era «casa». Al volverse vio que el enemigo seguía envuelto en su niebla.

Envío a George a dormir y sugirió a los demás que comieran. Jerry había robado media docena de palas, lo único que hallaron a mano en el comedor, y los terráqueos formaron fila para recibir su ración. Después de comer frugalmente, los que se vieron en condiciones de dormir lo hicieron, acomodándose lo mejor que podían en el suelo. Las mujeres se reunieron en el cuarto contiguo por la mínima intimidad que éste les ofrecía, aunque en medio sólo había una pared transparente.

Brett se deslizó al suelo. Forrest se le acercó.

—¡Caramba, señor Rand! Ha estado usted grandioso. Es lo mismo que en los cuentos, aunque me habría gustado «cargarme» esa nave de ahí...

—A mí también, pero de momento, la situación queda estacionaria. No hemos de correr riesgos. Quizá se descuiden ellos primero.

Buscó a Dell con la mirada y la vio en el otro cuarto, inclinada sobre una de las mujeres. Se acercó a unos dispositivos del centro de la nave y los estudió, intrigado. De ellos provenía el suave zumbido que llenaba el aire, pero no vio piezas en movimiento. Luego reparó algo que no había visto antes.

En el suelo había un disco circular de más de un metro de diámetro. En su centro se veía un disco menor algo hundido en el suelo. Titubeando, alargó una manó para tocarlo. A esto el disco mayor se descorrió mostrando una cámara circular de unos treinta centímetros de profundidad. En su base había otro pulsador semejante al de la placa superior.

—Extraño —murmuró en voz alta y buscó algo que arrojar dentro. Se arrancó un botón de la manga, lo dejó caer sobre el disco inferior, cerró el superior y aguardó, pero no ocurrió nada. A través del metal transparente veía el botón en el lugar donde lo había colocado. Añadió—: Debe existir algún tipo de mando... ¡Ah!... Aquí lo tengo...

En el pulsador había una minúscula palanca empotrada, de poco más de tres centímetros, y la alzó con la uña. A través del disco superior vio que el casco se abría, descubriendo el vacío del Espacio. El botón cayó por el orificio y el mecanismo se cerró automáticamente, con un chasquido.

—¡Una compuerta estanca! —musitó—. Si la hubiera encontrado antes, habría sabido con seguridad que la nave era hermética. ¡Buen dispositivo para eliminar sobras!...

Varias horas después regresó al cuadro de mandos. Verificó el rumbo quitando un instante la pantalla de niebla y luego volvió a ponerla. La nave de los decápodos seguía envuelta en su manto protector. Luego se fijó en el sexto y último de aquellos botones providenciales. ¿Para qué serviría?

Después de un segundo de duda, decidió arriesgarse y lo accionó. Una pequeña porción circular del cuadro se desplazó mostrando una superficie plana y lustrosa, donde brillaban puntos de luz. Se sorprendió al ver una media luna verdosa en el centro del disco. ¡Casi gritó de alegría! Ya no necesitaban quitar la pantalla de energía para navegar, pues aquello era nada menos que una pantalla vigora. ¡Ya no volaban a ciegas!

Transcurrieron varias horas. George y los demás despertaron, comieron de nuevo y George pasó a ocupar su puesto ante los mandos. Brett propuso mejorar el alojamiento de las mujeres. Había visto algunos ganchos en la pared y decidió que podrían fabricar una cortina si todos los hombres cedían la chaqueta o la camisa. En la nave hacía calor y no las necesitarían. La señora White-Smythe sacrificó su chaqueta y la señora Burton un pañuelo de seda, lo que les permitió colgar una buena cortina utilizando una de las «correas de perro».

—Si tuviéramos agua, podríamos adecentarnos —comentó Dell mirando sus manos sucias.

—Tenemos agua —declaró Forrest—. Una de las cubas está llena de agua. Sacúdala y oírás el chapoteo...

Se lanzaron en tropel hacia donde él había indicado. Brett reflexionó. El alimento calmaba la necesidad de beber agua pero, al verla, se sintió sediento. Notó que varias personas se pasaban la lengua por los labios. Todos apetecían un trago refrescante. Pero meneó la cabeza. Temía que si probaban el agua querrían más y el barril no duraría mucho tiempo. Pero todos se sentirían mejor si se aseaban. Explicó todo esto, y sólo uno se opuso: el congresista Howell.

—¿Desde cuándo da usted las órdenes aquí, señor Rand? —inquirió—. No recuerdo que hayamos votado...

Brett levantó sorprendido la mirada. No lo habían hecho, y en realidad parecía innecesario. Hasta entonces había asumido el mando porque le parecía natural, teniendo en cuenta que nadie se había hecho cargo.

Un largo silencio siguió a las palabras de Howell. Brett comenzó:

—En efecto, tiene usted razón. Yo...

No pudo continuar. La Matrona Militante intervino:

—Congresista, creo que hasta ahora el señor Rand ha desempeñado bien su tarea, y si hay que votar yo seré la primera que vote a su favor. De no ser por él seguiríamos allí... en Marte —conque al fin admitía la verdad—. Ha sido el único hombre con agallas... sí, he dicho agallas... para rescatarnos y considero que debe ser nuestro capitán. Compañeros, ¿qué opinan? —miró a los otros y obtuvo como respuesta un aplauso unánime. Howell le volvió la espalda, furioso.

Todos recibieron su ración de agua, turnándose las cinco palas de comida (la sexta era utilizada como cazo). Sólo pudieron humedecerse el rostro y las manos. Pero una mujer tuvo la brillante idea de verter toda el agua en la compuerta estanca de la cabina de ellas (habían encontrado otra allí), para poder lavar alguna ropa.

Brett se pasó la mano por la barba crecida mientras esperaba su ración de agua, echando en falta una navaja de afeitar. Forrest se acercó tímidamente.

—¿Quiere una maquinilla, señor Rand?

Brett levantó la mirada y sonrió.

—Tengo una —confesó el muchacho en un susurro mientras se pasaba la mano por su mentón imberbe—. Unos chicos más grandes que yo se burlaban porque todavía no me afeitado... en la Tierra, se entiende. El día que llegaron los decápodos... yo salí a comprarme una maquinilla... Pensé... afeitarme para que me creciera la barba. No lo he dicho porque pensé que se reirían de mí, pero si usted les dice que la compré para mi padre...

El hombre tuvo ganas de darle un abrazo. La maquinilla, de calidad vulgar, estaba oxidada, pero no le importó. Casi gritó de júbilo cuando Forrest sacó un tubo de crema de afeitar que llevaba en el bolsillo.

Los demás acudieron para solicitar el próximo turno. Forrest insistió en que su héroe se afeitara primero. Los demás, agregó con un gesto despectivo de la mano, podían arreglárselas con las sobras... o algo así.

El reverso de las pantallas de energía podía servir de espejo, y Brett utilizó una para afeitarse. Después de algunas dificultades por lo hirsuto de la barba, y cortándose más de

una vez, logró un afeitado pasable. Luego entregó la maquinilla a quien correspondía según los turnos. Por suerte, el muchacho había comprado también toda una caja de hojas. Cada hombre guardó su hoja para usos posteriores.

Dell apareció con las demás mujeres.

—Me siento una mujer nueva —rió—. Cuesta creer los milagros que puede hacer un poco de agua...

Las abluciones infundieron en los terráneos una nueva sensación de vida, un levantamiento de la moral. Sus ojos brillaron y sus voces alegres resonaron en la nave.

Cuando le llegó el turno de ocupar los mandos, Brett volvió a quitar la pantalla de energía para comprobar si los decápodos aún les seguían. No había terminado de volver a ponerla cuando un impacto sacudió la nave. Era indudable que les seguían.

Habló con George. ¿Debían tratar de rechazar al enemigo otra vez? Decidieron consultar con los demás aquella cuestión fundamental. ¡La mayoría votó a favor de la guerra!

La nave se desvió una vez más de su rumbo para enfrentarse al enemigo. Brett procuró centrarlo en la pantalla visora. Luego apretó el botón que quitaba la pantalla de energía, pero tuvo que conectarla casi en seguida. La nave fue sacudida por un rayo de los decápodos que relampagueó a través del vacío.

Por dos veces ensayó la misma táctica, y la otra nave disparó dos veces; la tercera los decápodos le imitaron y quitaron su pantalla de protección. Brett disparó sin demora y acertó.

—¡Tocada! ¡Tocada! —gritó George. Vieron que la gran nave se tambaleaba, perdía el rumbo e intentaba enderezarse. No pudo hacerlo. Carenaba locamente de un lado a otro. Pero los decápodos aún no habían terminado. Un rayo blanco atravesó la oscuridad, pero ni siquiera rozó la nave.

Los decápodos intentaron conectar su pantalla de protección. Aunque relampagueó dos veces, se apagó casi en seguida. Brett volvió a lanzar el rayo, pero el enemigo se había alejado y ahora la distancia era excesiva.

Los persiguieron varios minutos pero, aun estando averiada, la gran nave podía acelerar más y se alejaba rápidamente por donde había venido... de regreso a Marte...

El piloto lanzó un suspiro de alivio, dio media vuelta y puso una vez más proa a Tierra. Aún estaba lejos, muy lejos, y nadie sabía cuánto tiempo iba a durar el viaje.

Sin nuevas interrupciones, la monotonía del espacio comenzó a pesar en los pasajeros. Las voces bajaron, los ojos se apagaron y los cuerpos se relajaron, por no haber nada en que ocupar la mente ni el cuerpo. Comenzaron a aborrecer la comida; muchos padecían indigestiones además de los resfriados contraídos en Marte.

Brett comenzó a preguntarse si llegarían vivos a casa. Comprendió que él también estaba mal; las emociones de la huida y la lucha con los decápodos le habían impedido recordarlo, pero ahora que tenía tiempo para darse cuenta de su estado, supo que se hallaba realmente enfermo.

Pasaron horas interminables y, con ellas, las enfermedades empezaron a bordo. Clarice y la señora Burton estaban muy graves; permanecían en el otro cuarto y ni siquiera salían para comer. Mattie había vuelto a los rezos, poniendo a Dios por testigo de los pecados de todos ellos. La señora Snowden pasaba la mayor parte del tiempo tumbada en un rincón y la Matrona Militante, aunque intentaba ayudar a Dell y animar a los demás, se hallaba visiblemente enferma. Varios hombres se hallaban en el mismo estado, rechazaban los alimentos; a Forrest le brillaban demasiado los ojos.

Sentado en un asiento tejido con las tiras colgantes frente al cuadro de mandos o echado en su rincón, Brett descubrió que durante largos períodos su mente parecía alejada de su cuerpo. Los momentos de lucidez eran cada vez más escasos. A veces creía hallarse en Marte, otras en su escritorio de la Oficina de Normas. En otras ocasiones se oía hablar en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

—Es la comida —oyó que Dell le decía a George—. Se está pudriendo...

Estas palabras lo despabilaron. Corrió a la cuba abierta que usaban, pues las otras tres ya estaban vacías. Probó la comida y sólo mediante un gran esfuerzo logró no vomitar. Estaba corrompida.

Llamó a George.

—Abramos el último tonel.

También se estaba pudriendo.

—No hay más comida —constató.

A la hora de la comida siguiente, sólo se repartió agua del barril semivacío. Nadie pareció reparar en el cambio ni preocuparse. Brett se arrastró hasta el cuadro de mandos para comprobar el rumbo. La Tierra de manto verde se hallaba en el punto muerto de la pantalla, pero aún parecía muy lejana. Experimentó un acceso de pánico. ¡Tal vez habían dejado de avanzar!

12

Contempló largo rato el globo lejano. Por un momento olvidó lo que era en realidad; se había convertido en un símbolo, un símbolo o meta, pero fuera de esto no recordaba nada más. Era como si el vacío hubiera existido siempre y fuese lo único que él conocía. Pero no podía apartar de su mente el profundo deseo que sentía por aquel hemisferio verdoso con su diminuto satélite, pues la Luna ya destacaba un poco en la oscuridad, alumbrando con su resplandor al planeta madre.

Alguien le despertó para decirle que Clarice había muerto y que Mattie desfallecía rápidamente, pero las palabras apenas significaban nada. Sabía que Kent ya había muerto y que otros se hallaban en un coma profundo del que era imposible sacarlos.

Cuando volvió en sí advirtió un olor desagradable. Le desconcertó, hasta que se dio cuenta de que provenía de la provisión alimenticia podrida. Una señal de alarma resonó en su interior, comprendió que era necesario sacar los alimentos de la nave. Al principio le había preocupado la provisión de aire, temiendo que pudieran quedarse sin él, pero luego descubrió que uno de los dos motores de la nave estaba destinado a mantener el aire limpio y puro. Pero con aquella putrefacción que salía de las cubas, el aire pronto se haría irrespirable. Tenían que vaciarlas.

Buscó ayuda a su alrededor y vio que George dormía, agitándose débilmente en sueños, lo cual era síntoma de fiebre. Moore, el comerciante, yacía boca arriba, roncando espasmódicamente; los mofletes habían desaparecido de su rostro y su piel era de un amarillo enfermizo. Howell descansaba en una posición poco natural. Al inclinarse sobre él, Brett vio que estaba muerto. El mulato Harris estaba hecho un ovillo y le corría el sudor por el rostro. El gran negro Jeff y Jerry el periodista parecían los únicos de aspecto normal. Forrest respiraba con dificultad; McCarthy yacía abrazando al perro y deliraba. Brett despertó a Jeff y a Jerry y les dijo lo que había que hacer. Estaban sin fuerzas, pero juntos lograron empujar el par de toneles hasta la compuerta estanca y verterlos. Tuvieron que repetir varias veces la operación, y los tres sufrieron con aquella horrorosa tarea, pues el repugnante olor los mareaba. Se vieron obligados a rascar los fondos, pero al fin terminaron y cerraron herméticamente los toneles.

Los muertos constituían otro problema, pero no les agradaba la idea de lanzarlos al espacio. Apilaron los cadáveres a un lado y los cubrieron con lo que había sido cortina para el cuarto de las mujeres.

La nave de la muerte siguió avanzando, acercándose poco a poco a su objetivo. Desde el suelo, Brett levantaba la mirada de vez en cuando y veía a George colgando de las tiras, con los ojos cerrados. Pero la situación apenas era captada por su cerebro, pues volvía a hundirse en el reino irreal del delirio. Intentó varias veces salir de tal letargo, pero era demasiado esfuerzo. No sabía que se había levantado varias veces como un

sonámbulo para andar entre los demás, apoyando la mano en algunas frentes. Cuando volvió a despertar, encontró sus brazos rodeando un cuerpo delgado aunque cálido.

Fijó la mirada con cierta dificultad y supo que era Dell Wayne la que estaba allí. Le sorprendió su aspecto, sus mejillas hundidas, la profundidad de sus ojeras. Se asustó, temiendo que estuviera muerta, y apoyó la cabeza sobre su corazón. Latía. El movimiento despertó a la muchacha. Ella logró sonreír.

—Brett..., amigo Brett —murmuró con voz apenas audible—. Supongo que esto es el fin..., ¿no? Me alegro de haberte conocido... Brett...

El sentido de estas palabras le hizo reaccionar y supo que no quería morir.

—No..., no..., no moriremos..., no podemos morir. Hemos pasado juntas demasiadas vicisitudes para morir..., no puedo permitir que mueras..., ¿comprendes? Dell..., te quiero..., te quiero mucho. No podemos morir... todavía...

Ella no respondió, aunque le sonrió enigmáticamente. Luego ambos guardaron silencio y se hundieron en esa semi-muerte del sueño.

Ni el primero ni el segundo grito los despertaron. Fue necesario que Forrest los sacudiera enérgicamente para que despertaran.

—La Tierra... —chillaba—... la Tierra... en nuestro camino. ¿No comprenden? ¡Casi hemos llegado... a casa...! ¡A casa!

La última palabra lo consiguió, Brett despertó y miró, encendido, los ojos aún más encendidos del muchacho.

—¿A casa? —preguntó quejumbrosamente—. ¿A casa?

Luego intentó ponerse en pie y levantar a Dell. Miró por el costado de la nave (hacía mucho que habían quitado la pantalla de energía, después de comprobar que la nave decapodiana había desaparecido realmente). Era verdad. Ante ellos, ocupando casi todo el cielo, aparecía el ancho globo verde de la Tierra. A un lado brillaba un delgado cuarto del satélite. Ya se hallaban dentro de la órbita de la Luna.

Pese a su debilidad, Brett logró trepar hasta el cuadro de mandos, observando con ojos anhelantes el gran planeta que aparecía ante él, divisando los característicos contornos de los continentes, a medida que el globo giraba lentamente, una mitad a oscuras y la otra iluminada.

No supo cuánto tiempo permaneció allí. Abajo notaba los movimientos de sus compañeros, pues Forrest los despertaba casi a todos. Sabía que la aproximación aún iba a tardar horas, pero no importaba, nada importaba puesto que la fisonomía de la Tierra aparecía ante sus ojos, alternando entre la luz y la oscuridad. Poco a poco perdió su forma de globo, los horizontes se enderezaron y, con una rapidez que le sorprendió, descubrió que el cielo ya no era negro... que empezaba a tener color... celeste claro al principio y luego más oscuro, ¡Estaban dentro de la atmósfera!

Luego pareció que caían, que caían demasiado rápido a medida que el mar y la tierra corrían a su encuentro. «Frena, frena», ordenó su cerebro, «frena antes de que nos estrellamos».

Había que girar las tres perillas. Forcejeó con ambas manos, luego notó que alguien le ayudaba y vio que era George. La nave se enderezó, y con la misma velocidad que les parecía tan increíblemente lenta en el espacio, volaron por el aire a unos ocho kilómetros de la superficie. La aceleración disminuyó y Brett empuñó la barra. Habían llegado al polo sur de la Tierra, y dirigió la nave hacia el norte.

Los que estaban en mejor estado se incorporaron, apiñándose junto a las paredes para observar con avidez el hemisferio diurno. La noche cayó bruscamente sobre ellos y siguieron volando. Por las constelaciones, Brett supo que habían cruzado el ecuador y orientó el rumbo guiándose por la estrella polar. Amanecía cuando comprendió que se hallaban cerca de la costa de Virginia. Allí estaba el gran brazo de tierra que era la orilla oriental de Chesapeake Bay. Sobrevoló la bahía, siguió su contorno e intentó recordar los nombres de los ríos que desembocaban en ella.

Encontró el río que buscaba, el majestuoso Potomac y siguió su curso. Poco después vio el maravilloso emplazamiento de Washington, la minúscula aguja de piedra que era el Monumento. Poco después, la nave sobrevoló Haines Point, y Brett detuvo la barra oscilante.

La nave se lanzó hacia abajo, cayendo hacia el suelo, frenado su empuje delantero. A medida que la Tierra se acercaba a su encuentro, George y él atrasaron los tres diales hasta el cero. El viaje había terminado.

La nave se posó como una pluma sobre el césped del campo municipal de golf, no lejos del lugar donde, un fatal día de cinco semanas atrás, había aterrizado la gran nave de los decápodos.

Washington volvió a presenciar la llegada matinal, pero sólo había policías y soldados para recibir a los viajeros. Bolling Field y el Aeródromo Naval habían enviado aviones al lugar y las ametralladoras apuntaban amenazadoramente hacia allí. Un grito de asombro saludó al primero de los demacrados pasajeros que desembarcó. Manos solícitas les ayudaron mientras los que no podían caminar eran evacuados con precaución.

Una semana después Brett Rand, rodeando con un brazo a su esposa, recibió a los periodistas en casa de su hermano. Todavía delgados y pálidos, los recién casados manifestaron su alegría por estar en «casa».

—¡Dedicaré mi vida a liberar a todos los animales domésticos de la tierra! —declaró la señora Rand cuando le preguntaron si pensaba seguir una «carrera».

—Después de la luna de miel —manifestó Brett—, George y yo nos dedicaremos a estudiar la nave de los decápodos. Podremos aprender muchas cosas de ella, mecanismos totalmente nuevos para la ciencia...

—¡Ésa, muchachos, es una gran tarea! —exclamó George, hablando desde la oscuridad.

* * *

Este cuento, *Los cachorros humanos de Marte*, no soporta una segunda lectura como sucede con la mayoría de los relatos de este libro, además, me molesta el torpe trato que se hace de los negros. Pero recuerdo que cuando lo leí por primera vez, el cuento me pareció verdaderamente estupendo. Admito que incluso la primera vez que leí el relato me pareció inverosímil que unos terráqueos pudieran apoderarse de naves extrañas y manejarlas tan bien como para llegar a vencer en maniobras y en combate a los inventores de éstas. Pero todo relato que ponga en escena a unos héroes indomables ganando contra terribles obstáculos siempre resulta popular, y tales situaciones me atraían, tanto en la lectura como en mi escritura. En muchas obras mías, un hombre se enfrenta a todo un mundo. Aunque, hablando de aventuras descabelladas, siempre recuerdo mi novela *The Currents of Space*.

A fines de 1936, y supongo que estimulado por la lectura de *Los cachorros humanos de Marte*, ya no pude aguantar más. Me había hartado de escribir páginas interminables de fantasía, que no me conducían a ninguna parte, y decidí abordar por primera vez la ciencia-ficción.

No recuerdo los detalles de la primera obra de ciencia-ficción que quise escribir. Desde luego, era una novela. Una vez más, como si los fracasos no me hubieran enseñado nada, emprendí un relato largo, incoherente e invertebrado, semejante a la fantasía que acababa de abandonar y (en este sentido) semejante a mi *The Greenville Chums at College* de hacía cinco años. Inventaba a medida que adelantaba, y nunca sabía cómo iba a continuar la página siguiente.

No es que esto sea malo de por sí. Hoy en día, cuando empiezo una novela, nunca la tengo muy detallada y tiendo a crear a medida que avanzo. Pero siempre conozco el final; sé a dónde me dirijo. Hasta los diecisiete años no comprendí que esto era fundamental, que era importante conocer al menos la meta perseguida.

Estaba condenado a aburrir aquellos esfuerzos interminables y tortuosos. Por consiguiente, cuando me veía atascado en la arena movediza literaria, cosa que ocurría tarde o temprano, abandonaba. La novela de ciencia-ficción murió lo mismo que mis ensayos anteriores.

Lo que recuerdo de mi novela de ciencia-ficción es que al principio hablaba mucho de la quinta dimensión y que luego se producía alguna catástrofe que destruía la fotosíntesis (creo que no era en la Tierra). Recuerdo una frase palabra por palabra: «Bosques enteros se alzaban agostados y pardos en pleno verano». No sé por qué lo recuerdo.

El manuscrito se conservó hasta poco después de que yo hubiera comenzado a publicar mis cuentos. Recuerdo que lo releí en cierta ocasión (quizá fue en 1940) y noté que, en conjunto, el vocabulario de aquel esbozo era más extenso que el de los cuentos posteriormente publicados. En mis comienzos aún era tan ingenuo como para creer que eso no desmerecía mis cuentos, como si hubiera declinado mi capacidad literaria al simplificar el estilo,

Ahora que lo recuerdo me siento bastante incómodo al comprender que aprendí muy poco por medio del estudio detenido y el análisis inteligente de lo que leía, pues progresaba por mera intuición. Era ya un escritor conocido y aún ignoraba que existen libros y cursos para aprender a escribir.

Naturalmente, a veces afirmo que para mí fue una suerte no asistir a cursos ni leer libros de preceptiva literaria. Doy a entender que ello habría estropeado la espontaneidad de mi estilo, que me habría inducido a adoptar una redacción artificiosa, que me habría aprisionado con reglas que no podría respetar sin esterilizarme.

Como es lógico, esto puede ser una mera justificación destinada a aceptarme tal como era.

Bien, así era, y no hay que darle más vueltas. Durante mi época de estudiante sólo dediqué mi atención a las ciencias (a la química y las matemáticas sobre todo), restando importancia a los cursos de literatura, que me aburrían. Cuando me puse a escribir, seguí el camino de mi intuición.

Lo mismo que la «Astounding» de Clayton, «Wonder Stories» conoció un inesperado renacimiento. La adquirió una cadena de publicaciones sensacionalistas, que publicaba varias revistas con la palabra «Thrilling» en el título. Después de un lapso de tres meses, «Thrilling Wonder Stories» regresó a los puntos de venta en agosto de 1936. Y sólo costaba quince centavos.

Fue un gran fracaso. En sus últimos tiempos, «Wonder Stories» había mantenido una dignidad, realzada por las cubiertas de Paul, artista íntimamente asociado a la historia de la ciencia-ficción de ese decenio. Pero ahora «Thrilling Wonder Stories» era realmente una revista sensacionalista: por su nombre, por sus cuentos e incluso por su presentación. En efecto, las primeras cubiertas de la nueva época solían representar seres extraterrestres con ojos tan saltones, que los aficionados empezaron a hablar de «monstruos de ojos de cucaracha», expresión rápidamente abreviada con el término de «bems» («bug eyed monsters»), para satirizar la ciencia-ficción ramplona.

Pero a veces «Thrilling Wonder Stories» publicaba relatos interesantes. En su tercer número, el de diciembre de 1936, apareció *Los ladrones de cerebros de Marte*, de John W. Campbell, Jr.

LOS LADRONES DE CEREBROS DE MARTE

John W. Campbell, Jr.

1. IMITACIÓN DE LA VIDA

Rod Blake levantó la mirada, con ancha sonrisa. El cielo de Marte era casi negro a pesar del sol pequeño y brillante, el desusado resplandor de las estrellas y el fuerte albedo de los planetas, principalmente la Tierra, a unos noventa millones de kilómetros de distancia.

—Estarán distraídos persiguiéndonos allá, Ted —dijo refiriéndose al brillante planeta.

Ted Penton sonrió, beatífico.

—Sin duda nos buscan en nuestras guaridas habituales. Culpa de ellos será, si no logran encontrarnos... ¡Declarar fuera de la ley la energía atómica...!

—Reconocerás que no les faltaban razones. Koelenberg debió ser más cuidadoso. Si un hombre destruye ochocientos kilómetros cuadrados del centro de Europa con una explosión atómica, no puedes culpar al resto del mundo por mostrar algo de pánico ante la investigación sobre la energía atómica.

—Pero podían tener la inteligencia de comprender que quien poseyera el secreto no se dejaría intimidar por la Pena de Muerte para la Investigación sobre Energía Atómica, sino que buscaría lugares y planetas desconocidos y dejaría el plato en manos de un abogado hasta que las aguas volvieran a su cauce. Cuando desarrollamos la energía atómica resultó evidente que seríamos los primeros en llegar a Marte y que nadie podría obligarnos a regresar, a menos que aceptase la detestada energía atómica y la utilizara —argumentó Blake.

—Me gustaría saber cómo entendió nuestra defensa el viejo Jamison Montgomery Palborough —comentó Penton—. Dijo que lo arreglaría todo antes de tres meses, y estamos en el tercer mes y el tercer planeta. Dejemos que el gobierno se inquiete y naveguemos, amigo, naveguemos. Todavía afirmo que lo que vimos al aterrizar era una ciudad en ruinas.

—Pienso lo mismo, pero recuerda que saltaste como un canguro la primera vez que pusiste un pie en la Luna. Seguro que te diste un gran porrazo.

—Ahora somos profesionales en la tarea de caminar sometidos a fuerzas de gravedad insólitas. La Luna..., Venus...

—Sí, pero no pienso arriesgar mi pellejo enfrentándome a un planeta extraño y una raza extraña a la vez. Primero investigaremos el planeta, y aquel hoyo lodoso será la primera parada. En marcha.

Llegaron a la cima de una de las largas y onduladas dunas, y otearon el paisaje. Era exactamente igual al que habían visto desde la duna anterior, tan absolutamente yermo, desierto y rojo. Era como un planeta de hierro muy abandonado y oxidado.

El hoyo lodoso estaba a sus pies: una extensión de barro rojo y castaño, poblada de vegetación color rojo oscuro.

—Parece un arce japonés —dijo Blake.

—Es evidente que no emplea clorofila para absorber la energía solar. Tomemos algunas muestras. Tú tienes tu revólver de rayos ultravioletas y yo el mío. Supongo que podemos separarnos sin peligro. A la izquierda hay un gran grupo de cosas que parecen algo distintas, Yo iré allí mientras tú avanzas en línea recta. Recoge todas las flores, frutos, vainas o semillas que encuentres, Pocas hojas..., ya sabes. Lo que hicimos en Venus. Si encuentras una planta pequeña, ponte los guantes y arráncala. Si es grande, mantén una distancia prudente. En Venus había algunos ejemplares bastante desagradables.

Blake gruñó.

—¡Y que lo digas! Yo fui el genio que se enamoró de aquel hermoso fruto y trepó entre los tallos de un árbol tijera. ¡Ja, ja! Lo liquidé a tiros. En marcha y buena suerte.

Penton dobló a la izquierda, mientras Blake se encaminaba hacia un grupo de plantas de extraño aspecto. Tenían forma de cúpula, de noventa centímetros de altura y una docena de hojas lanceoladas, largas y caídas.

Con sumo cuidado, Blake lanzó un guijarro al centro de una. Se oyó un ruido tamborileante, pero las hojas no se movieron. Tocó una hoja con una cuerda, pero aquella no acuchilló, no se aferró ni se apartó de súbito, como esperaba a raíz de sus experiencias con las plantas feroces de Venus. Blake arrancó una hoja y luego varias más. La planta se comportaba como una planta, y esto le sorprendió y alegró.

Toda la región parecía poblada de vegetales de tamaño aproximadamente uniforme. Los ejemplares dispersos aparecían en distintas fases de desarrollo: desde unas pocas hojas lanceoladas, pasando por cúpulas de seis centímetros, hasta la planta totalmente desarrollada. Rod dio un rodeo alrededor de las más grandes, arrancó dos de las pequeñas y las guardó en su bolso de muestras.

Luego se levantó y contempló una de las cúpulas, que colgaba con desmayo sobre el cieno espeso y viscoso.

—Supongo que tienes algún motivo para estar así, pero un buen árbol de verdad echaría sombra y procuraría absorber toda la luz del sol, que no es mucha —observó durante algunos segundos, imaginando un fornido arce japonés en aquel extraño barrizal pardo rojizo.

Se encogió de hombros y reanudó el camino, en busca de otras especies. Había pocas; por lo visto aquella desplazaba por completo a las demás variedades. De cualquier modo, no importaba mucho; le interesaba más la ciudad en ruinas que habían visto desde la nave. Ted Penton era precavido.

Blake siguió sus propias huellas para regresar a la nave y se detuvo donde sus pisadas indicaban que había tomado las primeras muestras. Allí había un arce japonés. Medía cerca de cuatro metros y medio y el aspecto de la corteza era maravillosamente uniforme. Las hojas tenían cerca de seis milímetros de espesor y estaban dispuestas con extraña regularidad, al igual que las ramas. Desde luego era un arce japonés.

La mandíbula de Rod Blake sufrió una seria deformación. Quedó colgando cerca de siete centímetros mientras Blake miraba, desconcertado, aquel arce japonés absolutamente imposible.

Estaba atónito. Luego, su mandíbula se cerró con fuerza y empezó a maldecir en voz baja. Las hojas se mecían un poco y tenían menos de seis milímetros de grueso. Eran delgadas como el papel y delicadamente veteadas. Ahora el árbol era bastante más alto y le habían brotado tres ramas irregulares. Brotaron mientras él miraba, no como yemas sino como ramas totalmente formadas que se extendían muy de prisa. Y mientras él no dejaba de mirar, se convirtieron con rapidez en largos tallos y crecieron normalmente.

Rod lanzó un ruidoso gruñido y volvió rápidamente sobre sus pasos, hacia el lugar donde había visto por última vez a Ted Penton. El rastro describía una curva y Rod avanzó tan rápido como se lo permitía la leve gravedad de Marte, para detenerse en seco después de rodear otro matorral en forma de cúpula y hojas lanceoladas.

—Ven, Ted —jadeó—. Hay una..., una..., cosa extraña. Un..., parece un arce japonés pero no lo es. Porque cuando lo miras, cambia.

Rod se detuvo y empezó a retroceder, llamando a Ted. Ted no se movió.

—No sé qué decir —comentó con toda claridad, algo jadeante y excitado, aunque era una observación bastante normal, excepto un detalle: ¡lo dijo con la voz de Rod Blake!

Rod se irguió. Luego retrocedió a toda prisa, trastabilló y cayó pesadamente en la arena.

—Por amor de..., Ted..., Ted, ¿qu-qué has d-d-dicho?

—No sé qu-qué he d-d-dicho.

Rod gimió. Ted habló con la voz de Rod, cambió rápidamente mientras hablaba y terminó con una pasable imitación de su propia voz.

—¡Ay, Señor! —gimió Rod—. ¡Me voy a la nave ahora mismo!

Empezó a alejarse y luego miró por encima de su hombro. Ted Penton se movía bamboleando los pies de un modo extraño. Levantó con precaución su pie izquierdo y lo sacudió como el que intenta quitarse un pedazo de papel atrapamoscas. Luego avanzó más rápido que antes. Largas raíces colgaban de sus pies, pero se encogían goteando un cieno viscoso. Rod se volvió con la pistola ultravioleta en la mano.

Hubo un estampido al estallar la energía atómica y un rayo de destructora furia ultravioleta salió disparado, rodeado de una aureola luminosa.

Ted Penton sacó humo, y en el centro de su cabeza se abrió de súbito un agujero del tamaño de una pelota de golf, acompañado de un agudo silbido de vapor y chorros de humo grasiento. La figura no cayó. Se hundió, se deritió rápidamente, como un muñeco de nieve en un horno. Los dedos se pegaron y el resto de la cara se fundió, se contrajo y se volvió horrible. Ahora era el rostro de un hombre cuyos ojos hundidos y turbios hubieran visto y gozado las perversidades de todos los mundos, ojos pavorosamente brillantes que bailaron y llamearon un segundo con el furor insolente del odio mortal..., y desaparecieron con la última disolución del rostro retorcido.

Y los brazos crecieron, se hicieron muy largos y mucho más anchos. Rod permaneció inmóvil mientras dos brazos muy altos y que crecían rápidamente oscilaban hacia arriba y hacia abajo. El bicho despegó y se alejó revoloteando torpemente. Por un instante, el último brillo de los ojos llenos de odio volvió a resplandecer bajo el sol.

Rod Blake se sentó y rió. Rió y volvió a reír ante el espectáculo tan divertido del rostro derretido en el cuerpo de murciélago del bicho que había huido con un agujero chamuscado en el centro de su cabeza, semejante a una toronja. Rió más estentóreamente cuando otra imitación de Ted Penton salió corriendo de un matorral. Apuntó a la cabeza.

—¡Esfúmate! —gritó mientras accionaba el pequeño botón.

Ésta era más inteligente. Esquivó el tiro.

—Rod..., por amor de..., Rod, estáte quieto —dijo.

Rod se detuvo y lo pensó un poco. Ésta hablaba con la voz de Ted Penton. Cuando volvió a levantarse, Rod apuntó con más cuidado y disparó. Quería que huyera. Volvió a esquivar el rayo, aunque en otra dirección, y corrió con rapidez. Rod se levantó a toda prisa y también corrió. De súbito cayó cuando algo nervudo le aferró por detrás y le sujetó enérgicamente los brazos y el cuerpo, inmovilizándole.

Penton le miró y jadeó con fatiga:

—Rod, ¿qué problema hay y por qué demonios me disparabas?

Rod se oyó reír de nuevo, sin poderse dominar. Al ver el rostro preocupado de Ted recordó el bicho volador con la cara derretida. Como una figura de cera al fuego. Penton levantó deliberadamente la mano y le golpeó en el rostro. Un momento después, Rod se había tranquilizado y Penton dejó de sujetarle los brazos y el cuerpo. Blake suspiró con alivio.

—Ted, gracias a Dios eres tú —dijo—. Escucha, te vi..., a ti..., hace menos de treinta segundos.

Estabas allí y te hablé. Respondiste con mi voz. Eché a andar y tus pies salieron del suelo con raíces, como si fueras una planta. Te disparé a la frente y te derretiste como una figura de cera, hasta convertirte en un bicho parecido a un murciélago. Le brotaron alas y salió volando.

—¡Bah! —murmuró Penton, conciliador—. Es gracioso. ¿Por qué me buscabas?

—Porque hay un arce japonés en donde yo estaba, que creció mientras le daba la espalda y cambió las hojas mientras lo miraba.

—¡Ay, Señor! —murmuró Penton, preocupado, mirando a Rod. Luego agregó con más serenidad—. Será mejor que le echemos un vistazo.

Rod le mostró el camino. Pero el arce ya no se encontraba donde debía estar. Cuando llegaron al lugar donde terminaban las pisadas de Rod, el árbol no estaba allí. Sólo había un matorral lanceolado algo marchito. Rod lo observó con expresión estúpida; luego se acercó y lo tocó con cuidado.

Permaneció en su sitio. No era más que un matorral algo polvoriento.

—Aquí estaba —afirmó Blake, obstinado—. Pero ya no está. Sé que estaba aquí.

—Ha debido ser un..., ¡jejem!..., milagro —comentó Penton—. Regresemos a la nave. Ya hemos paseado bastante.

Rod le siguió meneando la cabeza, dubitativo. Estaba tan distraído que casi tropezó con Penton cuando éste se detuvo emitiendo un leve gruñido de contrariedad. Ted se volvió y miró con atención a Rod. Luego volvió a mirar hacia delante.

—¿Cuál eres tú? —preguntó al fin.

Rod miró por delante de Penton y por encima de su hombro. Había otro Rod delante de Penton.

—¡Dios mío! —exclamó Rod—. ¡Ahora me ha tocado a mí!

—Yo, por supuesto —dijo el que estaba frente a ellos. Lo dijo con la voz de Rod Blake.

Ted lo miró y por último cerró los ojos.

—No lo creo. No creo nada de todo esto. Wo bist du gewesen, mein Freund?

—Was sagst du? —preguntó el que estaba frente a ellos—. ¿Por qué en Deutsch?

Ted Penton se sentó en el suelo, pensativo, Rod Blake miró a Rod Blake, atónito y algo indignado.

—Reflexionemos —murmuró Penton con tristeza—. Debe existir algún modo de averiguarlo.

Rod se alejó de mí y luego yo doblé por el recodo y lo encontré riendo locamente. Después me dispara. Pero se parece a Rod y habla como él, aunque dice cosas delirantes. Luego echo a andar con él, o con eso, y encuentro a otro que, al menos, parece menos loco que el primero. Bien, bien.

Naturalmente, yo sé alemán y Rod también. Está claro que esa cosa puede leer la mente. Debe ser como un camaleón, aunque más complicado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rod Blake. No importa demasiado cuál de ellos.

—El camaleón sabe adoptar cualquier color a voluntad. Muchos animales han aprendido a imitar a otros para protegerse, aunque tardan varias generaciones en lograrlo. Esta cosa, evidentemente, puede adoptar cualquier forma o color que desee. Hace un minuto decidió que la mejor forma era la de un matorral lanceolado. Por tanto, algunos de ellos deben ser plantas verdaderas, Rod pensó en un arce, en las ventajas de un arce, de modo que ella decidió intentarlo, pues había leído en su mente.

Por eso tenía aspecto marchito; éste no es un terreno adecuado para los arces. Se deshidrató en seguida. Por eso volvió a ser un matorral lanceolado. Ahora esta cosa ha decidido que le conviene ser Rod Blake, con ropas y todo. Pero yo no sé quién es el verdadero Rod Blake. No servirá de nada ponerlo a prueba con los idiomas que conocemos, si lee en nuestras mentes. Pero debe existir algún procedimiento. Debe existir..., debe existir..., ¡ah, sí! Es muy fácil. ¡Hazle un agujero a la cosa con tu pistola ultravioleta, Rod!

Rod tomó al instante su revólver, con un suspiro de alivio, y disparó rápidamente. El falso Rod se derribió. Aproximadamente la mitad cayó en el barro hirviente mientras Rod incineraba el resto con el intenso resplandor ultravioleta de la pistola. Rod suspiró.

—Gracias a Dios, soy yo. Por un momento no estuve muy seguro de ello.

Ted se sacudió, apoyó la cabeza entre las manos y se balanceó lentamente.

—¡Por los Nueve Dioses de los Nueve Planetas, qué mundo! Rod, te ruego que de aquí en adelante no te apartes de mí ni un segundo. Y hagas lo que hagas, no pierdas esa pistola. No pueden hacer crecer una verdadera pistola ultravioleta pero, si consiguen una, que Dios nos ayude.

Regresemos a la nave y vámonos de este maldito lugar. Creí que estabas loco. Me equivoqué. Todo el maldito planeta está loco.

—Lo estuve..., durante un rato. Regresemos.

Echaron a andar con rapidez por entre las dunas hacia la nave.

2. EL SECRETO DE LOS THUSHOL

—Son centauros —exclamó Blake—. Mira aquél..., un hermoso y pequeño calicó. Hay uno hermoso color ruano y fresa, ¡Qué gente! Me gustaría saber por qué la ciudad se halla tan ruinosa, si todavía hay algunos grupos de gente allí. Bajemos, Ted. No son peligrosos pues, de lo contrario, tendrían una ciudad más próspera.

—¡Hum! Supongo que tienes razón. Pero no me gustaría que me rozara uno de esos sujetos.

Deben ser bastante pesados, incluso aquí..., alrededor de quinientos kilos terrestres. Bajaré en esa plaza. Mantén la mano en la pistola de iones de veinticinco centímetros mientras bajo.

La nave se posó con un ligero golpe sobre la gruesa capa de polvo arenoso, en la destartada plaza de la ciudad. Medio centenar de centauros trotaban ociosamente, guiados por un viejo marciano canoso, de crines ralas y ásperas. Ted Penton apareció en la escotilla.

—Pholsht —dijo el marciano después de contemplarlos un instante. Alzó horizontalmente ambas manos hasta la altura de los hombros, con las palmas vacías hacia arriba.

—Amigos —dijo Ted, alargando sus brazos en un gesto similar—. Me llamo Penton.

—Fasthun loshtu —explicó el centauro señalándose a sí mismo—. Penshun.

—Parece un ex combatiente —murmuró Blake—. Pensión. ¿Es de fiar?

—Supongo que sí. En todo caso, deja tu puesto, apaga los motores atómicos principales, conecta los auxiliares B y cierra la cabina. Cierra los mandos con la combinación y sal. Trae la pistola de iones además de la ultravioleta. Cierra las escotillas.

—¡Diablos! Me gustaría salir esta tarde. En fin, de acuerdo.

Blake hizo lo ordenado pronto y eficazmente. Tardó unos treinta segundos en terminar con la sala de máquinas. Se asomó con impaciencia por la escotilla.

Lo que vio le dejó helado. Penton estaba de espaldas, debatiéndose débilmente, y el viejo centauro se inclinaba sobre él, estrangulándolo con sus manos largas y poderosas. Penton agitaba la cabeza de un lado a otro, como si tuviera el cuello roto.

Blake rugió y cargó al tiempo que sacaba las dos poderosas pistolas. Dio un salto..., y aterrizó limpiamente sobre el lomo del centauro, por subestimar la leve atracción de Marte. En seguida se puso en pie y se dirigía hacia su amigo, cuando una diestra pata delantera izquierda le trabó las piernas echándole la zancadilla, mientras la pesada masa de un centauro ágil y joven aterrizaba sobre su espalda. Blake se volvió: un cuerpo más pequeño y liviano, pero mucho más poderosamente musculado. El terráqueo se libró de la sujeción de los centauros y embistió a los seis o siete que le rodeaban.

Una orden puso fin a la pelea, y Blake se incorporó, acercándose a Penton de un salto.

Penton estaba sentado en el suelo, meciéndose con la cabeza entre las manos.

—¡Ay, Dios mío! Aquí hacen de todo.

—¿Te encuentras bien, Ted?

—¿No se nota? —preguntó melancólicamente Penton—. Ese individuo me abrió la sesera y metió un cerebro nuevo. Educación hipnótica, una carrera universitaria completa

en treinta segundos a base de hipnotismo, y sin usar espejos. Tienen el mejor sistema educativo. Que Dios nos proteja de él.

—¿Shphuntho ishthu thiulomal? —preguntó el viejo marciano en tono cordial.

—Ishthu psoth lonthul timul —gruñó Penton—. Lo peor es que funciona. Ahora hablo su idioma tan bien como el inglés. —De súbito se animó, señaló a Blake y dijo—: Blake omo phusthu ptsoth.

El viejo centauro arrugado y de barba rala sonrió como un niño satisfecho. Blake le miró con aprensión.

—No me gusta este suje... —se interrumpió, hipnotizado.

Caminó hacia el viejo marciano con la mirada fija y la gracia de un maniquí de sastrería. Poco a poco se tumbó, y los dedos largos y ágiles del viejo marciano rodearon su cuello. Le daba un suave masaje en la base del cráneo.

Penton sonrió con sarcasmo desde donde se hallaba sentado.

—¿Qué, no te gusta su cara? Espera y verás cómo te agrada su sistema.

El centauro se irguió. Blake se incorporó despacio. Su cabeza seguía moviéndose como si tuviera el cuello roto, hasta que se levantó con precaución y la tomó con firmeza entre las manos. Apoyó los codos sobre las rodillas.

—No era necesario que ambos habláramos su maldito idioma —logró decir, disgustado—. Estudiar idiomas siempre me da dolor de cabeza.

Penton le miró con indiferencia.

—Me molesta tener que repetir las cosas y, de cualquier modo, te resultará útil.

—Ustedes son del tercer planeta —empezó cortésmente el marciano.

Penton pareció sorprendido, se irguió y luego se puso en pie poco a poco.

—Muévete lentamente, Blake; te lo aconsejo por tu propio bien. —Luego se volvió al marciano—: Claro que sí. ¿Cómo lo sabe?

—Mi tatarabuelo me habló de su viaje al tercer planeta antes de morir. Fue uno de los que regresaron.

—¿Regresaron? ¿Ustedes, los marcianos, han estado en la Tierra? —inquirió Blake.

—Era de suponer —dijo Penton en voz baja—. Evidentemente, son los centauros de las leyendas. Y no creo que se marchasen de allí por su voluntad.

—Nuestra gente intentó fundar una colonia allí hace muchos, muchísimos años. No prosperó. Murieron de enfermedades pulmonares en menos tiempo del que tardaban en cruzar la distancia. El motivo principal del viaje fue para quitarnos de encima a los thushol. Pero los thushol imitaron a los animales terrestres y prosperaron. Por eso regresaron los nuestros. Construimos muchas naves confiando en que, puesto que nosotros no podíamos ir, lo hicieran los thushol. Pero la Tierra no les gustó —meneó la cabeza, afligido.

—Los thushol. ¿De modo que los llaman así? —Blake suspiró—. Deben ser una plaga.

—Lo eran entonces, pero casi han dejado de serlo.

—¿Cómo! ¿Ya no les molestan? —preguntó Penton.

—No —respondió el viejo centauro, apático—. Estamos muy acostumbrados a ellos.

—¿Cómo los distinguen de la cosa a la que imitan? —inquirió Penton, ceñudo—. Eso es lo que necesito saber.

—El no poder hacerlo solía molestarnos —suspiró Loshthu—. Pero ya no ocurre así.

—Comprendo, pero, ¿cómo los distinguen? ¿Lo hacen leyendo la mente?

—No, no. No intentamos distinguirlos. De ese modo ya no nos molestan.

Durante largo rato, Penton observó pensativamente a Loshthu. Blake se puso en pie con precaución y se unió a Penton en la absorta contemplación del marciano canoso.

—¡Hum! —murmuró Penton por último—. Supongo que es un modo de abordar la cuestión. Pero creo que debe ser bastante molesto para los negocios. Y para las relaciones sociales. Por ejemplo, el no saber si es tu esposa o una buena imitación.

—Lo sé. Durante muchos años pensamos lo mismo —admitió Loshthu—. Por ese motivo, nuestra gente quiso trasladarse a la Tierra. Pero más tarde descubrieron que tres comandantes de la nave eran thushol, por lo que regresaron a Marte, donde podían vivir tan bien como los thushol.

Penton analizó esta explicación durante un buen rato, mientras el medio centenar de centauros esperaban, pacientes e inmóviles.

—En la Tierra hay mitos sobre los centauros, gentes como ustedes, y sobre seres mágicos que parecían una cosa y cuando eran capturados se convertían en serpientes, tigres o cualquier otra bestia desagradable, aunque si se les retenía prisioneros adoptaban otra vez la forma humana y concedían un deseo. Sí, los thushol son inteligentes; podían conceder un deseo a un terrestre simplón e incivilizado.

Loshthu meneó lentamente la cabeza.

—Creo que no son inteligentes. O quizá sí. Tienen una memoria perfecta para los detalles. Imitan a los nuestros, asisten a nuestros colegios y de ese modo aprenden todo lo que sabemos. Pero jamás han inventado nada.

—¿Qué causó la terrible decadencia de la civilización de ustedes? ¿Los thushol?

El centauro asintió.

—Olvidamos cómo construir naves espaciales y grandes ciudades. Nos proponíamos desalentar a los thushol y lograr así que nos abandonaran. Pero ellos también olvidaron, de modo que no sirvió.

—¡Santo cielo! —exclamó Blake—. En nombre de los Nueve Planetas, ¿por qué aguantan a esa gentuza?

Loshthu miró a Blake de hito en hito.

—Diez —dijo—. Diez planetas. No es posible ver el décimo con ningún instrumento desde más acá de Júpiter. Nuestra gente lo descubrió desde Plutón.

Blake le miraba con ojos de búho.

—¿Cómo pueden aguantar a esa gentuza? Con una civilización como la suya..., pensé que habrían encontrado algún modo de destruirlos.

—Lo hicimos. Destruimos a todos los thushol. Algunos de ellos nos ayudaron, aunque creíamos que se trataba de nuestra propia gente. Sucedió porque un filósofo muy sabio pero muy distraído calculó cuántos thushol podían vivir como parásitos de nuestra gente. Naturalmente, los thushol se aprendieron de memoria sus cálculos. Un treinta y uno por ciento de nuestra población está compuesta por thushol.

Blake miró a su alrededor, rápido y ceñudo.

—¿Quiere decir..., que algunos de éstos son thushol? —preguntó.

Loshthu asintió.

—Siempre. Al principio se reproducían con gran lentitud, adoptando una forma animal semejante a la nuestra, y se reproducían del mismo modo que otros animales. Pero cuando estuvieron en nuestros laboratorios aprendieron a imitar a la ameba. Ahora se dividen. Uno grande se divide en varios pequeños y cada uno de los pequeños se come a uno de nuestros hijos y ocupa su lugar. Por eso nunca sabemos quién es quién. Esto solía preocuparnos. —Loshthu meneó la cabeza con desgana.

A Blake se le pusieron los pelos de punta y abrió la boca.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Por qué no hicieron algo?

—Si matábamos al sospechoso, podíamos equivocarnos y matar a nuestro propio hijo. Si no lo hacíamos y aceptábamos que fuese nuestro hijo, al menos esto nos permitía creer en ello. Y si la imitación es tan perfecta que uno no puede distinguir la diferencia, ¿cuál es la diferencia?

Blake volvió a sentarse, apocado.

—Los tres meses han pasado, Penton —comentó por último—. Regresemos a la Tierra..., cuanto antes.

Penton le miró.

—Hace tiempo que también deseo regresar. Pero he pensado otra cosa. Tarde o temprano, algún hombre vendrá aquí con la energía atómica y, si por acaso se lleva algunos thushol a la Tierra creyendo que son sus mejores amigos... Bien, yo preferiría matar a mi propio hijo antes que vivir con uno de esos, pero tampoco me gustaría tener que hacerlo. Pueden reproducirse tan rápido como comen, y si comen como una ameba..., ¡que Dios nos ayude! Si abandonas a uno en una isla desierta, se convertirá en un pez y nadará. Si lo metes en la cárcel, se convertirá en una serpiente y escapará por el desagüe. Si lo dejas en el desierto, se convertirá en un cactus y lo pasará bastante bien. No, gracias.

—¡Santo Dios!

—Y, naturalmente, no nos creerán. Te aseguro que no pienso llevarles uno para demostrarlo.

Tendré que conseguir alguna especie de prueba de esos thushol.

—No había pensado en ello. ¿Qué podríamos hacer?

—Sólo se me ocurre averiguar qué podemos sacar de aquí, arramblar luego con todo y regresar con zoólogos y biólogos famosos y de confianza, para que analicen esta cosa. La evolución ha producido algunos monstruos pavorosos, pero esto es algo más monstruoso que cuanto se haya podido imaginar.

—Todavía no lo creo realmente —dijo Blake—. De lo único que estoy realmente seguro es de mi dolor de cabeza.

—Es bastante real y bastante lógico. Infernalmente lógico. Y la Tierra será un infierno si logran llegar allí. La evolución siempre intenta producir un animal que pueda sobrevivir en cualquier parte, vencer a todos los enemigos, y ser el más apto de los aptos que sobreviven. Toda la vida se basa en una cosa: el protoplasma. Fundamentalmente, es lo mismo para todos los seres, para todas las cosas vivientes, los vegetales y los animales, la ameba y el hombre. Varía un poco, adopta formas ligeramente distintas. Los thushol están hechos de protoplasma, pero es un protoplasma infinitamente más adaptable. Saben hacer que adopte la forma de una célula ósea y sea parte de un fémur, o de una célula nerviosa y un cerebro. Con el curso universitario de diez segundos que Loshthu me impartió, comprendo que al principio los thushol eran buenas imitaciones por fuera pero, si cortabas uno, descubrías que los órganos no estaban allí. Ahora han corregido eso. Naturalmente, han asistido a las facultades de medicina marcianas y saben cuanto hace que un centauro se mueva, de modo que pueden proveerse con la misma clase de organismo. ¡Ah! ¡Muy divertido!

—No saben mucho de nosotros. Con la pantalla de rayos X quizá pudiéramos distinguir estas imitaciones de nosotros —señaló Blake.

—No, no, de ningún modo. Puesto que nosotros conocemos nuestra estructura, ellos la leerían en nuestra mente y la adoptarían. Protoplasma adaptable. Piensa que no podrías matar uno de esos seres en una selva africana pues cuando apareciera el león, sería una pequeña leona y, cuando se acercara el elefante, sería un desvalido bebé de elefante. Sospecho que, si la mordiera una serpiente, esa endiablada cosa se convertiría en algo inmune a las mordeduras de serpiente..., en un árbol o algo por el estilo. Me gustaría saber dónde tiene el prodigioso cerebro que evidentemente posee.

—Bien, veamos qué puede ofrecernos Loshthu como pruebas.

3. LECTORES DE CEREBROS Y CÍA.

Supieron que, en otra época, los marcianos habían tenido museos. Aún contaban con ellos, pues nadie se molestaba en turbar la eterna soledad de los mismos. Los marcianos

vivían siglos y sus memorias eran poderosas, pero sólo una o dos veces en su vida entraba un marciano en los antiguos museos.

Penton y Blake pasaron horas en ellos, horas intensas bajo la guía de Loshthu. A Loshthu le sobraba tiempo, pero Penton y Blake no deseaban retrasarse. Trabajaron de firme, reuniendo colecciones de delgados documentos de metal, máquinas antiguas y mil cosas más. Lo embalaron todo con cuerdas que habían traído de la nave después de acercarla al museo. Por último, al cabo de muchas horas de trabajo, demacrados por la falta de sueño, regresaron a la nave.

Salieron de la penumbra del museo a la explanada iluminada por el sol. En seguida, un grupo de hombres que saltaban y se agitaban detrás de una docena de columnas se abalanzaron sobre ellos, quitándoles de las manos los libros, los instrumentos, las colecciones de datos. Fueron empujados, aporreados, pisoteados y magullados. Hubo gritos, chillidos e insultos.

Luego reinó la calma. Doce Penton y trece Blake estaban sentados, tumbados o de pie en la escalera de piedra. Sus ropas estaban desgarradas, sus rostros y sus cuerpos heridos. Uno incluso tenía un ojo amoratado y otro que se hinchaba rápidamente. Pero los doce Penton parecían exactamente iguales y cada uno sujetaba una parte de los documentos. Los trece Blake eran idénticos y cada uno llevaba bajo el brazo o en la mano una parte de moho histórico.

Loshthu los miró y su rostro anciano y arrugado se plegó en una sonrisa complacida.

—¡Ah! Ahora hay más de ustedes. Quizás alguno quiera quedarse con nosotros para conversar —dijo.

Penton miró a Loshthu, y todos los Penton hicieron lo mismo. Penton estaba seguro que él era el auténtico Penton, pero no se le ocurría ningún modo de demostrarlo. Parecía manifiesto que los thushol habían decidido ensayar de nuevo en la Tierra. Empezaba a preguntarse...

—¿Por qué los thushol no se quedaron en la Tierra, si podían vivir allí? —preguntó uno de los Penton con voz de Penton.

Penton estaba seguro que aquella pregunta se le había ocurrido a él...

—Perdona, pero, ¿no era ésa mi pregunta? —preguntó otro Penton, conteniendo su furor. Penton sonrió un poco. Parecía evidente que...

—Parece que ya no tendré que molestarme en hablar. ¡Ustedes ayudan tanto...! —dijo enfurecido uno de los numerosos Penton.

—Díganme, ¿cómo diablos sabremos quién es quién? —inquirió bruscamente uno de los Blake.

—Ese maldito ladrón de mentes me birló la pregunta antes que pudiera...

—¡Y tú..., tú..., te atreves a decirlo...! Me disponía a...

Molesto, uno de los Penton dijo:

—Creo que puedes dejar de estar malhumorado, Blake, porque todos se mostrarán malhumorados cuando tú lo hagas. Sabes que supero a todos mis imitadores en este sentido. Ya lo verás, Rod. Pero podrías callarte ahora y yo también, para saber lo que nuestro buen amigo Loshthu tiene que decir.

—¿Eh? —suspiró Loshthu—. ¿Se refieren a por qué los thushol dejaron la Tierra? No les gustó.

La Tierra es un planeta pobre y la gente era salvaje. Evidentemente, ahora no es así. Pero a los thushol no les gusta trabajar, y hallaron una subsistencia más fácil en Marte.

—Eso pensaba —dijo Penton (¿importa cuál de ellos?)—. Ahora han llegado a la conclusión que la Tierra es mejor que Marte y quieren mudarse. ¡Blake, no desenfundes la pistola! Por desgracia, amigo mío, teníamos veinticinco pistolas de iones y veinticinco ultravioletas. Si hubiéramos tenido más, ahora contaríamos con más compañeros. Cometimos el error de equiparnos demasiado en ropas y de ser muy precavidos al planearlo todo con detalle, por lo que portamos muchas unidades de cada cosa. En

exceso. No obstante, creo que se puede mejorar esta situación. Recuerdo que una de las pistolas de iones no funciona y que saqué las bobinas de dos pistolas ultravioletas para repararlas.

Esto significa que hay tres armas inutilizadas. Cada uno de nosotros disparará a la arena que tenemos delante. Formen en fila a la derecha.

Se formó la fila.

—Ahora —prosiguió aquel Penton— dispararemos de uno en uno, yo el primero. Primero la pistola de iones y luego la ultravioleta. Cuando uno de nosotros demuestre que tiene un arma inutilizada, los demás le eliminarán rápida y cuidadosamente. ¿Preparados? ¿Sí?

Penton levantó su pistola de iones y accionó el botón.

No disparó, y al instante el pórtico se llenó de humo.

—Uno menos —dijo el Penton siguiente. Levantó su pistola de iones y disparó. Luego la ultravioleta. La levantó y volvió a disparar contra un Blake, que se desintegró en seguida—. Ya son dos. Evidentemente, cuando disparamos contra el primero ése descubrió que su arma no funcionaba. Sólo queda uno por eliminar. ¿El siguiente?

Poco después, otro Blake fue eliminado.

—Bien, bien —dijo Penton, satisfecho—, ahora hay la misma cantidad de Blake que de Penton. ¿Alguna sugerencia?

—Sí —respondió Blake—. He recordado que puse un remiendo al traje que se me rompió en Venus.

Otro Blake se desvaneció bajo el fuego cruzado.

—Me gustaría saber otra cosa. ¿Por qué diablos estos falsificadores están dispuestos a matarse entre sí y, aunque saben quién es quién, no nos matan a nosotros? ¿Cómo entraron en la nave? —inquirió Rod. O al menos uno de los Rod.

—Ellos... —empezaron dos Penton a la vez.

Un tercero los miró.

—Midieron mal el tiempo, muchachos. Rodney, hijo mío, teníamos una cerradura de combinación. Estos señores son lectores profesionales de mentes. ¿Explica esto que se hallen en posesión de las armas? He pensado en un modo de eliminar estas excrecencias excesivas; consiste en que tú te reúnas con tu tribu y los elimines a todos menos al que según te consta eres tú mismo, y yo haré lo mismo. Por desgracia, aunque están dispuestos a matar a los demás siempre y cuando ellos no mueran, impedirán que lo hagamos nosotros mediante una defensa adecuada. Después de ese pequeño ensayo con las armas, me parece evidente que no podremos abandonar este planeta antes de seleccionar a los dos hombres adecuados, los únicos que deben entrar en la nave. Por suerte, no pueden despegar solos pues, aunque sean capaces de leer las mentes, se necesita algo más que conocimientos para pilotar una nave espacial, al menos en cuanto a los conocimientos que podrían obtener de nosotros. Exige raciocinio, algo que la simple memoria es incapaz de proporcionar. Nos necesitan. En consecuencia, marcharemos obedientemente hasta la nave y cada uno volverá a dejar sus armas en el correspondiente armario. Sé que soy el verdadero Penton, aunque tú lo ignoras. De modo que no se dará un solo paso sin el acuerdo unánime de todos los Penton y todos los Blake.

Blake, pálido, levantó la mirada.

—Si esto no fuera tan gravemente serio, sería el sainete más cómico que existe. Tengo miedo de entregar mis armas.

—Creo que si las entregamos todos, seguimos en igualdad de condiciones. Tenemos la ventaja del hecho que ellos no quieren matarnos y, si sucede lo peor, podemos llevarlos hasta la Tierra, cerciorándonos del hecho que no se salen con la suya. En la Tierra se podrían realizar análisis celulares que aclararían el asunto. A propósito, eso me sugiere algo. Sí, seguro. Creo que puedo hacer análisis aquí. Vayamos a la nave.

4. LA ESTRATEGIA DE PENTON.

Los Blake se sentaron con intención de quedarse allí.

—Ted, ¿qué diablos puedes hacer? —su voz casi era llorosa—. No puedes distinguir una de estas cosas fantasmales de la otra. No puedes diferenciarlas de mí. No podemos...

—¡Por Dios! —dijo otro Blake—, yo no soy ése. Se trata de otro de esos malditos ladrones de mentes.

Otro gimió con desaliento.

—Tampoco era ése —todos miraron desválidamente a la fila de los Penton—. Ni siquiera sé quién es mi amigo.

Penton asintió. Todos los Penton asintieron como un coro grotescamente solemne disponiéndose a pronunciar una oración. Todos sonrieron con unanimidad sobrehumana.

—Está bien —dijeron en perfecta armonía—. Bien, bien. Una nueva táctica. Ahora hablamos todos juntos. Esto facilita las cosas. Creo que hay manera de saber cuál es la diferencia. Pero debes confiar por completo en mí, Blake. Vas a entregarme tus armas, fiando en mi capacidad de detectar al verdadero y, si me equivoco, desistir a tiempo. Podemos hacer pruebas sencillas como la del whisky, para averiguar si los emborracha, o con pimienta para descubrir si les quema las lenguas.

—No dará resultado —afirmó Blake muy serio—. Por Dios, Penton, no puedo entregar mis armas..., yo no...

Penton, todos los Penton, sonrieron un poco.

—Soy mucho más rápido que tú, Blake, y ninguna imitación marciana de tu persona puede ser más rápida. Estas imitaciones marcianas de mi persona quizá sean tan rápidas como yo. Pero sabes que podría fulminar a toda tu pandilla, a los diez, y borrarlos del mapa antes que cualquiera de ustedes pudiera mover un dedo. Lo sabes, ¿no es cierto, Rod?

—Sí, Ted, pero no hagas eso..., no me obligues a entregar las armas... Quiero conservarlas. ¿Por qué debo entregar mis pistolas si tú te quedas con las tuyas?

—Seguramente no habrías dicho eso si fueras Rod, pero no importa. Si no era eso lo que pensabas, podríamos hacer algo. Por tanto, eso es lo que tú querías decir, del mismo modo que es esto lo que yo quería decir, lo haya dicho o no. ¡Ay! ¡El Señor nos proteja! ¡Habla con mi voz! De cualquier modo, la situación es esta: uno de nosotros debe tener superioridad indiscutible sobre la otra pandilla. De este modo, el que tenga ventaja podrá realizar pruebas de identidad y obligar a que sean acatadas sus decisiones, mientras que ahora esto no es posible.

—Entonces, deja que sea yo —espetó un Blake.

—No quise decir eso —murmuró otro—. No he sido yo el que ha hablado.

—Sí, claro que sí —agregó el primero—. Lo dije sin pensar. Adelante, ¿cómo conseguirás que los otros entreguen sus armas? Yo estoy dispuesto a hacerlo. ¿Podrás convencerlos a ellos?

—Claro que podré. Para eso tengo a mis fieles amigos —explicó Penton, sombrío, señalando con sus once manos a sus once copias—. En eso están de acuerdo conmigo, pues son totalmente egoístas.

—Pero, ¿en qué consiste tu sistema? Antes de meter el cuello en el lazo corredizo, debo convencerme del hecho que éste no se cerrará.

—Si yo tuviera en mente un sistema seguro, cosa que evito cuidadosamente, ellos lo leerían, lo evaluarían y no obedecerían. Aún tienen esperanzas. Como puedes suponer el sistema de la pimienta y el alcohol no funcionará, porque pueden leer en mi mente la reacción adecuada y emborracharse o tener la lengua inflamada a voluntad, puesto que

son actores magistrales. Pero lo intentaré de todos modos. Rod, si alguna vez te has fiado de mí, hazlo ahora.

—De acuerdo. Vamos, avanzaremos hacia la nave y si alguna de estas cosas no deja sus armas, no soy yo. Lánzale el rayo.

Blake se levantó de un salto, los diez lo hicieron, y caminó hacia la nave.

Los Penton les siguieron, atentos. De súbito, Penton fulminó a un Blake. Habían empezado a salirle unas jorobas. Le estaban creciendo alas.

—Eso facilita la tarea —comentó Penton, enfundando el arma.

Los Blake, pálidos, continuaron. Colocaron estoicamente las pistolas en la estantería de la escotilla. Los marcianos habían visto los movimientos, para ellos inconcebiblemente rápidos, de las manos de Penton con las armas. Penton sabía que él mismo y no otro había disparado los rayos en esa ocasión. Pero aún no había encontrado el modo de demostrarlo sin causar una matanza general.

Esto no importaba; el problema era que antes de cincuenta años, la humanidad iba a llegar allí sin saber nada de aquella historia. Y entonces toda la Tierra sería destruida. No por el fuego ni por la espada ni por catástrofe alguna, sino silenciosa e imperceptiblemente.

Los Blake salieron desarmados. Arrastraban los pies y se paseaban inquietos, tensos, bajo los ojos vigilantes de once Penton provistos de armas mortales.

Varios Penton entraron en la nave y salieron portando pimienta, píldoras de sacarina, alcohol y el botiquín. Uno de ellos los reunió a todos y les pasó revista.

—Haremos la prueba de la pimienta —dijo, bastante contrariado—. ¡Formen en fila!

Los Blake formaron filas con inseguridad.

—Ted, estoy poniendo mi vida en tus manos —dijeron dos de ellos con el mismo tono quejumbroso.

Cuatro Penton lanzaron una breve carcajada.

—Lo sé. Ponte en la fila. Ven a buscar la pimienta.

En seguida, otro Penton suspiró y dijo:

—Que pase el primero. Saca la lengua, paciente.

Con manos temblorosas, colocó una pulgarada de pimienta sacada del molinillo en la lengua del sujeto. Ésta se retiró al segundo y el Blake se llevó las manos a la boca, escupiendo y atragantándose.

—¡Puaf! —barbotó—. ¡Puaf..., achís..., maldita sea!

Con la rapidez del relámpago, Penton sacó su propia pistola de iones y la del vecino. En una décima de segundo, todos menos el Blake que tenía náuseas, que se atragantaba y estornudaba, se hacían humo, se disolvían y caían hechos cenizas. Los demás Penton colaboraron metódicamente en la destrucción.

Blake observaba con atragantado asombro.

—¡Dios mío! ¡Podía no haber sido el verdadero! —jadeó.

Los diez Penton suspiraron.

—Era una prueba definitiva. Gracias a Dios, es definitiva. Ahora tienes que descubrirme a mí. Y esto no funcionará por segunda vez pues, aunque tú no puedes leer mi mente para saber cuál es el truco, estos hermanos míos saben hacerlo. El mismo hecho que ignores cómo lo supe, demuestra que yo tenía razón.

Blake le miró con asombro.

—Yo era el primero... —logró decir entre una tos y un estornudo.

—Exacto. Entra en la nave. Haz algo inteligente. Usa la cabeza. Piensa en algo que puedas hacer para identificarme. Tienes que usar la cabeza de tal modo que ellos no puedan leer tu mente primero. Adelante.

Blake entró en la nave caminando con lentitud. Lo primero que hizo fue cerrar la escotilla, para estar seguro y a solas. Entró en la sala de mandos, se puso un traje espacial, casco incluido, y accionó una palanca de mando, y luego otra. Poco después

oyó extraños golpes y roces, raros murmullos y gemidos. Retrocedió con rapidez y disparó con el rayo contra un cajón de provisiones y dos cajas de especímenes venusianos en donde brotaban piernas y crecían rápidamente brazos para recoger las pistolas de rayos. La atmósfera de la nave comenzó a ponerse espesa y verdosa; hacía más frío.

Blake observó satisfecho y empezó a registrar todas las salas. Otro ruido de pasos furtivos llamó su atención, y destruyó con pistola de rayos ultravioletas una tubería extra que había pasado inadvertida y trataba de reptar sobre un larguero. Se dividió en pedazos que se arrastraban de un modo asqueroso. Rod le disparó con los rayos hasta que la parte más pequeña, del tamaño de una pelota de golf y provista de extrañas patas veteadas de azul, dejó de retorcerse.

Rod esperó media hora, lapso durante el cual el aire se puso muy verde y espeso. Por último, para asegurarse, puso en marcha otros aparatos y vio cómo bajaba el termómetro, hasta que se condensó en las paredes la humedad y no hubo más cambios. Luego recorrió la nave tanteando aquí y allá con la pistola de iones.

Los ventiladores limpiaron en dos minutos la atmósfera cargada de cloro, y Blake se sentó.

Conectó el micrófono y habló por el mismo:

—Tengo la mano sobre el disparador del cañón principal de iones. Te quiero como a un hermano, Penton, pero amo más a la Tierra. Si logras convencer a tus amigos para que dejen sus armas en un montón y retrocedan..., no habrá problemas. Si esto no ocurre antes de treinta segundos, el cañón de iones entrará en acción y ya no habrá más Penton. ¡Adelante!

Diez Penton, sonriendo obsequiosamente y con evidente satisfacción, dejaron en el suelo veinte núcleos de superesencia destructiva y se apartaron.

—Aléjense —dijo Blake, inflexible, obligándoles a retroceder.

Blake recogió las veinte armas y regresó a la nave. Tenían un excelente laboratorio. Con sombrío regocijo tomó tres tubos de ensayo cerrados con tapones de algodón, después de ponerse guantes de caucho.

—Tétanos, nunca has sido amigo del hombre, pero espero que aquí te multipliques en todas direcciones..., y bien...

Vertió el contenido de los tubos en un vaso de agua y salió. Los diez aguardaban lejos.

—Muy bien, Penton. He recordado que hace poco te aplicaste una vacuna antitetánica y eres inmune a la enfermedad. Veamos si estos malditos ladrones de cerebros pueden averiguar el secreto de algo que sabemos fabricar, pero cuya naturaleza desconocemos. Podrían salvarse convirtiéndose en gallinas, que son inmunes, pero no mientras conserven forma de seres humanos. Aquí hay una dosis concentrada de tétanos. Bébelas. Si es necesario, podemos esperar diez días.

Diez Penton avanzaron con audacia hasta el vaso, que se hallaba junto a la nave. Uno de ellos bebió..., pero los otros nueve no lo hicieron. Trataron de esconderse detrás de la nave, donde no pudieran alcanzarles las pistolas de iones.

Con amplia sonrisa, Blake ayudó a Penton a subir.

—¿He hecho bien?

—Has hecho bien —replicó Penton—, pero por pura suerte. El tétanos no se contrae por ingestión, y tarda más de diez días en manifestarse.

—No estaba seguro —sonrió Blake—. Ellos tenían que averiguar mis intenciones para adivinar tu reacción. ¡Ah!... Por allá van. ¿Les disparas tú o lo hago yo? —se ofreció Blake, apuntando con el cañón de iones a los nueve seres revoloteantes que se alejaban a través del planeta rojo y oxidado. La nave los persiguió rápidamente—. Hay algo... ¡Hum! —se irguió cuando el increíble resplandor cesó en el aire enrarecido—. Me gustaría saber, ¿cómo demonios me distinguiste?

—Para hacer lo que tú hiciste se necesitan quinientos músculos distintos, en una combinación neuromuscular maravillosa, que suponía que esas cosas no podrían imitar sin proceder a una disección completa. No podía ser otro sino tú.

—¡Quinientos músculos! ¿Qué diablos hice?

—Estornudaste.

Rod Blake parpadeó, y su mandíbula volvió a comprobar la extensibilidad y flexibilidad de sus ligamentos.

* * *

Desde luego, John Campbell es la personalidad más extraordinaria de toda la historia de las revistas de ciencia-ficción. Vendió un relato a «Amazing Stories» cuando sólo tenía diecisiete años, pero el director perdió el manuscrito y Campbell no había sacado copia. Su primer cuento publicado, *When the Atoms Failed*, apareció en enero de 1930 de esa misma revista. Él aún no había cumplido veinte años.

En esa época, Edward E. Smith era el escritor de ciencia-ficción más destacado, gracias a *Skylark of Space*. La continuación, *Skylark Three*, una serie de tres partes que apareció en las «Amazing Stories» de agosto, septiembre y octubre de 1930, consolidó su posición como el campeón de la «ciencia-ficción heroica». (Más adelante los lectores de ciencia-ficción, cada vez más exigentes, se refirieron a estos relatos como «óperas espaciales».)

Apenas publicada la última entrega de *Skylark Three*, Campbell vio publicado su cuento *Solarite* en «Amazing Stories» de noviembre de 1930. Fue el segundo relato de lo que posteriormente se llamó el ciclo de «Arcot, Wade y Morey». Campbell amenazó la preeminencia de Smith y llegó a compartir el trono con él.

Me fascinó la ciencia-ficción heroica, como le ocurrió a la mayoría de los lectores de ciencia-ficción en la década de los 30. Nunca he escrito nada que pueda incluirse estrictamente en ese género, aunque mi trilogía de la Fundación es lo que más se le asemeja, sólo que dando más relieve a la política y a la sociología, en lugar de las ciencias físicas.

Mientras Smith continuó escribiendo ciencia-ficción heroica durante toda su carrera, Campbell publicó un cuento titulado *Twilight*. Lo firmó con el seudónimo de Don A. Stuart (jugando con el apellido de soltera de la que entonces era su esposa) para que sus lectores no asociaran aquel cuento con la ciencia-ficción heroica que venía escribiendo. *Twilight* fue el segundo cuento (apareció medio año después de *A Martian Odyssey*, de Weinbaum, que fue el primero) que rompió moldes y condujo a la ciencia-ficción hacia una categoría distinta y superior. Empezaban a adquirir importancia los personajes, sus emociones y la contención en el estilo.

No me lo perdí como me había perdido *A Martian Odyssey*. Leí el relato cuando fue publicado por primera vez... y no me gustó. Como tampoco me gustó ninguno de los doce cuentos que, durante los tres años siguientes, Campbell siguió escribiendo bajo el seudónimo de Stuart.

Yo estaba equivocado. Después los releí y me avergoncé de mí mismo, comprendiendo que me había atascado en el nivel más bajo. Me habían parecido demasiado objetivos, tristes y sentimentales. Yo quería acción y aventuras, y era sencillamente incapaz de seguir a Campbell hasta el nivel de Stuart. Más tarde lo conseguí, pero tardé algunos años. Debo admitir que Campbell valía más que yo.

Pero Campbell no estaba satisfecho con ser sólo Don A. Stuart. En 1930, cuando el rey era Smith, compitió con él. Ahora, en 1936, competía con Weinbaum que era el nuevo rey. *Los ladrones de cerebros de Marte* fue el primero de los cinco relatos del «ciclo de

Penton y Blake». En cada uno, los dos compañeros se enfrentaban a las peligrosas formas de vida de otro planeta.

Me impresionaron, y durante cierto tiempo intenté escribir relatos como los de Penton y Blake. Un primer ejemplo, que constituyó un fracaso completo, fue *Ring Around the Sun*. Luego escribí *Reason*, cuyos protagonistas eran Gregory Powell y Michael Donovan. Escribí y publiqué cuatro relatos de lo que en mi fuero interno llamaba «el ciclo de Powell y Donovan», imitando deliberadamente a Penton y a Blake.

Sin embargo, en los relatos de Powell y Donovan ya aparecían mis robots positrónicos y las tres leyes de la robótica, y posteriormente ocupó un lugar en ellos Susan Calvin. Como me pasa a menudo (y supongo que también es el caso de otros escritores) no importaba cómo intentara plasmar mis historias, pues ellas siempre terminaban modelándose a mí.

Hacia fines de 1936, otro relato aparecido en «Amazing Stories» me impresionó. Se titulaba *Involución*, su autor era Edmond Hamilton y apareció en el número de diciembre. Es el tercer relato de él que no he podido olvidar desde mi adolescencia. Los tres, de algún modo, tenían que ver con el origen o desarrollo de la vida y todos mostraban una visión crítica de la humanidad.

(¡Ah! Antes de presentaros el cuento, diré algo. El número donde apareció contiene la segunda entrega de una serie de John W. Campbell, Jr. Se titulaba *Uncertainly*, y es demasiado larga para incluirla en esta antología. Hojeando una al azar, leí en ella: «Una lluvia de bombas atómicas alcanzó el metal protegido...» ¡Ah, sí! Los lectores de ciencia-ficción estábamos evadiéndonos. El resto del mundo no se preocupó por las bombas atómicas hasta nueve años más tarde.)

INVOLUCIÓN

Edmond Hamilton

Ross tenía un temperamento muy tranquilo, pero cuatro días de viaje en canoa entre los bosques de North Quebec habían empezado a alterarlo. La cuarta vez que tocaron la orilla del río para hacer campamento y pasar allí la noche, perdió el dominio de sí mismo y durante unos momentos dirigió a sus dos compañeros algunas palabras fuertes.

Abría y cerraba sus ojos negros y gesticulaba con su rostro joven, guapo y falto de afeitado en aquella circunstancia. Al principio, los dos biólogos le escucharon sin responder. El joven y rubio Gray parecía indignado pero Woodin, el más viejo de los dos biólogos, escuchaba pacientemente, con sus ojos grises fijos en el rostro enojado de Ross.

Cuando Ross se calló para tomar aliento se oyó la voz serena de Woodin:

—¿Has terminado?

Ross tragó saliva como si se dispusiera a continuar su andanada, pero de súbito recobró el dominio de sí mismo.

—Sí, he terminado —respondió hoscamente.

—Entonces, escúchame —agregó Woodin, como un padre juicioso que reprende a un niño malhumorado—. Te estás alterando por nada.

Gray y yo todavía no nos hemos quejado. Nadie ha dicho que no cree en lo que nos dijiste.

—¡No lo habéis dicho, no! —exclamó Ross enfureciéndose otra vez—. ¿Creéis que no sé lo que estáis pensando? Pensáis que os conté un cuento chino sobre lo que vi desde el avión, ¿no? Pensáis que os he arrastrado buscando molinos de viento, seres increíbles que no pueden haber existido nunca, Eso pensáis, ¿verdad?

—¡Ay! ¡*Malditos sean* los mosquitos! —dijo Gray dándose un tremendo golpe en el cuello y mirando con poca cordialidad al aviador.

Woodin se hizo cargo de la situación.

—Volveremos a discutirlo después de montar el campamento. Vacía los talegos, Gin. ¿Quieres ir a buscar leña, Ross?

Ambos le miraron, ceñudos, y se miraron el uno al otro, pero obedecieron a regañadientes. De momento la tensión cedió.

Cuando cayó la noche sobre el pequeño claro a orillas del río, la canoa estaba en la orilla, habían armado la pequeña y excelente tienda de seda para globos aerostáticos, y chisporroteaba una fogata delante de ella. Gray avivaba el fuego con gruesos maderos de pino, mientras Woodin calentaba café, pasteles y el imprescindible tocino.

El resplandor de la hoguera iluminaba débilmente los imponentes troncos de los abetos gigantes que circundaban el pequeño claro por tres lados, así como las tres figuras vestidas de color pardo sucio y el bloque blanco e irregular de la tienda. Se reflejaba en los rápidos del McNorton, que murmuraban mientras seguía su curso hacia el Little Whale.

Comieron en silencio, y luego limpiaron los cazos con manojos de hierbas. Woodin encendió su pipa, los otros dos cigarrillos aplastados y luego se tumbaron un rato al lado de la fogata, oyendo el murmullo riente del agua, los suspiros de las ramas más altas de los abetos, el solitario chirrido de los insectos.

Por último, Woodin golpeó la pipa en el tacón de la bota y se sentó.

—Ahora, terminemos esa discusión que teníamos —dijo.

Ross parecía avergonzado.

—Supongo que me alteré demasiado —admitió, y luego agregó—: Pero, compañeros, creo que no me dais mucho crédito.

Woodin meneó la cabeza.

—No, Ross; no es cierto. Cuando dijiste que al sobrevolar este bosque habías visto seres diferentes de todos los conocidos, tanto Gray como yo te creímos. De lo contrario, ¿crees que dos biólogos muy ocupados habrían abandonado su trabajo para acompañarte hasta estas soledades en busca de los seres que viste?

—Lo sé, lo sé —respondió el aviador, molesto—. Creéis que vi algo extraño, y os arriesgáis por si el viaje vale la pena. Pero no creéis lo que os he contado acerca del aspecto de esos seres. Os parece demasiado extraño para ser cierto, ¿no?

Por primera vez, Woodin vaciló al responder:

—Al fin y al cabo, Ross —eludió la cuestión—, los ojos pueden engañarte cuando crees entrever cosas desde un avión que vuela a mil quinientos metros.

—¿Entreverlas? —repitió Ross—. Viejo, te aseguro que las vi tan claramente como te veo a ti. A mil quinientos metros de altura, es cierto, pero tenía los prismáticos y miré a través de ellos. Fue cerca de aquí, al este de la confluencia del McNorton y el Little Whale. Volaba deprisa hacia el sur después de haber pasado tres semanas en esa investigación cartográfica gubernamental de la bahía del Hudson. Quise situarme sobre la confluencia de los ríos, conque bajé un poco y usé los prismáticos. Entonces, en un claro junto al río, vi algo resplandeciente y... a esas cosas. ¡Te aseguro que eran increíbles, pero sé que las vi con toda claridad! Con verlas dos o tres segundos me olvidé por completo de los ríos. Eran cosas grandes y resplandecientes, como montones de jalea brillante, tan transparentes que se divisaba el suelo a través de ellas. Eran por la menos doce y, cuando las vi, se deslizaban por ese pequeño claro con un movimiento reptante. Luego desaparecieron bajo los árboles. Si en un radio de ciento cincuenta kilómetros hubiera encontrado un claro la bastante grande para aterrizar, habría bajado a buscarlas, pero no había ninguno y me vi obligado a continuar. Pero necesitaba descubrir qué era y, cuando os conté la historia, estuvisteis de acuerdo en venir hasta aquí en canoa y buscarlas. Pero ahora pienso que nunca me habéis creído del todo.

Woodin contempló la hoguera, pensativo.

—De acuerdo; creo que viste algo extraño, alguna forma de vida extraña. Por eso me presté a acompañarte en esta búsqueda. Pero cosas como las que describes, es decir como jalea, translúcidas, que se deslizan sobre el terreno... no ha existido nada semejante desde los primeros seres protoplasmáticos, antepasados de la vida sobre la Tierra, que se deslizaron sobre nuestro joven mundo hace muchos millones de años.

—Si existieron cosas semejantes, ¿por qué no pudieron dejar descendientes como ellas? —insistió Ross.

Woodin meneó la cabeza.

—Porque desaparecieron hace mucho tiempo. Se convirtieron en formas de vida distintas y superiores, dando comienzo al movimiento ascendente de la vida que ha alcanzado su punto culminante en el hombre. Estos seres protoplasmáticos y unicelulares, que han desaparecido hace mucho, fueron el principio, los burdos y humildes comienzos de nuestra vida. Se extinguieron, y sus descendientes fueron distintos. Nosotros, los hombres, somos esos descendientes.

Ross le miró y frunció el ceño.

—Pero, en primer lugar, ¿de dónde vinieron esas primeras cosas vivientes?

Woodin volvió a menear la cabeza.

—Esto es algo que nosotros, los biólogos, todavía ignoramos. Apenas podemos aventurar una teoría sobre el origen de esas primeras formas protoplasmáticas de vida. Se ha sugerido que se formaron espontáneamente de las sustancias químicas de la Tierra, pero el hecho de que no surjan ahora de la materia inerte lo desmiente. Su origen sigue siendo un misterio. Pero, sin tener en cuenta cómo llegaron a existir sobre la Tierra, fueron las primeras formas de vida que nos precedieron.

Los ojos de Woodin asumieron una expresión de ensueño, como si viera visiones en el fuego, olvidando la presencia de los otros dos.

—¡Esa maravillosa evolución desde el primitivo ser protoplasmático hasta el hombre es una epopeya grandiosa! Una magnífica serie de cambios que ha ido desde esa primera forma inferior hasta nuestro esplendor actual... ¡Y no pudo ocurrir en ningún otro mundo, salvo la Tierra! Pues ahora la ciencia está casi segura de que la causa de las mutaciones evolutivas son las radiaciones de los minerales radiactivos del interior de la Tierra, que actúan sobre los genes de todo ser viviente.

Se dio cuenta de que Ross no le comprendía y, a pesar de su arrebató, sonrió.

—Veo que esto no significa nada para ti. Trataré de explicarlo. La célula embrionaria de todo ser vivo contiene un número determinado de pequeños elementos en forma de bastoncillos, llamados cromosomas. Éstos están formados por cadenas de minúsculas partículas, a las que llamamos genes. y cada gen ejerce un efecto determinante, poderoso y específico sobre el desarrollo del ser que se forma a partir de esa célula embrionaria. Algunos genes determinan el color, otros el tamaño, otros la forma de sus miembros, y así sucesivamente. Todas las características del ser están predeterminadas por los genes de su célula embrionaria originaria. Pero a veces, los genes de una célula embrionaria son muy distintos de los genes normales de esa especie. Cuando esto ocurre, el ser a que dará lugar esa célula embrionaria será muy distinto de los compañeros de su especie. De hecho, representará una especie totalmente nueva, Así es como se forman nuevas especies sobre la Tierra. Es el proceso del cambio evolutivo. Hace algún tiempo que los biólogos lo saben, y han buscado la causa de estos grandes cambios repentinos, de esas mutaciones, como las denominan. Han intentado descubrir qué es lo que afecta tan radicalmente a los genes. Experimentalmente, han descubierto que los genes de una célula embrionaria se modifican notablemente al recibir rayos X y diversos tipos de radiaciones químicas. Así, el ser nacido de esa célula embrionaria será un ser totalmente modificado, un mutante. Por eso, en la actualidad, muchos biólogos creen que las emanaciones de los minerales radiactivos de la Tierra, al actuar sobre todos

los genes de todas las especies vivientes de la Tierra, causan el cambio incesante de las especies, el desfile de las mutaciones que ha llevado la vida por el camino evolutivo hasta la cumbre donde se encuentra hoy. Por eso digo que el desarrollo evolutivo no pudo producirse en ningún otro lugar salvo la Tierra. Pues quizá ningún otro mundo tenga en su interior depósitos radiactivos semejantes, capaces de provocar mutaciones por su efecto sobre los genes. En cualquier otro mundo, los primeros seres protoplasmáticos pudieron continuar igual a través de infinitas generaciones. ¡Cuánto debemos agradecer que nos que no sea así en la Tierra! ¡Que se haya producido una mutación tras otra, que la vida siempre haya cambiado para avanzar hacia especies nuevas y superiores, que las primeras y primitivas entidades protoplasmáticas hayan avanzado a través de formas cambiantes innumerables hasta alcanzar la realización suprema, el hombre!

Woodin se había dejado llevar por su entusiasmo mientras hablaba, pero se interrumpió y sonrió antes de volver a encender la pipa.

—Siento haberte aburrido con una conferencia, como si fueras un alumno mío de primer curso. Pero éste es el punto fundamental de todo de mi pensamiento, mi *idée fixe*, esa maravillosa evolución de la vida a través de las épocas.

Ross contemplaba el fuego, pensativo.

—Parece maravilloso cuando tú lo cuentas. Una especie convirtiéndose en otra, ascendiendo cada vez más.

Gray se puso en pie y se despezó.

—Vosotros dos podéis seguir maravillándoos pero este craso materialista va a ponerse a la altura de sus antepasados invertebrados y tornará a la posición postrada. En resumen, me voy a dormir —miró a Ross, con una sonrisa vacilante en su rostro juvenil, y agregó—: ¿Sin rencor, compañero?

—Olvídalo —el aviador le devolvió la sonrisa—. La jornada de hoy fue dura, y vosotros parecíais muy escépticos. ¡Pero ya veréis! Mañana llegaremos a la confluencia del Little Whale, y os apuesto a que tardaremos menos de una hora en hallar esos seres como jalea.

—Eso espero —dijo Woodin, atónito—. Entonces veremos lo buena que es tu vista desde mil quinientos metros de altura, y si has arrastrado hasta aquí a dos respetables científicos por nada.

Más tarde, mientras reposaba entre las mantas, en la pequeña tienda, oyendo los ronquidos de Gray y Ross y mirando soñoliento las ascuas brillantes, Woodin volvió a meditar la cuestión.

¿Qué había visto realmente Ross en aquella ojeada fugaz desde su avión en vuelo? Algo extraño, estaba seguro, tan seguro que había emprendido aquel arduo viaje para encontrarlo. Pero ¿qué sería exactamente?

No unas entidades protoplasmáticas como las que él había descrito. Eso, naturalmente, era imposible. ¿O no? Si entidades semejantes habían existido en otro tiempo, ¿por qué no podrían...? ¿No podrían...?

Woodin no supo que se había dormido, hasta que le despertó el grito de Gray. No era una voz cualquiera, sino el alarido de un hombre presa de un terror paralizante.

Cuando oyó el grito, abrió los ojos y vio lo Increíble recortándose contra el fondo estrellado, en la puerta abierta de la tienda. Una masa oscura y amorfa, agazapada en la entrada, resplandecía bajo la luz de las estrellas y entraba en la tienda, seguida de otras semejantes.

Luego, todo ocurrió con suma rapidez. A Woodin le pareció que las cosas no sucedían en forma continua, sino en una rápida sucesión de cuadros fijos, semejante a los fotogramas sucesivos de una película.

La pistola de Gray disparó contra el primer monstruo viscoso que entró en la tienda, y el breve fogonazo mostró la masa voluminosa y resplandeciente del ser, el rostro de Gray contraído por el pánico y a Ross buscando su pistola entre las mantas.

La escena fue substituida por otra: Gray y Ross quedándose rígidos de repente, como si estuvieran petrificados, y cayendo pesadamente.

Woodin supo que estaban muertos, pero no habría sido capaz de decir cómo lo Supo. Los monstruos resplandecientes entraban en la tienda.

Rasgó la pared de la tienda y se lanzó al frío del claro iluminado por las estrellas. Dio tres pasos, sin saber a dónde dirigirse, y se detuvo. No supo por qué se detenía en seco, pero lo hizo.

Permaneció allí, mientras su cerebro apremiaba con desesperación a los miembros para que se movieran, Pero éstos no obedecieron. Ni siquiera podía volverse; no podía mover un solo músculo de su cuerpo. Se quedó donde estaba, con el rostro vuelto hacia el reflejo de las estrellas en el río, presa de una extraña parálisis total.

A su espalda, en la tienda, Woodin oyó movimientos furtivos. Desde atrás, entraron en su campo visual varios seres resplandecientes que se reunieron a su alrededor. Serían como una docena, y en ese momento los distinguió con toda claridad.

No, no era una pesadilla. Eran tan reales como él mismo. Allí, a su alrededor, se movían unos bultos amorfos de jalea viscosa y translúcida. Medían sobre un metro veinte de altura y noventa centímetros de diámetro, aunque sus formas cambiaban ligera y constantemente, haciendo difícil calcular sus dimensiones.

En el centro de cada masa translúcida se veía una gota o núcleo Lo oscuro en forma de disco.. Los seres no tenían nada más, ni miembros ni órganos sensibles. Pero vio que podían alargar pseudópodos, pues dos de ellos sostenían los cadáveres de Gray y Ross en sus tentáculos. Los estaban sacando y colocando al lado de Woodin.

Incapaz de moverse, vio los rostros helados y contraídos de los dos hombres, y las pistolas que sus manos muertas aún empuñaban. Luego, al mirar el rostro de Ross, recordó.

¡Los monstruos que estaban a su alrededor eran las cosas que el aviador había visto desde el avión, los seres de jalea que los tres habían ido a buscar al norte! ¿Cómo habían matado a Ross y a Gray?

¿Cómo lo mantenían a él en aquel estado de parálisis? ¿Quiénes eran?

—Permitiremos que se mueva pero no debe tratar de escapar.

El aturdido cerebro de Woodin se desconcertó aún más. ¿Quién le había dirigido aquellas palabras? No había oído nada, pero pensó que oía.

—Permitiremos que se mueva pero no debe tratar de escapar ni hacernos daño.

—Oyó tales palabras en su mente, aunque sus oídos no captaron sonido alguno. Luego, su cerebro oyó algo más.

—Le hablamos mediante transferencia de impulsos mentales. ¿Tiene mentalidad suficiente para comprendernos?

¿Mentes? ¿Mentes en aquellos seres? Woodin fue traspasado por este pensamiento mientras observaba a los monstruos resplandecientes.

Sin duda, su pensamiento había sido captado por ellos.

—Por supuesto que tenemos mentes —recibió la respuesta mental en su cerebro—. Ahora permitiremos que se mueva, pero no intente huir.

—No..., no lo intentaré —se dijo Woodin mentalmente..

La parálisis que lo había retenido desapareció en seguida. Esperó en medio del círculo de monstruos resplandecientes, mientras las manos y el cuerpo le temblaban de un modo incontenible.

Comprobó que los seres eran diez. Diez masas monstruosas de jalea brillante y transparente lo rodeaban como legendarios genios sin rostro salidos de algún arcano escondrijo. Al parecer, uno que se hallaba más cerca de él que los demás, era el portavoz y líder.

Woodin observó con detenimiento el círculo, y luego a sus dos compañeros muertos. En medio de los terrores desconocidos que helaban su alma, sintió una compasión súbita y dolorosa al mirarlos.

La mente de Woodin recibió del ser más cercano a él otro intenso pensamiento:

—No queríamos matarlos; sólo vinimos aquí para capturarlos y comunicarnos con los tres. Pero cuando captamos que intentaban matarnos, tuvimos que defendernos con rapidez. A usted, como no intentó matarnos sino que huyó, no le hicimos daño.

—¿Qué..., qué quieren de nosotros, o de mí? —preguntó Woodin.

Lo susurró a través de sus labios secos, además de pensarlo.

—Esta vez no obtuvo respuesta mental. Los seres permanecieron inmóviles, un círculo silencioso de figuras pensativas y sobrenaturales.

Woodin sintió que su mente desvariaba bajo la tensión del silencio y volvió a hacer la pregunta, la gritó.

Entonces recibió la respuesta mental.

—No respondimos, porque estábamos sondeando su mentalidad para comprobar si usted es lo bastante inteligente para comprender nuestras ideas. Aunque su mente es de un orden excepcionalmente inferior, parece capaz de entender en grado suficiente lo que nosotros deseamos transmitir. No obstante, antes de comenzar le advierto que le será del todo imposible escapar, o dañar a alguno de nosotros, y que cualquier intento en tal sentido le será fatal. Es evidente que no sabe nada de la energía mental; pongo en su conocimiento que sus dos compañeros fueron muertos por la mera fuerza de nuestras voluntades. El organismo de usted dejó de responder a las órdenes de su cerebro en virtud de ese mismo poder. Si quisiéramos, con nuestra energía mental podríamos destruirle por completo.

Hubo una pausa durante la cual el cerebro embotado de Woodin se aferró desesperadamente a la cordura, a la entereza.

Luego volvió a oír aquella voz mental, que tanto se parecía a una voz verdadera hablándole a su cerebro.

—Somos de una galaxia cuyo nombre, traducido aproximadamente a su idioma, es Arctar. La galaxia de Arctar se halla a muchísimos millones de años-luz de ésta, quedando mucho más allá de la curvatura del cosmos tridimensional. Hace muchas épocas que dominamos esa galaxia. Pues podíamos utilizar nuestra energía mental como medio de transporte, como energía física y para producir prácticamente cualquier cosa que necesitáramos. Por eso conquistamos y colonizamos rápidamente la galaxia, viajando de un sol a otro sin necesidad de vehículo alguno. Tras dominar a toda la galaxia de Arctar, empezamos a observar los dominios exteriores. En el cosmos tridimensional existen unos mil millones de galaxias y nos pareció conveniente poblarlas todas, para que el cosmos entero quedase, a su vez, bajo nuestro dominio. Nuestro primer paso consistió en proliferar hasta alcanzar la población necesaria para la gran tarea de colonizar el cosmos. Esto no resultó difícil, naturalmente, ya que para nosotros la reproducción es una mera cuestión de fisiparidad. Cuando el número necesario fue alcanzado, nos dividimos en cuatro partidas. Luego la esfera del cosmos tridimensional fue repartida entre esas cuatro divisiones. Cada una debía poblar su parte del cosmos, y las tremendas multitudes salieron de Arctar en todas direcciones. Una de las partidas llegó a esta galaxia hace varios epos y se extendió gradualmente para poblar todos sus mundos habitables. Todo esto llevó grandes cantidades de tiempo, como es natural, pero nuestro plazo de vida excede de lejos el suyo, y consideramos que el éxito de la especie lo es todo y el individual no es nada. Una fuerza de varios millones de arctarios llegó a este sistema para iniciar su colonización y, al descubrir que de los nueve mundos más cercanos sólo este planeta era habitable, se estableció aquí. Ha sido norma que los colonizadores de todos los mundos del cosmos se mantuvieran en comunicación con el hogar originario de nuestra raza, la galaxia de Arctar. Así nuestro pueblo, que ahora posee todo el cosmos,

puede concentrar en un punto todos sus conocimientos y su poder, y desde allí emitir órdenes que representan grandes proyectos para el cosmos. Pero de este mundo dejaron de recibirse comunicaciones poco después de que llegara la fuerza de arctarios colonizadores. Cuando se reparó en ello, el problema fue aplazado pensando que en millones de años seguramente acabarían por llegar noticias de este mundo. Pero no llegó ninguna y, después de más de mil millones de años de silencio, el consejo dirigente de Arctar ordenó que fuese enviada a este mundo una expedición, para averiguar el motivo de semejante silencio por parte de sus pobladores. Nosotros diez constituimos esa expedición y salimos de uno de los mundos del astro que usted llama Sirio, situado a poca distancia de su Sol y del cual también somos colonizadores. Se nos ordenó venir con la mayor urgencia a este mundo para averiguar por qué sus pobladores no habían enviado ningún informe. De modo que, viajando por el vacío mediante la energía mental atravesamos el espacio que separa un sol de otro y llegamos a su mundo hace pocos días. ¡Imagine nuestra perplejidad cuando llegamos! ¡En lugar de un mundo poblado hasta el último kilómetro cuadrado por arctarios como nosotros, descendientes de los pobladores originales, de un mundo completamente sometido a su dominio mental, hallamos un planeta que es, en su mayor parte, una mezcla de formas de vida monstruosas! Nos quedamos donde habíamos aterrizado y durante cierto tiempo emitimos nuestra visión y registramos todo el globo mentalmente. Nuestra perplejidad aumentó, pues nunca habíamos visto formas tan grotescas y degradadas como las que aparecieron ante nosotros. y no vimos un solo arctario en todo el planeta. Esto nos ha desconcertado porque, ¿qué pudo causar la desaparición de los arctarios que poblaron este mundo? Sin duda, nuestros poderosos emisarios y sus descendientes nunca pudieron ser vencidos y destruidos por las mentalidades lastimosamente débiles que ahora habitan este globo. ¿Pero dónde están, y cómo son ellos? Por eso intentamos capturarlo a usted y a sus compañeros.

Aunque sabíamos que sus mentalidades debían ser muy inferiores, nos pareció que incluso unos seres como ustedes recordarían lo sucedido con nuestros enviados, que en otra época habitaron este mundo.

La corriente de pensamiento se detuvo un instante y luego asaltó la mente de Woodin con una pregunta muy clara:

—¿No sabe qué sucedió con nuestros enviados? ¿Tiene conocimiento de las causas de su extraña desaparición?

El azorado biólogo meneó lentamente la cabeza.

—Nunca..., nunca he oído hablar de seres como ustedes ni de semejantes mentes. Creemos saber que jamás han existido en la Tierra, y ahora conocemos prácticamente toda la historia de ella.

—¡Imposible! —exclamó el pensamiento del líder arctario—. Seguramente, si conoce toda la historia de este planeta, debe saber algo de nuestro poderoso pueblo.

La mente de otro arctario emitió un pensamiento que, aunque iba dirigido al líder, fue captado indirectamente por el cerebro de Woodin:

—¿Por qué no examinamos el pasado del planeta a través del cerebro de este ser, y vemos por nosotros mismos lo que se puede averiguar?

—¡Es una idea excelente! —exclamó el líder—. Será bastante fácil sondear su mentalidad.

—¿Qué van a hacer? —gritó Woodin agudamente, lleno de pánico.

La respuesta fue serena y tranquilizadora.

—Nada que le perjudique. Sólo vamos a sondear su pasado racial revelando los recuerdos heredados por su cerebro. Las células no utilizadas de su cerebro conservan recuerdos raciales heredados, que se remontan a sus antepasados más lejanos. Mediante nuestra energía mental haremos que esos recuerdos enterrados aparezcan transitoriamente en su conciencia, con toda nitidez. Experimentará las mismas

sensaciones y verá las mismas escenas que presenciaron sus antepasados remotos hace millones de años. y nosotros, que estamos a su alrededor, podremos leer su mente como hacemos ahora y ver lo que usted está viendo, para conocer el pasado de este planeta. No correrá ningún peligro. Físicamente seguirá aquí, pero mentalmente viajará a través de las edades. Para empezar, retrotraeremos su mente hasta el momento aproximado en que nuestros pobladores llegaron a este mundo, para averiguar lo que les sucedió.

Apenas acababa de llegar a la mente de Woodin este pensamiento, la escena iluminada por las estrellas y las masas de los arctarios se desvanecieron súbitamente y su conciencia pareció girar en un torbellino de niebla gris.

Sabía que físicamente no se había movido, pero mentalmente experimentó una sensación de tremenda velocidad. Era como si su mente cayera por abismos inimaginables al tiempo que se dilataba su cerebro.

Luego, de súbito, la niebla gris desapareció. Una escena extraña y nueva se formó poco a poco en la mente de Woodin.

Era una escena intuita, y no vista, que se presentó a su mente por medios distintos de la visión, pero no por ello menos auténtica y vívida.

Vio con aquellos sentidos extraños una tierra extraña, un mundo de mares grises y ásperos continentes de roca, sin la menor huella de vida. El cielo estaba encapotado y la lluvia caía continuamente.

Woodin se sintió caer sobre aquel mundo con un ejército de compañeros pavorosos. Cada uno era una masa amorfa, resplandeciente, unicelular, con un núcleo oscuro en el centro. Eran arctarios, y Woodin supo que él era un arctario y que había recorrido con los demás un largo camino a través del espacio hacia aquel mundo.

Se posaron en grupos sobre el planeta áspero y sin vida. Esforzaron sus mentes, y mediante la fuerza telecinésica total de la energía mental, modificaron el mundo material para adaptarlo a su favor. Levantaron grandes estructuras y ciudades, ciudades que no eran de materia sino de pensamiento. Pavorosas ciudades construidas con energía mental cristalizada.

Woodin no logró comprender ni la millonésima parte de las actividades que veía realizarse en aquellas extrañas ciudades arctarias de pensamiento. Percibió una gran masa ordenada de análisis, investigación, experimento y comunicación, pero fuera del alcance de su actual mente humana en cuanto a sus motivos y logros. De improviso, todo se disolvió de nuevo en nieblas grises.

La niebla se levantó casi en seguida, y Woodin vio otra escena. Ésta ocurría en una era posterior, Woodin vio que el tiempo había producido cambios extraños en los grupos de arctarios, a los cuales aún pertenecía.

Habían pasado de seres unicelulares a seres multicelulares. y ya no eran todos iguales, Algunos vivían fijos en un lugar, y otros eran móviles. Algunos mostraban atracción por el agua y otros por la tierra. Algunos, al correr de las generaciones, habían modificado la forma corporal de los arctarios, diversificándose en varias ramas. Esta extraña degeneración de sus cuerpos iba acompañada de una degeneración análoga de sus mentes. Woodin lo advirtió con sus sentidos. En las ciudades de pensamiento, el ordenado proceso de la búsqueda de conocimientos y poder se había vuelto confuso, caótico. Y las mismas ciudades de pensamiento empezaban a decaer, pues los arctarios ya no tenían energía mental suficiente para conservarlas.

Los arctarios quisieron averiguar qué era lo que provocaba en ellos aquella extraña degeneración corporal y mental. Supusieron que algo afectaba a los genes de sus cuerpos, pero no lograron averiguar el qué. ¡En ningún otro mundo habían degenerado así!

La escena pasó pronto a otra muy posterior. Ahora Woodin la veía, pues el antepasado a través de cuya mente miraba estaba dotado de ojos. y vio que la degeneración se había

generalizado; los cuerpos multicelulares de los arctarios estaban cada vez más afectados por las enfermedades de la complejidad y la diversificación.

La última de las ciudades de pensamiento ya había desaparecido. Los otrora poderosos arctarios estaban convertidos en organismos espantosamente complejos que degeneraban aún más. Algunos reptaban y nadaban en las aguas, y otros estaban fijos en la tierra.

Aún conservaban parte de la gran mentalidad original de sus antepasados. Aquellos seres monstruosamente degenerados, terrestres o acuáticos, que vivían en lo que la mente de Woodin conoció ser el final de la era paleozoica, aún hacían frenéticos e inútiles esfuerzos por detener el terrible avance de su degradación.

La mente de Woodin presencié otra escena posterior, del mesozoico. El aumento de la degeneración había convertido a los descendientes de los pobladores en un grupo de razas aún más horribles. Ahora eran grandes seres con patas unidas por una membrana, con escamas y garras, reptiles que vivían en la tierra y en el agua.

Pero en aquellas criaturas increíblemente modificadas aún alentaba un débil resto del poder mental de sus antepasados. En vano intentaban comunicarse con los arctarios de soles lejanos para notificarles su desgracia. Pero sus mentes ya eran demasiado débiles.

Luego apareció una escena del cenozoico, Los reptiles se habían convertido en mamíferos, y la evolución descendente de los arctarios había avanzado aún más. En aquellos descendientes degenerados sólo quedaban ínfimos residuos de la mentalidad original.

Aquella lamentable descendencia dio lugar a una especie aún más estúpida y carente de poder mental que todas las anteriores: simios terrestres que recorrían las frías llanuras en manadas charlatanas y pendencieras. Los últimos despojos de la herencia arctaria, los antiguos instintos de dignidad, limpieza y paciencia habían desaparecido de aquélla.

Luego una última imagen ocupó el cerebro de Woodin. Era el mundo actual el que conocía por sus propios ojos. Pero lo vio y comprendió como nunca: un mundo en donde la degeneración había llegado a su límite extremo.

Los simios se convirtieron en seres bípedos aún más débiles que habían perdido hasta el recuerdo de la herencia de la vieja mentalidad arctaria. Aquellas criaturas incluso carecían de muchos sentidos que los simios anteriores a ellos habían poseído.

Y estas criaturas, estos humanos, se degradaban con rapidez creciente.

Al principio mataron, como sus antepasados animales, para procurarse alimento, pero luego aprendieron a matar sin ton ni son. Y aprendieron a guerrear entre sí, divididos en grupos, tribus, naciones y hemisferios, En la locura de su degradación, se asesinaron entre sí hasta que la Tierra quedó regada de su sangre.

Eran aún más crueles que los simios que los habían precedido, con la crueldad inútil del loco. y en su locura sin freno acabaron por morir de hambre en medio de la abundancia, por matarse entre sí en sus ciudades, por soportar el flagelo de unos temores supersticiosos que ningún otro ser antes que ellos conoció. Eran los últimos y terribles descendientes, el último producto degenerado de los antiguos pobladores arctarios, que otrora fueran reyes del intelecto. Los demás animales fueron prácticamente eliminados. Ellos, los últimos monstruos horribles, pronto iban a dar fin a la terrible historia destruyéndose totalmente entre sí en su locura.

Woodin volvió en sí de súbito. Se hallaba de pie en el centro del claro, a orillas del río, bajo la luz de las estrellas. Y a su alrededor seguían inmóviles los diez arctarios amorfos... en silencioso círculo.

Embotado, mareado por la terrible y espantosa visión que su mente había recorrido con increíble claridad, miró uno a uno a los arctarios. Los pensamientos de éstos aún turbaban su cerebro, poderosos y sombríos, conmocionados de horror y de un desprecio terrible.

El horrorizado pensamiento del líder arctario llegó a la mente de Woodin.

—Así pues, eso fue lo que se hizo de los enviados arctarios que vinieron a este mundo. Degeneraron, se convirtieron en formas de vida cada vez más inferiores, y estas entidades lamentables y enfermizas que ahora se aglomeran en este mundo son sus últimos descendientes. ¡Éste es un planeta de horror letal! Un planeta que de algún modo daña los genes de nuestra raza y la hace cambiar corporal y mentalmente, motivando que a cada generación empeore más. Ante nosotros tenemos el espantoso resultado.

El temeroso pensamiento de otro arctario pregunto:

—¿Qué podemos hacer ahora?

—No podemos hacer nada —declaró el líder con solemnidad—: Esta degradación, este espantoso proceso ha avanzado demasiado para que podamos invertirlo ahora, En este mundo envenenado, nuestros hermanos inteligentes se convirtieron en entidades horribles; ahora nosotros no podemos invertir la situación y restaurarlos a partir de los seres degradados que son sus descendientes.

Woodin recobró la voz y gritó aguda, estentóreamente:

—¡No es cierto! ¡Lo que he visto ha sido una gran mentira! ¡Nosotros, los humanos, no somos el producto de una involución patológica, sino el resultado de muchas eras de evolución ascendente! ¡Lo afirmo! Pues no querríamos vivir, yo no querría vivir si lo contrario fuera cierto. ¡No puede ser cierto!

El pensamiento del líder arctario, dirigido a las demás formas amorfas, penetró en su cerebro delirante.

Estaba cargado de compasión, pero su desprecio sobrehumano también era intenso.

—Vámonos, hermanos míos —decía el arctario a sus compañeros—. No. podemos hacer nada en este mundo que corrompe el alma. Partamos antes de resultar envenenados y modificados también nosotros. Notificaremos a Arctar que éste es un mundo envenenado, un mundo de degradación, para que ninguno de nuestra raza venga aquí y descienda por el espantoso camino que aquellos recorrieron. ¡Vamos! Regresemos a nuestro sol.

La abultada forma del líder arctario se acható, adoptó la forma de un disco y luego se elevó en el aire.

Los otros también cambiaron, le siguieron en formación, y un Woodin estupefacto les vio subir y convertirse en puntos que se elevaban rápidamente bajo la luz de las estrellas.

Se adelantó unos pasos, tambaleándose agitando los puños con delirio hacia los puntos brillantes que se alejaban.

—¡Regresad, malditos! —aulló—. ¡Regresad y juradme que era mentira! ¡Ha de ser una mentira..., tiene que...!

En el cielo tachonado de estrellas ya no quedaba rastro de los arctarios. La oscuridad que rodeaba a Woodin era siniestra y absoluta.

Volvió a gritar en la noche, pero sólo le respondió un eco burlón. Con los ojos desencajados, tambaleante y con el alma hecha añicos, su mirada se fijó en la pistola que Ross tenía en la mano. La cogió con un grito ronco.

De súbito, la calma del bosque fue rota por un brusco estampido, que retumbó un instante, hasta extinguirse el último eco.

Luego todo volvió a quedar en silencio, excepto el riente murmullo del río.

* * *

En general soy un escritor optimista; mis personajes suelen ganar al final y el mundo se salva. Pero durante años noté que los relatos con un final desdichado, irónico o paradójico me chocaban con más fuerza que los de final convencionalmente feliz, y me dejaban una impresión más duradera.

Alguna vez se me ocurría que el tono pesimista era mejor, y que hacía falta a mis relatos demasiado optimistas. El recuerdo de cuentos como *Involución* me animó a intentar este tipo de finales.

Por ejemplo, mi relato *The Ugly Little Boy* (publicado en las revistas bajo el título de *The Lastborn*), concluía con una tragedia tan terrible, que muchos lectores me escribieron para contarme que habían llorado al final (lo mismo me ocurrió a mí mientras lo escribía). Pero luego, pensándolo bien, no me pareció en absoluto un final trágico. Concluía con el triunfo del amor, y no existe mayor triunfo que ése.

Llegados a este punto, no me resisto a la tentación de un cortísimo relato mío (sólo tiene unas mil palabras, así que disculpadme), que fue escrito en el espíritu de desencanto que caracteriza a *Involución*.

Este relato titulado *Caza mayor* lo escribí el 18 de noviembre de 1941, cinco años después de leer *Involución*. He mencionado *Caza mayor* en *The Early Asimov* como el último de los once cuentos de ciencia-ficción que había escrito, pero que no logré publicar. En aquel libro decía: «Me gustaría recordar de qué trataba *Caza mayor*... Pero el mero título no me recuerda nada, y el relato ya no existe».

Mas, por lo visto, existía. Como ya he mencionado antes, cedí muchos de mis papeles a la Universidad de Boston, y entre algunos viejos manuscritos que no había revisado estaba el inédito *Caza mayor*.

Después de la publicación de *The Early Asimov*, alguno de mis admiradores, mientras hurgaba (con permiso) en la biblioteca de la Universidad de Boston, halló el manuscrito, hizo unas fotocopias y me envió un ejemplar.

Conque helo aquí: el único relato mío que existe (por lo que sé... quizá valga más no asegurar nada acerca de mí mismo) sin haber sido publicado hasta ahora.

CAZA MAYOR

Isaac Asimov

—He leído en los periódicos —dije apurando mi cerveza— que la nueva máquina del tiempo de Stanford ha sido adelantada dos días en el tiempo, llevando en su interior un ratón blanco que no padeció efectos nocivos.

Jack Trent asintió y dijo, muy serio:

—Lo que deberían hacer con ese invento es retroceder algunos millones de años y averiguar que ocurrió con los dinosaurios.

Durante los últimos minutos yo había estado observando casualmente a Hornby, que ocupaba la mesa vecina. El individuo alzó los ojos y se encontró con mi mirada. Estaba solo y a su lado tenía una botella de la que había bebido la cuarta parte. Tal vez por eso no habló en ese momento.

Sonrió y se dirigió a Jack:

—Demasiado tarde, viejo. Hice eso hace diez años y lo averigüé. Los sabihondos dicen que fue debido a los cambios climáticos. No es verdad. —Levantó el vaso en silencioso brindis y lo apuró de un trago.

Jack y yo nos miramos. Sólo conocíamos a Hornby de vista, pero Jack me guiñó el ojo derecho y meneó ligeramente la cabeza. Sonreí, nos trasladamos a la mesa vecina y pedimos otras dos cervezas.

Jack miró a Hornby con solemnidad.

—¿Realmente inventó una máquina del tiempo?

—Fue hace mucho —Hornby sonrió amigablemente y volvió a llenar su vaso—. Mejor que la chapuza de esos aficionados de Stanford. La destruí. Dejé de interesarme.

—Hablemos de eso. ¿Dice que no fue el clima lo que acabó con los grandes saurios?

—¿Por qué habría de serlo? —Nos lanzó una rápida mirada de soslayo—. El clima no los afectó durante millones de años. ¿Por qué habría de borrarlos tan completamente una súbita temporada seca, mientras otras especies seguían viviendo con toda comodidad? —Intentó chasquear los dedos a modo de burla, pero le salió mal y terminó murmurando—: ¡No es lógico!

—Y entonces, ¿qué pasó? —inquirí.

Hornby vaciló, mientras jugueteaba con la botella. Luego respondió.

—Lo mismo que acabó con los bisontes: ¡seres inteligentes!

—¿Los hombres de Marte? —sugerí—. Era demasiado temprano para los habitantes de la Atlántida.

De pronto, Hornby se volvió truculento. Supongo que estaba medio tocado.

—Les digo que los vi —afirmó con violencia—. Eran reptiles, no muy grandes. Bípedos de un metro veinte de altura. ¿Por qué no? Aquellos dinosaurios tuvieron millones de años para evolucionar. Reptaban, trepaban, volaban y nadaban. Eran de todas las formas, tamaños y variedades. ¿Acaso uno de ellos no pudo desarrollar un cerebro..., y acabar con los demás?

Intervine:

—No hay inconveniente, salvo que jamás se ha descubierto el fósil de un saurio cuya caja craneana pudiera cobijar más materia gris que la de un pequeño gato.

Jack me dio un codazo, pues quería que Hornby siguiera desbarrando, pero a mí no me gustan los despropósitos.

Hornby se limitó a dirigirme una ojeada desdeñosa.

—Tampoco se encuentran muchos fósiles de animales inteligentes. Ya sabe que por lo general no suelen caerse en los pantanos. Además, ocurre que eran de cerebro pequeño. ¿Qué me dice a eso? ¿Qué tanto por ciento de su cerebro utiliza usted? Como mucho, menos de un quinto y el resto no sirve, o Dios sabrá qué ocurre. Esos reptiles tenían el cerebro de un pequeño gato, pero lo usaban todo.

Luego insistió:

—Y no me pregunten por qué no encontramos restos de sus ciudades o máquinas. Creo que no construyeron nada. Su inteligencia era de un tipo por completo diferente de la nuestra. Intentaron contarme su vida, pero no logré entender nada..., salvo que su gran diversión era la caza mayor.

—¿Cómo pudieron entenderse? —preguntó Jack—. ¿Por telepatía?

—Creo que sí. Le digo que tenían cerebro. Los miré y ellos me miraron, y entonces supe. Supe muchas cosas. No oí ni sentí nada; sencillamente supe. En realidad, no puedo explicarlo. Algún día lo intentaré —sus ojos, fijos en el vaso, tenían una expresión melancólica—. Me habría gustado quedarme más tiempo. Pude aprender muchas cosas —se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo hizo? —pregunté.

—Era arriesgado —respondió—. Me di cuenta. Para ellos, yo era un monstruo, y les inspiraba curiosidad. No por mi cuerpo, naturalmente, que no les molestaba. Se trataba de mi cerebro —sonrió torcidamente—. Ya saben, era muy grande. Se preguntaban para qué podría servirme tanto cerebro. Querían hacer mi disección para averiguarlo, conque me largué de allí.

—¿Cómo pudo irse?

—No lo habría logrado, si en aquel momento ellos no hubieran visto un triceratops. Lo dejaron todo y salieron corriendo con sus varitas de metal en las manos. Ya me entienden: eran sus armas. Ahí tiene la respuesta. Esos pequeños y sesudos reptiles mataban saurios con el entusiasmo de un cazador de leones. Preferían matar un

«tyrannosaurus» antes que comer. ¿Por qué no? Aquellas enormes fieras debieron constituir magníficas presas. Ninguno de los demás, desde el pterodáctilo hasta el ictiosaurio —no logró pronunciarlos muy bien, pero comprendimos lo que quería decir—, podía ser un trofeo tan digno de aquellas bestias enanas que los mataban por diversión o por gloria. Y fueron rápidos. Nosotros matamos cientos de millones en treinta años, ¿recuerdan?

Otra vez intentó chasquear los dedos. Luego agregó con sarcasmo:

—¡Cambios climáticos! ¡Un cuerno! Pero, ¿quién creería la verdad?

Guardó silencio y Jack le dio un codazo:

—Dígame, viejo, ¿quién acabó con esos pequeños saurios? ¿Por qué no están aquí, vivos y coleando?

Hornby levantó la mirada y observó fijamente a Jack.

—Jamás regresé para averiguarlo, pero de todos modos sé lo que ocurrió. La única diversión que había en sus vidas era la caza mayor. Le dije que lo supe cuando los miré a los ojos. Por eso, cuando se quedaron sin brontosaurios y sin diplodocos, se dedicaron a la caza más peligrosa: ¡ellos mismos! E hicieron buena faena.

Hizo una pausa y agregó, truculento:

—¿Por qué no? ¿Acaso los hombres no estamos haciendo lo mismo?

* * *

Quizá no sea importante que algunos de mis cuentos no hayan sido publicados nunca. Sospecho que no pierdo nada. Cuando releí *Caza mayor*, por ejemplo, me di cuenta de que había vuelto a utilizar el mismo argumento, ampliándolo, en *Day of the Hunters*, que apareció en «Future Fiction» de noviembre de 1950. Pero este cuento no volvió a ser reeditado, ni siquiera en *The Early Asimov*, que sigue mi carrera sólo hasta 1949. Por tanto, dudo que su existencia estropee la novedad (si es que tiene alguna) de *Caza mayor*.

A fines de 1936, mi padre vendió su tercera tienda de golosinas y, después de algunas complicaciones, compró la cuarta en Windsor Place 174, en el barrio Park Slope de Brooklyn, (Siempre lo he descrito diciendo que estaba «al otro lado de Prospect Park», pues cuando explicaba que vivía cerca del parque, mi interlocutor preguntaba: «¿En la Avenida Flatbush?» y yo siempre respondía: «No, del otro lado».)

Los tiempos mejoraban, y aquella confitería resultó ser la mejor. Esta vez mi padre se quedó hasta que le llegó la edad de jubilarse.

OCTAVA PARTE 1937

El año 1937 fue tranquilo. Acabé el segundo año en Columbia y comencé el tercero sin ninguna crisis digna de mención.

«Astounding Stories» siguió dominando cada vez más el campo de la ciencia-ficción. «Thrilling Wonder Stories» me parecía poco importante y «Amazing Stories» siguió decayendo entre dificultades hacia su fin. Pero en 1937 apareció en esa revista un cuento que me impresionó. Su título era *By Jove* y se trataba de un folletín de tres entregas, por Walter Rose, que apareció en los números de febrero, abril y junio.

Apenas recuerdo el argumento, salvo en lo relativo a los benévolos insectos gigantes de Júpiter. (Rose sólo escribió éste y otro cuento, al menos en el campo de la ciencia-ficción.) Pero mientras se publicaba aquella serie —naturalmente, demasiado larga para

incluirla aquí—, mis puntos de vista sobre Júpiter cambiaron radicalmente gracias a algo que estaba haciendo John W. Campbell, Jr.

A veces, una revista de ciencia-ficción presentaba un texto de no-ficción sobre algún tema que en opinión del director pudiera ser de interés para los lectores de ciencia-ficción. Por lo general, el contenido de estos artículos tendía a ser algo místico, y eso nunca me satisfizo, «Astounding Stories», por ejemplo, publicó el libro de Charles Fort *Lo!* en ocho entregas, la primera de las cuales apareció en abril de 1934. Me irritó profundamente, pues me pareció una colección incoherente de recortes de periódicos, que servían para extraer conclusiones ridículas,

Pero luego, a partir del número de «Astounding Stories» de junio de 1936, apareció una serie de dieciocho artículos, titulada por Campbell *A Study of the Solar System*. Era ciencia de verdad.

Por vez primera leí una explicación moderna del Sistema Solar (hasta entonces había aprendido la astronomía en los libros más o menos anticuados de la biblioteca pública). Por primera vez, la astronomía me pareció realmente fascinante, gracias a la prosa algo sobrecargada de Campbell. Y de todos los artículos de aquella larga serie, el que más me impresionó fue el noveno, *Ojos desconocidos vigilan*, que trataba de Júpiter y apareció en la «Astounding Stories» de febrero de 1937.

OJOS DESCONOCIDOS VIGILAN

John W. Campbell Jr.

Todo el espacio llameó con una incandescencia insoportable; a lo largo de tres mil millones de kilómetros, gallardetes titánicos de fuego brotaron, se trenzaron y entrelazaron, gallardetes que resplandecían en tono rojo mate y se enfriaban donde se alargaban hasta la rotura, convirtiéndose en grandes coágulos arremolinados en el calor blanquiazul de la nueva creación. Disminuyendo poco a poco, alejándose, desaparecía el Destructor, la estrella vagabunda que había azotado mundos del Sol a medida que pasaba.

Dos mundos, ambos resplandecientes con el calor blanquiazul de la tremenda tortura que sus masas ya incandescentes recibían, se habían aproximado, atraído, pasado. Dos soles, ambos de un millón y medio de kilómetros de diámetro —que no temblaban, puesto que no eran sólidos sino gas ardiente— habían avanzado a velocidades terroríficas y violentas, suscitando tensiones gravitatorias al pasar, no a millones pero sí a cientos de kilómetros entre sí, terribles tensiones capaces de rasgar la tela infinita del espacio, cada esfera de un millón y medio de kilómetros de materia increíblemente caliente acercándose, acercándose, llamas lanzadas que harían mundos, sistemas solares completos, rugiéndose entre sí como truenos cuyas simples vibraciones sonoras habrían pulverizado este planeta... y pasaron.

Pero esto es lo que paraliza mis pensamientos: ¿no puedo concebir que ese fenómeno, ese fogonazo de llamas que creó mundos, las explosiones que esparcieron planetas gigantes por cuatro mil millones y medio de kilómetros del espacio —toda esa catástrofe llameante— tuvo lugar, fue y pasó en menos de tres horas! Un acto tan trivial como leer esta revista lleva más tiempo. Pero esa catástrofe casi instantánea y descomunal engendró mundos que comenzaron a girar, a ser... y la estrella que la provocó pasó para siempre.

El encendido impulso de llamas que la hizo chirriar a lo largo de tres mil millones de kilómetros de espacio se enfrió poco a poco. Flamígeros rayos de calor fueron agavillados

por las poderosas gravedades de los planetas en formación, hasta que prácticamente toda la materia dispersa quedó reunida en nueve grupos principales.

Pero no podía quedar así. pues los terroríficos calores que están enterrados bajo capas más frías de las estrellas habían sido lanzados al espacio abierto, y ni siquiera podría irradiar antes de acumularse suficientemente (los átomos calientes sólo pueden radiar cuando chocan con otros). Nuestra Tierra se condensó; otras perdieron rápidamente el hidrógeno y demás gases ligeros. Pero más lejos del Sol, la más poderosa de todas las masas arrastró a esos átomos de hidrógeno volátil con fuerza salvaje mientras ellos pugnaban por escapar hasta dos..., ocho..., quince..., treinta millones de kilómetros del núcleo de la masa que iba a ser Júpiter.

El Sol se hallaba lejos, y el poderoso influjo con que empujaba a los gases ayudándoles a escapar de los planetas interiores se debilitaba aquí. Los gases, cuya velocidad estaba agotada por el combate de retirada que duró treinta millones de kilómetros, cedieron y fueron capturados. Setecientos cincuenta mil kilómetros, y podían escapar de Marte. ¿Pero Júpiter? ¡Ni la menor oportunidad! Ya eran agregados llameantes que escapaban a medias, aunque sólo para quedar atrapados como satélites que giraban a decenas de millones de kilómetros, definitivamente cogidos.

Júpiter los arrastró. Había metales pesados y se condensaban, bajo la presión de inconcebibles toneladas de aquella materia capturada, hasta formar una corteza líquida terriblemente comprimida. Sobre ellos se apilaban aún más toneladas de esos átomos capturados que regresaban. Más, más y más se licuaban a medida que el frío del espacio disipaba poco a poco su calor. Pasaron eras y el calor disminuyó rápidamente. La corteza se enfrió, lo mismo que se había enfriado la corteza de los demás planetas.

Y entonces Júpiter, el último en condensarse, sintió el frío de su posición lejana. El Sol no irradiaba mucho calor a esta distancia. Aquella, vasta atmósfera que primero había condensado los metales, luego los óxidos, las moléculas complejas y por último el agua, hasta que todo se mezcló en el horno que se enfriaba lentamente y alcanzó una nueva estabilidad, quedó en este estado: hasta el último átomo de oxígeno había encontrado algo que aferrar y retener. Precipitó en forma de bióxido de silicio, óxido de hierro u óxido de calcio, pero sobre todo como trillones de toneladas de agua. El flúor, el más activo de los metaloides, rivalizaba incluso con el oxígeno. Se desprendían el cloro, el bromo y el yodo; el azufre y el fósforo se combinaron con el oxígeno.

Todos se unían alegremente, excepto los gases inertes, que no deseaban hacerlo: el helio y el xenón, el radón y el argón. Y otros dos: el hidrógeno y el nitrógeno. El nitrógeno, porque normalmente no se muestra muy impaciente por unirse. No es un elemento del todo solitario, pero suele necesitar el estímulo de altas temperaturas para volverse activo. ¡En ese caso el nitrógeno se vuelve tan entusiásticamente activo que incluso desplaza al oxígeno de sus combinaciones!

El hidrógeno no se unió, simplemente porque había demasiado. Era el más abundante de todos los elementos que la catástrofe de tres horas había lanzado en largas llamas para formar planetas y se combinó con el oxígeno para formar agua en trillones de toneladas. Por millones fue satisfecho a emparejarse con el cloro. Se combinaba con cuanto podía combinarse... pero lisa y llanamente, le faltaban parejas. Por eso, en la atmósfera había hidrógeno y nitrógeno, pero ni un mezquino veinte por ciento de hidrógeno, sino que la mayor parte de dicha atmósfera estaba compuesta por hidrógeno.

Por desgracia, el hidrógeno y el nitrógeno, aunque se unen para formar amoníaco, no lo hacen de muy buena gana, como saben los químicos de la Tierra. Durante la guerra, Alemania gastó millones para inventar aparatos muy complicados y caros, a fin de casar a esos elementos renuentes a unirse. El inventor, Fritz Haber, se jugó la piel en las casi innumerables explosiones que provocaba al tratar de conseguir la combinación de estos dos elementos.

La dificultad principal del proceso estriba en la presión —presión fortísima—; intentaron usar enormes retortas fabricadas con el mejor acero de veintitrés centímetros de espesor. Pero el hidrógeno, bajo estas condiciones, tiene la desagradable costumbre de formar con el hierro un compuesto —hidruro de hierro— y este compuesto es dos veces más frágil que el vidrio y no posee ni la décima parte de su resistencia. Las retortas de quince metros de altura y noventa centímetros de diámetro estallaban, a pesar de sus paredes de veintitrés centímetros. El hidrógeno y el nitrógeno no se unen fácilmente, salvo cuando están sometidos a una gran presión...

¡Presión! La presión es una de las características sobresalientes de Júpiter. Comparados con ella, los fondos de nuestros mares se parecen más a las condiciones del vacío. Inevitablemente, hidrógeno y nitrógeno se combinaron. El amoníaco ocupa menos lugar que estos dos gases; literalmente, los elementos se apiñaron... no en forma de agua amoniacal, sino de amoníaco líquido, pues Júpiter es frío, terriblemente frío. En nuestro mundo, el agua fue la materia que creó esas grandes montañas de greda a lo largo del ecuador tórrido, donde los extensos mares azules las bañaron y se evaporaron poco a poco. En ese otro mundo de 125.775 kilómetros de diámetro, la gravedad aplastó unos mares de olas pequeñas, bajas y picadas: mares de amoníaco líquido.

Las frías nieves del norte —a 98.000 kilómetros del ecuador de ese globo titánico— eran de amoníaco sólido. Y la atmósfera era de hidrógeno y vapor de amoníaco... y metano, tetrahidruro de carbono. Aquí, en la Tierra, éste es el elemento principal del gas natural, un excelente combustible. No ocurre lo mismo con Júpiter. En Júpiter es el subproducto, el residuo incombustible. Allí la gasolina sería un líquido limpiador no peligroso, totalmente incombustible. Allí dirían que el hidrógeno no arde, pero que el oxígeno es un excelente combustible.

Pero no acaban aquí las rarezas de la química en el planeta gigantesco. ¡Júpiter posee un clima ideal para la vida! La temperatura es moderada, aproximadamente de 120 grados centígrados bajo cero o 185 grados Fahrenheit bajo cero. ¡Sí, una temperatura moderada! Es moderada para una vida basada en algo totalmente distinto, basada en el amoníaco. ¿Recuerdan que en la discusión sobre los medios posibles de vida dije que el amoníaco, aunque inestable, era un medio posible? ¿Que el hidrógeno podía funcionar como gas activo a baja temperatura y sometido a gran presión? Estas condiciones se cumplen pues el amoníaco es estable y la terrible presión activa el hidrógeno.

¡De modo que aquí la vida es posible, una vida que respira una atmósfera pura y vigorizante de hidrógeno, con suaves brisas de amoníaco! Quizá sus alimentos sean agentes oxidantes en lugar de agentes reductores. Conocemos muchos compuestos orgánicos capaces de realizar esa función, compuestos llamados peróxidos, que son violentamente explosivos a la temperatura de la Tierra, pero estables a temperaturas tan bajas como las que en Júpiter se considerarían normales.

La química de la vida sería extrañamente distinta. Si hubiese habitantes inteligentes, aunque no demasiado, tal vez los sábados por la noche tratarían de olvidar sus penas con ayuda de una botella de etilamina, C_2H_5NH , en vez de recurrir a ese antiguo brebaje terrestre, el alcohol etílico C_2H_5OH . Para ellos, el compuesto H_2O quizá fuese una sal sólida y blanca; de cualquier modo, sería parte importantísima de su dieta.

Y ¿en qué clase de mundo viven? Debe ser un mundo salvaje de animales pequeños. Ningún monstruo de treinta metros ha vivido nunca en tierras de Júpiter, pues habría quedado aplastado bajo su propio peso. Los animales han de ser pequeños para ser activos. Los elefantes no saltan, quizá los seres comparables al hombre no tendrían más de sesenta centímetros de altura, pero sus músculos serían tan poderosos, que una pelea cuerpo a cuerpo con semejante gente (imposible debido a las diferencias de atmósfera y presión) sería muy peligrosa. Sus movimientos serían inconcebiblemente rápidos, como único modo de desplazarse en un medio ambiente afligido por una gravedad dos veces y

media superior a la nuestra. Las cosas caen con mayor rapidez. El salto de un animal agresor se presentaría a nuestros ojos como una mancha en movimiento pues, de no ser así, no lograría saltar ninguna distancia antes de que esa tremenda gravedad lo hiciera caer de nuevo al suelo. El terreno sería duro, bajo y casi llano, pues ni siquiera la fuerza de las montañas podría elevarse muy alto contra esa gravedad sobrecogedora y eterna. Aunque la masa de Júpiter equivale a 300 veces la de la Tierra, en la superficie afortunadamente la gravedad no es 300 veces mayor, pues aquélla está más lejos del centro del planeta. A 150.000 kilómetros del centro de la Tierra, la gravedad es trescientas veces menor que a una distancia igual del centro de Júpiter, pero este planeta es mayor y la corteza se halla más lejos del centro.

Pero las colinas son bajas, pues la gravedad no deja de ser intensa. Los árboles son bajos y achaparrados, tal vez con troncos múltiples sosteniendo un sistema de ramas muy entrelazadas. Hay un buen motivo para ello, mejor dicho, dos buenos motivos: la gravedad —siempre la gravedad— y los vientos. No es el soplo suave de un planeta menor como la Tierra, sino ciclones aullantes, rugientes y estruendosos, que parecen recuerdos de aquel día bárbaro en que los planetas fueron creados en tres cortas horas. Vientos que ululan a más de trescientos kilómetros por hora. Ésos son los alisios incesantes y permanentes de Júpiter: suavidades que amenizan todos los días del largo, largo año. Sabemos que existen en la atmósfera superior y, seguramente buena parte de ellos azota la superficie.

Hablando de la superficie... ¡Júpiter tiene muchísima! No sabemos qué proporción de ella está inundada, pero el planeta tiene una circunferencia de aproximadamente 310.000 kilómetros, y gira a una velocidad delirante: una vez cada diez horas, a 32.500 kilómetros por hora. Si alguna vez un Magallanes jupiteriano quisiera circunnavegar ese mundo, emprendería una tarea que incluso para la luz requiere un tiempo muy apreciable. ¡Júpiter es un planeta grande de verdad, una pieza de cuidado!

Y esa atmósfera terriblemente pesada será un problema cuando se dispongan a fabricar aeroplanos. Son bastante fáciles de hacer, casi cualquier cosa con un plano de sustentación puede sostenerse en una atmósfera tan espesa como terriblemente comprimida. Pero la velocidad es otra cuestión. Se necesita algo más que aerodinámica para avanzar en medio de esa sopa ultracondensada.

En tales circunstancias, probablemente el automóvil llevaría la mejor parte. Si pudiéramos ver a un conductor jupiteriano, sin duda daríamos gracias a los dioses del universo por no poder viajar con él. Tendrían la costumbre de tomar curvas en ángulo recto a sesenta u ochenta kilómetros por hora, frenar en seco a más de cien kilómetros por hora para detenerse en unos cinco metros. La circulación produciría el efecto de una de esas películas aceleradas de un paseo delirante a través de Nueva York.

¿Por qué? Porque aquí los frenos tendrían una eficacia mucho mayor; la masa del coche y su inercia serían las mismas, mientras su peso y, por tanto, la adherencia de sus ruedas serían dos veces y media mayores. La deceleración súbita, casi con características de choque frontal, no dañaría a los jupiterianos, con la tremenda musculatura que deberían poseer. Girar en redondo a sesenta por hora no sería peligroso, pues el coche estaría pegado al camino por la terrible sujeción de Júpiter.

¿Y las velocidades máximas? Esos sesenta u ochenta serían como avanzar aproximadamente a la misma velocidad por el agua. Si los frenos detienen rápidamente un coche, también lo hace la resistencia del aire. No sé qué emplearían como gasolina —tal vez peróxido de hidrógeno puro— pero tendrían que quemarlo con una rapidez increíble para lograr velocidad.

Y ¿con qué fabricarían estos automóviles? No con hierro; recordemos lo que pasó con las retortas de acero de Haber. Bajo estas condiciones, el hierro es un metal muy frágil. No con aluminio, pues bajo las lluvias terriblemente alcalinas de ese mundo ese metal se

disolvería instantáneamente. La plata correría en torrentes líquidos de sales complejas de amoníaco y plata. Lo mismo ocurriría con el cobre. No serviría ningún metal noble porque son demasiado pesados, aunque no fueran tan escasos como en la Tierra, que probablemente lo son. En resumen, tendrían que desarrollar una metalurgia totalmente distinta y una química para nosotros insólita.

¿Qué ardería en sus hornos de gas? ¿Oxígeno? ¿Podrían inventar la radio, cuando los tubos de vacío resultarían aplastados al instante por la brutal presión atmosférica? Aunque construyeran un tubo bastante fuerte para soportar la presión, los átomos de hidrógeno se colarían, pues se difunden a través de casi todos los materiales que conocemos. Quizás emplearían el alternador de Alexanderson, que no es sino una dínamo de diseño especial para emitir; recibirían mediante detectores de cristal. Pero ni siquiera nuestras mejores radios recibirían mensajes alrededor de ese mundo... a más de trescientos mil kilómetros.

Pero ¿hay allí gente que se preocupe por estas cosas? Naturalmente, no podemos saberlo, aunque podemos asegurar esto: existe un soporte biológico que no es el agua, pero tenemos motivos para creer que sería un excelente sustituto. Tienen una atmósfera que incluye un gas activo. No falta nada para que se desarrolle la vida: un clima agradable y moderado, mucho suelo y, probablemente, un régimen de «lluvias», quizá la luz del Sol esté un poco diluida, pero allí está.

Sí, esas personas podrían subsistir en base a una extraña química donde el amoníaco líquido desempeña el papel de «agua» y el hidrógeno el de aire, pero es una química posible. Podrían freír un huevo —de una gallina jupiteriana— en la bandeja del congelador de una nevera terrestre, porque para un termómetro graduado según los cambios de estado del amoníaco, sería ésa la temperatura adecuada. El día y la noche —más cortos que los de cualquier otro planeta del sistema— realizarían una distribución más uniforme de la energía solar.

Si alguna criatura extraña de otro sistema solar se acercase para averiguar cuál de los hijos del Sol tiene vida, ¿adonde creen que se dirigiría? ¿A un planeta minúsculo como la Tierra con un vacío casi perfecto como atmósfera, o a un mundo poderoso como Júpiter? Creo que yo escogería Júpiter, si no fuera porque poseo datos especiales, podríamos decir «confidenciales». Mi economía personal se basa en el agua.

Me alegro de ello. De eso y de la atmósfera que respiro. Me pregunto si en Júpiter habrá individuos más inteligentes que nosotros, mirando a través de poderosos telescopios, interrogándose y anhelando, imaginando la existencia de vida en mundos minúsculos y más cercanos al Sol... y deseando en vano. Deseando y sabiendo que no pueden partir. Pues, lo mismo que ninguna nave hecha bajo nuestra presión y con nuestros materiales podría soportar ni un solo día la terrible y aplastante atmósfera de Júpiter, tampoco una nave jupiteriana podría salir al espacio llevando en el interior su atmósfera ultracomprimida. Cargada de un aire terriblemente pesado, intentando escapar de un planeta enormemente macizo... y el hidrógeno, que se filtraría y colaría sin cesar a través de los mismísimos átomos del metal. Me pregunto si vigilan... y anhelan...

* * *

Como es de suponer, Campbell no acertaba más que los astrónomos de 1937 en cuanto a Júpiter —no podía ser de otro modo— pero reflejaba fielmente las teorías entonces vigentes, y nunca lo olvidé. Después de esto, Júpiter no podía ser un mundo de insectos gigantescos. Era un mundo con una atmósfera abrumadora, que contenía metano y amoníaco.

Cuentos míos como *The Callistan Menace*, *Not Final* y, en especial, *Victory Unintentional* fueron escritos pensando en *Ojos desconocidos vigilan* de Campbell. Estos

artículos de Campbell me enseñaron algo más: que un texto científico puede ser tan interesante como una novela. Descubrí que, bien hechos, podían competir con la ficción en las mismas revistas de ciencia-ficción y despertar interés. En los números donde apareció aquella serie, lo primero que leía era el artículo de Campbell.

Llegaría el momento, más o menos una docena de años después, en que «Astounding» publicaría artículos míos. Aún más tarde, «The Magazine of Fantasy and Science Fiction» empezó a publicar regularmente artículos míos, cuyas entregas se prolongaron mucho más que cualquier serie de la historia de este género. (Mientras escribo este texto, estoy preparando la entrega número 181 de dicha serie.)

Y todos los artículos que escribo para las revistas de ciencia-ficción —o mejor dicho, todo lo que escribo fuera de la literatura de creación— los atribuyo a la satisfacción que me produjeron los artículos de Campbell sobre astronomía.

Indudablemente, empezaba a valorar la ciencia por si misma, y a disfrutar de la ciencia-ficción no sólo por la calidad de los relatos y el interés de la acción, sino también por la exactitud científica. Por tanto, cuando leí *Planeta negativo* de John D. Clark en la «Astounding Stories» de abril de 1937, hallé una satisfacción de orden completamente nuevo para mí.

PLANETA NEGATIVO

John D. Clark

1

Ahora que todo ha concluido y hemos evitado lo peor de las posibles consecuencias, nos preguntamos por qué tardamos tanto en comprender lo que estaba sucediendo, al fin y al cabo, pudo preverse. Sabíamos que la posición del hombre en el universo era bastante precaria y que la misma existencia de la materia no era mucho más estable. Especifiquemos: lo sabíamos, pero no lo comprendíamos. Hay aquí una diferencia, y ésta casi fue suficiente para eliminar, no sólo al hombre sino a la Tierra de la historia del Cosmos.

Las advertencias fueron bastante claras. Duraron varios años. Los biólogos observaban que la evolución de la vida animal y vegetal en el hemisferio norte se aceleraba constantemente debido, según parece, al incremento gradual y por completo inexplicable de la intensidad de los rayos cósmicos que llegaban desde la posición aparente de la estrella polar.

Estos rayos multiplicaron el número de mutaciones en el plasma germinal de toda materia viviente expuesta a ellos. Nuevas variedades de plantas, animales espantosos, extraños monstruos nacidos de hombres y mujeres normales llegaban al mundo en proporción cada vez mayor. Esto también tenía sus ventajas, como es natural. La mayoría de las nuevas variedades vegetales y animales eran bastante útiles, y entre los seres humanos nacieron genios además de monstruos. Pero, hablando en general, a los habitantes del planeta esta situación no les agradó. Y a los científicos menos aún. No podían explicarla... y cuando un científico no puede explicar algo, es fácil que ello le moleste. Le hace parecer un estúpido.

El 15 de enero de 2156, el astrofísico doctor James Carter tuvo, literalmente, el primer chispazo de luz. En ese momento estaba trabajando con el nuevo reflector de quinientas pulgadas del observatorio del Monte McKinley y notó un oscurecimiento de la placa fotográfica del espectrómetro enfocado hacia la estrella polar, en el cielo septentrional.

Repitió la observación y obtuvo el mismo resultado: un oscurecimiento uniforme en toda la banda del espectro.

—¡Es como si se hubiera velado la maldita placa! —le dijo a su asistente—. No conozco ninguna fuente de luz que dé un espectro continuo desde los infrarrojos hasta los rayos cósmicos, siendo estos últimos los más poderosos. ¡Parece que no tenga ninguna raya..., como si allí hubiera un cuerpo calentado a varios billones de grados centígrados!

El asistente, el doctor Michael Poggenpohl —más conocido como Doc Mike—, arrugó su diminuta nariz y se rascó la rojiza melena.

—¡Eso es absurdo! —comentó—. Un cuerpo tan caliente en la superficie ya habría desaparecido. A propósito, Jimmy, ¿dónde lo ha localizado?

Jimmy dio la vuelta a su metro ochenta y siete de estatura de jirafa, abandonando su acostumbrada postura de meditación (solía tumbarse cuan largo era en un sofá), encendió un cigarrillo y gruñó. No fue un sonido agradable, pero tampoco lo era su humor, ni la expresión de su rostro algo fatigado.

—Necesito ahora mismo información sobre dónde está esta supuesta fuente de luz. ¿Querrás llamar a los observatorios de Marte y Venus para que lleven a cabo observaciones simultáneas del cielo septentrional? No, no quiero un espectro. Tengo un espectro y eso es lo que me ha desconcertado. Sólo pido una sencilla observación fotográfica. Sea lo que fuere, todo lo que este objeto emite parece impresionar la placa. Y quiero saber *dónde* está. El problema de qué es puede esperar. ¡Muévete, pequeño, y haz como si merecieras el dinero que te paga la facultad de ciencias!

Mike levantó la nariz con impertinencia y se dispuso a obedecer.

—¿Qué me dices de la pasta que desperdician tontamente contigo? —preguntó con amabilidad.

—No se desperdicia, viejo. A los genios hay que mantenerlos. ¡Y yo soy el genio!

—Eso me preguntaba. Creí que era el tío de alguien. De acuerdo, voy a enviar en seguida los mensajes. El operador del haz óptico podrá establecer contacto directo con Marte, pero Venus se halla ahora al otro lado del Sol y habrá que utilizar una estación repetidora.

—¡No me molestes con nimiedades! ¡Vete y déjame pensar en paz!

—Querrás decir holgazanear —comentó Mike antes de salir.

Pero Jimmy no holgazaneó cuando hubo salido el otro. Tomó una docena de libros de consulta, una regla de cálculo, un bloc de papel y olvidó en seguida cuanto le rodeaba. En tal estado permaneció varias horas y apenas había vuelto al mundo cuando regresó Mike con las placas televisadas desde los otros observatorios. Todas mostraban lo mismo: un intenso punto de luz sobre el fondo de las constelaciones septentrionales.

Evidentemente, hasta entonces había pasado desapercibido, pues era casi invisible incluso a través del telescopio más grande y sólo aparecía en la placa fotográfica, sensible a las radiaciones invisibles ultravioleta, gamma y cósmica, que integraban la mayor parte de su energía. Las placas fueron enviadas por tubo neumático a la sala de cálculos, con el ruego de que, si era posible, determinaran la distancia del cuerpo desconocido a partir de las observaciones de los tres planetas. Los dos científicos se sentaron a discutir la cuestión.

—Dime, Mike, ¿qué sabes acerca de la materia? ¿De qué está hecha?

—¿Qué es la materia? Creí que tú eras el genio. Además, ¿por qué haces una pregunta infantil a esta hora del día?

—Continúa, continúa. Yo hago las preguntas. ¿De qué está hecha la materia?

—Pues si insistes, creo que está compuesta de diversas partículas eléctricas. El átomo está formado por un núcleo pesado y positivo, con varios electrones, ligeros y de carga negativa, que flotan a su alrededor. Para ser exacto, el núcleo se compone de «z» protones y «n» neutrones, pongamos por caso. Pesan casi lo mismo, pero los protones

tienen cargas positivas unidad, mientras que los neutrones son neutros. Todo el núcleo tiene una carga positiva, por tanto, de más «z». El hidrógeno común no posee neutrones, sino un único y solitario protón en el núcleo. Naturalmente, están los «z» electrones negativos que flotan alrededor del núcleo para neutralizar toda la cuestión. ¡Pero eres tú quien debería saberlo! ¡Tú creaste el procedimiento para dividir el núcleo a escala comercial a fin de generar energía!

—Sí, sí; lo sé. Pero ¿de qué está hecho un protón?

—¿Eso? ¡Bah! Parece ser un neutrón íntimamente asociado con un positrón o electrón *positivo* que no parece pesar mucho.

—Bien, examinando, ¿cuáles son las unidades fundamentales de la materia?

—¿Pero qué es esto? ¿Otro maldito examen para el doctorado? Las partículas *fundamentales* serían el neutrón, con la mayor parte de la masa y sin carga, y el positrón y el electrón, con cargas positiva y negativa respectivamente, y masa despreciable. ¿Qué más?

—Muy bien. Rollo. Ahora dime, ¿qué es la luz?

—¡Al diablo con la luz! Se me ocurren cosas mejores para discutir —conectó el comunicador, y el rostro redondo del intendente le miró desde la placa visora—: ¡Envíe dos..., no..., cuatro litros de cerveza! ¡Que esté bien fría!

Carter sonrió como un vampiro y se arrellanó aún más.

—Que sean seis litros. Pero hablo en serio. ¿Qué sucede cuando un positrón se encuentra con un electrón?

—De acuerdo —dijo Doc Mike, cansado—. La colisión de ambos genera un fotón de luz. Puede salir prácticamente con cualquier frecuencia... por lo general muy alta, radiación cósmica o gamma. ¡Espero que traigan pronto la cerveza! ¿A qué viene todo esto?

—Espera y lo verás... y prepárate para un viaje. Antes necesito la información sobre esas placas y varias observaciones tomadas con algunos días de diferencia. ¡Aquí llega la cerveza!

2

Dos semanas después, dos espantados científicos se miraban por encima de los resultados finales recibidos de la sala de cálculos. La radiofuente desconocida, que seguía emitiendo débil pero continuamente de modo particular, se hallaba a unos quince mil millones de kilómetros de la Tierra y se acercaba. A menos que los dioses de las matemáticas les hubieran abandonado por completo, al cabo de dos años chocaría con la Tierra o se acercaría tanto a ella que ésta quedaría tan destruida como si hubiera recibido un impacto directo.

El astro no era grande —no mayor que la Luna— pero su forma de radiación era singular. La de alta frecuencia es emitida por un cuerpo muy caliente. Y un cuerpo tan pequeño *no podía* estar tan caliente; debió enfriarse hacía mucho tiempo. Y si *estaba* tan caliente, la intensidad de la radiación recibida por la Tierra habría sido mucho mayor; de hecho, mayor que la recibida desde el Sol, pese al reducido tamaño del desconocido y a su gran distancia respecto de la Tierra, era sencillamente absurdo. Y tampoco lo entendían los otros astrónomos del sistema solar. No se hicieron declaraciones a la prensa, ni era fácil que ocurriera. Se impuso una rigurosa censura. El peligro era bastante grave y el pánico no serviría sino para empeorar la situación. Carter habló:

—Saldremos a echar una ojeada, Mike. En todo caso, yo lo haré. ¿Te gustaría acompañarme?

—¡Bah! Necesitas que alguien se ocupe de ti. ¿Cuándo salimos?

—Dentro de media hora. Mi nave está preparada. Además, la he equipado con muchos dispositivos nuevos. Es una buena ocasión para probarlos. ¡En marcha!

Exactamente media hora después, el cohete despegó del puerto espacial cubierto de nieve, cercano al observatorio. Era una versión experimental mejorada de los que se utilizaban en esa época, todos los cuales se basaban en el principio descubierto y desarrollado por Carter, quien hizo del viaje espacial algo más que un juego delirante. El convertidor se alimentaba con gas hidrógeno, donde terribles campos estáticos y magnéticos lo convertían en helio. El proceso generaba una energía inmensa a partir de la pérdida de masa, dando una velocidad terrible al gas de helio llameante que salía por las toberas situadas a popa de la nave. Podía mantenerse una aceleración de diez veces la de la gravedad, aunque cinco gravedades era el límite acostumbrado para cualquier desplazamiento, o menos si los pasajeros tendían a desmayarse. Cinco gravedades ya era bastante incómodo, aunque unos hombres bien entrenados podían soportarlas si no intentaban moverse de sus sillones giratorios acolchados.

El viaje transcurrió sin novedades. Al cabo de una semana, el cohete orbitaba a prudente distancia del cuerpo desconocido. Su tamaño era más o menos como el de la Luna, aunque apenas se podía distinguir su superficie, que parecía sufrir un bombardeo continuo con explosivos de altísima potencia. Tales explosiones eran sin duda el origen de las radiaciones que habían desconcertado a los observadores. Carter y Poggenpohl se acomodaron tras las pantallas de vidrio de plomo y observaron.

—Parece una pantalla fluorescente bombardeada por electrones, Jimmy, aunque a mayor escala. El bombardeo es más intenso por el lado delantero.

—En efecto. Es como si se abriese camino a través del espacio a medida que se acerca a la Tierra. Ponte al cañón, por favor, y haz un buen disparo cuando volvamos a pasar sobre el hemisferio posterior.

—De acuerdo, aunque no entiendo qué pretendes. ¿Esperas que suene una campana, como en el tiro al blanco? Te avisaré cuando dispare, y apuntaré directamente al centro cuando nos hallemos detrás.

Transcurrió un minuto y luego se oyó:

—¡Preparado... fuego! ¡Observa!

No era necesario observar. Veinte minutos después, cuando el obús de noventa kilos golpeó la superficie del planeta vagabundo, hubo un fogonazo terrible que dejó chiquitos a los observados antes.

Carter parecía contento o al menos satisfecho, y se volvió hacia su acompañante:

—Muy bien, Mike. Apagaré los cohetes y dejaré que la nave siga en órbita alrededor de este objeto singular. Mide la distancia a la superficie y el período, que yo me ocuparé de medir el diámetro. Teniendo en cuenta lo que ha pasado con ese proyectil de acero que disparaste, creo que por ahora no aterrizaremos. Podría ser malsano.

Transcurrieron varias horas, durante las cuales sólo se oyó el ruido de la calculadora y la exclamación de Mike cuando leyó el resultado final:

—¡Santo Dios, Jimmy! ¡Este pedrusco incomprensible no es mayor que la Luna y pesa tanto como Júpiter! ¿Estamos locos o está loco él?

Jimmy rió mientras ponía en marcha los cohetes para regresar a la Tierra.

—¡Lo último, Mike! Él está *loco*... por completo. Nosotros no deliramos más que de costumbre. Ponte cómodo y te lo explicaré.

—¡Ya era hora! ¿Qué era eso que tenías tan callado?

—¿Recuerdas que cuando vimos por primera vez este objeto te hice una serie de preguntas sobre la materia? Tuve una corazonada y acabo de confirmarla. Describiste el tipo de materia que nosotros conocemos. Presta atención. Dijiste que, en último análisis, el núcleo del átomo está compuesto de neutrones y positrones, y la capa exterior de electrones. Bien, pues hay otro tipo posible de materia. ¿No podría un *electrón* combinarse íntimamente con un neutrón y formar un protón *negativo*. Esta posibilidad ya se entrevió en 1934, y si mal no recuerdo el viejo incluso puso nombre a su partícula

hipotética... creo que la llamó «antrón». Ahora toma varios antrones y neutrones, haz un núcleo con ellos y luego libera positrones suficientes para que la capa exterior neutralice los antrones. Así tienes un átomo con un número atómico *negativo* puesto que, naturalmente, el número atómico es el número de cargas positivas del núcleo. Y ahora crea todo un universo con estos elementos negativos. Si te conviertes en uno de ellos y vives allí, no podrás encontrar diferencias entre él y un universo normal. Las leyes físicas serán las mismas... ¡pero espera a que una parte de tu nuevo universo choque con parte de un universo corriente! ¡La que se armará! Imagínalo. ¿Qué crees que ocurrirá?

—¡Hum!... veamos. En principio, los electrones externos de nuestra materia neutralizarán los positrones externos de la materia opuesta, liberando una cantidad endemoniada de luz u otra radiación, ya sea ultravioleta, gamma, cósmica o algo por el estilo. Luego chocarán los núcleos. No ocurrirá nada con ambos grupos de neutrones. Pero los positrones de los protones neutralizarán los electrones de los antrones; se producirá otro estallido de radiación y sobrarán un montón de neutrones. De modo que el saldo será una emisión de neutrones acompañada de gran cantidad de radiación. ¿Qué opinas? Esa cosa que está allá —señaló hacia el planeta anómalo que dejaban detrás— ¿habrá salido de un universo opuesto?

—Creo que sí. Presenta todos los síntomas. Hace mucho, mucho, sólo el cielo sabe cuánto, escapó de alguna nebulosa del espacio exterior, una nebulosa que se formó a la inversa y se dirigió hacia aquí. Y aquí está. La superficie recalentada es consecuencia de su contacto con el polvo cósmico, esas pequeñas partículas de materia que llenan todo el espacio. Cuando capta alguna se produce una explosión; todas las partículas cargadas son neutralizadas y se emite luz. Ha sumado algunos neutrones a su colección. Probablemente caen hasta el centro de gravedad del objeto. Por eso es tan infernalmente pesado.

—Entonces, maestro —Mike tenía una idea—, sin duda era un planeta bastante normal cuando comenzó sus viajes. ¡Salvo que se formó a la inversa! Apuesto a que sería aproximadamente como la mitad de la masa de Júpiter entonces, y supongo aproximadamente la mitad del volumen. Pero cada vez que se topaba con partículas de materia normal se encogía y se hacía más pesado. La masa de los positrones y los electrones perdidos sería poco considerable, para preocuparse y, en término medio, recogería un neutrón por cada uno de los suyos liberado de un núcleo. Conque ahora está prácticamente agotado: queda una terrible aglomeración de neutrones y muy poca materia opuesta. Los neutrones ocupan la mayor parte de la masa y la materia opuesta ocupa casi todo el espacio. Los neutrones no poseen un volumen considerable.

—En efecto; por lo que ahora tiene aproximadamente el doble de la masa inicial y una fracción ínfima de su volumen original. Cuando el resto de la materia opuesta quede neutralizado, será más pesado y tan pequeño que resultará totalmente invisible. Quizás había algunos centímetros cúbicos de neutrones o una pequeñez absurda por el estilo, para toda esa masa. ¡Será mejor que nos demos prisa! No sería muy divertido que la neutralización se hiciese a costa de la materia de la Tierra! ¡Sujétate bien... allá va la aceleración!

3

Diez días después. Carter y Poggenpohl presentaron su informe al departamento de ciencias de los Estados Unidos de América, y dos días más tarde asistieron a una reunión de emergencia con los asesores científicos de todos los gobiernos del mundo. Carter tenía la palabra.

—Ustedes ya ven la situación, señores. Todos comprenden las bases teóricas del fenómeno y saben que los observatorios del mundo y de los otros dos planetas habitados

han verificado nuestras observaciones telescópicas. Por otra parte, no olvidemos el fenómeno registrado cuando el proyectil de quince centímetros chocó con este... este...

—Llámallo «Gus» —murmuró Mike irrespetuosamente.

Jimmy le fulminó con la mirada y prosiguió:

—Planeta negativo. No se me ocurre otra teoría distinta que explique el comportamiento de este cuerpo anómalo. La mayoría parece inclinada a aceptar la que el doctor Poggenpohl y yo hemos expuesto —miró en torno y sólo vio una sucesión de movimientos de renuente afirmación—. Entonces la pregunta es, ¿qué hacer? El problema sería grave aunque se tratase de materia normal. Pero en ese caso resultaría posible fijar al intruso una batería de grandes cohetes, desviando lo suficiente su rumbo para hacerlo pasar a una distancia prudencial de la Tierra. ¿Pero que hacer con una cosa que no se puede tocar sin ser aniquilados? Y, si no la tocamos, también lo seremos, Al menos la Tierra y los que no puedan huir a otros planetas, es decir el noventa y nueve por ciento de la población. Ya saben que nuestras flotas de cohetes reunidas no serían suficientes para evacuar al uno por ciento de la población de la Tierra en el tiempo de que disponemos. Y aunque pudiéramos hacerlo, los demás planetas apenas son habitables por el hombre y no podrían albergarnos a todos.

—Ante todo hay que mantener en secreto la situación, al menos por el momento —afirmó el delegado ruso—. Si no lo hacemos, las multitudes asaltarán los pocos cohetes de que disponemos, y la mitad de la población mundial morirá en pocos días de pánico. Y los cohetes serían destruidos. No nos servirían de nada.

—Eso es indiscutible —dijo el delegado de los Estados Federados de Europa—. ¿Puedo considerar aprobado por unanimidad este punto?

Hubo otro coro de asentimientos, esta vez más entusiasta.

—¿Alguien tiene idea de cómo desviar a este... planeta negativo de su trayectoria?

Hubo un largo silencio, y luego Mike se puso en pie, con la cabellera pelirroja erizada por lo que parecía una idea.

—Señores, hay un modo de sacar a nuestro pariente descarriado de su rumbo: golpearlo con algo pesado que se mueva con rapidez suficiente.

—¿Y qué sucederá con esa cosa, sea lo que fuere? ¿No será aniquilada?

—No sin ejercer su efecto. Todos los electrones y positrones desaparecerán; dejará de ser materia normal, pero quedarán los neutrones, animados del impulso inicial.

—De acuerdo, *Herr* Poggenpohl, pero, ¿qué proyectil puede ser bastante grande para ejercer algún efecto? ¡Si todas las naves espaciales del sistema solar le disparasen con sus cañones más pesados durante un año, no lograrían modificar en absoluto su rumbo! ¡Al fin y al cabo, tiene tanta masa como Júpiter!

—Tenemos a nuestro alcance un proyectil que sería lo bastante grande como para desviarlo apreciablemente: ¡La Luna! Podemos prescindir de ella. Sólo sirve para provocar mareas. ¡Colocar tubos de cohetes en la Luna, desviarla de su órbita y golpear al intruso para que cambie de rumbo y caiga hacia el Sol! Puede resultar, si lo golpeamos mientras se halle todavía lejos de nuestro sistema.

El consejo se quedó boquiabierto ante esta propuesta, y hubo un tumulto de gritos excitados que se apagaron poco a poco a medida que la tremenda magnitud del plan penetró en la imaginación de los científicos reunidos. Nadie pensó en someter la propuesta a votación formal. Al cabo de veinte minutos, la reunión se había convertido automáticamente en un grupo de trabajo que discutía con acaloramiento sobre medios y recursos, y donde las calculadoras, los libros de consulta, la mecánica estelar, la teoría de los cuanta y las palabrotas en varios idiomas representaban un papel señalado.

Carter golpeó la mesa dando voces para reclamar la atención de los que discutían.

—Señores —dijo—, propongo que sometamos nuestro plan a los distintos gobiernos a fin de obtener su cooperación en la ejecución de nuestro proyecto. También quiero

señalar que en adelante la publicidad no puede perjudicarnos, puesto que tenemos una solución practicable. Además, aunque no publiquemos ningún comunicado, los astrónomos aficionados revelarán el secreto muy pronto. Por último, deseo proponer que solicitemos al presidente de los Estados Unidos una aparición televisada para explicar la situación al pueblo, solicitando su colaboración y asegurándole que la situación está, por así decirlo, en buenas manos.

Los científicos reunidos le miraron con asombro, asintieron distraídamente y reanudaron su discusión con más violencia que antes. Carter sonrió a Mike, encendió un cigarrillo y salió de la sala en busca de un comunicador situado en lugar discreto, para que su mensaje llegara al presidente lejos de tanto alboroto.

El presidente comunicó el peligro al mundo en una de sus famosas pláticas de familia, que concluyó rogando a todos que cumplieran tranquilamente con sus obligaciones normales, salvo si fueran llamados a colaborar de algún modo con los científicos ocupados en lo que parecía un proyecto sensato para salvar el planeta. Los jefes de los demás gobiernos del planeta pronunciaron discursos parecidos.

Como era de esperar, la mayor parte de la población mundial no prestó atención a los discursos, al ser totalmente incapaz de comprender la situación. La Tierra nunca había sido destruida y, en consecuencia, no podía serlo y los científicos estaban tan locos como siempre. Esa actitud fue adoptada por la mayor parte de los habitantes del globo: las amplias masas medias.

Pero también hubo otras actitudes. De un lado, estaban los seres dotados de suficiente seso para comprender el peligro y las medidas que se adoptaban contra él. Eran los científicos, los ingenieros y los técnicos del mundo y los sectores instruidos de las demás clases de la población.

De otro lado, estaban los desequilibrados, los fanáticos y los ignorantes, que debían ser instrumentos de los dos primeros grupos. Hubo desórdenes sin motivo, sólo porque estaban asustados; intentaron resarcirse en dos años por el aburrimiento de sus vidas, sin comprender que éste se debía, en gran parte a la cortedad de sus intelectos. Algunos, más pasivos que los demás, se limitaron a emborracharse. Una minoría se dedicó a dificultar activamente la tarea necesaria.

Uno de ellos, llamado Obidiah Miller, que según se rumoreaba había sido jinete de «rodeos» en las Montañas de Tennessee, fue el más virulento. Era un ignorante, pero tenía una astucia innata que, combinada con sus sorprendentes facultades oratorias y su fanatismo religioso, ejerció una influencia tremenda sobre los sectores más ignorantes y crédulos de la población.

Los fanáticos siempre son escuchados por los tontos, de los cuales existe provisión inagotable. Cuando se reveló el peligro, los elementos inteligentes de la plebe llegaron a la conclusión de que era razonable colaborar con los científicos que trataban de evitarlo. Los fanáticos proclamaron, y los tontos creyeron, que la inminente calamidad era el juicio de Dios sobre un mundo impío. Protestaron sobre todo afirmando que la Luna no debía moverse. En primer lugar, porque no podía ser movida; en segundo, porque el Señor no deseaba que eso ocurriera y, tercero, porque si al parecer Dios había dispuesto que el planeta negativo destruyese la Tierra a causa de su impiedad, sería una blasfemia intentar siquiera evitar el choque.

—¡Cómo, hermanos! ¿Acaso pretendéis diferir el Día del Juicio Final anunciado en las Sagradas Escrituras? ¿Intentáis —su acento de palurdo del sur fluía sobre la multitud de rostros ovejunos— evitar el día en que los justos serán exaltados a la diestra de Dios y los réprobos arrojados al infierno? ¿Permitiréis que los impíos, entrometidos en misterios que es mejor dejar de lado, intenten detener la todopoderosa mano de Dios? ¡Destruid los puertos espaciales! ¡Romped los cohetes! ¡Acabad con los idólatras!

Un rumor recorrió la multitud mientras Mike y Jimmy se alejaban.

—Parece que los «idólatras» somos nosotros —comentó Mike mientras se acercaban con precaución a un edificio—. Yo aconsejaría, con el debido respeto a las convicciones religiosas de este señor, que se tomaran algunas medidas. Con un hacha, por ejemplo, antes de que empiece a paralizar las obras.

—Parece razonable. Personalmente no deseo ser un mártir de la ciencia, a menos que fuese absolutamente necesario. Llamemos al jefe de la policía federal y hagamos que detenga a nuestro amigo y disperse su congregación. Y no estarían de más algunos guardias con ametralladoras en los puertos espaciales, ¡No nos sobra tiempo para que nos molesten los tontos!

En días siguientes hubo una racha de redadas contra las reuniones de protesta seudoreligiosa, y se echó mano a los fanáticos más exaltados, incluido Obidiah Miller, que fue amablemente recluido en un manicomio. Los puertos espaciales fueron dotados de guardias, así como los científicos más importantes que trabajaban en la gigantesca empresa. Hubo algunos intentos de sabotaje o asesinato, pero todos fracasaron.

El trabajo apremiaba. El observatorio astronómico de la Luna fue desmontado y trasladado a la Tierra, lo mismo que la mayoría de los valiosos accesorios del puerto espacial selenita. Desde el desarrollo de la energía atómica, dicho puerto no era tan necesario como lo fue en los viejos días de los cohetes a combustión. Luego las grandes perforadoras atómicas, conducidas por hombres que vestían trajes protectores, dieron comienzo a la excavación de los profundos pozos que servirían de tubos para los cohetes. Abrieron unos cincuenta, paralelos en su mayoría, y algunos en ángulos divergentes para servir de mecanismo direccional del inmenso vehículo espacial en que estaban convirtiendo la Luna. En el fondo de los pozos instalaron las cámaras de reacción revestidas con material refractario, así como el sistema automático de alimentación, por el cual millones de toneladas del mismo satélite serían llevadas hasta las cámaras de reacción. Allí los elementos más ligeros, como el oxígeno, el silicio, el aluminio, etc., serían convertidos en vapor de hierro, que saldría por las toberas a impulsos de la energía atómica liberada en el proceso. El hierro propiamente dicho, aunque abundante en la Luna, no servía como combustible pues, en cuanto a las transmutaciones *atómicas* es el más estable de todos los elementos. Todo el sistema de alimentación funcionaba automáticamente, aunque los mandos eran dobles.

El dispositivo de mando, formado por cincuenta válvulas —una por cada cohete— funcionaba a distancia por radio, desde una nave espacial que escoltaría al inmenso proyectil hasta dar en el blanco. Naturalmente, todos los tubos del cohete se disponían en un hemisferio de la Luna, pues no debía frenar una vez puesta en marcha.

La tarea de construcción exigió miles de hombres, desde trabajadores manuales hasta astrofísicos. Todos trabajaban a ritmo forzado, sin descansar por espacio de meses. Los accidentes abundaban: la excavadora atómica no figura entre las máquinas más seguras del universo, y trabajar con traje espacial siempre resulta peligroso.

Por ello, la empresa cobró un importante tributo en vidas, aunque había constante afluencia de nueva mano de obra. La tarea continuó a pesar de los accidentes. Así debía ser. Cuando un hombre moría, el cadáver era dejado a un lado si quedaba algo de él, y otro hombre ocupaba su lugar. La crónica de aquella obra sería verdaderamente épica, pero aquí no tenemos espacio para contarla.

En teoría, el plan era sencillo. La Luna sería apartada de la Tierra gradualmente —para evitar que se produjeran enormes mareas y terremotos devastadores— y trasladada al norte «por encima» del sistema solar, fuera del plano de la eclíptica. Sería impulsada hacia el planeta negativo bajo un ángulo y a una velocidad tal, que este último se desviaría de la Tierra. La masa residual de neutrones caería hacia el Sol, donde no haría daño. Se calculaba que la materia normal de la Luna vendría a neutralizar aproximadamente toda la materia negativa del planeta negativo; por ello, el residuo que

iba a caer en el Sol consistiría en un pequeño planetoide de materia normal, rodeando un núcleo de neutrones terriblemente denso.

4

Corría el 6 de julio de 2157. Carter y Poggenpohl revisaban los cálculos de la trayectoria que se imprimiría a la Luna en su último viaje. Al terminar con el último decimal se relajaron.

—¡Y esto, muchacho, es lo que debe hacerse! —Jimmy arrojó el lápiz contra la calculadora y se dispuso a beberse un litro de cerveza—. Basta apretar el botón, y salvarás al mundo. Sin embargo, faltan algunos cálculos sobre el despegue inicial. De lo contrario, si somos un poco bruscos, las mareas harán que Nueva York quede cubierta por quince metros de agua y puede que el alcalde se enfade con nosotros. ¿Cuánto retraso llevan esos primates de ingenieros que construyen los cohetes de quien pronto será nuestra ex compañera de los momentos más románticos?

—Ninguno. Anoche estuvo aquí Bill Douglas y dijo que los tendría a punto dentro de dos semanas. Y todavía nos quedan tres. Se ha adelantado una semana al plan. Luego quedan algunas instalaciones más. Y no falta ningún cálculo sobre las consecuencias de las mareas. Los hice hace un mes. No será tan arduo como parece: una aceleración gradual de la velocidad lunar bastará para el alejamiento de la órbita. He proyectado los cohetes de modo que no inunden la Tierra de vapores férricos. No apuntarán hacia aquí hasta que se hallen muy lejos. Rígete por mi gráfica de encendido y tendrás éxito. Como ya calculé cómo serían las mareas, no necesitas preocuparte por ello. ¡Lo hice con esta pequeña calculadora!

—¡Y eso... pensé que yo era el único genio aquí! ¡Tendré que recomendar al alto mando que te aumente el salario quince, o quizá veinte centavos por semana!

—¡Tampoco debes preocuparte por eso! —Mike sonrió, socarrón—. Ya me he ocupado yo. El otro día cogí al jefe de buen humor y le saqué quinientos dólares de aumento. De hecho, ya están gastados. Estás invitado a beberte parte de ellos esta noche.

—Aceptado sin discusión. ¿Pero qué me dices de las mareas? ¿Serán muy graves?

—No tanto. Se excederá unos tres metros del nivel medio de la marea alta en toda la costa. Están prácticamente acabados los diques de cemento alrededor de las ciudades y vías de comunicaciones importantes que bordean la costa, y se procede a la evacuación de las demás franjas costeras. Pero tú no te has enterado. Has estado muy ocupado con esa complicada integración gráfica para saber si estabas vivo o...

El zumbido del comunicador interrumpió a Mike. Conectó y apareció en la pantalla el agitado rostro del jefe de la policía federal.

—¡Doctor Poggenpohl! ¡Obidiah Miller, el loco, escapó del manicomio anoche! No hemos conseguido localizarle. Creo que le cogeremos antes de cuarenta y ocho horas, pero cuídese mientras tanto y avise al doctor Carter. Enviaré más guardias. No conviene arriesgarse ahora.

—Gracias, jefe. Avisaré al doctor Carter. Nuestro amiguito ya no puede hacer mucho daño. La tarea casi ha terminado. Pero le agradezco la advertencia —e iba a cortar la comunicación—. ¡Ah, diablos! ¡No podemos hacer nada! Espero que no se acerque por aquí. No me gustan los locos. Me alteran. A propósito, hay otro individuo que nos está poniendo verdes. Es el encargado del departamento de energía. Como vamos a quitarle la Luna ya no podrá explotar la energía de las mareas. Tendrá que abandonar todas las centrales generadoras y construir otras de energía atómica. No nos aprecia. Quería amortizar esas viejas centrales para que su departamento hiciera un buen papel. Eran de mantenimiento barato, la energía le salía gratis y no necesitaba personal para producirla.

Por eso, como ya he dicho, no nos aprecia. De hecho, creo que le gustaría freírnos en aceite o algo así de lento y divertido.

—¡Bah! Invítalo a nuestra fiesta. Si logramos que beba lo suficiente, quizá deje de molestar.

5

Corría el 1 de agosto de 2157. La última brigada de obreros fue retirada de la Luna; la maquinaria transportable fue devuelta a la Tierra y todo quedó preparado para el despegue. La nave espacial de control esperaba a Carter y Poggenpohl, que acompañarían a la Luna en su último viaje. Veinte horas después, exactamente a las 1627 hora media de Greenwich del 2 de agosto de 2157, sería disparado el primer cohete.

Mike se acercó a la nave, donde se proponía revisar las cabinas. Entonces se oyó el frenético aullido de la alarma, y un pálido ayudante se acercó corriendo.

—¡Doctor Poggenpohl! ¡Deténgase! ¡Han surgido dificultades en la Luna! Acabamos de recibir la noticia. Un... —se interrumpió al ver a Jimmy, que venía como un bolido.

—¡Será infernal, Mike! Ese maldito loco de Miller lo ha estropeado todo. Cuando escapó se alistó en una de las últimas brigadas destinadas a la Luna, y cuando éstas regresaron a la Tierra, él se quedó allí escondido. ¡Ha destruido los aparatos de mando a distancia!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se ha jactado de ello. Hace tres minutos me llamó por el comunicador y me contó lo que había hecho. Quería que lo supiera todo el mundo. Es un mártir, en efecto. Totalmente dispuesto a morir con la Tierra, si logra impedir que todos los demás vivan. No tenemos tiempo para reparar los mandos; hay que empezar dentro de veinte horas, venga el infierno o la marea alta. Y *ambos llegarán* si no lo hacemos. ¡Como pille a ese mesías! ¡Le asaré el hígado a fuego lento!

—Jimmy, ¿cómo te las arreglarás con los mandos? ¡Ese maldito planeta negativo nos hará polvo si no se nos ocurre algo en seguida!

—Iré a la Luna y dirigiré la operación a mano. Ordena que preparen el cohete experimental.

—¡Estás diciendo tonterías! ¡Vas a morir! Y además, ¿cómo lo harías?

—¡Ah! En la Luna y lejos del sector de los cohetes queda un puesto de mando auxiliar. Está bastante cerca del hemisferio de proa; puedo conducir desde allí... si llego antes de que nuestro amigo Obidiah destruya también eso.

—Quizá, pero de cualquier modo te matarás. ¿Cómo escaparás antes del choque?

—Tendré el cohete cerca y dispuesto —dijo Jimmy—, y correré hacia él cuando esté seguro de no fallar el golpe. Tengo bastantes probabilidades. Una entre diez, o algo así. Iré solo, desde luego. No tiene sentido que se arriesgue nadie más.

—¡Eso crees tú! —la pelirroja cabellera de Mike se erizó con más beligerancia de la habitual, y miró enfurecido al otro—. Yo también voy. ¡No puedes guiar solo ese coloso durante una semana..., estás loco! ¡Y si tú puedes acertar el golpe, yo también puedo! ¡Eh! —gritó—. ¡Preparen provisiones para dos hombres y para cuatro semanas, y llévenlas al cohete experimental! ¡Pronto! ¡Les arrancaré el hígado si me hacen esperar más de veinte minutos! Jimmy, lleva un arma. Tendremos que vérnoslas con Obidiah.

Nadie vio arrancado su hígado. Quince minutos más tarde, el pequeño cohete despegaba rugiendo, con los dos hombres a bordo. Diez horas más tarde, habían revestido sus trajes espaciales y daban largos y torpes saltos para cruzar el aeropuerto lunar hacia la sala de mandos. Por la radio del casco, Jimmy oía a Mike, que juraba con elocuencia en tres idiomas.

«¡Dios! —pensó—, si ese mono ya ha estropeado las cosas... nos veremos en una situación peliaguda.»

Llegaron a la cabina de mandos y miraron al interior por las ventanillas. El cuadro de mandos no se divisaba desde allí. Entraron en la doble compuerta estanca. Mientras ésta se abría silenciosamente, vieron un individuo delgado embutido en un traje espacial, que levantaba una enorme llave inglesa sobre los mandos principales.

El arma de Jimmy rugió. El individuo cayó sobre las palancas y la llave rebotó en el suelo.

—No podía andarme con contemplaciones, Mike. Échalo afuera mientras yo reviso los mandos. El tonto debió acordarse de ellos hace poco. Por suerte, llegamos a tiempo.

Eran las 16.24, hora media de Greenwich del 2 de agosto de 2157. El cohete quedó amarrado con enormes cables de acero, provistos de un dispositivo de liberación rápida, al lado de la caseta de mandos. Quedaban tres minutos.

Los dos hombres ocuparon los sillones basculantes.

—¡Los que van a morir te saludan! —recitó Jimmy con indiferencia—. ¿Todo listo?

Accionó la palanca del dispositivo de seguridad y apretó los botones de mando.

—¿Les dirás que morí en olor de santidad?

—No, no lo haré —repuso Mike—. Tu olor no es de santidad. Más bien hueles a cerveza. ¡Dispara cuando quieras, Gridley!

Jimmy leyó el programa de encendido y acercó la mano a la primera hilera de botones. Faltaban veinte segundos. Mike se estremeció e intentó disimularlo con un bostezo. Empezó a contar los segundos.

—¡Diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... fuego!

Hubo un rugido estremecedor que se transmitió al piso. La Luna tembló y, a través de las ventanillas, en silueta bajo un resplandor infernal, vieron desplomarse los andamiajes abandonados. El rugido aumentó. Parecía una explosión continua. Mike hizo tiras su pañuelo, se tapó los oídos con ellas e hizo lo mismo para Jimmy, que no podía hacerlo por estar pendiente de los mandos.

El rugido creció y las llamaradas alcanzaron un brillo absolutamente insoportable. Sintieron una aceleración, como si el suelo cediera bajo sus pies. Mike cerró las ventanillas para protegerse del resplandor y regresó a su puesto. Encendió dos cigarrillos y puso uno entre los labios de Jimmy.

La pared donde estaba amarrado el cohete había pasado a ser el suelo. La Luna se movía a una velocidad desconocida durante millones de años, alejándose poco a poco de la Tierra. No tenían instrumentos para observar este último fenómeno, pero Mike imaginaba las mareas, los terremotos y el espectáculo del cielo.

—Espero que lo filmen todo desde la Tierra —comentó sin dirigirse a nadie en particular—. Si logramos salir de ésta, me gustaría verlo.

Abrió algunas latas de comida y agua, comió, asumió el mando mientras comía Carter y luego, tapándose mejor los oídos, se tumbó sobre un colchón neumático y durmió plácidamente, después de ajustar el reloj para que le despertara seis horas después con su pequeña descarga eléctrica. Todo despertador cuyo mecanismo consistiera en producir un sonido habría sido inútil.

Cuando despertó y se puso a los mandos, la Tierra estaba muy lejos, y el planeta negativo era un punto brillante en el visor, situado un poco a la izquierda del centro. Cada vez estaba más cerca. El rugido de los motores no había disminuido. Todo el hemisferio lunar «debajo» de ellos era una llamarada blanca y el vapor de hierro incandescente salía disparado a cientos de kilómetros por el espacio.

Las 3.28 del 12 de agosto; se estaba cumpliendo la última guardia. Jimmy estaba a cargo de los mandos. Ambos tenían puestos los trajes espaciales, y la compuerta que, a causa de la aceleración, parecía hallarse debajo de ellos, estaba abierta lo mismo que la

escotilla del cohete, de donde colgaba un cable sujeto a un puntal, junto al tablero de mandos.

El planeta negativo era visible por la ventanilla de la pared opuesta —ahora el techo—; ocupaba la mayor parte del cielo y crecía rápidamente. La aceleración era máxima, pues ello no sólo era deseable para la colisión, sino necesario.

3.30: Jimmy levantó dos dedos. ¡Quedaban dos minutos! Indicó a Mike la compuerta estanca. Éste miró a su alrededor para comprobar si había olvidado algo y luego se dejó «caer» hacia la compuerta vigilando el mando que soltaría las amarras.

3.31: El planeta negativo ya era más grande... mucho más grande. Ocupaba prácticamente todo el cielo. Mike miró con angustia a Jimmy.

3.32: Jimmy dejó los mandos y se dirigió a la compuerta. Largó el cable mientras Mike soltaba amarras y cerró con fuerza la escotilla. Tuvieron una sensación repentina y desconcertante de ingravidez cuando la nave cayó libremente. Hubo un silbido cuando abrieron la puerta interior sin esperar a que se equilibrara la presión. Siguiendo la guía, pasaron a la cabina de mandos. Los giroscopios giraban a toda velocidad y los cohetes funcionaban ya a medio régimen.

3.34: Mike ocupó el puesto de piloto, accionó la puesta en marcha de los giroscopios estabilizadores y, poniendo rumbo a la dirección que les apartaría de la colisión inminente, puso la máxima aceleración admisible de cinco gravedades. Jimmy había logrado alcanzar un sillón e intentaba quitarse el traje espacial, pero la aceleración hizo caer sus brazos y estuvo a punto de derribarle sobre el sillón. Mike subió otro grado la aceleración y conectó los visores.

4.45: La aceleración aún era de seis gravedades, pero los hombres no hacían caso. Tenían la vista fija en la placa visora que reflejaba la inminente colisión, fue cuestión de segundos. La Luna ya se estaba desintegrando y la mayoría de sus cohetes habían dejado de funcionar. Luego...

En el visor apareció un fogonazo deslumbrante y luego se apagó quemado por la terrible radiación. Mike puso a cero la aceleración y se desmayó. Pero Jimmy no se enteró. Ya estaba inconsciente.

Volvieron en sí al cabo de una hora poco más o menos, heridos, magullados y abrasados por la radiación, que había penetrado a través del casco, pese a ser opaco a los rayos. Imprimieron a la nave una aceleración de media gravedad para moverse cómodamente en la cabina, y la hicieron girar noventa grados por medio de los giroscopios para contemplar, a través de las escotillas laterales, los restos del intruso. Las placas visoras habían quedado inutilizadas. Un pequeño planetoide incandescente caía hacia el Sol. Mike le enfocó un espectrómetro, hizo una medición y luego su rostro abrasado se iluminó con una sonrisa.

—¡Creo que lo hemos conseguido! Ya no le queda ni un pedazo de materia negativa. Brilla como un cuerpo caliente normal... como un Sol joven aproximadamente del tamaño de Ceres.

Jimmy intentó devolverle la sonrisa y no pudo. Le dolía demasiado la cara.

—¡Exacto! La Luna lo neutralizó. Ya no quedan sino neutrones y un poco de hierro al rojo, silicio y los demás elementos de que estaba compuesta la Luna. Es terriblemente pesado y está más caliente que los siete ejes del infierno, pero ya no es de temer. Dentro de un mes caerá en el Sol. Pero tú pareces encontrarte tan mal como yo; estoy como si fuera un anciano decrepito. Será mejor que te desnudes. Sacaré del botiquín la pasta contra quemaduras y nos embadurnaremos. Luego pondremos el piloto automático mientras descansamos. Y, por último, si ese trasto funciona todavía, regresaremos a casa. Pero lo que más deseo ahora es dormir...

Dos semanas después, dos astrofísicos bronceados y sudorosos salieron por la escotilla de un cohete quemado y deformado al puerto espacial de Washington, se

detuvieron en seco y contemplaron con horror la formación de galones dorados y resplandecientes camisas almidonadas que se acercaba a ellos. Miraron de un lado a otro como animales acorralados y luego, sintiéndose como los primeros mártires cristianos, se dispusieron a soportar los horrores de la recepción oficial ofrecida por los gobiernos del sistema solar, allí reunidos.

* * *

En 1937 yo ya conocía la antimateria, y el cuento de Clark, el primero que trató dicho tema dentro de la ciencia-ficción, me entusiasmó. Sentí que él hablaba el mismo idioma que yo como químico en formación, y que otros lectores más vulgares no lo comprenderían tan bien como yo. (Ésta fue una sensación muy grata.)

Naturalmente, John Clark era químico profesional, y cuando se publicó el cuento, a continuación de su nombre ponía Ph. D. (E. E. Smith también era Ph. D.).

Al releer *Planeta negativo* ahora, a unos treinta y seis años de su publicación, me parece algo anticuado. En el relato dice que un protón equivale a un neutrón más un positrón pero, en realidad, es más probable que esté compuesto de mesones o quarks.

También resulta interesante que el astro intruso de antimateria sea descubierto por el telescopio óptico. Los escritores de ciencia-ficción imaginaban una astronomía futura en que los telescopios serían como el de cien pulgadas de la década de los 30, sólo que más grandes. Nadie, ni siquiera Clark en este cuento, previó la posibilidad del radiotelescopio, pese a que su principio fundamental había sido descubierto en 1931.

Relatos como *Planeta negativo* eran demostraciones convincentes de que no bastaba emplear palabras impresionantes como «el radio» y la «cuarta dimensión». El autor tenía que estar al tanto de los últimos descubrimientos científicos.

En 1937 empecé a comprender que mis conocimientos científicos eran bastante completos o por lo menos superiores a los de la mayoría de autores de ciencia-ficción. Esto significaba perder mi respeto temeroso; estaba cada vez más seguro de que sabía lo suficiente para escribir ciencia-ficción.

Al recordarlo, creo que mi admiración hacia *Planeta negativo* y mi ambición de ser otro John Clark contribuyeron poderosamente a mi decisión (¡al fin!) de escribir un cuento de ciencia-ficción, no meramente para distraerme, sino con vistas a su posible publicación.

Mi interminable novela de ciencia-ficción había fenecido meses antes. El 29 de mayo de 1937, unos dos meses después de leer *Planeta negativo*, me puse a escribir por primera vez un cuento de ciencia-ficción. Lo titulé *Cosmic Corkscrew* y trabajé en él durante cerca de un mes, inasequible al desaliento.

Sin embargo, fue otro comienzo en falso. Tan pronto como me imaginaba a mí mismo escribiendo con intención de publicar, quedaba paralizado. Logré terminar el relato a trancas y barrancas, luego lo guardé en un cajón y lo olvidé por espacio de casi un año.

Mi afición al género fantacientífico no dejaba de aumentar al correr de los años, desde que comencé a leerlo en 1929, y en 1937 alcanzó su cénit. Recuerdo exactamente cómo ocurrió.

Fue en el mes de agosto de 1937, durante las vacaciones anteriores a mi tercer año en Columbia. Ese mes recibimos la «Astounding Stories» de septiembre, y recuerdo como si fuese hoy mismo los sentimientos que me embargaron cuando me senté en la sala de nuestro piso y leí la primera entrega de la nueva serie en cuatro partes de Edward E. Smith, *Galactic Patrol*.

Creo que nunca he disfrutado tanto con ningún texto. Nunca saboreé tanto cada palabra. Nunca experimenté una impaciencia tan intensa como cuando llegué al final de la

primera entrega, comprendiendo que habría de esperar un mes entero para leer la segunda.

Nada volvió a ser igual que antes.

Y en ese número de septiembre de 1937 había otro relato, una novela breve de Nat Schachner, *Pasado, presente y futuro*, que en esa época me gustó casi tanto como *Galactic Patrol*.

Schachner era uno de mis escritores favoritos en la «Astounding» de Tremaine. Entre los relatos que me habría gustado incluir en esta antología (en efecto, no pude incluirlos todos; incluso después de amputarla al máximo, los simpáticos caballeros de Doubleday palidecieron al ver la extensión del libro) figuran *Ancestral Voices*, de diciembre de 1933 (creo que fue el primer relato de inversión de idea), *The Ultimate Metal*, de febrero de 1935 y *The Isotope Men* de enero de 1936.

No obstante. *Pasado, presente y futuro* era con mucho mi preferido entre los que acabo de citar.

PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Nat Schachner

1

Desde el lindero de la selva. Kleon observó la bahía azul brillante. La gran trirreme, con sus filas de remos muy escoradas, ardía violentamente. El fuego y el humo se alzaban hacia el Sol tropical, lamían la popa, se arremolinaban con furia alrededor del dios Poseidón cuya barba de madera y tridente puntiagudo adornaban la afilada proa.

Mientras el dios se tambaleaba y caía carbonizado e irreconocible en las salobres aguas, Kleon inclinó la cabeza y murmuró la plegaria clásica de Homero. Era un presagio, la señal de que jamás volvería a ver las vides de su tierra ni sus olivos retorcidos; nunca volvería a conversar con los filósofos, ni oiría al deiforme Alejandro arengar a la falange macedónica contra las huestes persas.

Las ascuas se apagaron poco a poco y cesó el crujido de la madera al arder. A su espalda, rodeada de una maraña de árboles lujuriantes y flores exóticas, esperaba su tripulación. No eran de su raza, sino morenos marinos egipcios de Tebas, reclutados por el poderoso Alejandro para su expedición contra Arabia y los potentados indios.

Sostenían inquietos sus lanzas, teniendo la terrible ira de su joven comandante, sabiendo que eran culpables de la traición más vil pero, al mismo tiempo, nada arrepentidos de lo que habían hecho. Sus ojos miraban con avidez a las mujeres que aguardaban cerca, aborígenes de aquella tierra increíble, en cuyo firmamento brillaban estrellas desconocidas y cuyo suelo abundaba en alimentos, refugio y subsistencia para quien quisiera tomarlos. Aquellas mujeres eran altas, gráciles y erguidas, con piel cobriza y ojos sonrientes que constituían una delicia para unos marinos que no habían visto ni siquiera una sirena durante muchas lunas.

¿Por qué iban a dejar aquellas delicias recién halladas, aquella raza gentil de gente amigable, que se llamaban a sí mismos mayas en su lengua fluida, para adentrarse una vez más en el proceloso Océano y regresar hacia el Sol poniente? Eso era tentar a los dioses. Estaban seguros de que esta vez sus huesos se pudrirían en las sombrías cavernas de los mares insondables, o de que la nave rebasaría el confín del mundo para caer en las fauces del viejo Caos.

No; habían tentado demasiado a los espíritus de las aguas. Hasta entonces, sólo Isis y Osiris los habían salvado ya que el gran viento que alborotó el Océano Indico los había

separado de la armada de Niarchos, el almirante de Alejandro, mientras ésta contorneaba las costas hostiles. Se quedarían allí con el pueblo que, por lo visto, los consideraba tanto a ellos como a su rubio y joven comandante, dioses venidos del otro lado del mar, ¿Acaso no se arrodillaron y adoraron a Kleon cuando la trirreme echó el ancla en la fantástica bahía? ¿Acaso no le aclamaron llamándole por un nombre exótico, como si fuera esperado desde hacía mucho tiempo? Quetzal, eso era.

Pero Kleon, con su tozudez griega, después de un mes de agradable descanso bajo los aires reparadores y de cargar toneles de alimento y agua, les ordenó que se pusieran de nuevo a los remos para arrostrar una vez más los peligros de que habían escapado milagrosamente. Había opuesto una mueca cerril y dura a todas sus protestas.

¡Por eso quemaron la nave! Pese a toda su sabiduría griega y a las artes mágicas que había aprendido entre los sabios de los persas, los indostanos y los antropófagos de un solo ojo que acechaban en las cuevas del Techo del Mundo, Kleon ya no podría obligarles a surcar otra vez los mares.

Pero, como él era el comandante, y ellos sólo unos esclavos egipcios; como llevaba brillante armadura y sabía esgrimir la corta espada macedónica que llevaba a un costado, se agazapaban, estaban inquietos, pese a que ellos eran cien y él sólo uno.

Mas el griego, terrible en su armadura como el joven dios del Sol, no hizo movimiento alguno. La trirreme era una pavesa ennegrecida sobre las aguas silenciosas, los mayas, altos y morenos, contemplaron al desconocido, a quien habían aclamado como Quetzal con inmovible adoración. Hasta los pájaros chillones y multicolores que parecían burlarse de ellos desde los árboles imitando voces humanas estaban callados.

El timonel Hotep se le acercó, temeroso.

—No estés enojado con nosotros, noble Kleon —suplicó—. Sólo hicimos lo que nos parecía mejor. Aquí, entre esta gente, somos como dioses. A qué afrontar las tempestades para sufrir hambre, sed y ataques de monstruos terribles y, acaso, alcanzar los límites del mundo, para regresar una vez más a... la esclavitud, las tareas agotadoras y las heridas de la guerra.

Kleon se volvió lentamente.

—Sin duda, habéis hecho lo mejor para vosotros mismos —afirmó con serenidad—. Sois esclavos, egipcios. Os mezclaréis con estos habitantes de ultramar y no os parecerá una degradación. Les enseñaréis vuestras artes y os daréis por satisfechos. Pero yo soy griego, y ellos son bárbaros. No desperdiciaré mi vida entre ellos... y vosotros. La vida es el precioso depósito del *noumena*, el pensamiento metafísico, o no es nada. En los confines del mundo, el poderoso Alejandro marcha hacia nuevas victorias, y la cultura griega le acompaña. Aquí hay estancamiento, mentes que nada saben de la ciencia ni de la noble filosofía. ¿Qué tengo que ver yo, un griego, con éstos... o con vosotros, oh, Hotep?

El egipcio se inclinó con humildad. No estaba ofendido. En otros tiempos su raza fue poderosa, pero el mundo había cambiado y los viejos dioses habían cedido ante los nuevos. Por esta razón, él y sus compañeros se contentaban con pasar el resto de sus días en aquella tierra nueva.

—Gran Kleon, ¿qué quieres de nosotros? —inquirió.

El griego le miró, pensativo y luego volvió sus ojos al océano, donde estaba el casco chamuscado de la trirreme. Luego los paseó sobre la temblorosa tripulación, los nativos de piel cobriza; oteó tierra adentro, por encima de la selva impenetrable, hasta la elevación azul que indicaba la existencia de una cordillera interior. El humo se alzaba perezosamente de una cima en forma de cono. Sus ojos azules brillaron; una extraña pasión se adueñó de su ser. Cuando habló parecía monologar, en vez de dirigirse a Hotep.

—Cuando Alejandro salió de Persépolis y marchó durante meses terribles por las extrañas tierras asiáticas y pueblos aún más extraños hasta el Indo, cruzamos el mismísimo techo del mundo. Allí encontramos una raza de sabios santones, tan viejos, tan amojamados por el tiempo que realmente parecía increíble... sobrevivientes de una era pretérita, cuando la Tierra estaba envuelta en hielo y el propio Zeus aún no había nacido. Pasé algún tiempo con ellos, oh Hotep, y me abrieron sus mentes a mí, el insaciable buscador de conocimientos. Me hablaron de días anteriores a la llegada del hielo, cuando el mundo era joven y las colinas desérticas estaban cubiertas de verdor extraño y de poderosas ciudades. Hablaban como si hubieran conocido grandes civilizaciones ya sepultadas. A decir verdad, sus conocimientos eran superiores a los del mismo Aristóteles. Aseguraban que su civilización murió cuando los hielos avanzaron inexorablemente hacia el sur, pero era tal la ciencia secreta de sus sacerdotes que algunos pudieron emparedarse en cavernas, para reposar allí durante largos siglos de letargo inmortal y despertar en un momento predeterminado en que según su ciencia les indicaba que los hielos habían retrocedido de nuevo a las frías regiones boreales, Me mostré escéptico, conforme a las enseñanzas de los sofistas, pero me llevaron a las cavernas cerradas, donde pude mirar a través de un instrumento que hacía transparente la roca, y allí vi a algunos de sus durmientes. Afirmaron que éstos habían dispuesto su despertar para una época posterior a la de los demás, deseando conocer el futuro más lejano. Han de pasar mil años para que éstos despierten y vuelvan a respirar.

—Es increíble —murmuró Hotep, oficioso.

El rostro de Kleon era una máscara contemplativa.

—Me desvelaron el secreto —susurró—. Al ver esa montaña, en cuyo seno rumorean los titanes y los cíclopes forjan su rayo, recordé aquel relato.

De súbito irguió los hombros. Su voz resonó como solía hacer cuando conducía una falange a la batalla.

—¡Hotep, esclavos! ¡Escuchadme!

Ellos se sobresaltaron al oír el clamor estentóreo, olvidando que él era uno y ellos cien.

—Sí, noble señor —respondieron a coro.

—Habéis cometido una acción vil. Sois como animales; esta tierra ociosa y su pueblo aún más ocioso satisfarán vuestros limitados deseos. Pero yo soy griego y debo andar siempre con una llama brillante y límpida; de lo contrario la vida no tiene valor para mí. No pienso desperdiciar entre bárbaros los días que me quedan. En consecuencia, si deseáis mi perdón, debéis cumplir exactamente mi voluntad.

Hotep se acercó con cautela al grupo de sus compañeros y aferró la empuñadura de su lanza. ¿Acaso el griego tenía la delirante idea de construir una nueva trirreme con los gruesos árboles del bosque y poner rumbo al oeste? En tal caso, él preferiría...

Kleon no pareció reparar en los gestos y miradas hostiles de sus hombres.

—Yo también haré frente a mi destino —declaró—. El presente es un ánfora vacía para mi espíritu; deseo llenarme con el vino transparente de días que aún no han visto la luz. Me emparedaré en una caverna, lo mismo que aquellos sacerdotes que habitaban el Techo del Mundo, y lo haré como ellos me enseñaron. Fijaré la fecha para mi despertar. Veamos... sí, diez mil años. ¡Quién sabe qué visiones extrañas y maravillosas se presentarán a mis ojos después de ese tremendo número de años!

Las lanzas cayeron de los dedos sin fuerza, produciendo un golpe seco; las barbas negras se agitaron con ridículo asombro y voces confusas invocaron a Horus y Amón Ra. El pueblo cobrizo, inconsciente, ignorante del significado de las palabras del dios Quetzal, se postró atemorizado ante su mirada relampagueante y el sonido de su discurso, espantoso como la mar encrespada.

Hotep balbució algunas palabras.

—Señor, ¿te has vuelto loco? ¡Estos relatos de magia han perturbado tu cerebro! Ellos se burlaron de ti. Es imposible...

—Es suficiente que yo lo ordene —le interrumpió bruscamente Kleon, tocando su espada con significativo gesto.

Una ola de apresurados asentimientos se elevó como incienso de entre la tripulación. ¿Por qué no habían de cumplir la voluntad del griego loco? Si lo hacían, quedarían liberados del constante remordimiento por su traición y del temor a la venganza meditada. Vivirían con aquel pueblo afable, tomarían a sus mujeres como esposas y descansarían tranquilos y seguros después de tantas penurias. Que el griego fuera emparedado, si lo deseaba, en las entrañas de la tierra, para esperar ese futuro fantástico que describía.

Se necesitó casi un año para realizar la tarea. Pero Kleon dirigió implacablemente a su tripulación y a aquella gente dócil que se llamaban a sí mismos mayas. Ahora que la suerte estaba echada, después de meditarlo durante noches y días, estaba impaciente por conocer el futuro que los gimnosofistas del Techo del Mundo le habían prometido; en verdad estaba muy impaciente.

Necesitaba un volcán, pues los gases generados en las forjas de los cíclopes eran necesarios para su conservación. Localizó el cono azul del que brotaba eternamente humo a unos cincuenta estadios tierra adentro. Dispuso que su base fuera limpiada, y allí los egipcios le construyeron una pequeña pirámide, imitando la de Keops, donde los mayas cobrizos trabajaron voluntariamente como sumisas bestias de carga. Bajo la piedra labraron una sencilla cámara, a prueba de siglos y hermética a toda contaminación exterior. De la cámara partían unos conductos de piedra hacia las entrañas de la montaña que lanzaba fuego. Mediante ingeniosos dispositivos de aspiración, los gases arremolinados de azufre y el vaho sulfuroso podían entrar en las proporciones adecuadas.

Luego se retiraron y Kleon trabajó en secreto. Del justillo de piel que llevaba bajo la armadura, sacó una esfera de plomo, que le habían entregado los gimnosofistas con las instrucciones pertinentes. Dentro de la bola hueca había una sustancia brillante que siempre ardía, una sustancia que ardía pero que no se consumía sino al cabo de miles y miles de años.

Kleon la manipuló con mucho cuidado y preparó el mecanismo de modo que, a determinada presión, aparecieran las minúsculas aberturas que darían salida a las radiaciones del elemento interior en cantidades determinadas, hasta cesar por completo transcurridos diez mil años. Él, un griego, naturalmente ignoraba que tenía en la mano una onza de radio puro; el secreto de su metalurgia era conocido en aquella civilización preglaciaria, y se había perdido en el mundo recién nacido.

Luego, como le habían enseñado, preparó un cómodo nicho donde acostarse, comprobó que ciertas piedras con goznes preparadas por Hotep encajaban perfectamente en su alvéolo para condenar toda entrada y salida, e instaló sobre un resorte secreto que controlaba los resortes un minúsculo disco de una sustancia laminada y fluorescente, también suministrado por los ancianos del Techo del Mundo. A él apuntaban los orificios de la bola de radio.

Le habían dicho que las potentes radiaciones del sagrado elemento desintegrarían cada lámina del disco exactamente en mil años. Por tanto, Kleon quitó las capas sobrantes y sólo dejó diez para exponerlas a la inclemencia constante del radio. Cuando el bombardeo llegase a la última capa fluorescente, los rayos incidirían sobre el resorte que haría girar los goznes de piedra. Los sillares girarían suavemente en sus alojamientos; el aire del exterior podría entrar, barriendo los gases adormecedores, y Kleon despertaría como si hubiera dormido una siesta corta y tranquila, diez mil años en el futuro.

Habían querido explicarle exactamente la acción del radio puro y de la mezcla de óxidos de azufre, de ácido clorhídrico, de sulfocianuros e hidrocarburos presentes en los gases volcánicos. Pero la química no era una ciencia en que los griegos estuvieran muy fuertes. A Kleon le bastaba saber que dichos cuerpos ejercían determinados efectos sobre sus tejidos y órganos corporales. Actuaban como un freno de los procesos vitales,

una solución en que toda vida quedaba indefinidamente suspendida, sin que se helara la sangre y con la carne fresca y firme.

Al fin llegó el día. Le pareció a Kleon que su corazón latía con demasiada rapidez. ¿Y si los gimnosofistas se habían burlado de su fe griega; y si eran magos cuyas hazañas no fuesen sino trucos? En tal supuesto, moriría dentro de su tumba y no volvería a salir. Rió, y su risa resonó huecamente en sus oídos. No temía a la muerte pero...

Sólo Hotep y él estaban dentro de la pirámide, en la cámara sagrada. Fuera, su tripulación guardaba la entrada, rindiendo honores con sus armas según sus instrucciones estrictas. Más allá, en el claro que rodeaba la pirámide, yacían los mayas, postrados en señal de adoración. Se les había anunciado que Quetzal, el dios blanco y rubio, pensaba dormir. Estaba cansado de la iniquidad del mundo. Pero algún día resucitaría con todo su poder para conceder a sus hijos, los mayas, la vida eterna, la paz y una prosperidad sin precedentes.

—Creo que eso bastará para protegerme de cualquier peligro —le dijo Kleon a Hotep con una astuta sonrisa. Miró socarronamente al egipcio y agregó—: También creo que te resultará ventajoso perpetuar la leyenda.

Hotep sonrió también detrás de su barba.

—Noble Kleon, tu mirada lo penetra todo. Me haré sumo sacerdote de Quetzal, y mis hijos también lo serán después de mí.

—No lo dudo —comentó Kleon, lacónico.

Luego su rostro se convirtió en una máscara pétrea. Comprobó las salidas, el funcionamiento de la losa.

—Ha llegado el momento, oh Hotep. Retírate y cuando hayas salido pon la losa en su lugar. Luego, si aprecias en algo tu vida y tu inminente sacerdocio, no intentes entrar en mi morada.

El egipcio iba a murmurar algo a través de la barba negra, pero optó por hacer una reverencia y retirarse. La inmensa piedra labrada se acomodó suavemente en su alvéolo. La cámara estaba cerrada.

Kleon, como si se considerase ya muerto, hizo sus preparativos. Toda la iluminación se reducía a una antorcha humeante. El disco quedó en posición sobre el resorte. La bola de plomo se adaptó con precisión en su nicho. Tocó el mecanismo y los orificios imperceptibles del plomo apuntaron al disco. Un extraño resplandor inundó la cámara. El material fluorescente de las diez láminas brilló al recibir el enérgico bombardeo. Kleon sintió un extraño hormigueo en la piel, como si innumerables átomos estallaran hacia el olvido. Le habían advertido de los letales efectos de la exposición directa al radio.

Algo espantado por lo que se disponía a hacer, completó los preparativos. Se echó con cuidado en el jergón preparado en una hornacina de la pared sólida y se acomodó. A su lado tenía la espada y una afilada jabalina. Él era un guerrero, caudillo de una falange. No sabía qué clase de hombres iba a encontrar en ese futuro lejano e inimaginable. En un rincón de la cámara había unas ánforas selladas, llenas de cecina y agua para saciar su hambre y su sed al despertar.

Hizo una mueca. ¿Despertaría? Sus dedos vigorosos tomaron la pequeña palanca de metal que tenía a un lado, una pequeña presión hacia abajo y las piedras exactamente talladas que cerraban los pasos del volcán se abrirían. Después...

La antorcha empezó a humear. No tardaría en apagarse. El aire del recinto se agotaba con rapidez. La respiración se hacía difícil. El resplandor espectral a través de la penumbra parecía eterno; el disco despedía minúsculas chispas. La sensación de hormigueo en su piel aumentó. Apretó los dientes y bajó la palanca.

Tres grandes piedras giraron silenciosamente sobre sí mismas, descubriendo tres agujeros en la pared. Hubo un débil rumor, un sonido de succión y entró el gas amarillo y espeso.

Recorrió la cámara subterránea, semejando unos tentáculos viscosos y ensortijados. Rodeó su cabeza de vapores acres y sofocantes. La antorcha parpadeó y todo quedó en la oscuridad. Sufrió convulsiones y sus pulmones trataron de aspirar aire, llenándose de gas irritante.

Pero una débil luminosidad brillaba en el seno de la oleada amarilla y densa. Vio chispas y oyó crujidos. Respiró nuevos olores acres. Empezaban a producirse transformaciones químicas desconocidas para él.

Kleon sintió que el escozor cesaba de súbito. Quiso respirar pero no pudo. Intentó mover los miembros. Éstos se negaron a obedecerle. El latido de su corazón se hizo más lento hasta pararse por completo. Le invadía una gran somnolencia.

Así pues, esto era la muerte. La cámara parecía dar vueltas a su alrededor. Su pensamiento tropezaba con una indefinible obstrucción. No volvería a ver las vides de su tierra, los nudosos olivos... Atenas... Alejandro... los compañeros...

La cámara emplazada debajo de la pirámide quedó en absoluto silencio. Los conductos que comunicaban con el volcán se cerraron automáticamente. Los gases transformados bañaron el cuerpo inmóvil, paralizado. El radio despedía su resplandor incesante. El disco laminado resplandecía bajo los rayos. Todo era silencio. El tiempo se había detenido...

2

Sam Ward se secó el sudor de las manos en la gruesa tela caqui de sus pantalones y miró. Estaba cansado, sudoroso, atosigado por los molestos insectos, asado por el ardiente sol guatemalteco y bastante decepcionado. Le habían inducido a esperar más.

—Allí está —el mestizo hizo un gesto, medio de triunfo y medio de temor, con su dedo mugriento—. Juan nunca miente, Ahora el señor le pagará los cincuenta dólares mexicanos que prometió. Juan no quiere quedarse. Hay peligro.

Sam no respondió. Recorrió el escenario con una ojeada de experto. Ciertamente era un hallazgo, pero había muchas ruinas más altas y más interesantes en la península de Yucatán. Aquéllas no parecían demasiado importantes.

Sam había vivido mucho durante los pocos años transcurridos desde que terminó sus estudios. China y los Señores de la guerra, excavaciones en Mesopotamia con acompañamiento de escaramuzas con los beduinos —a las que no se dio publicidad— así como una visita, ni legal ni autorizada, a las excavaciones practicadas por los de Harvard en Chichén Itzá, Yucatán. Por último, aquel trabajo relativamente soso, pero bien remunerado, para averiguar si las selvas interiores de Guatemala tenían posibilidades para establecer plantaciones de bananas por cuenta de un sindicato de Nueva York.

Había conocido a Juan en San Felipe, cerca de la costa del Pacífico. No existía mestizo más mugriento, maloliente y empapado en alcohol. Pero era prácticamente la única fuente de información que Sam pudo localizar.

Los blancos se mostraban amables pero imprecisos. Se encogían expresivamente de hombros. Las húmedas e interminables selvas que se extendían hasta las estribaciones de Sierra Madre eran lugares que, sin duda, no convenía visitar. Eran impenetrables, palúdicas, plagadas de garrapatas y fiebre amarilla, llenas de pantanos sin fondo, habitadas sólo por fieras y serpientes venenosas. Además, agregaban expresivamente sus informantes, a los indios no les gustaría.

Sam Ward se sonrió al oír esta última información. Se consideraba muy competente para cuidar de sí mismo. Era alto, de hombros anchos y músculos ágiles y poderosos que se le marcaban a cada movimiento. Conocía las selvas y se había enfrentado a hombres más salvajes que cualquier fiera o serpiente. Llevaba descuidadamente una cartuchera a un costado, y en la funda un revólver de seis tiros. Estaba cargado, y Sam lo había usado con eficaz y mortífera puntería siempre que fue necesario. No; a Sam no le preocupaba

demasiado si gustaba a los indios o no. Tenía un trabajo por el cual sus patronos le pagaban con largueza.

—¿Por qué no gustaría a los indios? —preguntó con prudencia.

Su informante volvió a encogerse de hombros. Era el alcalde de San Felipe, un hombre bajo, fornido y algo asmático.

—Ellos no hablan, señor —admitió—. Son mayas, descendientes de una raza obstinada. Para ellos esas selvas son sagradas. Algunos extranjeros han entrado allí, pero no regresaron. De modo que...

Sam preguntó a los indios. Eran altos, erguidos, bien parecidos y de piel cobriza. ¡No, señor! Ellos no iban a guiarle a través de la selva, ni siquiera por veinte dólares mexicanos. ¿Por qué? Al dios Quetzal, que duerme mientras llega su hora, no le gustaría.

Entonces fue cuando conoció a Juan, el hombre rechazado tanto por los blancos como por los pieles rojas, mientras mendigaba en vano otro trago de ardiente *tequila* a un tabernero duro de corazón. Sam le abordó y le prometió más, mucho más, si se avenía a guiarle a través del territorio prohibido. Juan balbuceó algunas exclamaciones de terror, pero cedió después de varios tragos.

Luego vinieron las jornadas de abrirse paso con el machete a través de la selva espinosa, las horas de vadear pantanos y de luchar contra garrapatas y mosquitos. Era un infierno. Pero había ciertas zonas que servirían para el cultivo, si se lograba engatusar a los nativos para que trabajaran. En todo caso, sería duro, pensó Sam mientras se disponía a emprender el regreso.

Juan observó su gesto de decepción. Pensó con rapidez. Sabía que los tontos norteamericanos pagaban generosamente por ver las ruinas de la selva. Su cerebro embotado por el alcohol había olvidado todo temor.

—¿Y si le muestro al amable señor dónde duerme Quetzal? ¿No valdría eso cincuenta dólares mexicanos? —preguntó esperanzado.

Sam se rascó el cuero cabelludo.

—¿Quetzal? ¡Tonterías! Todos los golfillos de Centroamérica te muestran dónde duerme ese dios fabuloso a cambio de una propina.

Ya he visto bastantes piedras inútiles en Yucatán. Además, los antiguos mayas no construyeron ciudades en la zona del Pacífico.

—Esto es diferente —insistió Juan. Había notado con alegría que la objeción no era por los cincuenta dólares, y su codicia le hizo olvidar por completo sus supersticiones—. Es lo que ustedes llaman lo auténtico. Una vez oí a los sacerdotes durante las ceremonias de la Luna Llena.

Sam lo pensó. La Sierra Madre se alzaba, empinada y escabrosa, a poco menos de nueve kilómetros hacia el este. Un cono de forma regular humeaba perezosamente, como si viniera haciendo lo mismo desde tiempos remotos.

—¡Trato hecho! —decidió Sam de improviso. Lo de las bananas no había salido muy bien. Quizá tuviera más suerte con la arqueología. ¿Otra Chichén Itzá?—. Pero recuerda... si no hay Quetzal, no hay dinero.

Y ahora estaba allí, decepcionado, contemplando las laderas del volcán y la pirámide cubierta de hierba, muy baja y sencilla, que casi pasaba desapercibida entre la espesura. Ruinas mayas, sin duda, y en territorio virgen. Había visto cientos de ruinas semejantes que no contenían nada digno de mención.

—Quetzal está allí —insistió Juan—. Por favor, señor, déme los cincuenta dólares mexicanos y deje que Juan se vaya. Quetzal puede enfadarse.

Sam meneó la cabeza.

—No es ése el trato —gruñó—. Enséñame a Quetzal y pago doble.

Hablaba solo, pues el mestizo había girado sobre sus talones descalzos, con un grito de sorpresa, arrojándose de cabeza hacia los enmarañados matorrales que les rodeaban.

—¡Diablos! —gritó Sam y sacó el revólver.

Luego se detuvo, con una mueca burlona. Había visto algunas siluetas huidizas que se alejaban y desaparecían sin el menor ruido. ¡Mayas! Le habían vigilado durante horas, siguiendo su lento avance a través de la selva. Pensó que Juan ya no regresaría a San Felipe. Pero también era improbable el regreso de Sam Ward, pensó con indiferencia.

Retrocedió poco a poco hacia la pirámide cubierta de hierba, con el arma preparada y atento a cualquier movimiento que se produjera en la selva circundante. Si lograba trepar por los costados ruinosos y cubiertos de vegetación de la ruina, tal vez podría orientarse y hallar un cambio a través de los bosques sin senderos.

Su pie tropezó con un agujero y trastabilló. Se rehizo, alarmado. En la base de la pirámide, prácticamente oculto por unas enredaderas, había una abertura negra, que su pie acababa de descubrir.

Atento, esperando oír en cualquier instante el silbido del dardo lanzado por una cerbatana, se inclinó para ver mejor. Por suerte llevaba una linterna. La enfocó hacia abajo, iluminando un pasadizo muy inclinado, que descendía en línea recta hacia una profundidad insondable.

Sam apartó con impaciencia el resto de las enredaderas. Olvidó incluso los mayas que le acechaban, tal vez para matar a aquel profanador de sus antiguos secretos. Después de todo, quizás el mestizo borracho tenía razón. Pues aquel pasadizo, aunque construido por manos humanas, era diferente de los que solían hallarse en las pirámides de Yucatán. Un vago parecido le inquietaba, hasta que se hizo la luz en su cerebro. Había visto pasadizos así en Egipto, en la Gran Pirámide de Keops.

Se inclinó y olfateó el aire. Era frío y húmedo, como de caverna, pero resultaba respirable. Lanzó una rápida ojeada hacia atrás. No se oía nada en la selva, ni siquiera el grito de un pájaro. Sonrió torvamente. Los mayas esperaban. Para ellos, el tiempo no tenía un valor especial. Pues bien, que siguieran esperando. Él no tenía prisa en morir.

De momento, era la pirámide lo que le atraía e intrigaba. La construcción, aunque cubierta de hierba, presentaba influencias egipcias. Si lograba demostrar tal tesis, quizás habría resuelto el problema de los mayas. Pero, ¡bah! Lanzó una carcajada ronca. Más valía no hacerse ilusiones. Las posibilidades de regresar a San Felipe eran ínfimas. Luego se encogió de hombros como se había encogido el alcalde, y como un tal Kleon se había encogido de hombros, más de dos milenios atrás. Su vida estaba en manos de los dioses. Mientras tanto...

Entró poco a poco en el pasadizo. A su paso se desprendían pedruscos y tierra suelta. Los ecos parecían truenos lejanos. Se abrió paso con precaución, bajando siempre, alumbrando ante sí con la linterna. Las paredes estaban bien unidas, aunque no pulidas ni decoradas. Hacía frío y el aire era algo fétido. Lo que significaba que el túnel carecía de otra salida que produjera una corriente de aire.

Siguió bajando con cuidado. A sus espaldas esperarían los mayas, enfurecidos por la profanación de sus secretos; delante esperaba... ¿qué?

Pronto iba a descubrirlo. Contempló, asombrado, una pared maciza que le cerraba el paso. El túnel terminaba de improviso. Paseó sobre ella el rayo de la linterna, y su corazón dio un vuelco. Casi imperceptibles, como borradas por el tiempo que todo lo olvida, percibió unas grietas rectilíneas y muy finas. Hacía un tiempo incalculable que habían levantado aquella losa para encajarla allí. Lo cual significaba que al otro lado había una cámara, cerrada por hombres ya olvidados.

Juan había hablado de Quetzal. Lo mismo decían los ceñudos mayas. Pero, naturalmente, eso era ridículo. Quetzal era una leyenda como..., como... Zeus, Poseidón y todo el Panteón de los griegos.

Tenía que entrar, aunque no viviera para revelar al mundo lo que encontrase. Pero, ¿cómo hacerlo? La losa debía pesar más de una tonelada, y no dejaba resquicio para

meter ni la punta de un dedo. Se necesitaría una paciente excavación o una excavadora muy potente. Rió al pensarlo. Era como pedir la Luna.

Luego frunció el ceño. Los relatos acerca de Egipto hablaban de sagaces artificios o resortes secretos que movían sin esfuerzo las piedras. Jamás había visto ninguno, y las personas con quienes había hablado tampoco. De estos misterios siempre se hablaba como cosa averiguada de segunda o tercera mano, nunca por el mismo narrador.

No obstante, sus dedos hábiles tocaron, palparon y apretaron. Con el índice tocó una oquedad minúscula perceptible sólo al tacto y ahogó una exclamación de alegría.

La pared pareció ceder suavemente ante él. Ni siquiera pudo ver cómo giraba la gran piedra. Al otro lado se divisaba claridad.

Se coló por la abertura y paseó con impaciencia la linterna. Una exclamación brotó de su garganta y murió una vez más en sus labios. Se hallaba en una primitiva cámara, hecha con gruesos sillares. Un tenue resplandor salía de un minúsculo nicho de la pared del fondo, y aquel rayo de luz apuntaba al umbral por donde él había entrado. Esto ya era bastante excitante. Pero en el rincón más alejado, apenas visible bajo el resplandor extraño y chispeante, una figura yacía inmóvil dentro de una hornacina tallada en la roca.

Era un cadáver, por supuesto, aunque muy bien conservado, de aspecto extrañamente intacto debido a los incontables años de enmurallamiento. Parecía dormir, esperando la llamada de alguna trompeta.

Sam dio un paso adelante. Sentía una extraña pesadez y dificultad al respirar. En la cámara había un humo amarillo que resplandecía con luz propia y parecía una masa viscosa y movediza, Sam no le prestó atención, creyendo que el lento ritmo de su pulso se debía a la excitación por el hallazgo.

El yacente en aquel lecho de rocas era blanco y de cabello rubio. Sus rasgos embalsamados eran regulares y clásicos, como cincelados en un camafeo. Una armadura todavía brillante y en buen estado protegía sus miembros.

Sam recordó teorías delirantes, fantásticas. Aquél no era un moreno jefe maya. ¿Sería... Quetzal? La leyenda hablaba de un dios brillante, rubio y de ojos azules que llegó a través del Pacífico, aportando la civilización a los mayas. ¿Era posible que...?

Entonces, y sólo entonces, Sam Ward notó una sensación de ahogo, un peso mortal en los miembros, un cosquilleo eléctrico en la piel. ¡El gas! Un gas embalsamador cuyo secreto debió perderse en las tinieblas del tiempo, cuyas propiedades de conservación explicaban, sin duda, el increíble estado en que se hallaba la momia rubia. Tenía que salir en seguida... airear aquel ambiente...

El grito que exhalaban sus labios apenas fue audible... La losa había desaparecido; en su lugar se veía una pared maciza y lisa. No la había oído cuando se cerró a sus espaldas. Pero habría jurado que oyó una carcajada gutural, y cautelosas pisadas de pies descalzos. ¡Los mayas le habían seguido con sigilo y le habían sepultado por toda la eternidad!

Observó el disco fluorescente que resplandecía pavorosamente sobre la piedra. Su cerebro estaba obnubilado. Quiso reír. El sonido fue seco, forzado. ¡Qué ironía! Después de lograr el mayor descubrimiento de la época moderna, no podía proclamarlo a los cuatro vientos. Era la venganza de Quetzal. En algún remoto futuro, los arqueólogos entrarían tal vez en la cámara y hallarían un espectáculo increíble: un dios rubio de brillante armadura... y otra momia, vestida de uniforme caqui, que sin duda pertenecía al siglo veinte. Imaginó su desconcierto, sus laboriosas explicaciones.

La linterna cayó de sus dedos paralizados y osciló como un péndulo. Intentó respirar, pero no pudo. Su corazón ya no latía. Flotaba en un inmenso mar amarillo. Su cerebro luchó un instante y cedió. Cayó de espaldas, cuan largo era.

La linterna caída siguió alumbrando sin necesidad hasta que se agotaron las pilas. Pero el resplandor de la bola de plomo continuó como venía haciendo durante más de dos

mil años. Fuera, la vida seguía su curso. Florecieron y decayeron civilizaciones; las guerras diezmaron la Tierra y se produjeron hechos increíbles.

Dentro de la cámara reinaba el silencio y el reloj de radio ardía con incesante energía. Dos figuras yacían, la una al lado de la otra, inmóviles, intactas. Fuera, las tormentas, el Sol y las semillas arrastradas por el aire depositaron sobre la pirámide una capa de tierra tras otra. Los mayas fueron olvidados. El último sacerdote descendiente de un cierto Hotep oró por última vez con ojos legañosos y desesperados. Juan se pudrió sobre la madre tierra, con una pequeña flecha envenenada entre los omóplatos. Sam Ward también fue olvidado. Durante algunas semanas hubo revuelo en San Felipe. Pero no se puso demasiado interés en la búsqueda, y nadie supo si se había perdido en la selva.

¡El griego Kleon y el norteamericano Sam Ward, hijos de distintas épocas, quedaron eternamente hermanados por la muerte en el subterráneo, mientras el mundo avanzaba hacia un futuro fantástico!

3

Tomson estaba asombrosamente cerca de una emoción tan vulgar como la ira cuando subió al tubo conductor que le trasladaría al nivel subterráneo más bajo de Hispan. No le gustaba dejar su cubículo del nivel medio, donde estaba su hogar, su laboratorio, su equipo, su cámara de cálculos. La presión atmosférica estaba perfectamente adaptada a su delicado cuerpo; la temperatura no variaba ni en una centésima de un grado del valor más conveniente al funcionamiento eficaz de su inteligencia. En sus cincuenta años de vida no había salido de su nivel más de seis veces y nunca había llegado tan abajo, hasta las viviendas inferiores de la casta de los Trabajadores.

¿Qué motivo lo habría justificado? Vivía en el nicho del sistema Hispan que le había sido asignado desde su nacimiento y que era cómodo e inalterable. Cualquier otra existencia resultaba inconcebible. Siempre habían existido Olgarcas; los de su clase, los Técnicos, siempre serían necesarios; en cuanto a los Trabajadores, nadie hacía mucho caso de ellos. Quemaban sus vidas en las entrañas de la tierra, cuidaban de las poderosas máquinas que hacían posible la subsistencia de Hispan, se afanaban, engendraban descendientes y morían en humilde anonimato.

Tomson descendió a velocidad uniforme por el tubo conductor que recorría a Hispan en sentido vertical. Un campo de fuerzas zumbaba constantemente en el tubo. Los viajeros regulaban la velocidad de ascenso o descenso mediante las resistencias portátiles de sus cinturones. Un ligero movimiento de la palanca del reóstato a la derecha o a la izquierda, y la resistencia positiva o negativa al campo de fuerza actuaba en seguida para determinar la velocidad y el sentido del viaje.

Tomson pasó los niveles secundarios de los Técnicos inferiores y arrugó su frente calva y redondeada. Había sido Harri el que solicitó con respetuosa obstinación su presencia en las viviendas subterráneas. ¡Maldito individuo, con su rostro gesticulante y excitados ademanes! ¿Por qué no resolvía él aquella situación supuestamente nueva, sin turbar las elevadas meditaciones de Tomson? ¿Acaso ignoraba cuan delicados y vulnerables eran el organismo y el cerebro de un jefe Técnico? Abajo, en los niveles de los trabajadores, reinaban terribles presiones, soportables sólo por seres toscos, y las temperaturas llegaban a fluctuar hasta un grado en más o en menos.

Se estremeció mientras bajaba, sintiéndose tentado de regresar a su cuarto para dejar que Harri se hiciera cargo del problema. Era evidente que Harri escurría el bulto porque estaba espantado; ahora, si algo salía mal, los Olgarcas considerarían responsable a Tomson. Suspiró y aumentó la velocidad de bajada.

Los niveles pasaron, uno tras otro, señalados por el indicador acústico. Cada uno correspondía a una categoría en la sociedad de Hispan. Después de las diez secciones de Técnicos inferiores se pasaba por los niveles de almacenamiento, las filas de

incubadoras, los generadores auxiliares de energía. Luego se pasaba por los atestados barrios de trabajadores, las fábricas donde se sintetizaban las pastillas alimenticias, los niveles de las máquinas pesadas y las llamas eternas de las trituradoras atómicas.

Había otros que subían y bajaban en el campo de fuerza del tubo conductor. Todos le saludaron cuando pasó, algunos con la breve inclinación de cabeza de los iguales, otros con respetuosos saludos de diversos grados de humildad, según el nivel correspondiente. Contestó mediante gestos adecuados a cada caso... y de repente casi se dobló en dos.

Un joven acababa de salir a la plataforma del nivel del comedor de los Trabajadores y accionaba su resistencia para subir por el tubo conductor. Era alto y bien formado, no esmirriado y de frente prominente como Tomson, ni torpe y pesado como los trabajadores. Se movía con tranquila soltura, y su cabello leonado parecía casi radiante. Sus rasgos eran aristocráticos y finos; habrían parecido arrogantes, a no ser por la sonrisa franca y despreocupada que dirigía tanto a Trabajadores y Técnicos como a sus iguales, para escándalo de sus compañeros Olgarcas.

Correspondió a la respetuosa genuflexión de Tomson con la misma mueca y desapareció, como una visión leonada, para subir hasta el más alto plano olgárquico. Tomson se irguió, tan confuso que olvidó el correspondiente y meticuloso movimiento de cabeza para con el siguiente Trabajador que le saludó con humildad.

¿Qué hacía Beltan, un Olgarca, en los niveles de los trabajadores? Naturalmente, no incumbía a un Técnico, aunque fuese jefe, ocuparse de las idas y venidas de los Olgarcas; pero era poco frecuente y exigía razones muy graves, que algún miembro de la casta gobernante se dignase dejar sus parques y palacios. Tomson comprendía que Beltan era diferente de sus compañeros. En presencia de otros, como por ejemplo Gano, el sombrío y melancólico jefe, se ponía en su lugar y se sentía seguro. No le ocurría lo mismo con Beltan.

El joven Olgarca rubio siempre metía las narices en los rincones y escondrijos de todos los niveles. Por ejemplo, había pedido a Tomson algunas informaciones técnicas y científicas que jamás interesaron a sus pares. Incluso, en algunas ocasiones, hablaba con un Trabajador. Esto era algo inaudito, y Tomson lo desaprobaba con todas sus fuerzas. Todos debían ajustar sus actividades a las costumbres y al rango, incluso los Olgarcas.

El suelo del gran pozo pareció subir al encuentro del Técnico. Era tal su confusión, que apenas tuvo tiempo de accionar la palanca y frenar con suavidad. Había llegado al término de su caída de novecientos metros.

Tembló y recogió sus delgadas prendas alrededor de sus huesudos hombros, Tosió ligeramente. Su piel sensible padecía la insoportable diferencia de temperatura de aquella profundidad. Estaba seguro de que hacía un frío de un grado y medio por debajo de la temperatura corporal, la única que proporcionaba a su organismo una sensación de comfortable bienestar.

Harri le esperaba al fondo del tubo conductor. Sus afilados rasgos traicionaban su angustia, así como su alivio cuando apareció el jefe Técnico. Ahora la responsabilidad ya no pesaba sobre sus hombros. Como todos los Técnicos inferiores, Harri sólo podía soportar lo mínimo de una actividad tan pesada como el pensamiento y la iniciativa independientes. Pertenecía a la casta que trataba directamente con los Trabajadores, ordenaba sus operaciones, dirigía sus actividades. Eran la rama administrativa, mientras que los jefes Técnicos sólo realizaban tareas ejecutivas: proyectaban, experimentaban, realizaban descubrimientos científicos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Tomson con severidad—. ¿Ha de ser alejado un jefe de sus importantes meditaciones sólo porque usted es demasiado perezoso para resolver el problema?

Harri tenía un tic nervioso. Casi todos los técnicos de ambas clases sufrían de lo mismo. El sistema nervioso presentaba un desarrollo excesivo en comparación con sus centros musculares y vasculares. Sus ojos miopes parpadearon rápidamente, y sus brazos y piernas se agitaron de un modo incontrolado.

—Lamento haber interrumpido sus meditaciones, Tomson —se disculpó con humildad—. Es que se ha presentado una dificultad. Usted mandó que una brigada barrenara nuevas zonas de roca subyacente. Yo estaba a cargo.

—¡Lo sé..., lo sé! —gruñó Tomson con impaciencia—. Necesitamos más combustible para las trituradoras atómicas. Continúe.

—En seguida, Tomson —se apresuró Harri—. Siguiendo el procedimiento correcto, encendí el rayo penetrante antes de dar la orden de barrenar. A veces ocurre que los estratos de roca tienen inclusiones de materiales a los que podemos dar otro uso. Le aseguro que mi corazón casi cesó en sus funciones primordiales ante lo que reveló el rayo. Interrumpí la obra y acto seguido me puse en contacto con usted. Se trata de un problema que sobrepasa mi esfera de acción.

—¿Qué ha podido asustarle al punto de hacerle perder todas sus facultades? —preguntó Tomson, despectivo.

—Usted mismo ha de comprobarlo. ¡Mire!

Se hallaban debajo del nivel más bajo. Durante el curso de miles de años, a medida que Hispan necesitaba cada vez más energía para llevar a cabo sus proyectos, la roca que servía de fundamento a la ciudad fue horadada gradualmente, a profundidades cada vez mayores. La roca era barrenada mediante electro-disonancias desintegradoras; el polvo resultante iba a las trituradoras atómicas. Allí, en hornos acorazados, los electrones eran separados de las cortezas atómicas, y su destrucción proporcionaba energía a las poderosas máquinas que daban vida a la ciudad.

Dentro de la caverna recién empezada, abierta en la cuarcita resplandeciente, estaban unos cuarenta Trabajadores. Eran hombres poderosos y fornidos, más altos que los Técnicos intelectualizados, y sus cuerpos eran nervudos y de voluminosa musculatura. Esperaban inmóviles junto a las taladradoras y las máquinas de barrenar, aguardando pacientemente a que sus jefes acabasen de discutir. Si tenían que esperar varias horas, no importaba. Nada importaba. Todo era rutinario. Cumplían su turno y regresaban al nivel del comedor; comían en silencio sus pastillas, en largas barracas comunitarias; se trasladaban a los cuartos de apareamiento, realizaban los actos necesarios; subían luego al nivel de recreo donde, durante breves y preciosas horas, conversaban, discutían, bromeaban, contemplaban selecciones de audiovisuales, comedias inocuas que les hacían reír sin pensar. A una señal se encaminaban a la unidad de descanso, para ser despertados por otra señal y reanudar el ciclo infinito. El dedo de Harris se dirigió al mecanismo de mando del rayo penetrante y lo puso en marcha. La máquina vibró y emitió una luz azul. La roca pareció desaparecer ante ella, o hacerse transparente como el cristal más puro. Tomson miró y, contra su voluntad, experimentó una violenta sorpresa. No era correcto que un jefe Técnico se mostrase asombrado en presencia de sus inferiores.

El vago contorno de una pirámide perfecta apareció por entre los estratos sedimentarios. En ella aparecía un pasadizo obstruido por material de aluvión y piedra desmenuzada. El extremo del mismo daba a una cámara. Avanzó con rapidez, calibrando el enfoque del rayo para ver con claridad lo que aquélla contenía.

Se trataba de dos cuerpos yacentes, uno tendido en un nicho, envuelto en metal brillante, y el otro doblado sobre sí mismo en el suelo de piedra como si hubiera caído sin darse cuenta. A juzgar por su fisonomía y sus ropas, ninguno de los dos era un hombre de Hispan. Parecían extraños de otro mundo, preservados hasta el más nimio detalle, a tal punto que parecían dormidos, pero evidentemente, estaban muertos. Un gas amarillento y ligeramente iridiscente llenaba la cámara.

Tomson arrugó su nariz atrofiada. El delicado instrumento situado junto al aparato de rayos fluctuaba de un modo atroz. Poderosas radiaciones se filtraban a través de las capas de roca. Se le escapó una exclamación de desconcierto, sumamente impropia. En un rincón de la cámara amurallada vio la sombra de una bolita, por cuyas aberturas salían minúsculos haces resplandecientes. ¡Radio metálico, cuyos átomos se descomponían a lo largo de incontables siglos, emitiendo sin cesar haces de rayos alfa, beta y gamma!

—¿Qué haremos? —preguntó Harri, preocupado.

A esto, Tomson dejó caer los hombros. Le habría gustado no tener la responsabilidad de la decisión. ¿Debía llamar a Gano, el jefe de los Olgarcas, para pedirle instrucciones ante este imprevisto? Irguió su frágil cuerpo. ¡No! Aquello era de su incumbencia; él mismo debía solucionarlo.

Intentó que su voz sonara firme al dar lo que consideró unas órdenes enérgicas.

—Taladre las capas externas de roca, Harri, y luego la pared interior de la cámara. Pero tenga cuidado de no dañar nada del interior. Tendremos que estudiar los cuerpos de estos seres extraños, que han permanecido enterrados quién sabe cuánto tiempo bajo los cimientos de Hispan.

Harri dio órdenes. Los Trabajadores pusieron manos a la obra, obedientes. Las taladradoras zumbaron y trituraron la dura piedra como mantequilla derretida; las máquinas de barrenar convirtieron las capas circundantes en polvo impalpable, que fue absorbido en seguida por bombas de vacío y conducido a las trituradoras atómicas para convertirlo en energía.

—¡Basta! —gesticuló Harri.

Las taladradoras retrocedieron, las máquinas de barrenar se detuvieron y cedió la última capa. La cámara quedó expuesta ante sus ojos.

Los restos de gas amarillo salieron en remolinos y se dispersaron en partículas aisladas. El aire entró y bañó las figuras inertes. A una orden, un Trabajador se acercó pesadamente al globo de radio, lo echó en un recipiente de plomo y colocó la tapa. No importaba que durante esta operación su mano fuese quemada por las radiaciones letales.

Harri quedó boquiabierto. Los ojos casi se le salieron de las órbitas; los tics nerviosos agitaban sus facciones.

—Mire, Tomson —jadeó débilmente—. ¡Están vivos!

Tomson notó que la transpiración empezaba a cubrir su frente calva, pese a ser la temperatura inferior en más de un grado a la que estaba acostumbrado. Los Trabajadores daban muestras de inquietud; se leía alarma en sus rostros ceñudos. El jefe Técnico supo conservar su presencia de ánimo y les ordenó que se retirasen a sus cuarteles, sin esperar a que terminase el turno. Era una orden sin precedentes, pero el mismo calificativo merecía aquella situación.

Los Trabajadores se retiraron a toda prisa, se arrastraron hasta el tubo conductor y subieron rápidamente a sus comedores comentando lo que habían visto.

Tomson y Harri se quedaron solos para vérselas con aquellos resucitados de entre los muertos.

Sam Ward fue el primero en quien se reanudaron los procesos vitales interrumpidos. Había estado sometido a las influencias narcóticas menos tiempo que Kleon. A medida que se disipaban los gases conservadores, y el aire fresco y puro ocupaba su lugar, abrió los ojos. Bostezó. Aún inconsciente, se desperezó. Ignoraba lo ocurrido. Durante los primeros segundos pensó, sencillamente, que había despertado de un descanso muy profundo y saludable.

Luego parpadeó. ¿Estaba soñando? ¿Dónde diablos estaba? ¿Quiénes eran aquellos seres extraños que le miraban como a un insecto de especie desconocida? Se fijó en el hombre tendido de la armadura. ¡Se movía! ¡Estaba sentándose!

A Sam se le escapó una exclamación al recordarlo todo: San Felipe, Juan, la selva, la pirámide, los mayas, su entrada en aquella cueva, la trampa, luego... la oscuridad...

Se puso en pie con rapidez. Sacó el revólver de la funda y apuntó.

—Muy bien —dijo ásperamente—. ¿Qué es este baile de máscaras?

La pregunta iba dirigida a las dos figuras extrañas que tenía delante. Esa selva no paraba de arrojar gente rara. No eran mayas ni de ninguna de las razas humanas que conocía. Sin mencionar las complicadas máquinas que veía al fondo de la caverna. Sabía lo suficiente de física y técnica para comprender que eran muy adelantadas en comparación con los conocimientos del año 1937.

Tomson meneó la cabeza, pensativo. Aquello era asunto de Gano. Su cerebro razonaba con agudeza. Al fin y al cabo, él era jefe Técnico. Conocía un poco la historia del mundo en los oscuros días antes de la catástrofe y el aislamiento de Hispan bajo una película protectora. Aquellos individuos eran primitivos, emparedados de algún modo en la cámara subterránea recubierta por los estratos de siglos. La esfera de radio y el gas recién disipado habían conservado intacta, aunque estática, la vida.

Tampoco le sorprendió que el desconocido hablase una variante arcaica de la lengua de Hispan. Antes de su muerte, la Tierra poseía un idioma universal. En cuanto a la pieza metálica que tenía en la mano, evidentemente, era un arma. Sin duda, su orificio proyectaría balas macizas. No tenía miedo. La clase técnica no conocía el miedo. Además, le habría bastado tocar la palanca de la máquina de barrenar que tenía al lado para que el extranjero, su arma y todo lo demás fuesen pasto de los generadores de energía.

—¿Baile de máscaras? —repitió lentamente—. No entiendo esa palabra. Pero usted nos va a dar muchas explicaciones..., usted, su compañero y este lugar donde reposaban como muertos. Dejaré el interrogatorio en manos de Gano.

Sam Ward bajó el arma. Le sorprendió el acento chapurreado y extraño del hombrecillo de frente alta y calva. La prenda de material brillante que vestía le dejó boquiabierto. Hablaba un inglés bastante comprensible, pero...

En ese momento, Kleon se puso ágilmente en pie y requirió su corta espada macedónica. Parecía un dios entre los mortales, con su rubia cabellera y sus serenos ojos azules que lo abarcaban todo de una sola mirada. Así pues, esto era el futuro, diez mil años después. Los gimnosofistas del Techo del Mundo no habían mentido. Se sintió decepcionado, algo desdeñoso. ¿Así eran los seres del futuro? ¿Podía un griego de la época de Alejandro, empapado de Aristóteles y Esquilo, encontrar compañía adecuada entre aquellos seres delgados y débiles que estaban ante él?

Luego su mirada se cruzó con la de Sam Ward. ¡Ah!, éste era un hombre diferente. Observó con agrado su estatura y anchos hombros, las muestras de fuerza y desarrollo muscular, la firme mirada gris de sus ojos, la frente ancha. Éste era un hombre capaz de luchar con alegría y de juzgar sabiamente, una mente sana en un cuerpo sano.

Sam estaba confuso. Quetzal había resucitado. Los demás... Aquello era como una pesadilla. Se volvió hacia Kleon.

—¿Quién diablos es usted... Quetzal, maya o qué?

Kleon le contempló serenamente. Aquel idioma le sonaba extraño, a decir verdad un poco bárbaro, con sus consonantes ásperas y la ausencia de vocales claras. Pero entendió dos palabras... Quetzal, maya. Aquellos cimerios cobrizos en cuyas remotas playas había naufragado su trirreme se llamaban a sí mismos mayas, le habían llamado Quetzal y se habían postrado para adorarlo.

—Desconozco tu idioma, amigo de un futuro que es presente —dijo con ecuanimidad—. Pero entiendo las palabras Quetzal y maya. Los bárbaros me llamaban Quetzal, aunque

no sé por qué. Pero yo soy Kleon de Atenas, compañero del poderoso Alejandro, cuya nave fue arrastrada hasta una costa extraña. No hubo retorno; Hotep y los esclavos egipcios quemaron la nave. No procedía que un griego se pudiera el resto de sus días entre los bárbaros. Por tanto, practiqué cierta magia que aprendí de los gimnosofistas y dormí hacia el futuro, esperando hallar en él seres más adecuados para tratar con un ateniense. Han debido pasar diez mil años. Extranjero, confieso que tu presencia me desconcierta, mientras que esos dos me parecen indignos de mi atención, ¿Son acaso tus esclavos?

Sam Ward ni siquiera se dio cuenta de que había guardado el revólver en la cartuchera. Aquello estaba resultando demasiado increíble. Primero, dos alfeñiques que hablaban un inglés deformado pero que, evidentemente, pertenecían a una civilización avanzada. Y ahora el dios de la armadura brillante, resucitado de entre los muertos, hablando en griego antiguo de cosas totalmente imposibles. Sam había estudiado griego en la universidad y reconoció los largos períodos, el poderoso ritmo del más noble de los idiomas.

Sacudió la cabeza para despejar su desconcertado cerebro. ¡Diez mil años después! Eso representaba ocho mil años para él. ¡Santo cielo! ¿Había dormido tanto? ¿Estaban ante los representantes de tan lejano futuro? Abrió la boca para hablar, apelando a su griego casi olvidado.

Pero Tomson opinaba que ya habían perdido demasiado tiempo. Había comprendido la lengua del hombre de las ropas de fibra áspera, pero no la del que vestía brillante metal.

—¡Basta! —interrumpió, perentorio—. Este asunto debe resolverlo Gano, el jefe de los Olgarcas. Acompáñenme.

Sam recobraba su presencia de ánimo. Las sienes le latían ante la increíble aventura que se le presentaba.

—Bien —dijo—. Llévenos adonde está Gano.

Pero Kleon no se movió. Aunque no había comprendido las palabras de Tomson, el gesto era inequívoco: no recibía órdenes de un esclavo.

Sam adivinó su pensamiento y sonrió.

—Todo va bien, amigo Kleon, alias Quetzal —tradujo lentamente al griego—. Estos hombres pertenecen al futuro de que me hablaste. No son mis esclavos. Yo mismo soy de otro tiempo, unos dos mil años después de ti. Me llamo Sam Ward y mi país, los Estados Unidos, no existía en tu época. Caí en tu pirámide y quedé dormido a tu lado. Creo que ellos no quieren hacernos daño.

El rostro de Kleon se iluminó de júbilo, aunque expresaba al mismo tiempo algo de desconcierto.

—Hablas griego, Sam Ward, aunque al modo bárbaro. Tu pronunciación es defectuosa, y equivocas las declinaciones.

Sam sonrió irónicamente al oír esto. Sus profesores de la universidad habían puesto sumo cuidado en inculcarle tal pronunciación y tales declinaciones. Le aseguraron que representaban el auténtico griego de Ática en toda su pureza.

—En cuanto a que puedan hacernos daño —se irguió con orgullo Kleon, señalando su espada y su jabalina—, estas excelentes armas mías serán protección suficiente contra seres tan nimios como estos hombres del futuro.

Sam era más consciente. Sospechaba que incluso su revólver de seis tiros, con su reducida potencia de fuego, no podría hacer frente a las inconcebibles armas existentes en el año 10000 de nuestra era. El acero pavonado de poco podía servir en tal situación. Pero, naturalmente, Kleon no conocía sino la espada, la lanza y el arco.

Siguieron a la pareja. Tomson y Harri, a pesar de su aspecto enclenque, daban cierta sensación de poder y comprendieron que no sería inteligente oponerse. Llegaron al gran tubo conductor. Sam contempló el orificio circular y el pozo de casi mil quinientos metros y

reflexionó. ¿Cómo pensaban trepar por aquellas paredes lisas y fríamente resplandecientes?

Tomson sacó unos cinturones de reserva e indicó a los dos forasteros que se los pusieran.

—Hagan lo que yo y no teman —dijo.

Sam accionó obedientemente la palanca, Kleon comprendió e hizo lo mismo. Sam Ward no pudo contener un grito de sorpresa; Kleon invocó a Hermes, dios de la rapidez. Fueron catapultados hacia arriba a una velocidad estremecedora.

Mientras subían, Sam entrevió una poderosa civilización: plataformas que conducían a pisos atestados de apiñada humanidad; enormes máquinas que resplandecían y vibraban y giraban; salas enormes; hectáreas de visiones extrañas; laboratorios; inmensos sectores de tumultuosa actividad, un piso tras otro, hasta que se mareó.

Luego, otros niveles, un mundo distinto. Abajo había visto una agitación febril, máquinas, técnica. Aquí había suaves prados verdes y brillantes de rocío bajo la luz artificial; flores extrañas y fragancia aún más raras; un lago interior suave y acariciante, azul cobalto, cálido y perfumado; edificios multicolores muy espaciados, de curvas elegantes y contornos armoniosos; personajes de noble aspecto que les contemplaban a través de pantallas transparentes con indiferencia, para volver luego a sus diversiones.

De súbito, el terrible viaje concluyó. Tomson gesticuló y puso la palanca en posición neutral. Sam y Kleon hicieron lo mismo. Harri los había dejado al llegar al nivel de los Técnicos inferiores. Sólo los jefes Técnicos podían conversar con los Olgarcas.

Frenaron hasta detenerse y salieron a una plataforma de aterrizaje. Por un instante espantoso, Sam creyó que caía, que descendería otra vez los mil quinientos metros que había recorrido. Sus músculos se relajaron al pisar suelo firme.

Tomson les hizo seña de que le siguieran. Se abrió un panel decorado al fresco y entraron.

Una exclamación se escapó simultáneamente de labios del griego antiguo y del norteamericano de época intermedia. Sam parpadeó. Al principio creyeron hallarse bajo un cielo de radiante color. Sobre ellos se extendía una bóveda parecida al firmamento, con estrellas brillantes y una luna de plata que seguía su lenta órbita de un lado a otro. Luego comprendió lo que era. Se trataba de un simulacro astuto y magnífico del antiguo cielo, sobre una cúpula movida por mecanismos invisibles a semejanza de los planetarios del siglo XX. Ello significaba que aquel edificio, ciudad, mundo o lo que fuera, se hallaba totalmente aislado del resto de la Tierra... era un cosmos autárquico y cerrado.

Sam no tuvo más tiempo para pensarlo. Tomson les indicó que subieran a un vehículo de metal blanco y de forma aerodinámica. Así lo hicieron. A un contacto sobre una palanca despegaron, elevándose lentamente en el aire, para seguir luego en vuelo rasante a una velocidad que Sam calculó en unos ochocientos kilómetros por hora. Pero no vio motor, mecanismos ni hélices. Tampoco el viento los azotaba como sería de esperar. Sam supuso que, de algún modo, el extraño vehículo acarrearba un colchón de aire.

Kleon se acercó con la mano fuertemente apretada sobre la espada. Aquella magia excedía de sus conocimientos. Sam le dedicó una sonrisa de aliento.

—En mi época tuvimos algo parecido —explico—. Es mejor que los caballos y los carros.

Entre ambos se había establecido una comprensión. Se sentían más semejantes entre sí que con respecto a Tomson, representante del futuro. Y Sam podía hablar griego aunque imperfectamente.

El norteamericano se asomó, maravillado. Sobrevolaban un paraíso. En todas partes, hasta el confín de la cúpula, había mansiones blancas, espléndidos parques, lagos artificiales límpidos y diáfanos; vehículos rasantes como el de ellos transportaban a jefes

de elevada estatura, de porte digno, muy distintos del Técnico que les acompañaba. No se veía ni rastro de máquinas o generadores, ni tampoco grupos de obreros como en los niveles inferiores.

—Adivino que esto no me gustará —murmuró Sam entre dientes.

Pero no hubo tiempo para más comentarios. El vehículo conductor perdió altura y planeó hasta posarse frente a un edificio suntuoso, azul y oro. Estaban en un gran parque. Las fuentes murmuraban y se oía música suave; árboles de flores anaranjadas se mecían a impulsos de una suave brisa.

Bajaron serenamente. Tomson subió a una plataforma oblonga de metal rojo y se volvió hacia la fachada del edificio haciendo una genuflexión. Sam le miró, ceñudo.

Kleon asintió con una sonrisa satisfecha.

—Sabía que era un esclavo —se dirigió al extraño compañero con quien había llegado a aquel futuro—. Sólo un esclavo se inclinaría tan humildemente. Pronto conoceremos a su amo. Yo, un griego libre, soy igual a él.

Una voz salió del edificio.

—Entre, Tomson. Ha procedido con acierto.

La pared pareció girar sobre sí misma. Entraron y se cerró tras ellos.

5

Tomson dijo con aprensión:

—Disculpe esta intromisión, jefe de los Olgarcas. Pero éste era un problema que sólo usted podía resolver.

Sam y Kleon se mantenían algo alejados y orgullosamente erguidos. De la misma estatura que Sam, el griego era rubio y de ojos azules, de rasgos enérgicos, mientras el americano era más moreno, bronceado por el Sol, de mirada sagaz y mentón firme. Los separaban dos mil años de civilización, pero ambos eran hombres y en cierto sentido Tomson, a pesar de todos sus conocimientos y su intelectualidad, no lo era.

La mirada azul y la gris contemplaron serenamente a Gano, jefe de los Olgarcas, soberano de la ciudad de Hispan. Gano no se parecía a los demás Olgarcas que habían entrevistado durante la travesía. Era rechoncho, de cuerpo y miembros fuertes, cabeza maciza y rasgos irregulares. Su pelo era negro como la medianoche y su nariz saliente y aguilena. Pero su mirada era decidida y penetrante a la vez que impenetrable. Ocupaba un diván bajo, y sus dedos largos y delgados reposaban sobre un panel donde unos cuadrados de diferentes colores se encendían y oscurecían irregularmente. Un cuadro de mandos, intuyó Sam correctamente.

Gano asintió.

—Lo sé, Tomson —respondió con brusquedad, como persona demasiado ocupada para perder el tiempo en minucias—. He seguido su hallazgo y su llegada por el visor —se volvió para observar con atención a los dos hombres de una época pretérita. Arqueó sus pobladas cejas y agregó—: Uno de ellos habla una variante del idioma de Hispan. El otro no. Debemos solucionar esto.

Se volvió alzando un poco la voz.

—Beltan, acompaña a estos seres hallados en los cimientos de nuestra ciudad y enséñales el idioma para que podamos hablar cómodamente.

En un rincón de la larga y sencillamente amueblada estancia apareció otro personaje. Sam no había reparado en él. Era un joven, que se acercó a ellos con indiferencia. Sonrió, y todo su rostro se iluminó con el brillo de su sonrisa. Sam simpatizó en seguida con él. «Este joven me cae bien», pensó,

Beltan era un Olgarca, miembro de la clase gobernante, pero no parecía tomarse en serio su posición. Incluso le sonrió a Tomson. Esto confundió al Técnico. No era correcto, Conocía su lugar en el esquema de la sociedad, y Beltan debía hacer lo mismo. Kleon

aflojó la mano que empuñaba la espada. Él también reconoció a un hombre en aquel Olgarca del futuro, un hombre conforme a sus ideas.

«¡Qué parecidos son! Es extraño», pensó Sam. «El porte orgulloso de la cabeza, el cabello brillante y leonado, los rasgos clásicos bien definidos, la arrogancia de los que nunca han estado sometidos. Se entenderán bastante bien, aunque los separen diez mil años. En cuanto a mi —se encogió de hombros—, este Beltan me cae simpático. Pero Gano y los demás, toda esa gente, sospecho que...»

Con leve ironía, Beltan dijo:

—Acompáñenme, sobrevivientes de algún pasado remoto. Permítanme que les enseñe las complejidades de nuestro idioma. Entonces podrán juzgar si obraron con acierto al abandonar su época para conocer la noble jerarquía que es Hispan.

—A veces, Beltan, me aburren tus payasadas —cortó Gano.

El joven Olgarca hizo una reverencia. Sus ojos chispeaban.

—Noble Gano, a veces también me aburren a mí. Ése es uno de los castigos por haber nacido Olgarca.

Gano frunció el ceño y se volvió con rudeza al Técnico:

—Regrese a sus tareas, Tomson.

El jefe Técnico murmuró una excusa y huyó de la sala. En su rostro se leía el desconcierto. Sam sonrió. Pensó que el carácter de Tomson tenía buena parte de reaccionario de la época victoriana.

Kleon llevó aparte al norteamericano.

—¿Qué dicen? —murmuró.

—Dicen que nos enseñarán su lengua —le respondió Sam—. Yo ya la conozco un poco. Pero a ti quizá te resulte difícil.

Beltan los hizo salir de la cámara del consejo y los condujo a una sala lateral, en cuyas paredes se veían figuras abstractas estampadas en oro.

—¿Cómo piensa enseñar a mi reciente amigo Kleon? —inquirió Sam—. Es un griego de antes de mi época y no sabe nada de inglés.

—¿Inglés? —repitió Beltan alzando las cejas—. ¡Ah! Quiere decir hispana. Aprenderá tan pronto como usted, que tiene conocimientos elementales. Es posible que no conozca el inducto-enseñante.

Señaló un casco de metal que colgaba al extremo de un largo tubo transparente, cuyo extremo opuesto desaparecía en el techo.

Sam meneó la cabeza.

—Jamás oí hablar de él —confesó—. En mi época nos pasábamos la mitad de la vida aprendiendo cosas y la otra mitad olvidándolas.

Beltan se echó a reír.

—Nosotros, los Olgarcas, no perdemos el tiempo adquiriendo conocimientos. Los recibimos ya preparados. Los Técnicos trabajan y nosotros cosechamos los frutos. Es muy sencillo. El Olgarca hereditario, o usted en este caso, coloca su cabeza dentro de la cámara receptora. Unas ondas cortas de muy alta frecuencia, automáticamente sintonizadas con las ondas específicas de su cerebro, son emitidas a través del tubo. Éste llega hasta los cubículos de los jefes Técnicos. A una señal, el Técnico correspondiente conecta la unidad emisora a su propio cerebro. Se concentra en el tema que se desea estudiar. Sus pensamientos, convertidos en impulsos eléctricos, se transmiten al cerebro de usted y dejan las huellas convenientes en sus caminos neuronales. Ya está, usted ha aprendido bien y sin dolor.

Sam estaba impresionado.

—¿Los Técnicos aprenden igual?

Beltan se mostró sorprendido.

—¡Claro que no! Esto es sólo para Olgarcas. Entre, Sam Ward.

Sam vaciló, sonrió y metió audazmente la cabeza bajo el casco. Beltan realizó los ajustes necesarios. Luego pulsó los botones de un cuadro de instrumentos.

Al principio, Sam notó un suave cosquilleo, una especie de masaje en el cráneo. Luego las palabras empezaron a penetrar en su conciencia, pensamientos ajenos al suyo. Su mente ya no le pertenecía; la dominaba un idioma extraño... palabras semejantes a las que conocía, pero extrañamente distorsionadas, chapurreadas, despojadas de sílabas innecesarias. Le invadió la convicción de que así era más correcto y adecuado, de que el idioma antiguo era un anacronismo inservible para el uso moderno.

Cuando Beltan le indicó que se quitara el casco, Sam hablaba hispana, el inglés del siglo XCVIII.

—Ya está —afirmó el Olgarca—. Todo es muy sencillo. Y ahora Kleon, llamado el griego, hará lo mismo.

Kleon era muy valiente pues, de lo contrario, no habría metido la cabeza sin vacilar dentro del casco. Estaba seguro de que aquello era una magia poderosa, más poderosa que los sortilegios de los gimnosofistas. Aristóteles y Zenón jamás habrían aprobado tales prácticas bárbaras. Pero entró...

6

Los cuatro hombres, Gano, Beltan, Sam Ward y Kleon regresaron a la cámara del consejo y se sentaron. Ahora se entendían, hablaban el mismo idioma. Pero sus procesos mentales eran distintos por completo. Esto no podía evitarse. La herencia, el medio ambiente, las costumbres, la educación y la lenta formación de toda una vida no podían modificarse en un instante, ni siquiera mediante las maravillosas ciencias de Hispan.

Gano se mostró condescendiente. Primero escuchó con paciencia el relato del griego y luego la historia del norteamericano. Para él eran salvajes primitivos de una época pretérita, interesantes en tal sentido pero totalmente inferiores a los Olgarcas y Técnicos de Hispan. Pero de todos modos escuchó la prolija crónica de las civilizaciones anteriores, de las glorias de Grecia y la marcha de Alejandro a través de Asia, de la literatura y el teatro en aquella antigua confederación de ciudades-estado. Le hicieron sonreír las ingenuas concepciones científicas que Kleon expuso; en cambio los conceptos de los filósofos griegos le impresionaron sobremanera.

Escuchó con más escepticismo y cierto disgusto impaciente el relato de Sam sobre el mundo del siglo XX. Quitó importancia a la gloria específica de aquella época —el progreso de la ciencia— como simple paso vacilante hacia el futuro. Pero las narraciones de guerras, codicias y conflictos humanos, del desperdicio y la increíble frivolidad, de los bosques y los recursos minerales despilfarrados, de la guerra mundial y la Sociedad de Naciones, de los campos de concentración y la locura de España, le arrancaron una mueca de repugnancia.

—No es extraño que el mundo muriera poco después de su época —dijo lentamente—. Su siglo veinte fue una regresión, una recaída en el barbarismo inútil, comparado con la era más noble de Kleon.

Sam se molestó al oír esto. A ningún hombre le gusta que su propio siglo sea criticado y otro alabado en su lugar, especialmente si quien lo hace no es oriundo de ninguno de ambos.

—Quizás he sido más exacto que Kleon en mis descripciones —se defendió, acalorado—. Por ejemplo, él no ha mencionado la esclavitud que existía en su época, y que era el fundamento en que se basaba la civilización.

—No veo nada malo en ello —declaró Kleon con dignidad—. Es justo que aquellos cuyos cerebros son opacos y tienen espaldas fuertes sustenten a quienes pueden crear grandes pensamientos y meditaciones. ¿Acaso Hispan no tiene sus esclavos, sus Técnicos y Trabajadores, para que viva la flor de los Olgarcas, como Gano y Beltan?

Gano no movió un solo músculo de su rostro, pero Beltan echó atrás la cabeza y rió.

—¡Por los cien niveles de Hispan! En esa época remota los griegos ya conocían el arte de la adulación. Pero se equivoca, amigo Kleon. No son esclavos; son castas de la sociedad, cada una de las cuales tiene sus deberes estipulados con exactitud. Hispan no habría subsistido mucho tiempo sin esa distribución estricta y eficaz. Tanto los Trabajadores como los Técnicos están contentos con su suerte —sonrió con amargura—. La insatisfacción es el último privilegio de los Olgarcas.

—Más bien es tu privilegio particular, Beltan —intervino Gano fríamente—, En nuestra clase, nadie más experimenta necesidad de una emoción tan primitiva. A veces pienso que eres anormal; un mulante, no un auténtico Olgarca.

Sam se dirigió al jefe de los Olgarcas.

—¿Cuál es la verdadera función de los Olgarcas en la sociedad de Hispan? —preguntó con cierta ironía—. Por lo que entiendo, los Técnicos supervisan y crean los sistemas científicos gracias a los cuales vive la ciudad; los Trabajadores prestan su energía y sus músculos para que aquéllos funcionen. ¿Y los Olgarcas?

Gano frunció el ceño.

—Vivimos —respondió, lacónico—. Somos la justificación de las creaciones de los Técnicos y los esfuerzos de los Trabajadores. Somos la flor, mientras ellos representan las raíces, los tallos y las hojas. Ellos trabajan para que nosotros podamos disfrutar.

Kleon asintió:

—Hispan no está tan lejos de Atenas —dijo—. Su sistema tiene muchas cosas buenas.

Sam apretó los dientes:

—Ésa siempre ha sido la justificación de la esclavitud, incluso en esta época futura. ¿Alguna vez se le ha ocurrido pensar que a los esclavos, se llamen Técnicos, Trabajadores, ilotas o lo que sea, también les gustaría vivir?

—Están contentos, son felices —respondió Gano suavemente—. Si quiere, pregúntele a Tomson si éste no es el mejor de todos los mundos posibles.

Beltan se inclinó hacia delante.

—Sam Ward, ¿ha olvidado lo que nos contó acerca de su mundo? —preguntó burlonamente—. ¿Qué eran los Trabajadores, sino esclavos? Esclavos que trabajaban a disposición de otros, que sudaban muchas más horas que los Trabajadores de Hispan, que morían de hambre en épocas de depresión y también morían de hambre, aunque más lentamente, cuando estaban empleados. Que iban a la guerra para luchar y matar en beneficio de otros. ¿Acaso no existía su clase técnica, que estudiaba en los laboratorios y creaba inventos nuevos a beneficio de sus ricos, sus Olgarcas?

—Sí, supongo que sí —reconoció Sam de mala gana—. Pero al menos eran libres para trabajar o negarse a hacerlo.

—Querrá decir, para morir de hambre —la ironía desapareció de la voz de Beltan y una impetuosa sinceridad se dejó entrever entonces—. No es la situación de los Trabajadores y Técnicos lo que importa. En Hispan están bien cuidados, desempeñan su trabajo y están felices y contentos. No, es la situación de los Olgarcas, los señores de Hispan, lo que me preocupa. Gano prefiere creer que está realizando una función necesaria. Los jefes Técnicos escuchan con respeto sus órdenes, le obedecen. Pero la ciudad prosperaría igual aunque Gano no ordenase nada. En cuanto a los demás, ni siquiera podemos aumentar esa pobre ilusión. Nos sentamos, perdemos el tiempo, nos envolvemos en prendas finas, escuchamos buena música, comemos alimentos exquisitos, nos divertimos y discutimos con frases sonoras, nobles y vacías. Somos parásitos, seres sin utilidad, innecesarios. Somos excrecencias del cuerpo político. La ciudad podría prescindir de nosotros y seguiría su camino sin el menor contratiempo.

Gano se había puesto en pie y frunció sus espesas cejas.

—Hasta un Olgarca puede ir demasiado lejos, Beltan —dijo, amenazador.

Las aletas nasales de Beltan vibraron. Su mirada era desafiante. Luego se tranquilizó, con enigmática sonrisa.

—Tiene razón, Gano —murmuró—. Hasta un Olgarca puede ir demasiado lejos.

Kleon estaba desconcertado. Simpatizaba con Beltan, pero no comprendía su insatisfacción.

—Cuando los consuelos de la filosofía no sirven —intervino—, como ocurre algunas veces, siempre queda la búsqueda audaz de la guerra contra el bárbaro, el forastero.

El joven Olgarca replicó con tristeza:

—Excepto ustedes dos, no quedan bárbaros ni forasteros. La ciudad de Hispan es todo lo que queda del mundo.

Sam lanzó una exclamación.

—¿Quiere decir que Nueva York, Londres, París, los grandes países han desaparecido? ¿Cómo? ¿Por qué?

Beltan pareció no ver el ceño de Gano, y si lo vio, no le hizo caso.

—La historia no suele contarse y cuando se hace sólo es para los Olgarcas —respondió—. Pero como ustedes ya saben algo acerca del antiguo mundo exterior, no hay peligro en decírselo. Poco después de su tiempo, Sam Ward, aproximadamente hacia el siglo veintisiete, las naciones que entonces existían se hicieron cada vez mas fuertes dentro de sus fronteras. Fue el resultado lógico, aunque delirante, de las tendencias de la era de usted. Creo que sus temas fueron el nacionalismo y la autarquía. Según nuestros archivos, el proceso se aceleró —prosiguió Beltan—. Poco después las fronteras nacionales llegaron a ser demasiado rígidas. Las tendencias nacionalistas, los patriotismos, se hicieron más impetuosos, más localistas. Cada nación, interrumpido su comercio con otras, limitada por fronteras inexpugnablemente fortificadas, dependiente sólo de sí misma para su economía, descubrió que surgían disputas dentro de sus confines. Los fuegos del localismo, del odio a los extranjeros, del fervor patriótico, al no encontrar nada externo con que alimentarse, se volvieron contra sus propios elementos vitales. Los hombres de cada comunidad, circunscripción, estado o ciudad, vituperaron a los hombres de otras comunidades, se jactaron de su superioridad. Comenzó una guerra sanguinaria. Surgieron nuevos nacionalismos, nacionalismos y odios establecidos sobre unidades más pequeñas. Los campos quedaron abandonados, al ser devastadas las granjas y aldeas indefensas por los ejércitos de las ciudades enemigas. La gente se refugió en éstas, donde existían ciertas medidas de protección. Poco después surgió el grito: ¡Nueva York para los neoyorquinos! ¡Londres para los londinenses! ¡París para los parisinos!

Le tocaba a Kleon el turno de asentir. La historia, pensó era sólo una eterna repetición. Pues ¿qué estaba describiendo aquel Olgarca del futuro, sino la Grecia de Pericles y la guerra del Peloponeso?

—Poco después —prosiguió Beltan—, la guerra continuó a escala de ciudades independientes y poderosamente fortificadas. Las antiguas fronteras nacionales habían desaparecido; otras nuevas y mas estrechas las sustituyeron. Con el progreso de la ciencia, el alimento podía ser obtenido a partir de elementos inorgánicos. Se descubrió el secreto de la energía atómica. Las unidades políticas se hicieron cada vez más pequeñas y hostiles. Lucharon, pero las defensas eran inexpugnables. El campo no fortificado quedó totalmente abandonado, se hizo innecesario. Al correr de los años se convirtió en selvas o en extensiones desérticas. Todo comercio cesó. Las ciudades crecían en sentido vertical, en lugar de horizontal, encerradas como estaban en barreras insalvables. Generación tras generación se reforzaron esas barreras, dotándolas de los nuevos métodos científicos. Una de éstas encierra a Hispan, otrora una colonia de sus Estados Unidos, y hoy única superviviente de todas las ciudades abarrotadas que en otro tiempo proliferaron sobre la Tierra. Una coraza de metal neutrónico, indestructible por los medios conocidos de

nuestra ciencia, fue construida poco a poco alrededor de la ciudad. Nadie sabe cuan inenarrablemente gruesa puede ser. Nadie ha intentado penetrarla jamás.

Sam estaba aturdido. Intentó comprender toda la historia. Tuvo que admitir que hasta cierto punto era lógica. Aquellas condiciones ya existían en su época. ¡Pero pensar que todo el mundo había muerto, salvo la oculta ciudad de Hispan!

—¿Qué pasó con las demás? —insistió.

Vio la rápida mirada de advertencia que Gano le dirigía a Beltan, y notó que el joven vacilaba.

—Los archivos están algo mutilados en la parte que corresponde a esta época —admitió Beltan de mala gana—. Parece que, en algún momento del siglo cuarenta y uno, hubo un cataclismo. Un cuerpo del espacio ultraterrestre, que viajaba a gran velocidad, chocó contra la Tierra y destruyó buena parte de ella, asolando todas las ciudades. salvo Hispan.

—¿Por qué salvo Hispan?

—Porque nuestra ciudad era la única que poseía el escudo neutrónico. Ni siquiera el impacto de millones de toneladas podría penetrar su solidez.

—¿Y no se ha intentado explorar el exterior, investigar sus condiciones?

Gano se puso en pie de súbito.

—No hay salida —dijo con énfasis— y ustedes ya han preguntado bastante. Hemos sido muy pacientes con su primitiva ignorancia, pero esto debe terminar. Lo que Beltan les ha contado imprudentemente no debe salir de aquí —les amenazó—. Sólo los Olgarcas lo conocen. Ni Tomson, el jefe Técnico, ni los Trabajadores o los demás Técnicos tienen la menor idea de que exista un mundo, un universo fuera de la ciudad de Hispan. Para ellos nunca hubo Sol, Luna, estrellas ni la Tierra con otras ciudades y gentes. Éste es todo su mundo, todo el horizonte de sus vidas. Será mejor para ustedes que ellos no se enteren.

—Comprendo —respondió Sam, sombrío. Empezaba a comprender. Mediante un esfuerzo terrible logró contener la creciente ira que se apoderaba de él.

Pero Kleon, hijo de una época anterior y más sincera, no tenía inhibiciones.

—Yo soy griego —declaró con orgullo— y no me doblego ante hombre alguno. Mi palabra me pertenece y no está sometida a imposiciones.

Sam le dio un fuerte codazo. Aquel tonto valiente iba a crear problemas para ambos.

Gano los contempló con atención y luego se volvió hacia Beltan, como si no hubiera oído.

—Cuando se reúna el consejo decidiremos las medidas a tomar —afirmó—. Mientras tanto, que estos dos se alojen en tus habitaciones. Tú serás responsable de ellos.

Kleon llevó la mano a su espada. Sam apretó los labios. Con indiferencia por lo que pudiera ocurrir, sus dedos tocaron la culata del revólver. Sabía lo que significaban las palabras de Gano. Eran prisioneros. El griego había provocado tal situación con su desafío. Pero el tozudo guerrero le gustó aún más por su desatino. ¡Era un hombre!

Beltan dijo en tono extraño:

—Por favor, acompáñenme ahora mismo.

Sam se tranquilizó. En la voz del Olgarca había advertido el consejo de no resistirse. El delgado índice de Gano reposaba sobre un sector verde del cuadro de mandos. Sam adivinó que la menor presión desencadenarla sobre ellos una muerte abrasadora.

—O.K. —dijo, sirviéndose de una expresión antigua—. Vamos, Kleon.

Los tres subieron en silencio al coche que esperaba, recorrieron en silencio los bellos jardines del parque hasta un edificio pequeño y blanco cercano al centro de aquel nivel. Beltan los condujo en silencio hasta el interior y el panel móvil se cerró silenciosamente tras ellos.

Sam lanzó una rápida ojeada a su alrededor. Las paredes estaban desprovistas de adornos y los muebles eran sencillos. No había ventanas ni puertas, salvo la de entrada.

—Somos prisioneros, ¿no? —inquirió.

Beltan los miró con cierta compasión.

—Sospecho que algo peor —reconoció—. Su presencia en Hispan provocará conversaciones, preguntas. Más adelante podrían entrar en contacto con las demás castas. Ustedes saben cosas que ellos ignoran. Podrían sembrar descontento, insatisfacción. La paz y seguridad obligatorias de Hispan podrían quebrarse. Sobre todo usted, Sam Ward, tiene ideas subversivas. ¿No le gusta nuestra división del trabajo?

—No —respondió Sam sin rodeos.

Beltan suspiró.

—Me lo temía. En cuanto a usted, Kleon, es más comprensivo. Pero lo estropeó todo al desafiar a Gano. Sin embargo —meditó—, si admitiese que se precipitó al hablar, quizás harían una excepción a su favor.

Kleon le miró con sus sinceros ojos azules.

—¿Significaría eso tener que abandonar a Sam Ward?

—Sospecho que sí.

El griego se irguió como un joven dios.

—Entonces, nos enfrentamos juntos a nuestro sino.

—¿Aunque eso signifique la muerte?

—Aun así.

Beltan se volvió hacia el norteamericano:

—Y usted —preguntó—, ¿estaría dispuesto a jurar que su lengua quedará sometida a los Olgarcas? Recuerde que una respuesta negativa equivaldrá a una liquidación indolora. Yo no soy más que uno contra muchos. De cualquier modo defenderé su causa en el consejo, pero mis compañeros Olgarcas votarán en el mismo sentido que Gano.

Sam tragó saliva con dificultad, pero su voz no tembló:

—Kleon tenía razón —respondió con seguridad—. No somos esclavos. No podemos hacer semejantes promesas.

Beltan volvió a suspirar. Había una dolorosa admiración en aquel suspiro.

—Ambos son valientes —dijo—. Parece que esas épocas primitivas producían estructuras más resistentes que la actual. Pero morirán. No veo salvación.

Sam tocó su revólver. Miró significativamente a Kleon.

—Al menos moriremos luchando —afirmó.

Kleon hizo sonar su espada.

—Por Zeus y Ares —juro—, dices la verdad, amigo Sam. Nos llevaremos un buen número de esos Olgarcas al reino de los muertos.

—No podrán hacerlo —les aseguró Beltan—. Gano controla sus vidas con las puntas de los dedos. Una presión sobre el mando que tiene delante, y los rayos letales destruirán este edificio.

El revólver de Sam estaba en su mano y el frío cañón se apoyó en las costillas del Olgarca.

—Lamento tener que hacer esto —dijo rápidamente—, pero nosotros no nos rendimos así como así. Va a mostrarnos una vía de escape, Beltan, o morirá con nosotros.

El Olgarca miró a los dos hombres desesperados. Kleon había desenvainado la espada y la afilada punta se apretaba contra el otro costado de Beltan. Meneó lentamente la cabeza.

—No temo a la muerte —respondió con sencilla dignidad—. Estoy harto de diversiones sin sentido. Mátenme si quieren.

Sam retrocedió y guardó el arma. Kleon levantó la espada en un saludo.

—Usted también es un hombre —afirmó el norteamericano—. Creo que nosotros tres, si tuviéramos oportunidad, podríamos conquistar el universo.

Un rubor lento y desacostumbrado encendió los rasgos aristocráticos del Olgarca.

—Créame cuando les digo que soy su amigo —dijo con sinceridad, añadiendo con un gesto de desesperación—: Pero no hay escapatoria. No puedo ayudarles, Ningún rincón o escondrijo de Hispan permanece oculto a las pantallas investigadoras del consejo de Olgarcas.

—Si yo pudiera, no me quedaría aquí —declaró Sam con aspereza—. Su ciudad de Hispan me repugna, con su terrible sistema de castas y su horizonte limitado. Yo... prefiero la libertad y el aire libre, e incluso un poco de anarquía, donde los hombres sean seres humanos en lugar de ficciones sin alma en una sociedad jerárquica, por eficiente que sea. Debe haber un modo de salir.

—No lo hay —respondió Beltan, sombrío—. Los muros neutrónicos son insalvables. En el exterior, además de la desolación salvaje donde no vive hombre alguno, existen gases letales. Cianhídrico, monóxido de carbono, fosgeno, productos de la contaminación. La atmósfera ha sido destruida. Ni siquiera sabemos si queda algo de la Tierra o del Sol.

—Eso no es más que propaganda —afirmó Sam con una mueca—. Sus antepasados Olgarcas debían ser muy versados en ella. Algo me dice que ellos mismos forjaron ese cuento para conservar su posición. Si los Trabajadores, los Técnicos o incluso los Olgarcas mutantes como usted entrasen en contacto con otras formas de civilización, con otros sistemas, podrían hacer comparaciones nada favorables a Hispan.

El tono de Beltan fue rápido y cortante.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—Ninguna —admitió Sam—. Llámeme intuición, si quiere, o simplemente el recuerdo de métodos propagandísticos semejantes de mi siglo veinte.

La llama encendida en los ojos de Beltan se apagó.

—Sea como fuere —dijo con desánimo—, no hay forma de averiguarlo. No es posible atravesar los muros neutrónicos.

Kleon permanecía extrañamente silencioso, arrugando su despejada frente. De súbito levantó la cabeza.

—¿Existe en los confines de Hispan una montaña donde los titanes solían gemir inquietos? —preguntó, imperioso.

Beltan le miró.

—No comprendo.

—Se refiere a un volcán —explicó Sam.

—No, no existe.

—¡Por los Cíclopes! —gritó Kleon—. Hay un modo de escapar.

—¿Qué diablos...? —comenzó a decir Sam.

—Presten atención —prosiguió el griego con ímpetu—. La pirámide que Hotep construyó para que yo durmiera hasta este futuro estúpido se hallaba cerca de los flancos de un volcán.

—Es verdad —aseguró Sam—. Lo recuerdo. Pero ¿qué importa eso?

—Según la fórmula de los gimnosofistas, necesitaba los gases de una montaña humeante para mi sueño en la cámara. Los conduje mediante complicados pasos que llegaban hasta los fuegos centrales. Éstos afloraban a la cima de la montaña. Unas piedras abisagradas cerraron los pasos cuando la cámara quedó llena de gases. Sólo yo conozco su existencia y la de los resortes que permiten abrir una vez más. La pirámide ha quedado dentro de la ciudad y la montaña ardiente fuera. Escaparemos por esos pasos subterráneos que comunicaban la una con la otra.

Sam palmeó el hombro del griego.

—Kleon, eres un genio.

Luego le estremeció una idea que disipó su alegría.

—Vamos de la sartén al fuego —dijo con una mueca—. Ha dicho que los pasos conducen a los fuegos centrales. Eso significa el interior del cráter. Allí nos sofocaríamos o arderíamos hasta morir.

—Quizás hace mucho tiempo que la montaña calló sus quejas —respondió Kleon—. Y los hombres valientes sólo mueren una vez.

—¡Exacto! —sonrió Sam—. Vámonos ahora mismo. Aún tenemos los aparatos que nos dio Tomson. Con ellos podremos bajar por el pozo.

Tendió su mano a Beltan y agregó:

—Adiós, y ¡muchas gracias! Es usted el único hombre inteligente de Hispan.

La expresión del Olgarca era inescrutable.

—Todos los niveles comunicarán a Gano que ustedes bajan por el tubo conductor —dijo—. No podrán llegar a la pirámide enterrada.

—Nos arriesgaremos —repuso Sam.

—No lo permitiré.

Sam le miró con incredulidad.

—¿Quiere decir que nos traiciona? Creí que era amigo nuestro.

—Quiero decir —aclaró Beltan serenamente— que me voy con ustedes. Nuestros súbditos respetarán mi presencia.

—Es usted un buen amigo —dijo Sam con afecto—. Pero no debe hacerlo. Se metería en dificultades al regreso.

—No voy a regresar —explicó pacientemente el Olgarca.

—¡Uf! ¿Cómo es eso?

—Quiero decir que les acompañaré hasta el desconocido y nuevo mundo —sonrió, enigmático—. ¿No dijo usted hace un rato que nosotros tres, si tuviéramos oportunidad, podríamos conquistar el universo?

—Pero..., pero... —balbució Sam—. ¡Diablos! No puede hacer eso. Tenemos una probabilidad entre mil de pasar o sobrevivir si logramos hacerlo. ¿Por qué renunciar a todo...?

—Porque estoy harto de esta vida; porque al aire libre y en medio del caos quizás encuentre ese alma de la que hablaron; porque... soy su amigo.

Los tres hombres de tres épocas distintas se miraron con emoción. Sam sintió un extraño nudo en la garganta y habló roncamente:

—Entonces, será mejor que emprendamos la marcha... antes de que Gano nos siga el rastro.

Fue más fácil de lo que suponían. Siguiendo instrucciones de Beltan, subieron al vehículo aéreo y viajaron hasta el tubo; luego bajaron por el gran pozo con rapidez y precisión. A lo largo de los mil quinientos metros, se cruzaron con muchos Técnicos y Trabajadores a su paso, recibiendo humildes saludos y miradas curiosas, todo ello debido a la presencia del Olgarca.

Llegaron a la excavación, a la caverna abierta por las máquinas de barrenar. Harri, que ocupaba otra vez su puesto, observó con alarma aquella invasión sin precedentes por parte de un Olgarca. Pero Beltan se molestó en tranquilizarle con algunas explicaciones. Le dijo que los durmientes habían prometido enseñarle el método por el cual permanecieron intactos durante tantos siglos. Mientras tanto, no hacía falta que Harri y sus brigadas de Trabajadores permanecieran allí. Agregó con autoridad que debían guardar el secreto.

Pocos segundos después, aquel nivel estaba desierto.

—Ahora, oh Kleon —Sam sonrió—, busque su pasadizo.

Sam había notado las angustiosas ojeadas de Beltan a la pantalla visera instalada en el pozo.

Pasó un rato aún mas angustioso, hasta que el griego halló lo que buscaba. Un hueco minúsculo y casi imperceptible en la pared. La respiración contenida brotó simultáneamente de labios de los tres cuando una parte de la pared giró sobre sí misma, revelando un agujero. Recordando su experiencia anterior. Sam habría preferido averiguar si salían gases volcánicos calientes. Pero el Olgarca gritó de improviso:

—¡Pronto! ¡Corramos! ¡Nos han descubierto!

Se arrojaron de cabeza al siniestro túnel. Kleon se volvió y apoyó el hombro contra la piedra maciza. Ésta regresó silenciosa y suavemente a su posición anterior. Se agazaparon, jadeantes, en completa oscuridad.

¡Lo hicieron en el momento exacto! Empezó a oírse un zumbido grave que pronto se convirtió en un aullido insoportable.

—Gano ha conectado las máquinas de barrenar —gimió Beltan—. Destruirán el espesor de esta roca en pocos segundos.

Pero el estrépito de la energía destructiva cedió a un rugido más poderoso. Se oyó un terrible estampido, una conmoción demoledora. La roca tembló bajo sus pies. Luego reinó el silencio.

—La pirámide se ha derrumbado —les comunicó Kleon, eufórico—. Detrás de nosotros debe haber treinta metros de tierra y piedras. El regreso está bloqueado.

—Entonces, hay que ir hacia delante —respondió Sam procurando aparentar entusiasmo. Si el volcán todavía era activo, o si al paso de los siglos el cráter había quedado obstruido por la lava...

Fue una escalada larga, empinada y ardua en medio de una oscuridad total; nada se oía sino los gruñidos y maldiciones que lanzaban al tropezar a ciegas contra los bordes escabrosos. Arriba, siempre arriba, en una atmósfera fétida y sofocante.

El túnel se ensanchó de súbito y se vieron en el fondo de un inmenso cuenco. Sam levantó temeroso la mirada y lanzó un gran grito que retumbó en incontables ecos:

—¡Las estrellas! ¡Veo las estrellas!

En lo alto, enmarcadas en un firmamento limitado, aparecían minúsculos puntitos de luz, fríos e indiferentes. Hubo una explosión de júbilo delirante y bajaron a fuerza de uñas por los erosionados torrentes de lava de una era ya olvidada. El volcán estaba apagado. El aire era fétido pero respirable.

Luego contemplaron con ojos ávidos el escenario que les rodeaba. Era de noche y la brisa fresca agitaba sus cabelleras, desordenaba sus ropas. ¡Tres hombres de distintas civilizaciones, vestidos de diferentes maneras, unidos sólo por el lazo común de la evasión, salieron a un mundo increíble!

A un lado, ceñida por las cumbres de la Sierra Madre, se extendía una gran cúpula oscura. Abarcaba un kilómetro y medio, maciza, sombría, dominando hasta donde alcanzaba la mirada. ¡La ciudad de murallas neutrónicas de Hispan!

Allá lejos, a lo largo de las montañas, se extendía, al parecer sin principio ni fin, un inmenso yermo. No había rastro de vida, de habitación humana; nada sino una enmarañada vegetación que crecía salvajemente. No había una sola luz, un aeroplano, ni siquiera un bote en la oscuridad sin mareas del océano entrevisto a lo lejos. Hasta las estrellas eran extrañas, pues hablan desaparecido las viejas constelaciones.

Sam se estremeció. Hacía frío, pero no fue eso lo que le puso carne de gallina, ¿Y si la propaganda de Hispan fuese verdad? ¿Y si no hubiera otras ciudades ni otros seres humanos en esa jungla ilimitada ¿Y si...?

Se volvió hacia sus compañeros y sonrió.

—Al menos una cosa es segura: el aire es respirable —dijo alegremente—. Si en otra época hubo gases letales, hace mucho que se han evaporado o se han vuelto químicamente inofensivos —levantó la voz—. ¡Adelante, compañeros! ¡El destino nos aguarda!

—¡Adelante! —gritó el griego Kleon.

—¡Adelante! —exclamó el Olgarca Beltan.

Los tres hombres se volvieron decididamente hacia el este, cara al Sol naciente, y bajaron poco a poco de la montaña.

* * *

De los dos relatos de la «Astounding Stories» de septiembre de 1937, la serie *Galactic Patrol* no resiste la prueba del tiempo. Años después conseguí un ejemplar de la edición en libro y me senté a rememorar glorias pasadas... pero no estaban allí. El libro me pareció ilegible.

Pero cuando releí *Pasado, presente y futuro* para la confección de esta antología, el relato me gustó tanto como entonces.

Schachner era consciente de los peligros que ensombrecieron la década de los 30 y de la amenaza cada vez mayor de la Alemania nazi. Sus relatos estaban cargados de problemas sociales y él siempre iba a favor de los ángeles democráticos.

Yo los devoraba todos y ahora, al recordarlo, me alegro de haberlo hecho. Si el estilo de John Clark hubiera sido el único en impresionarme, me habría limitado de un modo tremendo. (Ahora pienso que si Clark escribió sólo dos relatos, sus razones habría.) Cuando me puse a escribir la trilogía de la Fundación, hubo veces en que la voz de Schachner resonó en mis oídos.

NOVENA PARTE 1938

Desde sus comienzos, el año 1938 trajo cambios tanto para mí como para el mundo de la ciencia-ficción. Escribí otra carta a «Astounding Stories» y fue publicada. (A partir de entonces y durante cerca de medio año, escribí una carta todos los meses y todos los meses fue publicada.)

Un condiscípulo de la escuela secundaria leyó la carta, recordó mi nombre, tomó nota de mi dirección y me escribió, invitándome a asistir a una reunión de la Liga de Ciencia-Ficción de Queens (o quizá fuera la central del Gran Nueva York).

Sea como fuere, encontré la manera de dejar la tienda (era el domingo por la tarde, cuando apenas entraban compradores) y asistí. Por primera vez me relacioné con otros lectores de ciencia-ficción. Conocí a un grupo de jóvenes que serían amigos míos durante muchos lustros, y que estaban destinados a hacerse famosos en el campo de la ciencia-ficción. Pongo como ejemplos a Fred Pohl, Richard Wilson, Donald A. Wollheim, Sara Moskowitz y Scott Meredith.

Tras nueve años de aislamiento, nunca más volvería a sentirme solo como aficionado a la ciencia-ficción.

La nota triste fue que la «Amazing» de Teck finalmente se rindió. El número de abril de 1938 fue el octogésimo noveno bajo la dirección de T. O'Connor Sloane y el último.

«Amazing Stories» no murió ni perdió comba, al menos de nombre. Fue comprada por Ziff-Davis Publications, y el número de junio de 1938 salió bajo un aspecto renovado. Habían cambiado la cabecera, y la cubierta (¡horror de horrores!) era una fotografía en lugar de un dibujo.

La «Amazing» de Ziff-Davis adoptó deliberadamente un nivel inferior en el estilo y los argumentos, buscando lectores jóvenes. Financieramente le fue bien. En octubre de 1938 comenzó a aparecer mensualmente, y hubo épocas en que tuvo la más alta circulación mensual alcanzada por una revista de ciencia-ficción.

Pero a mí me parecía una birria y me desagradaba mucho. Fue la primera vez que dejé de leer una revista de ciencia-ficción cuando podía hacerlo gratis. (En consecuencia, me resulta bastante incómodo confesar que mis dos primeras ventas, mis dos primeras obras publicadas y mis dos primeros cheques fueron con, de, en y por la «Amazing» de Ziff-Davis. De hecho, no me consideré un autor consagrado hasta que apareció mi tercer cuento publicado en las páginas de «Astounding».)

Pero el suceso arrollador de 1938 lo protagonizó John W. Campbell, Jr. Había asumido la dirección de «Astounding Stories» en octubre de 1937. No obstante, estaba a las órdenes de Tremaine, que ascendió al cargo de jefe de redacción. A lo largo de siete números, Campbell tuvo que tascar el freno.

Sin embargo, se las ingenió para introducir algunos cambios. El número de marzo de 1938, por ejemplo, ya no fue de «Astounding Stories». Se titulaba «Astounding Science Fiction», y la cabecera fue cambiada por otra más elegante y atractiva. No suelo recibir bien los cambios en las cosas a que estoy habituado, pero recibí éste con alegría.

Con el número de abril de 1938, Tremaine dejó Street & Smith y el número cincuenta y cinco de «Astounding» fue el último de los suyos. Fue grande mientras reinó, pero se avecinaba otro más grande aún. El número de mayo de 1938 fue el primero de la «Astounding» de Campbell. Éste fue totalmente responsable de aquel número y seguiría siendo el soberano absoluto de la revista durante treinta y tres años, hasta el día de su muerte.

Tan pronto como Campbell se hizo cargo, toda la revista rebotó nueva vida. Campbell buscaba nuevos autores y un nuevo tipo de ciencia-ficción.

La suerte había venido a mi encuentro. En junio de 1938 atrasaron la fecha de puesta en venta. Aterrorizado por la posibilidad de que la revista hubiera fenecido, me trasladé en persona a las oficinas de Street & Smith Publications, Inc., para enterarme (véase *The Early Asimov*). Ese viaje, el estímulo por los contactos con otros aficionados, la nueva excitación de la naciente era de Campbell, me impulsaron a escribir.

A fines de mayo de 1938 desenterré el original casi olvidado de mi *Cosmic Corkscrew* y me puse a trabajar de nuevo en él. Mientras lo terminaba, salió la «Astounding Science Fiction» de julio de 1938, que incluía *Los hombres y el espejo*, de Ross Rocklynne. Era un cuento (el mejor) de una serie protagonizada por un detective que perseguía a un delincuente aunque sólo para verse envuelto en un apuro que sólo podía solucionarse aplicando las leyes de la física.

LOS HOMBRES Y EL ESPEJO

Ross Rocklynne

Los hombres patinaban sobre la suave curva de la superficie del espejo.

Por encima de ellos lucían las estrellas del universo, cuya luz era capturada y devuelta por la superficie cóncava, intacta, despedida de nuevo hacia el espacio como un resplandor infinito.

Los hombres eran dos. El uno, Edward Deverel, un gigante audaz y con muchas horas de vuelo, cuya profesión hasta hacía muy poco, era la de pirata en los canales de Marte. El otro, un hombre aguerrido y poderoso, era el teniente John Colbie, cuya misión consistía en apresar a aquel corsario de los canales.

Estaban en un verdadero apuro, pues de momento no podían escapar de la trampa que representaba aquel espejo cóncavo, brillante y de perfecto pulimento.

En cuanto a cómo ocurrió todo...

Cuando Colbie, después de su caminata de doce horas a lo largo del río de amoníaco por donde vertía la Fuente sus líquidos nocivos, llegó por fin a Ciudad Júpiter, se hallaba en tal estado de fatiga que sus músculos parecían protestar a gritos. Pulsó el zumbador para que los vigilantes de la compuerta estanca le abrieran y se sintió muy aliviado al ver que empezaba a funcionar la enorme esclusa, proyectando un resplandor luminoso sobre los torbellinos de gases que azotaban la superficie del inmenso y venenoso Júpiter. Dos hombres se acercaron, le encañonaron con armas ligeras y le indicaron que entrase. El oficial de guardia deseaba conocer la profesión de Colbie, y éste exigió ser conducido a presencia del comandante de la guarnición —que también era el alcalde de la ciudad—, pues el asunto que le traía debía ser tratado por la jurisdicción militar.

Mientras cruzaban las calles de la ciudad después de su torturante odisea por los yermos de Júpiter, sintió admiración y al mismo tiempo temor ante el genio de la raza humana, que frente a tantas dificultades y peligros había sido capaz de construir aquella ciudad bajo un domo y equiparla con todos los lujos de la vida terrestre. Pues en el exterior reinaba una presión de cuarenta y cinco toneladas por centímetro cuadrado. La gravedad era como dos veces y media la de la Tierra. En la atmósfera no había ni gota de oxígeno respirable, y ningún rayo de luz penetraba la gruesa capa de nubes que cubría la superficie del planeta. Pero el hombre supo construir su ciudad con tanta solidez que perduraría para siempre.

Cuando Colbie estuvo en presencia del comandante de la cúpula, éste oyó su relato sin dejar de contemplarle con expresión astuta.

—Así que usted es el teniente John Colbie, del Cuerpo de Seguridad Interplanetaria —murmuró—. Hace menos de treinta y seis horas estuvo aquí otro hombre, quien certificó ser John Colbie. No creo equivocarme si digo que uno de los dos es un embustero.

—Ya se lo he explicado; el otro hombre es un delincuente llamado Edward Deverel, cuya pista estoy siguiendo. Lo alcancé en Vulcano, cerca del Sol, y descubrimos que aquél era hueco mediante el sencillo procedimiento de caemos en un agujero. Allí pude capturar a Deverel, pero demostró ser demasiado listo. Quedamos atrapados en el centro de gravedad. Pero él calculó que los gases que llenaban el interior del planeta se dilatarían a medida que éste alcanzara el perihelio, formando así corrientes de convección que Deverel aprovechó para escapar de la trampa y al mismo tiempo de mí. Volví a encontrarle, pero naufragamos en Júpiter, cayendo en un pozo cuyo fondo era un lago de amoniaco líquido. Y Deverel, en quien admito haber hallado una excepcional astucia y capacidad de deducción, imaginó que el lago se vaciaba mediante un sifón de bastante altura. Así consiguió engañarme y yo me quedé en el pozo. Por último deduje dónde estaba, gracias a algunos indicios que él dejó deliberadamente, y le seguí a través del sifón. Pero me esperaba a la salida, me quitó mis credenciales y me arrancó la promesa de darle veinticuatro horas de tiempo —Colbie sonrió sin alegría—. Al continuar veinticuatro horas después, él había desaparecido.

—En efecto —admitió el otro—. No tenía razones para sospechar que fuese un impostor, por lo que le entregué una nave. Ahora que lo pienso, parecía tener mucha prisa. ¡Hum!... ¿Cómo podría identificarle a usted como el teniente John Colbie?

—Es fácil —repuso Colbie—. No soy desconocido. Habrá algunos hombres del Cuerpo en la ciudad. Que me identifiquen.

—Buena idea —sonrió el hombre—. Debí hacer lo mismo con su rival. En fin, es cosa pasada. No sirve de nada volver a calcular una órbita que uno ya ha recorrido. Llamaré a uno o dos hombres de seguridad.

Pocas horas después, el comandante ya no dudaba de que el segundo hombre fuese el teniente John Colbie, nativo de la Tierra, al servicio del Cuerpo de Seguridad Interplanetaria.

—Se le proveerá de lo necesario, teniente —le prometió a Colbie—. ¿Qué va a hacer ahora?

Colbie, que descansaba en un cómodo sillón, recién bañado, resplandeciente con su indumentaria prestada y su cabello bien peinado, y de cuyos labios colgaba un cigarrillo, dijo:

—Mi misión consiste en capturar a un delincuente; ésas son mis órdenes. Debo seguir intentándolo.

—No, si continúa como hasta ahora —agregó el otro, sonriendo para quitar hierro a la burla, pero en seguida comprendió que había dicho demasiado, pues Colbie frunció el ceño con rabia.

—Lo siento —se apresuró a añadir, y luego dijo a modo de disculpa—: No le hago responsable. Debe ser irritante. ¿Cómo es que no parece tener mucha prisa? —cambió hábilmente de conversación.

—¡Yo no diría eso! —replicó vivamente Colbie—. Hace varios meses que viajo por el espacio, y de vez en cuando he de amenizar mi vida con algunos beneficios de la civilización. En todo caso, no necesito darme prisa. La única manera de encontrar a Deverel es deduciendo su paradero para trasladarme luego donde sea.

—¿A dónde supone que fue? —inquirió el otro con interés.

—Al planeta nuevo. Los periódicos hablan mucho de él. Según creo, entró en el sistema solar hace unos cinco o seis meses. Es un verdadero astro errante... probablemente lleva muchos milenios zumbando como una bala a través del espacio interestelar. Es muy posible que sea ése el paradero de Deverel. Es un hombre curioso, anormalmente curioso hacia todo lo fantástico y no podrá contenerse... espero —agregó.

—Parece una buena pista. Y también será una experiencia valiosa. Ninguna expedición ha puesto sus pies en ese planeta todavía. Ustedes dos, si Deverel está allí, serán los primeros en hacerlo. Espero que esta vez tenga suerte —agregó con toda sinceridad.

Colbie llenó de humo sus pulmones, que no habían conocido un cigarrillo desde hacía medio año.

—Si aún lo duda, comandante, permítame asegurarle que Deverel está listo para ser juzgado, como que esta vez voy a cogerle. Sí, me lo dicen mis huesos. Esta vez regresará conmigo.

Mas tarde los dos hombres se dedicaron a analizar los datos sobre el nuevo planeta. Era una gran esfera, un pecio flotante de unos ocho mil kilómetros de diámetro, y de densidad extraordinariamente baja en comparación con su masa. Viajaba hacia el Sol a la considerable velocidad de ciento treinta kilómetros por segundo, pero ésta se reduciría a la mitad al pasar cerca de Júpiter. Finalmente describiría una órbita intermedia entre las de Júpiter y Neptuno.

Lanzado a través del espacio a la tremenda velocidad de su nuevo crucero, Colbie tenía los labios apretados y los nervios de punta. Su cerebro ardía. A decir verdad, le tenían tan furioso las repetidas fugas de Deverel que, cuando más lo pensaba, más le costaba mantener la calma.

Vio el nuevo planeta como un puntito gris contra el ubicuo telón de estrellas. Aún no tenía nombre, pero estaba destinado a ser llamado Cíclope por la razón que luego se verá. Al correr de las horas su tamaño aumentaba hasta que, a los siete días del viaje de Colbie por el espacio, luchando contra la fuerte gravedad de Júpiter, se convirtió en una gran esfera situada a menos de quince mil kilómetros de distancia. Colbie se apresuró hacia ella. Aún avanzaba a una velocidad terrible, por lo que frenó con la máxima desaceleración soportable. Cuando estuvo cerca del planeta cambió el rumbo para situarse en órbita, y entonces fue cuando vio el «ojo» del Cíclope que le observaba.

Era un espejo..., mejor dicho, un reflector cóncavo. Pero parecía el ojo del planeta, un ojo que reflejaba la luz de las estrellas. La luz de las estrellas, sí, que recogía para

devolverla luego al espacio. Por cierto que, cuando Colbie lo observó con espanto, no logró distinguir la menor diferencia entre el resplandor de las estrellas y el brillo de aquel espejo colosal.

«¡Señor!», susurró para sus adentros, sintiéndose algo intimidado. De súbito experimentó una sensación de pequeñez, y en ese instante comprendió hasta qué punto era él una fracción infinitesimal del universo. Su vida era una fracción de segundo y su tamaño poco más que el de un subelectrón. Pues aquel espejo era artificial, había sido fabricado por las poderosas herramientas y la inteligencia de una raza que sin duda debió existir hacía miles, o quizá millones de años. ¿Quién sabría decir cuánto había viajado Cíclope, atravesando a velocidad constante el vacío entre nuestro sistema solar y la estrella mas próxima? ¿Cómo averiguar quiénes fueron sus constructores? Uno sólo podía decir que debieron ser ingenieros de una capacidad inconcebible para los seres humanos, al menos según el estado actual de su ciencia.

El espejo era perfecto. Colbie tomó varias mediciones cuando se hubo recobrado de la primera impresión. Calculó el diámetro que era de casi mil quinientos kilómetros; la profundidad, de unos cuatrocientos cincuenta, y la curvatura, perfecta. ¡Su albedo era tan próximo a la unidad que los instrumentos humanos no lograban apreciar la infinitesimal diferencia!

Colbie se sentó y lanzó un largo silbido de admiración. El hombre no conocía ningún reflector perfecto; de hecho, se consideraba algo inalcanzable. Todos los materiales reflejan la luz más o menos, pero lo normal es que absorban buena parte de ella. En cambio, el material de aquel coloso entre los reflectores reflejaba toda la luz recibida, salvo una fracción insignificante. Pues Colbie sabía que, necesariamente, *algo* era absorbido; no creía en imposibles. No podía ser que el espejo no absorbiera ninguna luz. Sus instrumentos no lograban detectarlo, pero, naturalmente, en la Tierra había otros más precisos que, cuando llegara el momento, medirían la absorción. Pero tendrían que ser muy precisos. En todo caso, el albedo de aquel espejo era algo casi increíble y, desde luego, incomprensible. El espejo se ocultó al otro lado del planeta cuando la nave de Colbie inició la aproximación, reduciendo velocidad. Colbie recordó una vez más el principal problema que ocupaba su mente: localizar a Deverel. Pero el excitante descubrimiento del espejo le inquietaba todavía y decidió averiguar más cosas. Y lo hizo más a fondo de lo que pensaba en aquel momento.

Reguló su velocidad. Confiando en que Deverel no hubiera detectado su presencia cerca del nuevo planeta, se concentró ante la dificultad que se le planteaba: ¿dónde habría aterrizado Deverel? Cerca del espejo; de ello estaba seguro. En algún lugar próximo al borde del reflector gigante... pero eso representaba una circunferencia de cinco mil quinientos kilómetros.

Por último decidió explorar la zona donde Deverel pudo aterrizar. Enfocó su único telescopio hacia abajo de modo que cubriera toda la zona, aplicó los fotoamplificadores a la luz recibida y luego, manteniéndose a unos ochenta kilómetros de la superficie, para que Deverel no pudiera distinguirlo a simple vista, registró ese círculo poco a poco, sin quitar la vista del ocular. Confiaba en descubrir así la nave del rebelde.

La vio. Estaba junto a una de las montañas de Cíclope, una cumbre escarpada de gran altitud. Las estribaciones de dicha montaña terminaban en una llanura situada a unos diez o doce kilómetros del borde del gran espejo.

Colbie suspiró con alivio, satisfecho de que su hipótesis en cuanto al paradero de Deverel hubiera resultado correcta.

Lanzó la nave hacia arriba y luego, sin perder de vista su punto de referencia —la montaña—, se colocó tras ella y, a fuerza de motores delanteros, de popa e inferiores, maniobró hábilmente para situar el crucero detrás de la elevación, con objeto de que el rebelde no advirtiese su llegada.

Sacó un frasco para tomar una muestra de la atmósfera del planeta pero, como suponía con buenos motivos, éste no tenía ninguna. El brillo no disminuido de las estrellas le había permitido adivinarlo. Se puso el traje espacial, preparó las armas, conectó el tanque de oxígeno, se caló el casco, abrió la escotilla y saltó al suelo del planeta. Era duro. Lo observó y descubrió que estaba compuesto de minerales metálicos en estado congelado y terroso. Se preguntó si todo el planeta sería igual.

Empezó a rodear la montaña. Al cabo de un kilómetro había descubierto que andar sobre la superficie de Cíclope era una tarea ímproba. El planeta estaba rajado y hendido en muchos lugares; las grandes grietas dificultaban el avance por el camino más corto. Tenía que andar con cuidado y desviarse a menudo para hallar grietas que se pudieran saltar sin peligro. Preocupado al ver que tardaba en adelantar, se dio cuenta de que quizá no tendría tanto tiempo como le había dicho al comandante del domo en Júpiter.

Tardó muchas horas en rodear la montaña y echar una mirada al negro casco de la nave ilegalmente conseguida por Deverel.

Pero no vio a Deverel.

Se sentó en el suelo. Tuvo una desagradable impresión, al notar que el corazón le latía con violencia. Pero no era el miedo al peligro lo que le producía aquel estado: sencillamente, temía que Deverel escapara una vez más poniendo en funcionamiento su astuto cerebro. La rivalidad entre ambos —el orden y el desorden personificados— se había convertido en una cuestión de amor propio. A decir verdad, el policía admiraba más la prodigiosa habilidad de Deverel que el hecho mismo de la fuga. Colbie tenía que cogerle, pero respetaba el genio extraordinario de Deverel para salir de las situaciones difíciles. Pero... tenía que cogerle o admitir que el rebelde valía más que él.

Aguardó allí, intranquilo, con el proyector preparado. Éste disparaba proyectiles explosivos a una velocidad de miles de metros por segundo; era lo último en materia de armas ofensivas ligeras del siglo veintitrés.

Mientras esperaba allí, fijos los ojos en la nave y sus alrededores, dirigió sus pensamientos en una nueva dirección. ¿Por qué diablos habría ido allí Deverel? ¿Acaso no comprendió que sería el primer lugar donde Colbie le buscaría? Sin duda debía saberlo. Pero entonces, ¿por qué fue?

Colbie creyó adivinar la respuesta. Deverel pensaba abandonar el planeta mucho antes de que llegara el policía espacial. Disponía de una ventaja de treinta y seis horas sobre Colbie y supuso que tenía tiempo de sobra para hacer lo que tanto deseaba: visitar el nuevo planeta y decidir, para su propia satisfacción, si en éste había algo que justificase su amor por lo extravagante.

Tuvo tiempo sobrado, incluso para curiosear la naturaleza del espejo, volver a despegar y perderse en el desierto sin caminos del espacio.

Pero no se había ido. ¿Por qué?

Entonces Colbie empezó a sentir una fuerte desazón mental. Cuanto mas esperaba allí, más le acuciaba. La conciencia le remordía. Y ¿por qué? Pues porque pensó que quizá Deverel hubiese enfermado; pero Colbie no podía arriesgarse a descubrir su presencia sin conocer exactamente el paradero de su enemigo. La enfermedad del espacio es un mal conocido y frecuente. Se debe a diversas causas, entre las cuales destacan las deceleraciones positivas y negativas, la carencia de cierto elemento vital en el aire sintético y la falta de gravedad. Su único remedio consiste en un reposo absoluto bajo una gravedad decente. Y... este remedio no estaba al alcance de un hombre acosado.

Colbie se removió, inquieto.

—El muy idiota puede estar agonizando mientras yo espero aquí —murmuró enojado—. Pero no puedo descubrirme.

La tensión nerviosa se hizo cada vez mayor. No podía pensar en Deverel allí enfermo, estando él para socorrerlo. Por último se puso de pie de un salto, decidido a poner fin a la incertidumbre que le consumía.

De pronto, su receptor de radio volvió a la vida y oyó una voz serena, aunque algo temblorosa.

—Está ahí, Colbie. Sabía que iba a venir. Escuche...

La voz murió y luego volvió con más fuerza.

—Estoy enfermo, Colbie, muy enfermo. Creo que voy a morirme. Me duele el estómago y también los oídos. Me duelen y envían al cerebro unos vahídos que me dejan ciego. Estoy sudando... Le importaría... acercarse y echarme una mano... ¿lo hará? Luego podrá llevarme consigo... —gimió la voz y a través del receptor llegó un ruido como de caída.

Pero Colbie ya estaba en pie, corriendo hacia la nave, inundado de compasión por el hombre indefenso.

La escotilla exterior estaba abierta. Colbie subió, la cerró, accionó los mandos de la compuerta estanca y entró.

Se halló en medio de la nave, frente al pañol. A proa estaba la cabina de mandos y la máquina principal; a popa el camarote.

Colbie se dirigió a popa, abrió y contempló un espectáculo realmente lamentable. El camarote estaba atestado de ropa sucia y platos con sobras de comida. En medio del cuarto había una mesa y, sobre ella, un ventilador eléctrico funcionaba a toda velocidad, lanzando aire sobre un hombre que yacía desnudo en una litera. Ésta parecía el colmo de la mugre humana.

Deverel yacía allí retorciéndose, jadeando, gimiendo, con los ojos desorbitados. Ríos de sudor recorrían su piel extrañamente amarilla y goteaban sobre un colchón aplastado y pringoso.

La primera acción de Colbie fue apagar aquel ventilador fatal. En realidad, lo tumbó de un revés con la mano. Luego tomó el pulso a Deverel. Lo tenía peligrosamente rápido, pero no anunciaba una muerte inminente. Tal vez se normalizase antes de veinticuatro horas, pero de momento el pronóstico era grave.

Los ojos de Deverel se volvieron hacia Colbie, y sus labios crispados dejaron ver sus hermosos dientes blancos.

—Celebro que haya venido —susurró; en seguida su cabeza cayó hacia atrás y cerró los ojos. No dormía; había resistido hasta tener la seguridad de hallarse en manos de una persona competente.

Colbie sabía cómo actuar en tales casos. Se dirigió a la cabina de mandos y abrió más las válvulas de los depósitos para aumentar la proporción de oxígeno en el aire. Cambió la ropa de cama con lo que pudo encontrar y bañó a Deverel de pies a cabeza en agua tibia. Luego lo acostó como si fuese un niño. Luego metió el termómetro en la boca de su enemigo.

Limpió el cuarto e invirtió una hora lavando los platos con una mínima cantidad de agua, tan valiosa. Luego sacó carne y verduras del refrigerador, donde podían conservarse durante meses perfectamente congelados, y empezó a preparar una sopa.

Era cuanto podía hacer de momento.

Se sentó y esperó, tomando varias veces la temperatura del enfermo.

La fiebre de Deverel bajó. Su respiración se hizo regular y se quedó dormido. Despertó trece horas más tarde.

—Hola, teniente —dijo.

—¡Hola!

Colbie dejó la revista, la primera que leía desde hacía meses, y agregó:

—¿Cómo va la fiebre?

—No tengo, gracias —agregó fingiendo indiferencia, pero hablaba en serio—. Se las doy de verdad.

—Seguro —le quitó importancia Colbie—. Ha sido un placer... ya se figurará que me alegro de haberlo hecho. ¿Cómo supo que yo estaba fuera? —continuó, hojeando distraídamente la revista.

—No lo sabía —Deverel se echó a reír—. Pero es evidente que si no hubiera estado, no me habría oído.

—Exacto —Colbie también se echó a reír y los ojos azules y grises se encontraron, risueños—. ¿Quiere un plato de sopa?

Deverel aceptó entusiasmado. Aquellos dos hombres, enemigos que se respetaban, tomaron asiento y comieron como amigos de toda la vida.

Durante muchos días, la vida fue fácil. Ni jornadas abrumadoras a través del inhóspito espacio, ni angustias, ni terrores mortales. No tenían que temer a los meteoritos. Era un placer vivir en Cíclope, el planeta del gran espejo.

Deverel mejoró; llegó el día en que pudo levantarse de la cama y caminar. Faltaba poco para que se le pudiera considerar sanado. La vida normal reclamaba sus derechos, después de la tregua tácita establecida entre los dos hombres. Durante algún tiempo, sus cuestiones personales no habían contado. Eso era justo.

Pero esa tregua tenía que terminar, y Deverel no postergó el momento. Tan pronto como se sintió fuerte, anunció:

—Bien, esto ha sido divertido, pero ya es hora de volver a nuestros antagonismos. Conque póngame los grilletes... ahora mismo. De lo contrario, tendré que darle un puñetazo en la mandíbula.

Colbie le miró con admiración.

—Es justo —reconoció—. ¿Le molestaría traerme un par para los tobillos y otro para las muñecas, de los más pesados que encuentre en el pañol? —preguntó burlonamente.

—Cómo no —murmuró Deverel con amabilidad.

—¡Espere! —dijo Colbie, inquieto, deteniéndole con un gesto—. Oiga, ¿se ha fijado en el espejo?

—Claro. Y me tiene muy intrigado.

—A mí también, ¿Qué le parecería prorrogar un poco este armisticio, el tiempo suficiente para explorarlo? Ya sabe que no tengo prisa...

—¡Bah! —Deverel hizo un gesto de desdén—. Yo tampoco. Tengamos paz un ratito más, ¿eh? —agregó con la expresión pueril de un niño excitado ante la promesa de un juguete nuevo—. Tiene mi palabra, Colbie. No intentaré fugarme.

Se saludaron con una sonrisa, y en seguida se prepararon para la aventura exploratoria.

El primer preparativo consistió en dormir. Después de muchas horas, emprendieron la marcha a través de la aborrecible y accidentada llanura. Las estrellas les contemplaban, inmutables, mientras cubrían la distancia que les separaba del espejo. A sus espaldas quedaba la destacada cumbre cerca de la cual había apostado Deverel su crucero robado.

Prepararon la expedición tan exhaustivamente como les pareció aconsejable. Tenían oxígeno, agua y alimento para un día por lo menos. Colbie decidió no llevar su proyector. Era un arma engorrosa y estaba seguro de que no iba a necesitarla. Unidos por una cuerda de sesenta metros —de composición especial, resistente al frío y al vacío del espacio—, emprendieron la marcha a través de Cíclope bajo la luz de las estrellas. Cuando no empleaban la cuerda para cruzar peligrosos abismos, se la enrollaban al cuerpo. Así se acercaron al borde del reflector, con toda probabilidad construido mucho antes de que la humanidad diera su primer paso hacia la convivencia organizada.

En dos ocasiones, Colbie resbaló al dar un salto que exigía toda su agilidad. Se habría precipitado en las quebradas, que parecían sin fondo; pero las dos veces Deverel logró

apoyarse en los salientes e izar a su compañero. Decidieron buscar caminos más practicables.

Poco a poco se alejaron de las estribaciones montañosas y llegaron a terreno llano. El último kilómetro y medio era una verdadera llanura, tan perfecta que sin duda habría sido explanada artificialmente en épocas remotas. Colbie se preguntó por qué no posó allí su nave Deverel. Al decírselo, éste explicó que el primer acceso de su enfermedad le había impedido fijarse dónde aterrizaba.

Llegaron al borde del espejo.

Observaron con admiración la pared negra. Parecía hecha de un metal mate. Se alzaba en extensa curva, que se perdía a muchos kilómetros a ambos lados de los hombres. Era perfecta, sin la menor irregularidad, y su altura venía a ser el doble de la de un hombre.

Deverel se puso en jarras y dijo con voz vibrante:

—¡El espejo! —pero se veía que estaba emocionado ante aquel reflector de ignoto origen.

Colbie comentó, maravillado:

—Hay cosas increíbles. ¡Me pregunto cuántos años tiene esto... me pregunto quién lo creó... cómo lo hicieron! ¡Qué ingenieros debieron ser! ¡Qué obra!

—¡Qué mina de oro para la empresa que ganó la licitación! —comentó Deverel sonriente—. ¿Quiere subir? Tengo ganas de ser el primero en verlo... y tocarlo.

Colbie asintió y Deverel se apoyó contra la pared, haciendo estribo con sus manos protegidas por gruesos guantes.

—¡Suba! Pero cuando esté arriba —aconsejó—, procure no caerse. Eso nos traería muchas dificultades.

—No se preocupe por eso —respondió Colbie con sarcasmo—. Si alguno se cae será usted, no yo.

Apoyó el pie y Deverel empujó. Colbie se estiró y aferró el borde con ambas manos. Después se alzó a pulso hasta quedar sentado sobre el borde, mirando a Deverel.

Con no poca dificultad, izó a Deverel hasta su lado. Luego, como de común acuerdo, volvieron la cabeza y fijaron los ojos en la superficie del gran espejo.

Al instante, perdieron toda noción de perspectiva y equilibrio. La luz que venía de todas direcciones los aturdió, los cegó, abrumó sus mentes. Abajo, en todos los costados y arriba había luz. De hecho no pudieron distinguir la luz de las estrellas y la del espejo en la fracción de segundo que duró aquella sensación desconcertante de vértigo. Colbie, aterrorizado, pensó fugazmente que se hallaba boca abajo en la posición más insegura del universo. Durante aquella fracción de segundo no supo dónde estaba el verdadero cielo.

Así que... se guió por el cielo equivocado y cayó de bruces hacia el interior del espejo.

Deverel, que experimentaba exactamente las mismas sensaciones, se habría recuperado a tiempo si la cuerda que le unía a Colbie no le hubiera dado un fuerte tirón, un segundo antes de averiguar claramente dónde estaba arriba y dónde abajo. Ambos cayeron dentro del espejo y, en un segundo, se vieron cruzando a toda velocidad una niebla interminable y atosigante de luz y nada más que luz.

Caían tan de prisa y al mismo tiempo con tanta suavidad que era como si les transportase un haz de energía inmaterial. No sentían nada. Ni la menor sensación de *deslizamiento*... sólo de aceleración *hacia abajo*.

Después del primer instante de pánico paralizador, cuando pasó el vértigo inenarrable, Colbie fue presa de un intenso temblor nervioso. Se calmó con un esfuerzo, cerrando los ojos y apretando los puños. Luego abrió lo uno y lo otro y buscó a Deverel a su alrededor. Éste venía como a un metro y medio detrás de él.

Deverel le miró con expresión muy preocupada.

—¡Le dije que tuviera cuidado! —comentó, airado. Colbie abrió la boca para replicar violentamente, pero Deverel te contuvo con un gesto—. Lo sé, lo sé. También fue culpa mía.

Suspiró y procuró darse vuelta para no seguir resbalando de cabeza.

Colbie hizo lo mismo y luego, con mucho cuidado, intentó detener la caída frenando con las manos y los pies sobre la superficie del espejo. Ninguno de ambos logró cambiar de postura ni de velocidad. Descubrió que resultaba muy difícil girar el cuerpo sin apoyarse en algo, y que el espejo no le servía para esto. Sus manos no rozaban la superficie, o mejor dicho no experimentó ninguna sensación de estar tocando una superficie con las manos. ¡Era como si pasara un dedo por una cuba de barro viscoso que no emitiera calor ni frío, que no se pegase al dedo y no ofreciese ninguna resistencia al movimiento, como si lo guiase a lo largo de un camino determinado por su propia superficie!

Cerró los ojos, acongojado. Debía estar volviéndose loco. Intentó analizar sus sensaciones. Estaba cayendo. Cayendo directamente hacia abajo, con la aceleración que la gravedad de aquel planeta imprimía a su cuerpo. Pero sabía que en realidad resbalaba sobre una superficie inclinada. Lo hacía sobre una sustancia que no se oponía a la acción de la gravedad. Eso debía significar que...

¡No había rozamiento!

Las palabras estallaron en su cerebro... y brotaron alocadamente de su boca:

—¡No hay rozamiento!

Deverel le contempló y luego llevó a cabo algunas frenéticas pruebas. Intentó rozar la superficie. No sintió nada; nada retenía su mano... como si resbalase sobre una capa de hielo infinitamente suave.

—Tiene razón —dijo, mirando estúpidamente—. Debe ser eso. ¡Demonios..., carece de rozamiento!

En seguida gritó, mordiéndose los labios:

—¡Pero eso es imposible! No existe ninguna sustancia de rozamiento nulo. Usted lo sabe. ¡No es posible!

Colbie meneó la cabeza como quien habla con un niño.

—No, Deverel —le dijo con voz afectuosa, insistente y lastimera—, no tiene rozamiento. Apoye la mano con todas sus fuerzas. ¿Acaso retiene su mano? No; ellos inventaron ese material que carece de rozamiento.

Mientras seguían resbalando hacia abajo en medio de un mar de luz, se miraron con ojos de asombro.

El rebelde sacudió la cabeza con vigor.

—Estamos haciendo los tontos. Enfrentémonos a la situación. No hay rozamiento. Ahora..., ahora ya sabemos cuál es nuestro problema.

—En efecto.

Con gestos que parecían de borracho, Colbie consiguió sentarse con las piernas cruzadas y fijó hipnóticamente la mirada en la distancia que se extendía hacia abajo. ¿Acaso había distancia? No se distinguía el horizonte. Las estrellas y su reflejo se fundían sin solución de continuidad.

—Hemos de serenarnos —afirmó, terco—. Solucionemos esto. Debemos acostumbrarnos.

—De acuerdo.

Deverel hizo la primera cosa razonable: volverse para mirar atrás. Habían caído por el borde del espejo hacía dos minutos y, aunque su movimiento era uniformemente acelerado, atrás se divisaba un horizonte. La única referencia que lo indicaba era la cumbre de la montaña, que asomaba sobre el borde del espejo. Le pareció que era un buen lugar... De algún modo, les marcaba a dónde debían regresar.

—Preste atención ahora —le dijo a Colbie; su voz llegaba un poco metálica a los auriculares de éste—. Antes de aterrizar en este planeta, lo mismo que usted, hice algunas observaciones de este espejo y sospecho que llegamos a las mismas conclusiones. Hace mucho, quizás un millón de años, hubo una raza de hombres o de seres que vivieron en un planeta, el cual orbitaba alrededor de un sol, tal vez semejante al nuestro. Tenían un satélite: el planeta en el que nos hallamos. Eran ingenieros de capacidad monstruosa. No dudo de que habrían sabido modificar su planeta e incluso el sistema solar entero, en cualquier sentido que les conviniera... Quizá lo hicieron. Pero lo seguro es que reformaron el satélite. No sé cómo, vaciaron un casquete del planeta y dieron al fondo una curvatura cuyo radio viene a ser de unos dos mil cuatrocientos kilómetros. Luego, tampoco sé cómo, revistieron esa superficie cóncava con alguna sustancia que, al fraguar, formó un revestimiento absolutamente liso. Usted dedujo lo mismo que yo, ¿verdad? Que era un reflector tan perfecto, que no podía medir la luz absorbida por el mismo.

Colbie, que le escuchaba con interés, asintió.

—Y debimos comprender que un reflector perfectamente pulido carecería de rozamiento. Es lógico. ¡Fíjese bien! —exclamó—. Este material no puede carecer de rozamiento. Sabemos que no refleja toda la luz. ¡Es preciso que haya una diferencia, aunque sea insignificante, y también ha de tener un rozamiento, aunque inapreciable!

—¡Exacto! —Deverel se sintió auténticamente aliviado—. La falta de rozamiento me volvía loco. Claro que no... no puede existir ninguna superficie de esas propiedades. La estructura molecular de la materia lo impide. No importa lo apretadas que se apiñen las moléculas, siempre constituyen una superficie con irregularidades. ¿Por qué se construyó este espejo? Sólo veo un motivo: la obtención de energía. Debían poseer una máquina térmica. Sin duda, generaba grandes cantidades de energía, y quizás utilizaban este sistema para transmitirla a su planeta. Tal vez era un arma... con otro espejo, plano y giratorio, se podría dirigir un haz abrasador sobre una nave enemiga. ¡Cómo se ampollaría esa nave! O quizá fueron capaces de maniobrar con este satélite a voluntad... Luego sucedió algo. Aquel pueblo perdió su satélite. Tal vez su planeta estalló, o quizá fue el sol, y este satélite salió disparado hasta que, por último, nuestro Sol lo atrapó. Ésta es una buena explicación... a mi entender, la única. A menos, naturalmente, que fuese parte de un proyecto que se hallaba en fase experimental y no llegó a ser terminado.

—Un espejo mágico —comentó Colbie en voz baja.

Todavía no sabían exactamente cuáles eran las características mágicas que poseía.

Guardaron silencio un momento.

—¡En fin! —dijo Deverel con despreocupación—, ahora no podemos hacer nada, ¿no? ¿Y si comemos?

—¿Por qué no?

Comieron al modo extraño impuesto por los trajes espaciales. Mediante unos pulsadores externos de sus trajes, activaron palancas que sacaban píldoras alimenticias pero insípidas, de un complicado mecanismo, así como agua que bebían a través de un tubo. Después de relamerse como si hubiera saboreado un verdadero banquete, Deverel prosiguió:

—Ahora se nos presenta otro problema, que no es cosa de niños. ¿A dónde vamos?

—Hacia el fondo...

—¡Qué va! Ya estamos casi en el fondo... ¿No ha notado que nuestra trayectoria es casi horizontal? Veamos, ¡Caramba! —consultó su cronómetro—. Hemos bajado cuatrocientos cincuenta kilómetros en unos ocho o nueve minutos.

Colbie quiso protestar, pero el rebelde le atajó:

—En efecto, hemos caído cuatrocientos cincuenta kilómetros: la profundidad del espejo. Recuerde que no hay rozamiento que nos retenga y la superficie inclinada por la

que bajamos sólo nos guió. Esto significa que subiremos exactamente hasta el borde opuesto..., ¿comprende?

—¡Santo Dios, sí! —gritó Colbie, y luego frunció el ceño—. Pero no llegaremos. La proporción condenadamente pequeña de rozamiento nos atrasará quince metros, o los que sean. Si el rozamiento fuese igual a cero, sería bastante sencillo... Llegaríamos exactamente al otro borde.

—Seguro, y lo atraparíamos al vuelo. La gravedad nos dio aceleración al bajar, pero se ocupará de frenarnos al subir.

Evidentemente habían cruzado por el fondo mientras conversaban. Subían, pues la inclinación aumentaba poco a poco pero con seguridad.

—No lo conseguiremos —se lamentó Colbie, desconsolado—. Hay que tener en cuenta el rozamiento.

Con voz melancólica de príncipe danés, Deverel murmuró:

—¡Ah, sí! Hay que tener en cuenta el roce; pues en el sueño de la muerte, los sueños que puedan llegar cuando nos hayamos librado de esta atadura mortal han de darnos un respiro.

—¡Muy oportuno! —se burló Colbie.

—Una vez interpreté a Hamlet. Hace mucho tiempo, por supuesto, pero era bastante bueno. ¿Recuerda aquella escena del segundo acto en la que él...?

—¡Pásela por alto! Olvídela..., no quiero oíría. Continuemos. Existe rozamiento... infinitesimal. No nos sirve para controlar o retardar nuestro movimiento pero, a la larga, la resistencia será suficiente para alejarnos del borde.

—Refrenar, refrenar y refrenar —admitió el rebelde, tocando los dedos de su mano izquierda con el índice derecho.

—Ésa es nuestra situación. Parece desesperada.

—Tal vez —convino Deverel—. Permítame agregar algunos datos. Hemos caído con una aceleración de tres metros sesenta por segundo cada segundo. Al pasar por el fondo, cuatrocientos cincuenta kilómetros abajo, nuestra velocidad debía ser terrible. No sé cuál exactamente, pero hay una fórmula para calcularla. Al ascender, la gravedad nos frenará, disminuyendo la velocidad a razón de tres metros sesenta por segundo cada segundo. Repare en que digo hacia arriba y hacia abajo. Hablo en serio. Nuestra velocidad en relación con la superficie es otra cosa y, ciertamente, muy superior.

Se interrumpió, pero al ver la mirada impaciente de Colbie, agregó:

—No sé cómo saldremos de ésta. Normalmente, cuando uno entra en algún sitio, sale del mismo modo... pero nos han cerrado la puerta. Y, naturalmente, no veo qué podemos hacer para cambiar de dirección.

Para variar, el policía descruzó y volvió a cruzar las piernas. Bisqueó mirando arriba.

—Nos acercamos otra vez al borde. ¡Maldita sea la luz! Voy a quedarme ciego.

—Cierre los ojos —le aconsejó Deverel sin rodeos. Su mirada cínica chispeaba, humorística—. Colbie, me alegro de conocerle. Usted ha de perseguirme, y yo siempre me veo obligado a huir. Así hemos conocido las experiencias más interesantes. Lo pasaba muy bien saqueando los canales de Marte... ¿Alguna vez le he contado lo que me costó sacar los anillos de los dedos de la Emperatriz? Tuve que gastar muchísimo jabón y agua... Ella se horrorizó porque yo desperdiciaba el agua... En cierto modo, celebro que sea usted mi perseguidor. Y usted también —agregó como en defensa propia.

—Seguro —afirmó Colbie—. Pero según como se mire no me alegro. Usted me cae simpático, lo admito. Pero ignora lo que es formar parte útil de la sociedad... Naturalmente, hay otros como usted... pero es a usted a quien yo debo apresar. Y creo que lo conseguiré.

—¿Olvida el lío en que estamos metidos?

—No. Sólo intento ponerme a su altura, en cuanto a despreocupación ante dificultades como ésta.

—Touché —sonrió el rebelde—. ¿Alguna idea que justifique esa despreocupación?

—Ni la más mínima.

—Yo tampoco... todavía. A propósito... —Deverel contempló a Colbie con expresión pensativa—, me estoy guardando todo lo que descubro... Me refiero a cosas que podrían ayudarnos a salir.

—¿Qué quiere decir? —Colbie endureció la mirada.

—Mis conocimientos tienen un precio.

—¡Bah! ¡Supongo que será la libertad! —exclamó Colbie con sarcasmo.

—Bien..., no es exactamente eso. Se lo diré cuando haya trato.

Colbie lo pensó y se encogió descuidadamente de hombros. Se volvió para mirar, pero no vio el borde que se acercaba.

—Nuestra trayectoria es mucho más empinada —Deverel adivinaba el hilo de sus pensamientos—. El borde no está lejos. Falta un par de minutos.

—En todo caso, no llegaremos hasta él —agregó Colbie, quejumbroso—, a menos que ocurra algo insospechado.

Poco después vieron el borde recortado contra las laderas negras de una cordillera que debía estar a una distancia de quince a treinta kilómetros del borde. Observaron angustiados su acercamiento.

Se aproximaba tan poco a poco hacia ellos... y su velocidad se redujo tan pronto a cero... Nervios tensos, puños cerrados, miradas ceñudas. Pero la intuición, mejor que el cálculo mental, les dijo que no llegarían hasta el borde. Sencillamente, la velocidad no era suficiente.

Y no lo fue. Lentamente —en comparación con sus terribles velocidades anteriores— se acercaron al borde, que estaba tan dolorosamente cerca, pero tan infinitamente difícil de alcanzar. Un instante y subían; otro más y cayeron. No parecía existir solución de continuidad y, si la hubo, fue esa fracción infinitesimal de tiempo que el hombre nunca medirá. Empezaron a caer.

Con una terrible decepción en la voz —fiel a la naturaleza humana, no había renunciado a la esperanza—, Colbie dijo:

—Le fallamos... por unos tres metros de desnivel, en buena aproximación. La próxima vez que hayamos recorrido este maldito espejo nos faltarán seis metros.

—Algo así —admitió Deverel, distraído.

Cuando cayeron acababa de consultar la hora con exactitud de un segundo. Y lo recordó. De momento no sabía para qué iba a servirle, pero le pareció que sería bueno recordarlo. «Veamos —se dijo a sí mismo, y empleando una palabra de Colbie—, el tiempo de recorrido a través...»

No terminó la frase. Una idea, un concepto seductor y sublime se abrió paso en su mente y le hizo aspirar aire al tiempo que apretaba las mandíbulas.

—¡Señor! —susurró; como si estuviera aturdido, se tumbó cuan largo era, apoyando la nuca sobre las manos entrelazadas, y contempló las estrellas.

Los dos hombres avanzaban a velocidad uniformemente acelerada, guiados por el material sin rozamiento del espejo y sometidos por la fuerza de la gravedad.

Arriba estaban las estrellas. Tan frías, tan lejanas, tan melancólicamente hermosas. Deverel las miró con atención. Era fascinante. No cambiaban de posición. Estaban en la misma posición que cuando ellos, los hombres, cayeron en la concavidad del espejo.

Mientras Deverel le volvía la espalda, Colbie le observó frunciendo el ceño durante bastantes minutos, mientras caían hacia el fondo del cuenco brillante. Llegaron en un lapso increíblemente corto... y Colbie se hartó de intentar leer los pensamientos del rebelde. Quiso ponerse en pie. Después de una serie de contorsiones, se vio boca abajo, contemplando su propio reflejo.

Deverel había salido de su profunda meditación y le observaba, divertido.

—Compañero, si las plantas de sus pies fuesen lo bastante grandes, podría sostenerse de pie. Pero al sentarse, el centro de gravedad de su cuerpo baja bastante y no resulta fácil incorporarse. Conque no conseguirá ponerse en pie, a menos que sea capaz de realizar un milagro de equilibrio.

La sabiduría de esta frase resultaba evidente. Colbie se sentó, llevó el tubo del agua a su boca y chupó, armándose de paciencia. Luego le dirigió a Deverel una mirada penetrante.

—Ha estado pensando, ¿eh? ¿De qué se trata?

—Del espejo —respondió Deverel con solemnidad—. ¡Lo siento..., pero he de reservármelo para mí mismo!

—¡Lo imaginaba! —la voz de Colbie encerraba amenaza.

Los ojos fatigados de Deverel asumieron una expresión irónica.

—Así es..., he hecho cálculos y he descubierto muchas cosas. Interesantes, inusitadas. Pero falta algo, Colbie..., algo que no acabo de captar. Si lo consiguiera, que ya lo conseguiré, podría hacer que saliéramos de aquí. ¿Alguna sugerencia? —concluyó, mirando de soslayo a Colbie con mueca burlona.

—Si lo supiera —respondió categóricamente—, me lo reservaría. A propósito, ¿le parece que es correcto retener información? Me refiero a su promesa... de que no intentaría fugarse.

—Como usted dice..., no he intentado fugarme, ni lo haré si usted no me dice que es justo intentarlo. ¿Comprende? —apuntó a Colbie con un índice rígidamente extendido y silabeó con dureza—: ¡Volvamos a ser nosotros mismos de ahora en adelante, Colbie..., el guardia y el ladrón! Hasta ahora éramos compañeros de aventura. Pero usted, con una palabra, puede hacer que volvamos a ser lo que realmente somos... y yo sería su prisionero. ¿Comprende? ¡Renuncie, Colbie, y lograré que salgamos de aquí!

Colbie notó que se le encendía la cara. Se sintió profundamente humillado, como si hubiera sido insultada su inteligencia. La voz de Colbie estalló con ira abrasadora.

—¡No! óigame bien —agregó en voz baja y amenazadora—. He dicho que no. De ahora en adelante, me importa un bledo. Me da lo mismo quedarme aquí resbalando toda la eternidad... Eso ocurrirá si cree que voy a ceder ante usted y su maldita exigencia insultante. Tiene la desfachatez...

Se interrumpió, ahogándose de indignación, gesticuló con los brazos y miró con rabia al otro hombre. Luego continuó con voz serena:

—Usted insinúa que me falta inteligencia o los recursos para encontrar mi... nuestra... salida de aquí. Tal vez sea así. Tal vez soy un endemoniado estúpido. Pero voy a decirle algo que le hará retorcerse: ¡verá cómo yo puedo más que usted! ¡Y usted se rendirá ante mí! Recuérdelo —furibundo, se tumbó de espaldas.

Deverel parecía a punto de estallar.

—¡Esta sí que es buena! —exclamo con asombro—. Celebro que se haya quitado ese peso de encima... ¡Qué arranque!

Muchos pensamientos pasaron bajo el casco de Deverel. En cierto sentido estaba divirtiéndose. Todas sus ideas se encaminaban a un fin: la fuga. ¡Aquél era un nuevo Colbie, un Colbie desconocido, y sería un hueso duro de roer! Por último, Deverel comentó:

—Ha dicho que me va a poder.

—Desde luego. Ahora y siempre. Y otra cosa, señor genio: será usted quien tendrá que devanarse los sesos —su voz era desdeñosa—. Bien, empiece a utilizar esa materia gris tan privilegiada que dice tener.

Deverel se mordió los labios y respondió, encogiéndose de hombros:

—Como quiera, pero está loco.

Colbie se negó a responder.

—Bien —el rebelde rió quedamente—. Ahora nuestra enemistad es declarada. No nos dirigiremos la palabra durante dos o tres horas. Como es natural, nos aburriremos mortalmente. Ni siquiera estaremos satisfechos de nosotros mismos. Es lo que pasa cuando la gente se enfada. Si yo fuese un niño, o si fuéramos parientes más o menos cercanos, no me parecería mal... pero somos dos adultos.

—Comprendo —Colbie sonrió.

—¡Bravo! —exclamó Deverel—. ¿Dónde estamos ahora, Colbie? De nuevo cerca del final. ¡Allí está el borde!

Era cierto. El borde estaba allí... pero no era el mismo punto por donde habían caído, como observó Deverel, la montaña, su punto de referencia, no apareció. Habían recorrido el espejo dos veces. De acuerdo con el sentido común, debían regresar al punto de partida. Pero Deverel se habría sorprendido mucho si hubiera ocurrido tal cosa.

Concluyó el ciclo de ida y vuelta y cayeron, perdiendo otros tres metros en sentido vertical; de nuevo regresaban a las profundidades del cuenco brillante.

Mientras resbalaban hacia abajo, Colbie guardó silencio. Como no podía ayudarse a sí mismo, empezó a dar vueltas a sus pensamientos. ¿Cómo salir? Pero sus cavilaciones fueron inútiles. No conseguía analizar con objetividad el problema. Si lo hubiera resuelto como acertijo con papel y lápiz, la respuesta habría surgido bien pronto. Conocía las leyes del movimiento lo suficiente para resolverlo. Pero, como que él mismo formaba parte del rompecabezas, no lograba adelantar.

Sin duda debió reparar en que no cambiaba la posición de las estrellas en el firmamento.

Pasaron por el fondo y volvieron a subir con una monotonía que, al menos para Colbie, resultaba enloquecedora.

Deverel no guardó silencio. Se distraía hablando volublemente, riendo, haciendo bromas. Parecía sentirse a sus anchas en cualquier lugar y en las más extrañas circunstancias. Era una de sus admirables cualidades.

Por último, dijo:

—¿Qué me dice, teniente? ¿Ha hecho algún progreso?

Colbie respondió:

—Sé menos que antes —reconoció con tristeza. La luz de las estrellas y la luz que el espejo devolvía tan fielmente empezaban a irritarle.

—Es una vergüenza —Deverel parecía pesaroso—. He averiguado muchas cosas sobre este extraño valle del paraíso, pero no consigo encontrar el eslabón perdido por medio del cual me servirían de algo aquéllas. A decir verdad, la ocasión para ello se presentará antes de una hora. Me refiero a un momento crucial —observó a Colbie con significativos ademanes.

—¡Maldito sea el momento crucial! —replicó fríamente Colbie.

—Pues habrá varios momentos cruciales —agregó Deverel riendo con suavidad—. Son los momentos oportunos para salir... aunque no sé cómo saldremos. ¿Dice que debo ser yo quien piense? No sería malo que discutiéramos un poco el asunto, ¿verdad?

Colbie se mostró de acuerdo. Al fin y al cabo, en adelante la cuestión dependía de Deverel. Ninguna solución iba a servir si Deverel no cedía.

Discutieron el color de la extraña sustancia. ¿Acaso tenía color? Desde luego que no. No absorbía luz, y por tanto su color era el de cualquier luz que reflejase, ¿Podían ellos, como sistema simple de dos cuerpos, modificar la dirección de su movimiento? No. Eran un sistema cerrado y, como tal, tenían un único centro de gravedad cuyo movimiento se conservaría para siempre, si no intervenía ninguna fuerza externa. Podían saltar y hacer aspavientos, pero cada acción sería neutralizada por una reacción contraria. ¿Era aquella sustancia caliente o fría de un modo apreciable por los sentidos humanos? No. Puesto que no podía absorber calor, tampoco podía transmitirlo. Lo primero habría dado sensación de frío, lo segundo de calor... Era un tema entretenido e inagotable. Pero

Deverel no recogió ningún fruto de sus muchas ramas. Aún seguían atrapados en el cuenco del increíble espejo.

Alcanzaron la cúspide de la tercera oscilación a través del gran espejo... y volvieron a caer. Cruzaron el fondo, fueron lanzados hacia arriba a través del mar de luminosidad, cayeron y volvieron por quinta vez al punto de partida.

Deverel dijo:

—Ya se acerca. Está aquí. El primer Momento Crucial. Pero tendremos que dejarlo pasar.

El sexto semiperíodo empezó y Deverel miró con anhelo la prominente montaña a la que mentalmente consideraba como «el lugar adonde debían regresar».

—Sé cuándo tenemos que salir —le explicó a Colbie con ansiedad—, pero no veo claro el modo de hacerlo. Cada oscilación que hacemos nos deja tres metros más cerca del fondo. Ahora llegaremos a unos dieciocho metros por debajo del nivel del borde. ¿Cómo superaremos esos dieciocho metros?

—A mí qué me cuenta —respondió Colbie, impasible.

Deverel le contempló, muy serio. Colbie era un idiota suicida. Parecía importarle un bledo salir o no. Pero Deverel comenzaba a sentir un respeto hacia el hombre del CSI. Desde luego, valía más de lo que hasta el momento había sospechado. Sonrió.

—¿Aún se abstiene?

Colbie respondió que así era.

—Ya sabe que yo no cederé —puntualizó ásperamente Deverel—. No me creará tan estúpido como para volver con usted a la Tierra, y que me metan en la cárcel. Colbie, he vencido a hombres mejores que usted y también saldré de ésta. ¿Nos comportaremos como tontos? Le digo que, si no fuese por este problema, me dedicaría a lo único que me importa.

Colbie respondió que lo sentía mucho y que no podía ayudarle a fugarse. Deverel rechinó los dientes. Colbie, espiando sus rasgos duros y burlones, se preguntó vagamente, tal vez con un ligero estremecimiento interior, cómo acabaría todo aquello.

Luego llegó el aburrimiento total. Durante un tiempo que parecía interminable, subieron y bajaron vertiginosamente a través del resplandor deslumbrante que torturaba sus ojos, encendía sus cerebros, agarrotaba sus músculos y alteraba sus nervios. Se volvieron irritables y susceptibles. La monotonía era mortal, sobre todo teniendo en cuenta que la salvación aparecía lejana... o quizás inalcanzable.

Deverel se veía entre la espada y la pared, pero sus palabras fueron burlonas:

—Debe haber algún modo de salir —insistió mientras resbalaban por décima vez a través del gran espejo. Y debo averiguarlo pronto. Ahora llegamos a treinta metros por debajo del borde. Podría ayudarme, Colbie..., usted tiene cabeza para hacerlo, sé que la tiene. Pero no le da la gana, maldita sea. Insiste en permanecer sentado dejando que yo piense. Diga algo, hombre.

Colbie respondió muy serio:

—Deverel, he estado pensando. Pero no adelanto nada. ¿Qué ha averiguado usted? ¿Qué características extrañas posee el espejo que ambos ignoramos todavía? —se interrumpió y meneó la cabeza—. Debo admitir... que los árboles no me dejan ver el bosque.

Lamentaba sinceramente no poder ayudar, y le intrigaba y conmovía la frenética actividad mental del rebelde, buscando el eslabón que faltaba en la cadena de deducciones.

—¿Por qué no me dice lo que sabe? —propuso—. Quizá pueda avanzar a partir de lo que usted haya averiguado.

—¡No hay trato! —repuso Deverel, enojado—. Lo que sé es mi última carta... Usted sabría tanto como yo y eso no me conviene.

—De todos modos, no adelantará nada..., a menos que ceda —Colbie sonrió, complacido.

—¡Pues puede apostarse las pestañas a que no lo haré! —respondió Deverel.

Luego espió a Colbie.

—¿Seguro que no cambiará de opinión? —inquirió, y se encogió de hombros, malhumorado—. Parece decidido, pero tengo absoluta confianza, en que cederá. No es usted el tipo de persona capaz de aguantar hasta el final.

Colbie se encogió de hombros con indiferencia y luego cambió de postura. Pensó que estaría más cómodo si se tumbaba de espaldas. Haciendo molinetes con los brazos a un lado y agitando las piernas al otro, empezó a volverse. En cualquier otro lugar, esta maniobra habría parecido ridícula, pero allí el número de distracciones era trágicamente limitado.

Aunque al principio aquel giro sin sentido, que una vez comenzado costaba mucho detener, pudo divertir a Colbie, poco después ejerció un efecto muy distinto. Incorporándose de pronto, mientras seguía girando lentamente sobre sí mismo, miró a Deverel y empezó a sonreír. Le volvió momentáneamente la espalda al girar y volvieron a quedar enfrentados cuando la cuerda que los unía, quedó enrollada a su cintura.

—¿Su dificultad reside en que no puede recuperar esos treinta metros que hemos perdido a causa del rozamiento?

Deverel le lanzó una aguda ojeada y asintió.

Colbie sonreía ahora sin disimulo.

—Aún no lo tengo muy claro. Quise que lo pensara. Pero sé cómo recuperar esa diferencia. Exige que colaboremos y, si sabe cómo hacerlo, yo tengo el detalle que a usted le faltaba. Pero no colaboraré si no lo hace usted antes. Piense en lo que yo estaba haciendo y lo comprenderá.

Deverel puso cara de estúpido y luego exclamó:

—¡Ya está! ¡Sabía que era posible... y es fácil! —siguió hablando de prisa, excitado—, Ahora tengo la solución completa. ¡Todo lo que necesito! Sólo se trata de esperar. Dos o tres oscilaciones más a través del espejo... ¡Ahora, escuche! Usted tendrá que decirme cuándo empezamos. Así conseguiremos salir ambos. Lo hará, ¿no? —preguntó con angustia.

Entonces vio el rostro de Colbie convertido en una máscara y gritó, furioso:

—¡No sea idiota, Colbie! Usted no quiere morir, ¿verdad? ¡Sabe que no podrá evitar la muerte cuando se agote el agua y la comida! Lo sabe, Ha llegado la hora decisiva —insistió febrilmente.

—He tomado mi decisión hace rato —puntualizó Colbie—. De lo contrario, no le habría ayudado a encontrar el eslabón que le faltaba.

Deverel rió con sarcasmo.

—Persistirá en ello —se burló—. ¡Se dejará morir por principio! Pues bien, yo también los tengo... y temo menos a la muerte que usted. De hecho, sería mejor que yo muriera; de cualquier modo, me espera el infierno. Así que no me importa en realidad. ¿Qué le parece eso? —le desafió.

—Me parece bien... Deverel, siempre supe que a usted nada le importaba mucho —sonrió.

Deverel estaba desconcertado; el asombro se convirtió pronto en una admiración incondicional. Hasta ese momento, Deverel no había creído que Colbie estuviera seguro de sus intenciones, Ahora lo sabía, y ello le hizo cambiar de opinión con respecto a Colbie.

Colbie bostezó; eso fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Deverel. Insultó a Colbie con todos los insultos conocidos bajo el Sol, le prodigó toda la escoria verbal irreproducible de los puertos espaciales... y se interrumpió en seco.

—¡Diablos! No he querido decir eso —murmuró, con un gesto de la mano. Logró esbozar una sonrisa y continuó—: Lo siento... de veras. Lo que ocurre es que ha pasado el segundo Momento Crucial. Mejor dicho, pasará cuando caigamos de la decimoprimer cúspide. Falta un minuto. Ahora llegaremos, en realidad, a treinta y tres metros debajo del borde.

—¿Cuáles son los momentos cruciales? —inquirió Colbie, sinceramente desconcertado.

Deverel rió con divertido desdén.

—Supongo... que hay varios, Y cuantos más perdemos, más crucial es el siguiente. ¿Comprende? ¡Por último llegaremos al Momento Crucial de verdad! Y si perdemos ése... —Deverel meneó la cabeza—, después ya no habrá esperanza. Ni más Momentos Cruciales.

Poco después agregó distraídamente:

—Le avisaré cuando se produzcan.

Bajaron y subieron, y ellos lo advirtieron porque la pendiente disminuía o aumentaba. El borde se destacaba sobre el horizonte oscuro del planeta y luego se alejaba. Aceleración constante, seguida de una desaceleración igualmente constante. Luz y más luz. y nada sino luz.

¡Dos hombres contra el espejo mágico!

Diecisiete veces se aproximaron al borde, pero cada vez se acercaban menos..., tres metros menos. Luego Deverel comentó en tono cansino:

—El tercer Momento Crucial... Cincuenta y un metros por debajo del borde —guiñó un ojo legñoso a Colbie. Éste, agotado y cegado por el incesante deslumbramiento del espejo, se mostraba apático—. ¿En qué piensa?

—Sencillamente, espero a que usted diga la palabra —respondió Colbie cansadamente.

Deverel rió con aspereza.

—Pues no la diré. Oiga: antes de una hora se producirá el...

—El cuarto Momento Crucial —concluyó Colbie con acritud.

—Se equivoca. El último. —Aguardó a que esto hiciera efecto, pero no ocurrió nada. Luego estalló—: ¡Santo Dios..., usted no quiere ayudar!

Guardó silencio un rato, mirando con furia al otro hombre. De pronto se echó a reír.

—Somos iguales..., dos tontos testarudos. No sabía que usted fuese así —comentó sinceramente—. Realmente creo que va a...

—¿Que voy a abstenerme hasta que pase el momento en que dejará de tener importancia? —preguntó Colbie, enigmático, y respondió a su propia pregunta asintiendo con la cabeza.

Deverel se echó atrás, disgustado.

Superaron la decimoctava, la decimonovena, la vigésima cúspide. Deverel estaba nervioso, irritado.

—Falta como media hora —dijo con impaciencia—. Es todo el tiempo de que disponemos. Hablo en serio. Cuando pase el momento, podremos despedirnos de la vida. Colbie, me gustaría que entrase en razón. O moriremos ambos... o yo quedo libre y usted también se salva, y será como si nunca hubiéramos venido a este planeta. Piénselo... Vivir otra vez...

Deverel le espió con atención pero el policía no se inmutó. El rebelde había esperado contra toda esperanza que Colbie cediera en los últimos momentos cruciales. Pero ahora ya no cabía duda de que Deverel tendría que descubrir su última carta. Podía ganar... o perder. Por eso, durante un rato —apelando a su talento histriónico natural, pues era verdad que había interpretado a Hamlet en su juventud—, exageró el nerviosismo, la desesperación de su actitud, la mofa de su voz.

—Veinticinco minutos, Colbie. Aún está a tiempo. —Colbie se mantenía empecinado. Recorrían la vigésimo segunda oscilación. Luego la voz jadeante de Deverel agregó—: Veinte minutos. Ahí está el borde.

Se acercaron, cada vez más despacio, y luego el borde empezó a alejarse mientras ellos emprendían el vigésimo tercer viaje.

—Quince minutos, Colbie —la voz de Deverel era tan áspera como un serrucho. Estaba realmente nervioso. El plazo era realmente breve. De súbito dijo en tono afónico—: ¡Colbie!

Colbie le miró fijamente, y el rebelde se sintió lleno de pánico.

—Usted gana, Colbie. Estoy acabado. He cedido. ¡Buen Dios! —exclamó—. ¡A usted le importa un bledo! Eso es lo que me enerva..., no puedo comprenderlo. Escuche, usted creerá que estoy terriblemente asustado, que no soy tan valiente como parecía, pero no es así. Mi vida no me importa. No temblaré cuando me llegue la hora. ¡Lo que no puedo soportar es que aún no ha llegado el momento! Hay salvación. Y sólo su terquedad bloquea el camino. Pero supongo que desde su punto de vista es mi...

—Soy yo... —le corrigió Colbie suavemente.

—Soy yo quien bloquea el camino. Conque me rindo. Usted gana. Es el campeón de la resistencia, el príncipe de los suicidas. Colbie, me ha hundido. Tengo ganas de sollozar como un niño. No logro comprenderlo... sentado allí... —calló.

El policía contempló con atención a Deverel.

—Es gracioso —murmuró—. Por eso supe que cedería. Usted tiene arrojo..., fantasía..., ama la vida. Yo sólo soy un aburrido policía espacial.

Deverel apretó los dientes, enojado.

—Ya he cedido, ¿no? No crea que no pienso volverme atrás. Soy capaz de hacerlo —sus ojos desafiaron al otro.

Colbie dijo lentamente:

—No. No lo haga..., olvídelo. Hemos sido tontos... y usted decidió no serlo. Eso es todo.

Una vez más sostuvo la mirada del otro hombre, ahora pensativo y luego asintió con lenta decisión. Levantó la cabeza y una chispa brilló en sus ojos.

—¿Qué hacemos? —exigió—. Dígalos... Salgamos de este condenado lugar, ¡El paisaje no me gusta! ¡Vámonos!

Deverel se puso en acción.

—Arróllese esta cuerda —ladró ahora con la energía de la desesperación verdadera—. ¡Más cerca..., vamos! Así está bien.

Apoyó los pies en el cuerpo de Colbie y empujó, Colbie se alejó girando vertiginosamente, y la cuerda se desenrolló por completo. Deverel tiró luego de ella para aprovechar el movimiento rotativo de Colbie. Éste regresó girando sobre sí mismo, enrollando cuerda. Deverel le empujó con los pies, Colbie volvió a desenrollarse, esta vez en sentido contrario, Deverel repitió la maniobra una y otra vez, como si fuese un niño jugando con un yo-yo.

Empezaron a girar el uno alrededor del otro, describiendo una elipse de eje variable.

—¿Comprende? —jadeó Deverel—. Hemos originado un movimiento circular. Aunque no afecta en lo más mínimo nuestra caída. Somos un sistema cerrado, a cada acción, una reacción. Yo también giro a su alrededor. Ahora dejará de girar... no es necesario que lo haga. Colbie abrió los brazos y, en el curso de dos revoluciones, describió un auténtico círculo alrededor de Deverel. Subían por la pendiente del espejo a la deceleración correspondiente al poder frotador de la gravedad.

Deverel jadeaba.

—Ahora... tire de la cuerda. Disminuyamos el diámetro del círculo que estamos trazando, e iremos más rápido... Nuestra velocidad angular aumenta. ¡Ahora!

Y así fue. A costa de esfuerzos prodigiosos, lograron aumentar su velocidad angular a tal punto que la fuerza centrífuga originaba una terrible tensión en sus abrasados pulmones. Por último, el rebelde dijo con voz entrecortada:

—¡Basta! Vamos bastante rápido. Si fuéramos a más velocidad podría escapársenos la cuerda y seguiríamos girando cada uno por su lado hasta ser frenados... El borde aparecerá dentro de... dos minutos, diecisiete segundos. ¡Ah, sí!, lo he calculado con exactitud. De pronto gritó con todas sus fuerzas:

—¡Allí está... el borde! Fíjese bien. Con sinceridad, no sé cuál de los dos pasará antes.

Sus ojos observaban febrilmente la aproximación del borde, destacado sobre la línea oscura de las montañas. Los segundos palpitantes se hundieron en el pasado, a Colbie le martilleaban las sienes. Toda la vida recordaría la espantosa tensión. Aquel espejo era como un monstruo misterioso y brutal. Volvió a oír la voz de Deverel:

—Creo que será usted. ¡Tiene que ser usted! ¡Sí! Recuerde que somos un sistema cerrado. Digamos que ahora ocurriese una explosión. Usted vuela hacia allí, yo hacia el lado contrario. Pero ambos conservamos la energía cinética acumulada por la fuerza centrífuga.

Observó con ojos enrojecidos y desorbitados el borde que se acercaba y cobró sesenta centímetros de la cuerda que le unía a Colbie. Giraron con más rapidez. Colbie protestó. Deverel respondió:

—Lo siento. La cuerda debe quedar paralela al borde cuando alcancemos la cúspide.

Pestañeó para quitarse el sudor de los ojos y miró el cronómetro. Faltaban siete segundos.

Deverel se estremeció... Tenía muchas cosas que hacer a la vez. Debía regular su velocidad angular; su sentido del tiempo —el sentido que nos indica cuántos pasos hemos de dar hasta llegar exactamente a la esquina— le indicaba cuantas vueltas les faltaban para llegar, en una fracción de tiempo infinitesimal, paralelos al borde. Con una mano tenía que sacar un cuchillo afilado como una navaja que llevaba en un bolsillo exterior del traje espacial. Y debía vigilar el cronómetro, para saber exactamente cuándo llegarían a la cúspide de su vigésimo tercer viaje a través del gran espejo.

Y quizás el mayor milagro de aquella delirante aventura fue que todo saliera exactamente como Deverel pensaba. La cuerda, de cuyos extremos colgaba vertiginosamente el lastre humano, quedó paralela al borde del espejo en el instante exacto y brevísimo en que alcanzaron la cúspide de la ascensión. Y en ese preciso momento, Deverel cortó la cuerda cerca del punto donde estaba atada a él.

Colbie no advirtió la operación... simplemente se sintió repentinamente libre. Las cosas le salieron a Deverel perfectas. En el momento preciso en que ellos, considerados como sistema aislado, no tenían movimiento ascendente ni descendente, Deverel cortó la cuerda. Colbie salió disparado transversalmente hacia el borde a la misma velocidad con que habían girado hasta ese instante.

Resbaló hacia arriba por la pendiente del espejo, mientras la gravedad tiraba de él. Perdía tres metros sesenta centímetros de velocidad ascendente por segundo. ¿Sería suficiente la energía cinética que su masa tenía en ese momento para vencer la desaceleración fatal? ¿Se anularía su velocidad antes de llegar al borde?

«¡Colbie, si nunca rezaste, inténtalo ahora!», se dijo.

Quizá fue efecto de las plegarias o tal vez fueron los cálculos realizados por el agudo cerebro de Deverel. Conociendo los respectivos pesos aproximados en aquel planeta, la cuerda de sesenta metros de longitud y el tiempo de una revolución, supo calcular aproximadamente la energía cinética que cada uno desarrollaría, y que a Colbie le sobraría impulso para pasar por encima del borde.

Colbie salió disparado, por encima del borde... y hacia el espacio. Después de volar quince metros. Cayó, La velocidad de caída era aterradora. Su traje espacial era resistente pero... ¿soportaría el batacazo? No tuvo mucho tiempo para teorizar. Cayó y le

pareció que todos los huesos de su cuerpo se quebraban un segundo antes de desmayarse.

Al volver en sí notó un dolor agudo y lancinante en la pierna derecha. «Rota», pensó furioso, ahogando un grito cuando, involuntariamente, intentó mover el miembro lastimado. No logró moverlo.

Luego pensó en Deverel, ¡Santo Dios! ¡Aún estaba en el espejo!

—¡Deverel! —gritó a través del intercomunicador.

Una voz alegre le respondió:

—¡Estoy bien! —luego la voz se llenó de angustia—. ¿Qué ocurre? No contestaba a mis llamadas.

—Me parece que tengo una pierna rota.

—¿Duele?

—¡Mucho! —Colbie apretó los dientes.

—Supuse que ocurriría algo así —respondió el rebelde, compadecido—. Lamento que le sucediera a usted... yo habría recibido el golpe si hubiéramos girado en sentido contrario. Pero no fue así. Ésa fue mi apuesta a favor de la fuga.

—¿Cómo despegará? —inquirió Colbie. Luego, presa de pánico—: ¿Y qué sucederá si usted se rompe una pierna?

—¡Bah! Yo saldré y no me romperé una pierna. He de viajar a través del espejo, ya sabe, y perderé tres metros en sentido vertical. ¿A qué distancia cayó? —preguntó, inquieto. Colbie se lo dijo—. ¡Excelente! No está mal para un cálculo aproximado.

—Ha hecho un buen trabajo —admitió Colbie—. En efecto, usted también pasará por encima del borde. La fuerza de gravedad y la centrifuga actúan a su favor.

—Escuche ahora, Colbie, ¿sabe que ha salido por un lado poco conveniente?

Colbie no lo sabía. Así, ¿las naves se hallaban al lado opuesto?

—No, no están al otro lado. Se hallan como a una sexta parte del círculo desde donde está usted.

—Y usted, ¿hacia dónde se dirige?

—Hacia las naves.

Colbie exclamó:

—¡Está loco! Se dirige al lado opuesto de donde yo estoy.

—¡Ah, no! ¡Se equivoca! —replicó Deverel, triunfante—. Me dirijo a un punto del espejo situado a una sexta parte de circunferencia del punto donde está usted, según el sentido de rotación del planeta. Ahora deje de boquear como un pez y oiga la parte más magnífica e increíble de esta aventura. ¿Cree que nos movíamos diametralmente a través del espejo?

—¡Sin duda!

—¡Error! Oiga el notición... —hizo una pausa y luego agregó—: ¡Éramos el disco de un péndulo!

—¿Qué? —gritó Colbie, acongojado—, ¡Por Dios, Deverel, está loco, terriblemente loco! ¡Un péndulo! ¡No colgábamos de nada, de ninguna cuerda, cable ni... Dios!

—¿Se da cuenta? —la voz era benévola—. ¿No lo comprende? Nosotros éramos un péndulo. Lo estupendo es que no hacía falta estar colgados de nada para poder oscilar. Una cuerda o algo por el estilo habría estropeado por completo el efecto. ¡Constituíamos un péndulo simple perfecto, que hasta la fecha sólo ha existido en teoría! Como sabe, no había rozamiento y además nos movíamos en un vacío perfecto. La acción de la gravedad nos hacía bajar y subir y bajar y subir y bajar y subir. ¡Y no podíamos desviarnos de ningún modo, sino que trazábamos una curva perfecta, la senda que describe el péndulo! ¿Qué es lo más característico del péndulo? ¡Que el período de oscilación es constante! ¿Cree que el saberlo no me fue útil cuando quise calcular con absoluta exactitud el momento en que llegaríamos a la cúspide? ¡Puede apostar a que sí! Hay algo más acerca de los péndulos... y me sorprende que usted no lo recordara. En el

polo terrestre, el plano de oscilación de un péndulo gira una vez cada veinticuatro horas, en sentido contrario al de rotación de la Tierra. Mejor dicho, tal es su movimiento aparente. ¡En realidad es la Tierra quien gira bajo el péndulo! Eso fue lo que ocurrió con nosotros. ¿No se fijó en que las estrellas no cambiaron de posición mientras resbalábamos a través del espejo? Pues no lo hicieron. Nosotros éramos un péndulo. El plano de nuestra oscilación era constante en relación con el espacio. ¡Este planeta delirante giraba debajo de nosotros, porque no había rozamiento alguno que dijera «no»! ¡De modo que dibujé un diagrama... correctamente!. ¡En mi cabeza! ¡Y si cree que no fue difícil! Cronometré las dos o tres primeras oscilaciones después de que se me ocurriera lo del péndulo. Averigüé que cada viaje duraba diecisiete minutos, cuarenta y cinco segundos y cuatro décimas. Y conocía el período de rotación de este planeta: cincuenta y dos minutos, veinticinco segundos y una fracción. ¿Observa alguna relación entre estos números?

—Comprendo —respondió Colbie. Estaba sudando. Tenía la pierna adormecida desde la cadera—, En cada oscilación tardábamos aproximadamente un tercio del tiempo que el planeta empleaba en una revolución.

—¡Exacto! Seguiré hablando, Colbie; eso le ayudará a olvidarse de su pierna. ¡Por si eso fuera poco, el fondo del espejo está en un polo del planeta! Así pues, éramos un péndulo simple que oscilaba en un polo del planeta. ¡Y la longitud de nuestra «cuerda», o sea el radio de curvatura del espejo es una parte, era de unos dos mil cuatrocientos kilómetros. Ahora bien, en nuestras oscilaciones siempre cruzábamos el centro del espejo, pero no diametralmente. Es decir, que cada oscilación siempre comenzaba y concluía en la misma mitad del espejo. En relación con el espacio, nuestro plano de oscilación era siempre el mismo; en relación con el espejo, era una curva que lo recorría, tocando seis veces el borde. ¡Me costó un trabajo endemoniado! —exclamó Deverel—. Hube de calcular la ley que me indicara exactamente en qué lugar del espejo concluiría cada oscilación, y saber así cuantas veces tendríamos que atravesarlo para regresar a nuestro punto de partida..., al lugar por donde caímos. Finalmente obtuve que una oscilación de un borde a otro termina en el punto opuesto al de partida al finalizar la oscilación. ¿Comprende? Si no entiende, dibuje un círculo dividido en seis arcos de sesenta grados... y descubrirá la ley —en efecto, más tarde Colbie trazó el diagrama—. En resumen, se necesitaban seis oscilaciones de un borde a otro para regresar a nuestro punto de partida. Ésos eran los Momentos Cruciales. Si hubiéramos salido en otro punto, nos habríamos muerto de hambre antes de llegar a las naves... Suponiendo que pudiéramos localizarlas. ¡También existía la posibilidad de que uno de nosotros quedara maltrecho! Y así ha ocurrido. Usted cayó mucho más lejos de lo que yo tendré que caer, y esto es todo. Le solté a usted al finalizar el vigésimo tercer viaje de un borde a otro, y yo saltaré al terminar el vigésimo cuarto... que en efecto habría sido el Último Momento Crucial. No habríamos podido desarrollar suficiente fuerza centrífuga para superar el borde si hubiéramos recorrido el espejo otras seis veces, quedando por consiguiente otros dieciocho metros debajo del borde. ¿Cómo está su pierna? —preguntó.

—¡Estropeada! —Colbie ahogó un gemido.

—¡No se desanime! —le alentó Deverel—. Dentro de siete minutos habré pasado por encima del borde e iré rápidamente a las naves. Quizá tarde varias horas en regresar —agregó con angustia.

—No se preocupe por mí —murmuró Colbie.

Durante las horas siguientes permanecieron en contacto. Deverel pasó por encima del borde y aterrizó ileso. Cruzó la llanura aprisa, pero tomando sus precauciones. Llegó ileso a las naves; menos de quince minutos después, Colbie experimentó la maravillosa sensación de ver llegar su elegante y negro crucero de policía que sobrevolaba Cíclope en línea recta hacia él.

Aterrizó y Deverel desembarcó. Tomando a Colbie entre sus fuertes brazos, lo llevó a la nave, le quitó el traje espacial y desnudó su pierna rota. Era una fractura sin complicaciones y se hallaba en buen estado. Deverel la entablilló después de dar a la pierna un tirón que logró un doble propósito: hacer que Colbie se desmayara, y reducir la fractura. Después de atarle las tablillas, Deverel arrojó al policía.

Seis semanas después Colbie empezaba a pasearse con una rudimentaria muleta. Deverel no se había ido.

—Es un buen enfermero —le dijo un día Colbie, mientras comían—. Gracias, muchísimas gracias.

—¡Olvídelo! —el rebelde sonrió—. Usted tampoco fue mal enfermero. Yo estaría muerto si no me hubiera seguido.

Apuró la taza de café de un solo trago.

—Supongo que ya se encuentra bien —agregó inquieto—. ¿Le parece que despeguemos?

Pensativo, inquieto, Colbie respondió:

—¿Cómo?... Supongo que sí.

Al día siguiente, Deverel ocupó los mandos y puso en marcha la nave, que salió disparada entre la noche eterna de Cíclope. Ligera como una pluma, sobrevoló el espejo más extraño y mágico que haya existido. Al mirarlo, Colbie supo que siempre lo recordaría con más afecto que temor. No dejaría de parecerle un colosal juguete infantil. Tenía tantas características sorprendentes, que casi daban ganas de patinar otra vez sobre su superficie infinitamente lisa.

«Un mundo de sueños —pensó— si alguna vez lo hubo.»

Después de aterrizar al lado de la nave de Colbie, el rebelde dijo irónicamente:

—¿Y si nos pasamos de esta nave a la suya?

Colbie le miró muy serio; luego se puso en pie y cojeó de un lado a otro de la cabina. Tenía los dientes apretados, el ceño fruncido, y le temblaban las manos. Se sentó y en seguida volvió a ponerse en pie. La expresión de su rostro era casi salvaje.

De pronto se agitó con violencia, y una mueca deformó sus facciones. Volviéndose, clavó en el rebelde su mirada gris y ardiente.

—¡No puedo hacerlo! —gritó, irguiendo la cabeza—. ¡Después de todo lo que hemos pasado! ¡Maldita sea, Deverel! Mi trabajo ha dejado de gustarme. Siento demasiada amistad hacia usted. Me cae endiabladamente bien. Es un buen muchacho, de verdad. ¡Diablos! Ha tenido ocasión de fugarse en cualquier momento de las pasadas seis semanas. No, no puedo hacerlo. Sería como... aprovecharse injustamente. Conque está libre. Escribiré en el informe algo así: «Rebelde capturado, pero me engañó y huyó» —concluyó con forzada sonrisa.

—De acuerdo —accedió Deverel serenamente.

—Debo irme. Sólo estaré aquí, digamos, otras veinticuatro horas. ¿Piensa dirigirse a algún lugar en especial? —preguntó con amabilidad.

—No —respondió Deverel, pensativo—. Aún no he elegido ningún destino—. ¿Quiere que le envíe una postal? Lo haré, si cree que me necesita.

—No se moleste. Nunca me fue difícil localizarle —respondió Colbie burlonamente.

Llegada la hora, se puso un traje espacial. Deverel abrió la escotilla y Colbie se detuvo un momento antes de salir. Ambos hombres se quedaron allí, despidiéndose con la mirada. Luego se abrió la compuerta.

Siguió con la mirada a Colbie hasta que éste entró en su nave.

En seguida tomó los mandos y, mientras los motores de popa arrojaban gases incandescentes, el rápido crucero aceleró hasta desaparecer en yermos ilimitados y sin caminos del espacio.

Este cuento me encantó. Es un relato que plantea un problema y lo resuelve de manera realmente científica (aunque la solución es errónea, como observó por extenso un lector en la sección de cartas de la revista, pocos meses después).

También yo he intentado escribir cuentos que planteen un problema, pero no es fácil idear uno tan puro como *Los hombres y el espejo*. En mi caso, el más logrado quizás ha sido *Paté de Foie Gras*.

Pero, para mí. Los hombres y el espejo tiene una nota melancólica. Fue el último cuento del que disfruté ajeno a cuanto existe más allá del lector de ciencia-ficción. Fue la última vez que experimenté el placer puro de la lectura imparcial.

Resulta que me había convertido en algo más que un aficionado. Cuando concluí *Cosmic Corkscrew* lo llevé a las oficinas de «Astounding Science Fiction». Allí conocí a John Campbell. Naturalmente, *Cosmic Corkscrew* fue rechazado, pero ya estaba escribiendo otro relato (que luego fue vendido y publicado bajo el título de *The Callistan Menace*).

Esto implicaba verme expulsado del paraíso. Ya no tuve nunca la menor posibilidad de leer ciencia-ficción con placer completo. Ahora era un escritor frente a mis rivales. Si la narración publicada era mucho peor que las que yo fuese capaz de escribir, la leía lleno de desdén y fastidio. Si era mucho mejor, me llenaba de envidia y angustia. Ya no podía leer para evadirme.

Pero no importa...

Fui expulsado de un paraíso para entrar en otro.

En la «Astounding Science Fiction» de agosto de 1938 apareció *Who Goes There?*, de Campbell, bajo el seudónimo de Don A. Stuart. (Para entonces ya sabía quién era Stuart.) Este relato fue, sin duda, uno de los mejores cuentos de ciencia-ficción que se hayan escrito... quizás el mejor, para los de extensión inferior a la de una novela.

Era una adaptación de su cuento *Los ladrones de cerebros de Marte*, incluido en esta antología, pero *Who Goes There?* es de una calidad muy superior. Fue como si Campbell quisiera demostrarle a todo el mundo de la ciencia-ficción qué era exactamente lo que él buscaba. *Los ladrones de cerebros de Marte* podía ser un buen relato a la antigua usanza, pero *Who Goes There?* era lo nuevo, lo que él trataba de imponer.

Por consiguiente, con la «Astounding Science Fiction» de agosto de 1938 y con el cuento *Who Goes There?* empieza la Edad de Oro de la Ciencia-ficción (con mayúsculas). Aquí debe terminar el libro cuyo título es La edad de oro de la ciencia-ficción.

Y yo era parte de la nueva Edad de Oro. En octubre de 1938, tres meses después de leer *Who Goes There?* (con un deleite comparable sólo a mi desesperación), conseguí mi primera venta... a la «Amazing» de Ziff-Davis. Tres meses después logré colocarle un relato a Campbell.

Ya era un autor hecho y derecho. Como la ciencia-ficción misma, acababa de ascender a un nivel más alto. En este plano superior, las alegrías no eran puras, pues existía la contrariedad de la narración que uno no sabía cómo terminar, y el temor a la fatal nota de rechazo del editor. Pero también existía el inaudito placer de conseguir una venta de vez en cuando.

Para lo que pasó luego, es decir para la historia de mis siguientes once años de luchas y vicisitudes (y narraciones), os recomiendo *The Early Asimov*, que desde ahora constará como el tomo segundo de mi peculiar autobiografía.

A menos, naturalmente, que ya lo hayáis leído.

FIN